

MARTIN AMIS

La Zona de Interés



Lectulandia

Esta novela demuestra una vez más que a Martin Amis no le tiembla el pulso a la hora de abordar temas controvertidos. Después de la demoledora *Lionel Asbo. El estado de Inglaterra*, que levantó ampollas por su crudo retrato de lo peor de la sociedad británica, el autor regresa al nazismo y al Holocausto, que ya había tratado en *La flecha del tiempo*. Y lo hace desde un ángulo cuando menos sorprendente, cediendo la palabra a los verdugos, y sin renunciar a incomodar al lector con ciertos toques de comedia negra. Golo, un joven oficial sobrino del jerarca nazi Martin Bormann, llega a un campo de exterminio para trabajar en la puesta en marcha de una fábrica con mano de obra esclava. Seductor nato, no tarda en quedar prendado de Hannah, la esposa del comandante del campo, el grotesco Paul Doll. Y a este triángulo se une una cuarta pieza, el Sonderkommando Szmul, es decir, uno de esos judíos que colaboraban con los verdugos.

Con la maquinaria de la crueldad como telón de fondo, la novela desarrolla una historia de amor y celos entre funcionarios de la barbarie. Es el marco para indagar en el horror y preguntarse: ¿qué sucede cuando descubrimos quiénes somos en realidad? ¿Cómo llegamos a aceptar las consecuencias de nuestros actos?

Envuelta en la polémica y rechazada por algunos de los editores habituales de Amis, incómodos con sus planteamientos, *La Zona de Interés* ha recibido sin embargo una extraordinaria acogida crítica en Estados Unidos y Gran Bretaña, donde ha sido saludada como una de las obras mayores de su autor.

Lectulandia

Martin Amis

La zona de interés

ePub r1.1

Titivillus 08.06.16

Título original: *The Zone of Interest*

Martin Amis, 2014

Traducción: Jesús Zulaika

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Demos vueltas en torno al caldero;
echemos en él entrañas ponzoñosas:
sapo, tú que te has pasado
treinta y un días y noches
bajo la piedra fría, sudando veneno,
hierva el primero en la olla hechizada [...]

Tajada de sierpe del pantano
que cuece en el caldero;
ojo de tritón, pie de rana,
pelusa de murciélago y lengua de can,
lengua de víbora y aguijón de alimaña,
pata de lagarto y ala de mochuelo [...]

Escamas de dragón, colmillo de lobo,
momia de bruja,
tripas de insaciable tiburón,
raíz de cicuta arrancada en la noche,
hígado de judío blasfemo,
hiel de cabra, virutas de tejo
plateado en eclipse de luna,
nariz de turco, labios de tártaro,
dedo de niño parido en un foso
por una ramera, y ahogado al nacer,
y que la bazofia hierva hasta que espese [...]

Y que enfríe con sangre de mono,
y se habrá obrado el conjuro.

Estoy tan hundido en sangre
que, aunque no quisiera avanzar más,
volver sería tan duro como continuar.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Macbeth*

1. LA ZONA DE INTERÉS

1. THOMSEN: PRIMERA IMPRESIÓN

No me era extraño el resplandor del relámpago; no me era extraño el rayo. Con una experiencia envidiable en ambas cosas, no me era extraño el aguacero; el aguacero y luego el sol y el arcoíris.

Ella volvía de la Ciudad Vieja con sus dos hijas, y se hallaban ya muy dentro de la Zona de Interés. Delante de ellas, a la espera para recibir las, se extendía una avenida —casi una columnata— de arces, cuyas ramas y hojas lobuladas se entrelazaban en lo alto. A última hora de una tarde de verano, llena de mosquitos diminutos y brillantes... Mi cuaderno está abierto sobre un tocón, y la brisa hace fluctuar con curiosidad sus hojas.

Alta, ancha y llena, y, sin embargo, de paso liviano, con un vestido estriado blanco que le llegaba hasta los tobillos y un sombrero de paja de color crema con una banda negra, y un bolso de paja bamboleante (las niñas, también de blanco, también llevaban sombreros y bolsos de paja), entraba y salía de tramos de una calidez leonada, amarillenta, difusa. Reía con la cabeza hacia atrás, y la garganta tensa. Yo le seguía el paso, en paralelo, con mi chaqueta de tweed hecha a medida y mis pantalones de sarga, con mi tablero de pinzas y mi pluma estilográfica.

Ahora las tres cruzaban el camino de entrada a la Academia Ecuéstre. Rodeada traviesamente por las niñas, dejó atrás el molino de viento ornamental, el alto palo de mayo, los patíbulos de tres ruedas, el percherón atado con descuido a la bomba de agua de hierro, y siguió hacia delante.

Y entraron en el Kat Zet^[1]; en el Kat Zet I.

Algo sucedió a primera vista. Un relámpago, un trueno, un aguacero, el sol, el arcoíris..., la meteorología del primer vistazo.

Se llamaba Hannah, señora Hannah Doll.

En el Club de Oficiales, sentado en un sofá de crin, rodeado por adornos equinos de metal y estampas de caballos, y de tazas de sucedáneo de café (café para caballos), le dije a Boris Eltz, mi amigo de toda la vida:

—Por un momento volví a ser joven otra vez. Fue como amor.

—¿Amor?

—He dicho *como* amor. No pongas esa cara de pena. *Como* amor. Un sentimiento de inevitabilidad. Ya sabes. Como el nacimiento de un idilio largo y maravilloso. Amor romántico.

—¿*Déjà vu* y todo lo de siempre? Sigue. Refréscame la memoria.

—Bien. Admiración doliente. Doliente. Y sentimientos de humildad y de valer poco. Como contigo y Esther.

—Eso es completamente diferente —dijo, alzando un dedo en sentido horizontal—. Eso no es sino paternal. Lo entenderás cuando la veas.

—De todas formas. Luego todo quedó atrás y... Y empecé a preguntarme cómo sería sin nada de ropa.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? Yo nunca me he preguntado cómo será Esther sin ropa. Si sucediese me quedaría espantado. Me taparía los ojos.

—¿Y te taparías los ojos si fuera Hannah Doll?

—Pues... ¿Quién se hubiera imaginado que el Viejo Bebedor conseguiría a una tan buena como ésa?...

—Lo sé. Increíble.

—El Viejo *Bebedor*. Pero piensa un poco. Estoy seguro de que siempre fue bebedor. Pero no siempre fue viejo.

Dije:

—¿Las chicas qué años tendrán? ¿Doce, trece? Ella tendrá nuestra edad, entonces. O quizá sea un poco más joven.

—Y el Viejo Bebedor la dejó preñada cuando tenía... ¿dieciocho?

—Cuando *él* tenía nuestra edad.

—Muy bien. Casarse con él se le podía perdonar, entonces, supongo —dijo Boris. Se encogió de hombros—. Dieciocho años. Pero no le ha dejado, ¿no? Eso no se explica así como así, ¿no?

—Lo sé. Es difícil de...

—Mmm. Es demasiado alta para mí; y ahora que lo pienso, también es demasiado alta para el Viejo Bebedor.

Y aún nos preguntamos otra vez: ¿cómo puede ocurrírsele a alguien traer aquí a su mujer y a sus hijas? ¿Aquí?

Dije:

—Éste es un sitio más para hombres.

—Oh, no sé... A algunas mujeres no les importa. Algunas mujeres están igual que los hombres. Piensa en tu tía Gerda. Le encantaría esto.

—La tía Gerda puede que lo aprobara en principio —dije—. Pero esto no le encantaría.

—¿Y crees que a Hannah le encantará esto?

—No da la impresión de que vaya a encantarle esto.

—No, no la da. Pero no olvides que es la mujer perfectamente voluntaria de Paul

Doll.

—Ya... Entonces quizá se sienta de maravilla aquí —dije—. Eso espero. Mi aspecto físico funciona mejor con las mujeres a las que les encanta esto.

—... A *nosotros* no nos encanta esto.

—No. Pero nos tenemos el uno al otro, a Dios gracias. Que no es poco.

—Cierto, querido. Tú me tienes a mí, y yo te tengo a ti.

Boris, mi amigo permanente —empático, intrépido, guapo, semejante a un pequeño César—. Jardín de infancia, niñez, adolescencia, y luego, más adelante, nuestras vacaciones en bicicleta recorriendo Francia, Inglaterra, Escocia e Irlanda, y nuestro largo y difícil viaje de tres meses desde Múnich a Regio Calabria, y luego a Sicilia. Sólo en la edad adulta pasó nuestra amistad por dificultades, cuando la política —cuando la historia— apareció en nuestras vidas. Dijo:

—Tú te irás para navidades. Yo me quedaré aquí hasta junio. ¿Por qué no me voy yo al este? —Dio un sorbo y frunció el entrecejo y encendió un cigarrillo—. Por cierto, tus posibilidades, hermano, son prácticamente inexistentes. ¿*Dónde*, por ejemplo? Hannah es demasiado visible. Y ya puedes tener cuidado. El Viejo Bebedor podrá ser el Viejo Bebedor, pero también es el comandante.

—Ya. Aun así. Cosas más raras se han visto.

—Se han visto cosas *mucho* más raras.

Sí. Porque era un tiempo en el que todo el mundo sentía la fraudulencia, la desvergüenza sarcástica y la impresionante hipocresía de todas las prohibiciones. Dijo:

—Tengo una especie de plan.

Boris suspiró, con el semblante inexpresivo.

—Primero tendré que esperar noticias del tío Martin. Luego haré el primer movimiento. Peón cuatro dama.

Al cabo de unos minutos, Boris dijo:

—Ese peón se la va a cargar.

—Probablemente. Pero no pasa nada por echar un buen vistazo.

Boris Eltz se despidió: se le esperaba en la rampa. Un mes de pasmado servicio en la rampa era el castigo por partida doble que se le había impuesto por su última pelea a puñetazos. La rampa: la bajada del tren, la selección, y luego el camino a través del bosque de abedules hasta el Pequeño Cercado Castaño, en el Kat Zet II.

—La parte más espeluznante es la selección —dijo Boris—. Deberías venir un día. Por la experiencia.

Almorcé en el comedor de oficiales (medio pollo, melocotones y natillas; sin vino), y fui a mi despacho en Buna-Werke. Tuve una reunión de dos horas con Burckl y Seedig, que trató sobre todo del lento progreso de las naves de producción de carburo; pero también quedó claro que yo estaba perdiendo la batalla en lo relativo a la reubicación de nuestra mano de obra.

Al anochecer me dirigí al cubículo de Ilse Grese, de vuelta en el Kat Zet I.
A Ilse Grese le encantaba el campo.

Llamé a la puerta de hojalata ligeramente oscilante y entré.

Como la adolescente que aún era (cumpliría veinte años el mes siguiente), Ilse estaba sentada en el catre, encorvada y con los pies ligeramente cruzados, y leía una revista ilustrada; no quiso levantar la vista de sus páginas. Su uniforme colgaba de un clavo de la viga metálica, bajo la cual yo ahora agachaba la cabeza. Llevaba una bata de casa de tejido grueso, azul oscura, y calcetines grises muy holgados. Dijo, sin volverse:

—Ajá. Huelo a islandés. Huelo a tonto del culo.

La manera habitual de tratarme de Ilse, y quizá de tratar a todos sus amigos varones, era de una languidez burlona. La mía con ella, y con cualquier mujer, al menos al principio, era profesoral y ampulosa (había llegado a este estilo para compensar mi apariencia física, que a algunas de ellas, durante un tiempo, les parecía amedrentadora). El cinturón con pistolera de Ilse estaba tirado en el suelo, y también el látigo de piel de buey, enroscado como una delgada serpiente dormida.

Me quité los zapatos. Mientras me sentaba y me apoyaba cómodamente contra la curva de su espalda pasé por encima de su hombro e hice balancear un dije de perfume importado que colgaba de una cadena dorada.

—Es el islandés tonto del culo. ¿Qué es lo que quiere?

—Vaya..., cómo tienes el cuarto, Ilse. Siempre impecable cuando estás trabajando... Te concedo eso. Pero en tu vida privada... Con lo rigurosa que eres con el orden y la limpieza de otros.

—¿Qué quiere el tonto del culo?

Dije:

—¿Qué es lo que quiere? —Y proseguí, con pausas pensativas entre las frases—. Lo que quiere es que tú, Ilse, vengas a verme a eso de las diez. Te obsequiaré con coñac y chocolate y regalos caros. Escucharé lo que me cuentes sobre tus altibajos más recientes. Mi cercanía generosa no tardará en restaurar tu sentido de la proporción. Porque el sentido de la proporción, Ilse, es algo que hemos visto que a veces, muy de cuando en cuando, te falta. O eso me cuenta Boris.

—... Boris ya no me quiere.

—Pues el otro día estuvo cantando tus alabanzas. Hablaré con él, si quieres. Espero que vengas a las diez. Después de la charla y de los regalos, habrá un interludio sentimental. Eso es lo que quiere.

Ilse siguió leyendo; un artículo que argumentaba con vehemencia, con ira incluso, que las mujeres no debían bajo ningún concepto depilarse las piernas ni las axilas.

Me levanté. Ella alzó la mirada. La boca ancha y anormalmente arrugada y

ondulante, las cuencas de los ojos de una mujer que triplicaría su edad, la abundancia y la pujanza del pelo de un rubio sucio...

—Eres un tonto del culo.

—Ven a las diez. ¿Vendrás?

—Puede —dijo, pasando una página—. Y puede que no.

En la Ciudad Vieja las viviendas eran tan primitivas que la gente de Buna-Werke se había visto obligada a construir una especie de colonia dormitorio en los arrabales rurales del este (en ella había una escuela primaria y secundaria, una clínica, varias tiendas, un figón y una taberna, además de decenas y decenas de inquietas amas de casa). Sin embargo, pronto descubrí un grupo muy oportuno de habitaciones toscamente amuebladas en una calleja empinada que partía de la plaza del mercado. En el 9 de calle Dzilka.

Tenía un grave inconveniente, sin embargo: había ratones. Después del desalojo forzoso de sus propietarios, habían sido ocupadas durante casi un año por los obreros que estaban construyendo la colonia, y la infestación de ratones se había hecho crónica. Aunque las pequeñas criaturas se las arreglaban para no ser vistas, se las oía casi constantemente dentro de las grietas y galerías, corriendo, chillando, alimentándose, reproduciéndose y criando...

En su segunda visita, mi mujer de la limpieza, la joven Agnes, trajo un gato macho grande, negro con ribetes blancos, llamado Max, o Maksik (pronunciado Macsich). Max era un cazador de ratones legendario. Todo lo que yo iba a necesitar, me dijo Agnes, era una visita de Max cada dos semanas. Max apreciaría un platillo de leche de cuando en cuando, pero no habría necesidad de que le diera nada sólido.

No pasó mucho tiempo hasta que aprendí a respetar a este predador diestro y nada molesto. Maksik parecía que iba de esmoquin: traje negro carbón, pechera blanca en triángulo perfecto, polainas blancas. Cuando se agachaba contra el suelo y estiraba las patas delanteras, sus zarpas se abrían de una forma muy bonita, como margaritas. Y cada vez que Agnes lo levantaba en sus brazos para llevárselo, Max —que había pasado el fin de semana conmigo— dejaba tras de sí un consolidado silencio.

En tal silencio me di un baño caliente, para lo cual llené la bañera, o más bien fui haciendo acopio del agua suficiente y calentándola en el fogón en cazuelas y cubos, y luego me acicalé con sumo cuidado para estar apuesto para Ilse Grese. Dispuse en la mesa su coñac y sus dulces, y cuatro pares nuevos de medias recias (desdeñaba las medias finas), y me puse a esperar mientras contemplaba el viejo castillo ducal, tan negro como Max contra el cielo del crepúsculo.

Ilse fue puntual. Lo único que dijo —y lo dijo de forma un tanto burlona, y profundamente lánguida—, en cuanto se cerró la puerta a su espalda, fue:

—Rápido.

Hasta donde pude comprobar, Hannah Doll, la mujer del comandante, llevaba a sus hijas al colegio y más tarde las recogía, pero, si exceptuamos esta rutina cotidiana, apenas salía de casa.

No asistió a ninguno de los dos *thés dansants* experimentales; ni al cóctel en el Departamento Político que ofreció Fritz Möbius; ni al estreno de gala de la comedia romántica *Dos personas felices*.

En cada una de estas ocasiones, Paul Doll no pudo sino asistir sin su mujer. Lo hacía siempre con la misma expresión en el semblante: la del hombre que heroicamente controla su orgullo herido... Tenía un modo curioso de ahuecar los labios hacia fuera, como si estuviera a punto de silbar, hasta que (o eso parecía) algún escrúpulo burgués lo asaltaba y su boca volvía a adoptar su habitual forma de pico.

Möbius dijo:

—¿No viene Hannah, Paul?

Me acerqué más a ellos.

—Está indispuesta —dijo Doll—. Ya sabes cómo son esas cosas. ¿El consabido momento del mes?

—Oh, vaya por Dios...

En cambio, yo *sí* conseguí verla bastante bien, y durante varios minutos, a través del seto ralo del otro extremo del campo de deportes (estaba paseando y me detuve un momento, haciendo como que consultaba el cuaderno). Hannah estaba en el césped, organizando el almuerzo campestre de sus hijas y de una de sus amiguitas (la hija de los Seedig, casi con certeza). Aún no había abierto la cesta de mimbre. No se sentó con ellas en la manta roja, sino que de cuando en cuando se ponía en cuclillas y volvía a levantarse con un giro vigoroso de las caderas.

Si no en el vestido, sí ciertamente en la silueta (no se le veía la cara), Hannah Doll se ajustaba al ideal nacional de la feminidad joven: impasible, rústica, de constitución idónea para la procreación y el trabajo duro. Gracias a mi apariencia física, me beneficiaba de un amplio conocimiento carnal de este tipo. Había levantado y quitado las tres capas de muchos vestidos tradicionales bávaros, había bajado muchos pololos lanosos, me había echado al hombro muchos zuecos con clavos.

¿Cuánto medía? Un metro noventa. Tenía el pelo de un tono blanco como de escarcha. El puente flamenco de la nariz, el pliegue desdeñoso de la boca, la beligerancia bien proporcionada de la barbilla... Las junturas en ángulo recto de las mandíbulas parecían remachadas en su sitio debajo de las minúsculas florituras de las orejas. Tenía los hombros planos y anchos, el pecho como una losa, la cintura delgada; el pene extensible, menudo (como es normal) en reposo, y de pronunciado

prepucio, los muslos sólidos como mástiles labrados, las rodillas cuadradas, las pantorrillas miguelangelianas, los pies algo menos flexibles y bien formados que las grandes aspas tentaculadas de las manos. Para redondear la panoplia de estos atractivos oportunos y propicios, mis ojos glaciales son de un azul cobalto.

Todo lo que precisaba era una palabra del tío Martin; una orden específica del tío Martin, que estaba en la capital, y me pondría en acción.

—Buenas tardes.

—¿Sí?

En los escalones de la casa de campo anaranjada me vi frente a un pequeño e inquietante personaje vestido con gruesas prendas de punto de lana (chaleco y falda) y brillantes hebillas plateadas en los zapatos.

—¿Está el señor de la casa? —pregunté. Sabía perfectamente que Paul Doll estaba en otra parte. Estaba en la rampa con los médicos, y con Boris y otros muchos, para recibir al Tren Especial 105 (y se temía que el Tren Especial 105 iba a ser problemático)—. Verá, tengo una absoluta urgencia de...

—¿Humilia? —dijo una voz—. ¿Qué pasa, Humilia?

Hubo un desplazamiento de aire más atrás de la mujer que me había abierto la puerta y allí estaba ella, Hannah Doll, de nuevo de blanco, brillando trémulamente en las sombras. Humilia tosió cortésmente y se retiró.

—Señora, siento importunarla —dije—. Me llamo Golo Thomsen. Es un placer saludarla.

Dedo a dedo, fui quitándome briosamente el guante de gamuza y le tendí la mano, que ella aceptó. Dijo:

—¿Golo?

—Sí. Bueno, fue mi primera tentativa de decir Angelus. Me salió un disparate, como ve, pero prendió. Nuestras meteduras de pata nos persiguen toda la vida, ¿no cree?

—¿En qué puedo ayudarle, señor Thomsen?

—Señora Doll, tengo algo muy urgente que comunicarle al comandante.

—¿Oh?

—No quiero ser melodramático, pero en la Cancillería se ha tomado una decisión que sé que para su marido es de sumo interés.

La señora Doll siguió mirándome: me evaluaba abiertamente.

—Le vi una vez —dijo—. Lo recuerdo porque no llevaba uniforme. ¿Alguna vez se pone uniforme? ¿Qué hace exactamente?

—Hago de enlace —dije, e hice una pequeña reverencia.

—Si es importante supongo que será mejor que le espere. No sé donde está. —Se encogió de hombros—. ¿Le apetece un poco de limonada?

—No... No quiero causarle ninguna molestia.

—No me causa ninguna molestia. ¿Humilia?

Ahora estábamos en el fulgor rosado de la pieza principal; la señora Doll de pie y de espaldas a la chimenea, el señor Thomsen frente a la ventana central mirando hacia las torres de vigilancia que rodeaban el recinto y hacia todo lo que alcanzaba a verse de la Ciudad Vieja, más allá.

—Encantador. Esto es encantador. Dígame —dije, con una sonrisa compungida—: ¿sabe guardar un secreto?

La mirada de la señora Doll se hizo más fija. Vista de cerca, el tono de su piel era más sureño, más latino, y sus ojos de un color muy poco patriótico: castaño oscuro, como de caramelo húmedo, con un brillo viscoso. Dijo:

—Sí, sé guardar un secreto. Cuando quiero hacerlo.

—Oh, estupendo. El caso es que... —dije, con absoluta falsedad—, el caso es que me interesan mucho los interiores, el mobiliario y el diseño. Entenderá por qué no me gustaría que eso se divulgara. No es muy masculino.

—No, supongo que no.

—¿Fue idea suya..., todo este mármol?

Esperaba entretenerla, y también conseguir que se pusiera en acción. Ahora Hannah Doll hablaba, hacía gestos, iba de una ventana a otra, y yo tenía ocasión de asimilar lo que veía. Sí, su constitución era ciertamente de una calidad espléndida: fruto de una vasta empresa de coordinación estética. Su cabeza, la largura de su boca, el poder de sus dientes y mandíbulas, la textura flexible de sus mejillas... Tenía la cabeza cuadrada, pero bien formada, con los huesos arqueados hacia arriba y hacia fuera. Dije:

—¿Y el mirador cubierto?

—Había que elegir entre eso o...

Humilia entró por las puertas abiertas con una bandeja en la que llevaba la jarra de piedra y dos platos de galletas y pastelillos.

—Gracias, Humilia, querida.

Cuando nos quedamos de nuevo solos, dije con voz suave:

—Su criada, señora Doll... ¿Es por casualidad una Testigo?

Hannah se contuvo hasta que alguna vibración doméstica, imperceptible para mí, le permitió seguir, aunque no exactamente en un susurro:

—Sí, lo es. Yo no los entiendo. Tiene cara religiosa, ¿no le parece?

—Sí, claro que la tiene. —La cara de Humilia era acusadamente indefinida; indefinida en cuanto al sexo e indefinida en cuanto a la edad (una mezcla poco armónica entre femenina y masculina, entre joven y vieja). Su semblante, sin embargo, bajo el denso tupé en forma de mata de berros, irradiaba una terrible autosuficiencia—. Son las gafas sin montura.

—¿Qué edad diría usted que tiene?

—Mmm... ¿Treinta y cinco?

—Tiene cincuenta. Creo que tiene ese aspecto porque piensa que no va a morirse nunca.

—Ya. Bien, eso tiene que dar muchos ánimos.

—Y todo sería tan sencillo... —Se inclinó y sirvió limonada, y nos sentamos, Hannah en el sofá acolchado y yo en una silla de madera rústica—. Lo único que tendría que hacer es firmar un documento, eso es todo. Y sería libre.

—Ya. *Apostatar*, como suele decirse.

—Sí, pero verá... Humilia no podría sentir más devoción por mis dos hijas. Y tiene un hijo propio. Un chico de doce años, que está bajo la tutela del Estado. Y lo único que tendría que hacer es firmar un papel e ir a recogerlo. Y no lo hace. Ni lo hará.

—Es curioso, ¿no? Me han dicho que al parecer les *gusta* el sufrimiento. —Recordé lo que me contó Boris de un Testigo en el poste de flagelación; pero no iba a brindar a Hannah el relato de cómo el Testigo pedía más latigazos—. Gratifica su fe.

—Parece.

—Disfrutan con ello.

Faltaba poco para las siete, y la luz púdica de la sala se atenuó y asentó súbitamente... Había tenido muchos éxitos notables en esta fase del día, muchos triunfos asombrosos, cuando el crepúsculo —aún sin el antagonismo de lámpara o farol— parece otorgar un permiso impalpable —susurros de posibilidades insólitas—. ¿Me rechazaría con firmeza, realmente, si me unía a ella calladamente en el sofá, y después de algunos cumplidos en voz queda le cogía la mano y (según su reacción) le deslizaba con suavidad los labios por la base del cuello? ¿Lo haría?

—Mi marido... —dijo, y calló, como afinando el oído.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire y, por un instante, sentí la sacudida de tal recordatorio: el hecho cada vez más inquietante de que su marido era el comandante. Pero me esforcé por seguir mostrando seriedad y respeto. Dijo:

—Mi marido piensa que tenemos mucho que aprender de ellos.

—¿De los Testigos? ¿Qué?

—Oh, ya sabe —dijo con voz sin inflexiones, casi somnolienta—. La fuerza de sus creencias. Una fe inquebrantable.

—Las virtudes del fervor.

—Es lo que todos deberíamos tener, ¿no?

Me eché hacia atrás en la silla, y dije:

—Se puede entender por qué su marido admira su fanatismo. Pero ¿qué piensa de su pacifismo?

—Su pacifismo no. Obviamente. —Con la voz medio aletargada, prosiguió—: Humilia no le limpia el uniforme. Ni le saca brillo a las botas. Y eso a él no le gusta.

—No, seguro que no.

En este punto me vi registrando cuán a conciencia la invocación del comandante

había hecho bajar el tono de aquel tan prometedor y moderadamente cautivador encuentro. Así que improvisé unos aplausos y dije:

—Su jardín, señora Doll. ¿Podríamos...? Me temo que tengo que hacerle otra confesión bastante avergonzante. Adoro las flores.

Era un espacio dividido en dos: a la derecha, un sauce, en parte ocultando los anexos bajos de la casa y la pequeña red de senderos y paseos donde sin duda a sus hijas les encantaba jugar y esconderse; a la izquierda, los arriates pletóricos, el césped cuidadosamente cortado, la cerca blanca..., y, más allá, el Edificio del Monopolio en su pendiente arenosa, y aún más allá las primeras manchas rosadas del ocaso.

—Un paraíso. Qué esplendorosos tulipanes...

—Son amapolas —dijo Hannah.

—Amapolas, claro. ¿Qué son aquellas de allí?

Al cabo de unos minutos, la señora Doll, que hasta entonces no había sonreído en mi compañía, soltó una carcajada de eufónica sorpresa y dijo:

—No sabe *nada* de flores, ¿verdad? Ni siquiera... No sabe nada de flores.

—*Sí sé* algo de flores —dijo, acaso peligrosamente envalentonado—. Y es algo que no saben muchos hombres: por qué a las mujeres les gustan tanto las flores.

—Adelante, pues.

—De acuerdo. Las flores hacen que las mujeres se sientan hermosas. Cuando obsequio a una mujer con un lujoso ramo de flores, sé que la hará sentirse hermosa.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Mi madre. Que en gloria esté.

—Bien, pues tenía razón. Te sientes como una estrella de cine. Durante días y días.

Dije, como embriagado:

—Y ello dice mucho en favor de las dos. En favor de las flores y en favor del sexo femenino.

Y entonces Hannah me preguntó:

—¿Y *usted* sabe guardar un secreto?

—Puede tener la certeza.

—Venga.

Yo creía en la existencia de un mundo escondido paralelo al mundo que conocíamos; existía en potencia; para lograr ser admitido en él tenías que pasar a través del velo o película de lo cotidiano, y *actuar*. Con paso apresurado, Hannah Doll me condujo por el sendero de ceniza que llevaba al invernadero, y aún había luz, ¿y habría sido tan extraño, realmente, apremiarla para que entrara en él e inclinarme hacia ella y reunir en mis manos caídas los pliegues blancos de su vestido? ¿Lo

habría sido? ¿Aquí? ¿Donde todo estaba permitido?

Abrió la puerta (la mitad era del cristal) y, sin entrar del todo, se agachó y hurgó en una maceta que había en un estante bajo... A decir verdad, hacía siete u ocho años que en mis transacciones amorosas no albergaba en mí ni un solo pensamiento decente (antes era una especie de romántico; pero dejé de serlo). Y mientras miraba cómo el cuerpo de Hannah se inclinaba hacia delante, con las nalgas en tensión y una pierna poderosa alzada y adelantada para conservar el equilibrio, me dije a mí mismo: Éste sí que sería un *gran polvo*. Un *gran polvo*: eso es lo que me dije a mí mismo.

Enderezando el cuerpo, me encaró y abrió la palma. ¿Y qué me enseñó? Un paquete arrugado de Davidoff: un paquete de cinco, en el que quedaban tres.

—¿Quiere uno?

—No fumo cigarrillos —dije, y saqué de los bolsillos un encendedor caro y una lata de puritos suizos. Me acerqué a ella, rasqué la piedra y saltó la llama, y la protegí de la brisa con la mano...

Este pequeño ritual era de una importancia socio sexual de primer orden, porque los dos, tanto ella como yo, vivíamos en una tierra en la que equivalía a un acto de connivencia ilícita. En bares y restaurantes, en hoteles, en estaciones de tren, etcétera, veías carteles impresos en los que se leía: SE INSTA A LAS MUJERES A QUE NO HAGAN USO DEL TABACO. Y, en la calle, cierto tipo de hombres —muchos de ellos fumadores— se sentían obligados a reprender a las mujeres descarriadas que fumaban, y a arrancarles el cigarrillo de los dedos, e incluso de los labios.

Dijo:

—Sé que no debería.

—No les haga caso, señora Doll. Preste atención a nuestro poeta. *Ha de abstenerse. Ha de abstenerse. La eterna canción.*

—Creo que ayuda un poco —dijo ella—, con este olor.

La última palabra estaba aún en su lengua cuando oímos algo, algo que traía el viento... Un acorde trémulo, indefenso, el son de una fuga de consternación y horror humanos. Seguimos allí quietos, con los ojos cada vez más abiertos. Sentí cómo mi cuerpo se crispaba en previsión de más y más grandes alarmas. Pero entonces sobrevino un silencio estridente, como el zumbido de un mosquito en el oído, seguido, medio minuto después, por una vacilante y gradual profusión de violines.

No parecía existir el habla. Seguimos fumando, con chupadas silenciosas.

Hannah puso las dos colillas en una bolsa de semillas vacía, que acto seguido enterró en el cubo sin tapa de la basura.

—¿Cuál es tu postre preferido?

—Mmm... La sémola —dije.

—¿La sémola? La sémola es *horrorosa*. ¿Qué tal bizcocho borracho, fruta, gelatina y nata?

—Ese postre también tiene su aquél.

—¿Qué preferirías ser, ciego o sordo?

—Ciego, Paulette —dije.

—¿Ciego? Ser ciego es *mucho* peor. ¡Sordo!

—Ciego, Sybil —dije—. Todo el mundo se compadece de los ciegos. Pero todo el mundo *odia* a los sordos.

Pienso que lo había hecho bastante bien con las chicas, en dos cosas: sacando varias bolsitas de caramelos franceses y, sobre todo, disimulando mi sorpresa cuando me dijeron que eran mellizas. Aunque no idénticas, Sybil y Paulette eran dos hermanas nacidas en el mismo parto. Pero no se parecían en lo más mínimo; Sybil había salido a la madre, mientras que Paulette, bastantes centímetros más baja, había cumplido la promesa sombría que llevaba implícita en su nombre de pila.

—Mamá —dijo Paulette—, ¿qué ha sido ese ruido horrible?

—Oh, gente que anda por ahí haciendo el tonto. Hacen como que es la Noche de Walpurgis y se dedican a asustarse unos a otros.

—Mamá —dijo Sybil—, ¿por qué papá sabe siempre si me he lavado los dientes?

—¿Qué?

—Siempre acierta. Le pregunto cómo lo sabe y me dice: *Papá lo sabe todo*. Pero ¿cómo lo sabe?

—Te toma el pelo. Humilia, aunque es viernes vamos a bañarlas.

—Oh, mamá. ¿Podemos estar diez minutos con Bohdan y Torquil y Dov?

—Cinco minutos. Dadle las buenas noches al señor Thomsen.

Bohdan era el jardinero polaco (viejo, alto y, por supuesto, muy delgado); Torquil era su mascota, una tortuga, y Dov, al parecer, era el quinceañero que ayudaba a Bohdan. Bajo las ramas envolventes del sauce estaban las mellizas agachadas, Bohdan, otra ayudante (una chica de la localidad llamada Bronislawa), Dov y la diminuta Humilia, la Testigo...

Estábamos mirándolos, y Hannah dijo:

—Era catedrático de zoología, Bohdan. En Cracovia. Imagínate. Estaba allí... Y ahora está aquí.

—Ya. Señora Doll, ¿con cuánta frecuencia va a la Ciudad Vieja?

—Oh, la mayoría de los días de diario. A veces viene Humilia, pero normalmente las llevo yo al colegio y luego las recojo.

—Las habitaciones que tengo allí... Estoy tratando de hacerlas más agradables, y me he quedado sin ideas. Seguramente será cuestión de las cortinas y demás. Me preguntaba si usted podría pasarse un día para ver lo que opina al respecto.

Antes de lado. Ahora cara a cara.

Se cruzó de brazos y dijo:

—¿Y cómo cree que podría organizarme para algo así?

—No hay mucho que organizar, ¿no le parece? Su marido no lo sabría nunca. — Llegué tan lejos porque la hora que había pasado con ella me había convencido por completo de que alguien como ella no podía en absoluto sentir cariño (el menor

cariño) por alguien como él—. ¿Lo pensará?

Me miró fijamente el tiempo suficiente para ver cómo mi sonrisa empezaba a congelarse.

—No, señor Thomsen, ésa es una sugerencia bastante temeraria... Y usted no entiende. Aunque crea que sí entiende. —Retrocedió un paso—. Entre en la casa por esa puerta si sigue queriendo esperarle. Vaya. Puede leer el *Observer* del miércoles.

—Gracias. Gracias por su hospitalidad, Hannah.

—De nada, señor Thomsen.

—La veré, ¿no, señora Doll? El domingo de la semana que viene. El comandante tuvo la amabilidad de pedirme que asistiera.

Se cruzó de brazos y dijo:

—Entonces supongo que le veré. Hasta entonces.

—Hasta entonces.

Con dedos impacientes y temblorosos, Paul Doll puso boca abajo la licorera sobre su copa grande de coñac. Bebió, como para apagar la sed, y se volvió a servir. Dijo, por encima del hombro:

—¿Quiere una copa de esto?

—Si no le importa, comandante —dije—. Oh..., muchas gracias.

—Así que lo han decidido. ¿Sí o no? Déjeme que lo adivine. Sí.

—¿Por qué está tan seguro?

Fue hasta la butaca de cuero y se dejó caer en ella. Y se desabotonó con brusquedad la guerrera.

—Porque me causará más dificultades. Ése parece ser su principio rector. Pongámoselo más difícil a Paul Doll.

—Tiene razón; como de costumbre, señor. Yo me opuse, pero va a ser así. Kat Zet III... —empecé a decir.

En la repisa de la chimenea del despacho de Doll había una fotografía enmarcada —de aproximadamente medio metro cuadrado— de aspecto profesional (el fotógrafo no era el comandante: era de antes de que Doll fuera destinado allí). El fondo estaba claramente dividido en dos; en una mitad había una luminosidad neblinosa, y en la otra, una densa oscuridad como de fieltro. Una muy joven Hannah estaba de pie en la zona de luz, en primera línea (era un escenario..., ¿un baile?, ¿una mascarada?, ¿teatro de aficionados?), con un vestido de noche con ceñidor, y con un ramo de flores en los brazos enguantados hasta el codo. Sonreía, radiante, y llena de embarazo

ante la intensidad de su propio deleite. El vestido era de una tela muy fina, y muy ceñido en la cintura, y tenías toda su figura ante los ojos...

Era de hacía trece o catorce años..., y hoy Hannah estaba *mucho* mejor.

Dicen que una de las manifestaciones más terroríficas de la naturaleza es un elefante macho en estado de *must*. Segregan un líquido maloliente por unos conductos que desembocan en ambos lados de la frente, líquido que se desliza por la piel hasta las junturas de las mandíbulas. En tal estado, el elefante arremete con los colmillos contra jirafas e hipopótamos, y les quiebra el lomo a rinocerontes amedrentados. Era el *celo* del elefante macho.

Must: viene —vía urdu— del persa *mast* o *maest*: «intoxicado». Pero yo me he conformado con el verbo modal *must*. Debo, debo..., sencillamente *debo*.

A la mañana siguiente (era sábado) me escabullí del campo de trabajo de Buna con un maletín pesado y volví a la calle Dzilka, donde empecé a elaborar el informe semanal de mi competencia, que incluiría, por supuesto, toda una serie de evaluaciones sobre el nuevo servicio público en Monowitz.

A las dos tuve una visita; y durante los cuarenta y cinco minutos siguientes estuve con una joven llamada Loremarie Ballach. Esta cita era también una despedida. Era la mujer de Peter Ballach, un colega (un metalurgista simpático y competente). A Loremarie no le gustaba estar aquí, y a su marido tampoco. La coalición metalúrgica había autorizado su vuelta a la sede central.

—No me escribas —dijo mientras se vestía—. No hasta que todo esto haya pasado.

Seguí trabajando. Tanto cemento, tanta madera, tanto alambre de espino. De vez en cuando sentía alivio, y también pesar, porque lo de Loremarie hubiera acabado (tendría que buscarme una sustituta). Los casanovas adúlteros tienen un lema: *Seducer a la mujer, difamar al marido*. Y cuando estaba en la cama con Loremarie siempre sentía un poco de incomodidad por Peter..., sus labios gruesos, su risa crepitante, su chaleco mal abotonado.

Eso no sucedería en el caso de Hannah Doll. El hecho de que Hannah se hubiera casado con el comandante no era una buena razón para enamorarme de ella, pero sí era una razón lo bastante buena para acostarme con ella. Seguí trabajando, sumando, restando, multiplicando, dividiendo, y anhelando oír la motocicleta de Boris (con su acogedor sidecar).

A eso de las ocho y media me levanté del escritorio, con idea de ir a buscar una botella de Sancerre en el frigorífico sujeto con cuerdas.

Max —Maksik— estaba sentado todo erguido e inmóvil sobre las tablillas blancas desnudas. Bajo una de sus patas, sujeto por una zarpa indolente, había un

minúsculo y polvoriento ratón gris. Aún tembloroso y con vida, miraba a Max desde el suelo, y parecía sonreír, parecía dirigirle una sonrisa de disculpa. Luego la vida abandonó su cuerpo mientras Max miraba hacia otra parte. ¿Había sido la presión de la zarpa? ¿El miedo mortal? Fuera lo que fuere, Max se dispuso de inmediato a disfrutar de su comida.

Salí y bajé la cuesta en dirección a la Stare Miasto. Vacía, como bajo el toque de queda.

¿Qué había dicho el ratón? Había dicho: *Lo único que puedo ofrecer en señal de mitigación, de aplacamiento, es la totalidad, la perfección de mi indefensión.*

¿Qué había dicho el gato? El gato no había dicho nada, como es lógico. Vítreo, radiante, imperial, de otro orden de cosas, de otro mundo.

Cuando volví a mis habitaciones, Max estaba tumbado en la alfombra del estudio. El ratón había desaparecido: Max lo había devorado sin dejar ni rastro, con cola y todo.

Aquella noche, sobre la negrura sin fin de la llanura euroasiática, el cielo porfió en su índigo y violeta hasta muy tarde; el color de un hematoma debajo de una uña.

Era agosto de 1942.

2. DOLL: LA SELECCIÓN

—Si Berlín cambia de opinión —dijo mi visitante—, se lo haré saber. Que duerma bien, comandante. —Y se fue.

Como cabría esperar, el incidente pavoroso de la rampa me había dejado un dolor de cabeza insoportable. Había tomado ya 2 aspirinas (650 mg; a las 20.43), y sin duda confiaría en un Phanodorm a la hora de dormir. Ni una palabra solícita por parte de Hannah, por supuesto. Mientras me viera claramente estremecido hasta las entrañas, no haría más que volverse con la barbilla levemente alzada; como si, faltaría más, *sus* tribulaciones fueran más grandes que las mías...

Ah, ¿qué pasa, mi muy querida señora? ¿Le han estado «dando mucha guerra» esas dos chiquillas malas? ¿Bronislawa ha vuelto a ser insuficiente? ¿Sus preciosas amapolas se niegan a florecer? Querida, oh, querida..., oh, eso es algo demasiado trágico, casi imposible de soportar. Tengo algunas sugerencias, querida mía. ¡Intente hacer algo por su país, *Madam!* ¡Intente vérselas con saboteadores depravados como Eikel y Prüfer! ¡Intente conseguir que se aplique la Custodia Preventiva a 30, 40, 50.000 personas!

Inténtelo, fina dama, intente recibir al Sonderzug 105...

Bien, no puedo alegar que no se me hubiera advertido. ¿O sí? Se me puso en guardia, cierto, pero para otra eventualidad completamente diferente. Tensión acusada, luego alivio extremo; luego, de nuevo, presión drástica. Ahora debería estar disfrutando de un momento de respiro. Pero ¿qué me encuentro al llegar a casa? Más dificultades.

El campo de concentración 3, claro está. ¡Cómo no voy a estar a punto de que me estalle la cabeza!

Tenía 2 telegramas. El comunicado oficial, de Berlín, rezaba así:

25 DE JUNIO
BOURGET-DRANCY SAL 01.00 LLEG COMPIÈGNE 03.40 SAL 04.40 LLEG LAON 06.45 SAL 07.05
LLEG REIMS 08.07 SAL 08.38 LLEG FRONTERA 14.11 SAL 15.05
26 DE JUNIO
LLEGADA KZA (I) 19.03 FIN

Al estudiar este primer telegrama con detenimiento, uno lógicamente pensaba en un transporte «suave», ya que los evacuados iban a pasarse 2 días en tránsito. Sí, pero a este telegrama le seguía otro, de París:

QUERIDO CAMARADA DOLL STOP COMO VIEJO AMIGO ACONSEJO CAUTELA EXTREMA
TREN ESPECIAL 105 STOP TUS APTITUDES PUESTAS A PRUEBA HASTA LÍMITE STOP ÁNIMO
STOP WALTHER PABST SALUDOS DESDE SACRÉ COEUR FIN

Al cabo de los años he llegado a tener una máxima: *¿Has fracasado en tu preparación? ¡Prepárate para fracasar!* Así que hice mis preparativos conforme a ella.

Eran las 18.57; y estábamos preparados.

Nadie puede decir que no tengo una figura impresionante en la rampa: sacando pecho, con los puños macizos sobre las caderas ceñidas por los pantalones de montar, y las suelas de las botas altas separadas un metro como mínimo. ¿Y con qué contaba? Tenía conmigo a mi número 2, Wolfram Prüfer, a 3 jefes de tareas, a 6 médicos y otros tantos miembros del personal de desinfección, a mi prisionero de confianza el Sonderkommandoführer Szmul, con su equipo de 12 hombres (3 de los cuales hablaban francés), 8 capos más la brigada de mangueras, y 1 compañía de asalto de 96 hombres a las órdenes del capitán Boris Eltz, reforzada por una unidad de 8 miembros con una ametralladora pesada de munición de cinta montada sobre un trípode y con 2 lanzallamas. También había solicitado contar con a) el supervisor veterano Grese y su pelotón (Grese se mostraba admirablemente firme con las mujeres recalcitrantes), y de b) la «orquesta» que teníamos ahora; no la acostumbrada porquería de banjos y acordeones y didgeridoos, sino un «septeto» de violinistas de primera categoría de Innsbruck.

(Me *gustan* los números. Hablan de lógica, exactitud y ahorro. A veces dudo un poco acerca de «uno»; si denota cantidad o se utiliza como... «pronombre». Pero la cuestión es la coherencia. Y me *gustan* los números. Los números, los numerales, los

enteros. ¡Los dígitos!)

Las 19.01 pasaron lentamente a ser las 19.02. Sentimos los zumbidos y temblores de las vías férreas, y yo sentí además una oleada de energía y fuerza. Allí estábamos, bastante inmóviles de momento, unas figuras esperando en la vía muerta, al fondo de una planicie en cuesta, semejante a una estepa en su vastedad. La vía se perdía a media distancia, donde el Tren Especial 105 se materializó al fin en el horizonte.

Se acercaba. Levanté mis potentes prismáticos con frialdad: la alta mole de la locomotora, con su ojo único, con su morro achaparrado. Ahora se ladeaba todo él en el ascenso.

—Vagones de pasajeros —dije. No era extraño que los hubiera en los transportes procedentes del oeste—. Un momento —dije—. 3 *clases*... —El tren pasó a nuestro lado: vagones amarillos y de color terracota. *Première, Deuxième, Troisième* — JEP, NORD, *La Flèche d'Or*. El profesor Zulz, nuestro jefe médico, dijo secamente:

—¿Tres clases? Bueno, ya sabe cómo son los franceses. Lo hacen todo con estilo.

—Gran verdad, profesor —respondí—. Incluso en la forma que tienen de levantar la bandera blanca hay cierto..., cierto *je ne sais quoi*. ¿No?

El buen médico rió ahogadamente de buena gana, y dijo:

—Condenado Paul. *Touché*, mi Kommandant.

Oh, sí, bromeábamos y sonreíamos como colegas, pero que nadie se equivoque: estábamos listos. Hice una seña con la mano derecha al capitán Eltz, mientras la tropa —con órdenes de distanciarse— tomaba posiciones a lo largo de la vía muerta. El *Flèche d'Or* llegó hasta nosotros, frenó y se detuvo con un fiero suspiro neumático.

Lo cierto es que tienen razón cuando dicen que 1.000 por tren es la «regla general» más atinada (y de ellos seleccionaremos y pondremos a la izquierda hasta un 90 %). Ya me estaba temiendo, sin embargo, que las directrices de costumbre no me iban a ser de gran ayuda en aquel caso.

Las primeras en bajar no fueron las habituales figuras de militares o gendarmes uniformados, sino un contingente disperso y desorientado de «camareros» de mediana edad (llevaban bandas blancas en las mangas de los trajes civiles). La locomotora emitió un último jadeo exhausto, y el lugar quedó sumido en el silencio.

Se abrió la puerta de otro vagón. ¿Y quién se apeó de él? Un chiquillo de unos 8 o 9 años, con un traje de marinero de pantalones exageradamente acampanados; luego un anciano con abrigo de astracán; y luego una figura con aire de arpía encorvada sobre el puño de perla de un bastón de ébano; tan encorvada, de hecho, que el bastón era demasiado alto para ella, lo que la obligaba a alzarse para poder poner la palma de la mano sobre el pomo satinado. Ahora se iban abriendo las puertas de los demás vagones, y empezaban a bajar el resto de los pasajeros.

Bien, para entonces yo sonreía abiertamente y sacudía la cabeza, y maldecía calladamente al viejo lunático de Walli Pabst; ¡su telegrama de «advertencia» no era más que una broma pesada!

¿Un envío de 1.000? No eran ni 100. En cuanto a la selección: si se exceptuaban a

unos pocos, todos tenían menos de 10 años o más de 60; e incluso los jóvenes adultos estaban —por así decir— ya seleccionados.

Veamos. Ese varón de 30 años tiene el pecho ancho, cierto, pero tiene también un pie deforme. Esa joven musculosa está en la plenitud de su fuerza, sin duda, pero lleva un hijo en las entrañas. Y por todas partes: ortopedias de espaldas, bastones de ciegos.

—Bien, profesor, vaya a hacer su trabajo —dije, a modo de pulla—, que pone duramente a prueba su pericia para los pronósticos.

Zulz, por supuesto, me miraba con ojos danzarines.

—No tema —dijo—. Asclepio y Panacea acuden presurosos en mi ayuda. *Mi vida y mi oficio serán siempre puros y sagrados*. Paracelso será mi guía.

—Le diré una cosa. Vuelva a la *Ka Be*^[2] —le sugerí—, y haga algo de trabajo de selección. O tome una cena temprana. Hay pato escalfado.

—Oh, bien —dijo él, sacando una petaca—. En ello estamos. ¿Le apetece un trago? Hace una noche espléndida. Le haré compañía, si no le importa.

Despidió a los médicos auxiliares. Yo también di órdenes al capitán Eltz, y reduje mis fuerzas, quedándome con sólo un pelotón de 12 hombres, 6 Sonders^[3], 3 Kapos, 2 desinfectadores (¡precaución muy sensata, como se vería luego!), los 7 violinistas y el supervisor veterano Grese.

En ese momento, la pequeña anciana encorvada se destacó del grupo de recién llegados que se arremolinaban, vacilantes, y, con desconcertante rapidez, cojeó hacia nosotros como un cangrejo que se escabulle. Temblando de pies a cabeza, conteniendo la ira, dijo (en un alemán bastante bueno):

—¿Está usted al mando?

—Sí, señora.

—¿Se da cuenta —dijo, con la mandíbula trémula—, se *da cuenta* de que en este tren no había vagón restaurante?

No me atreví a buscar la mirada de Zulz.

—¿No había vagón restaurante? Qué barbaridad.

—Y nada de servicio en absoluto. ¡Ni siquiera en primera clase!

—¿Ni siquiera en primera clase? Qué oprobio.

—Lo único que hemos podido comer es el embutido que llevábamos nosotros. ¡Y casi se nos terminó el agua mineral!

—Monstruoso.

—¿Por qué se ríe? Se está riendo. ¿Por qué se está riendo?

—Retroceda, señora, si no le importa —farfullé—. ¡Supervisor veterano Grese!

Y así, mientras iban apilando los equipajes cerca de las carretillas de mano, y mientras los viajeros formaban en una columna ordenada (mis Sonders moviéndose entre ellos diciéndoles en un murmullo: «*Bienvenus, les enfants*», «*Êtes-vous fatigué, Monsieur, après votre voyage?*»)^[4], repasé irónicamente recuerdos del viejo Walther Pabst. Él y yo estuvimos en la campaña del Rossbach Freikorps. ¡Cómo les hacíamos

sudar y resoplar con los castigos que les infligíamos a los maricas rojos en Múnich y Mecklemburgo, en el Ruhr y la Alta Silesia, y en las tierras bálticas de Letonia y Lituania! ¡Y cómo tantas veces, durante los largos años de prisión (después de ajustarle las cuentas a Kadow el traidor en el asunto Schlageter del 23), nos quedábamos en vela en la celda y, entre infinitas partidas de «brag de dos cartas», y debates, a la luz parpadeante de las velas, sobre los puntos más candentes de la filosofía!

Alcancé el megáfono y dije:

—*Saludos a todos. No voy a dorarles la píldora. Están aquí para recuperarse, y luego para que vayan a las granjas donde tendrán un trabajo honrado a cambio de alojamiento y manutención decentes. No vamos a pedirle demasiado a ese niño de ahí, el del traje de marinero, ni a usted, señor del elegante abrigo de astracán. A cada uno según sus talentos o habilidades. ¿De acuerdo? ¡Muy bien! En primer lugar, les escoltaremos hasta la sauna para que tomen un baño caliente antes de instalarse en sus habitaciones. Es un trayecto corto a través del bosque de abedules. Dejen sus maletas aquí, por favor. Pueden recogerlas luego en la casa donde van a hospedarse. Acto seguido se les servirá té y sándwiches de queso, y más tarde habrá un estofado muy caliente. ¡Adelante, pues!*

Como cortesía añadida le tendí el megáfono al capitán Eltz, que repitió en francés lo esencial de mi alocución. Luego, con toda naturalidad, me pareció, echamos a andar todos al paso, mientras la anciana díscola, por supuesto, se quedaba en la rampa para que el supervisor veterano Grese se ocupara de ella como correspondía.

Y yo pensaba: ¿Por qué no es siempre así? Así sería siempre, si yo lo hiciera a mi manera. Un viaje cómodo seguido de una recepción amistosa y digna. ¿Para qué necesitábamos, en realidad, las puertas estruendosas de aquellos furgones de mercancías, las cegadoras luces de arco, el terrible griterío («¡Fuera! ¡Salgan fueran! ¡Rápido! ¡Más rápido! ¡MÁS RÁPIDO!»), los perros, las porras, los látigos? ¡Y lo civilizado que parecía el KL al cada vez más denso fulgor del crepúsculo, y cómo refulgían los abedules! Había, ha de decirse, ese olor característico (y algunos de los recién llegados lo percibían con ligeras sacudidas de cabeza), pero al cabo de un día de alta presión con brisa ni siquiera eso era particularmente...

Se acercaba aquel maldito, aquel odioso *camión*, del tamaño de un furgón de mudanzas pero de aspecto tosco —e inequívocamente canalla—, cuyas ballestas crujían y cuyo tubo de escape hacía un ruido estruendoso, cubierto de incrustaciones de herrumbre, con la lona verde fluctuando al aire, mientras el chófer, de perfil, con una colilla en los labios, bamboleaba el brazo tatuado por fuera de la ventanilla de la cabina. Frenó con brusquedad, derrapó y se detuvo con una sacudida al cruzar las vías, y las ruedas gimieron tratando de aferrarse al suelo. El camión se escoró peligrosamente hacia la izquierda, y el faldón lateral de la lona se infló hacia lo alto, y entonces, durante 2 o 3 segundos, quedó expuesto su cargamento.

Era una visión no menos familiar que la lluvia de primavera o las hojas del otoño: nada más que el diario desecho natural del KL1 camino del KL2. Pero, por supuesto, nuestros parisinos empezaron a emitir un aullido lloriqueante; Zulz levantó de manera refleja los antebrazos como para repelerlo, e incluso el capitán Eltz giró la cabeza hacia mí al instante. El fracaso total del aquel traslado estaba a punto de producirse...

Ahora bien, uno no llega lejos en el asunto de la Custodia Preventiva si no es capaz de pensar sobre la marcha y mostrar un poco de presencia de ánimo. Muchos Kommandanten, me atrevo a afirmar, habrían dejado que la situación degenerara de inmediato en algo rotundamente desagradable. Resulta que Paul Doll, sin embargo, está hecho de otra pasta. Con un gesto mudo de la mano, di la orden. No a mis soldados, no, ¡sino a mis músicos!

El breve interludio resultó algo bastante duro, he de reconocer, pues los primeros compases de los violines no consiguieron sino duplicar y reforzar aquel grito desvalido y trémulo. Pero después la melodía prendió; el camión mugriento y sus lonas aleteantes lograron liberarse de las vías y siguió descendiendo por la carretera que describía media luna (y pronto se perdió de vista). Y seguimos caminando.

Fue justo como yo lo había percibido instintivamente: *nuestros huéspedes fueron absolutamente incapaces de asimilar lo que acababan de ver*. Luego sabría que eran los residentes de 2 instituciones de lujo: una residencia de ancianos y un orfanato (ambos financiados por los más infames de todos los estafadores, los Rothschild). Nuestros parisienses ¿qué sabían de guetos, de pogromos, de razias? ¿Qué sabían ellos de la noble furia de la gente?

Avanzamos todos como de puntillas; sí, caminamos de puntillas por el bosque de abedules, entre los troncos grises plateados...

Los abedules descortezándose, el Pequeño Cercado Castaño con su empalizada de madera y los geranios y caléndulas en macetas, la pieza donde desnudarse, la cámara. Me di media vuelta con gesto airoso en el momento en que Prüfer dio la señal y supe que las puertas estaban ya cerradas a cal y canto.

Ahora eso ha mejorado. La 2.^a aspirina (650 mg; a las 22.43) cumple su función, su labor de consuelo, de ablución. Es realmente el «remedio milagroso»; y me dicen que jamás ha habido medicamento más barato. ¡Dios bendiga a la IG Farben! (A modo de recordatorio: encargar una remesa de *buen* champán para el domingo 6, para que se achispen las señoras Burckl y Seedig, y las señoras Uhl y Zulz, por no mencionar a la pobrecita Alisz Seisser. Y supongo que tendremos que invitar a Angelus Thomsen, teniendo en cuenta quién es.) También creo que el coñac Martell, tomado en cantidades generosas pero no insensatas, tiene unos efectos saludables. Además, los licores fuertes me alivian el horrible picor de las encías.

Aunque soy capaz de aguantar una broma como el que más, está claro que voy a tener que hablar seriamente con Walther Pabst. En términos económicos, el Tren Especial 105 ha sido una especie de desastre. ¿Cómo justifico yo la movilización de

todo un asalto (con lanzallamas)? ¿Cómo defiendo yo la utilización del Pequeño Cercado Castaño cuando normalmente, en el manejo de un cargamento tan poco pesado, uno debería recurrir al método empleado por el supervisor veterano Grese con la pequeña dama del bastón de ébano? El viejo Walli, sin duda, exigiría «ojo por ojo»: aún se queda ensimismado con aquella barrabasada en los barracones de Erfurt con el pastel de carne y el orinal.

Por supuesto que es un tormento de mil demonios tener que andar mirando cada céntimo como nos vemos obligados a hacer. Los trenes, por ejemplo. Si el dinero no importara, y de mí dependiera, todos los deportados podrían venir aquí en *couchettes*. Nos facilitaría el subterfugio, o la *ruse de guerre*, si se prefiere (porque *estamos* en guerra, de eso no hay duda). Es fascinante que nuestros amigos de Francia vieran algo que luego fueron incapaces de asimilar: es un recordatorio —y un tributo— del *radicalismo* cegador del KL. Sin embargo, ay, uno no puede «desmelenarse» y tirar el dinero como si «creciera en los árboles».

(*Nota bene*: no se ha empleado gasolina, y esto debe contarse como ahorro, aunque pequeño. Normalmente los que ponemos a la derecha van a pie al KL1, ¿ven?, mientras que los que ponemos a la izquierda van al KL2 en los camiones o las ambulancias de la Cruz Roja. Pero ¿cómo íbamos a hacer que esos parisinos se montaran en un vehículo de cualquier tipo, después de haber visto lo del maldito camión? Es un ahorro muy pequeño, de acuerdo, pero todo contribuye, por pequeño que sea, ¿no?)

—¡Entre! —grité.

Era la devota de la Biblia. En la bandeja decorada con borlas: una copa de borgoña y un sándwich de jamón, y para de contar.

Dije:

—Pero yo quería algo caliente.

—Lo siento, señor, es todo lo que hay de momento.

—Trabajo muy duro, ¿sabe?

Humilia, muy agitada, empezó a despejar un sitio en la mesa baja de enfrente de la chimenea. Debo confesar que para mí es un misterio el que una mujer tan trágicamente fea pueda amar a su Hacedor. Huelga decir que lo que te apetece realmente con un sándwich de jamón es una jarra de cerveza. Nos vemos inundados de esta mierda de vino francés cuando lo que quieres de verdad es una buena jarra de Kronenbourg o de Grolsch.

—¿Lo ha preparado usted o Frau Doll?

—Señor, Frau Doll se ha acostado hace una hora.

—¿Sí? Otra botella de Martell. Y eso será todo.

Y encima de todo, barrunto complicaciones y gastos sin fin en la construcción propuesta del KL3. ¿Dónde están los materiales? ¿Pondrá Dobler los fondos adicionales? A nadie le interesan las dificultades, a nadie le interesan «las condiciones objetivas». El calendario de los transportes que me piden que acepte es

estrambótico. Y, como si no tuviera ya «bastante», ¿quién me telefona a medianoche? Horst Blobel, de Berlín. Las instrucciones que me ha dado me han puesto la carne de gallina. ¿Le habré oído bien? No puedo cumplir semejante orden mientras Hannah siga en el KL. ¡Dios santo! Eso va a ser una auténtica pesadilla.

—Eres una buena chica —le dije a Sybil—. Hoy te has lavado los dientes.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por el aliento?

¡Me encanta cuando se pone tan adorablemente ofendida y confusa!

—Vati lo sabe todo, Sybil. Y también has intentado hacerte otro peinado. ¡No estoy enfadado! Me alegra que *alguien* se preocupe un poquito por su aspecto. Y no ande todo el día vagueando con una bata mugrienta.

—¿Puedo irme ya, Vati?

—¿Así que hoy llevas braguitas rosas?

—No. ¡Azules!

Táctica astuta: no acertar de vez en cuando.

—Demuéstramelo —dije—. ¡Ajá! Homer asiente.

Hay una falacia muy común que quiero refutar sin más tardanza: la idea de que las Schutzstaffel, la Guardia Pretoriana del Reich, se nutría predominantemente de hombres del *Proletariat* y de la *Kleinbürgertum*. Muy bien, puede que eso fuera cierto en el caso de las SA de los primeros tiempos, pero nunca de las SS, cuya nómina de miembros puede leerse como un extracto del *Almanaque de Gotha*. Oh, *jawohl!*: el archiduque de Mecklemburgo; los príncipes Waldeck, Von Hassen y Von Hohenzollern-Emden; los condes Bassewitz-Behr, Stachwitz y Von Rodden. ¡Y aquí en la Zona de Interés, durante una breve temporada, hasta tuvimos nuestro propio barón!

Personas de sangre azul y miembros de la *intelligentsia*, profesores, abogados, empresarios.

No quería más que dejar esto bien claro, sin más historias.

—La diana es a las 3 —dijo Suitbert Seedig—, y Buna está a noventa minutos de caminata. Están agotados antes de empezar. Dejan de trabajar a las 6 y llegan aquí a las 8. Cargando con sus bajas. Y dígame, comandante, ¿cómo vamos a conseguir de ellos algo de provecho?

—Sí, sí —dije. Estaban también en mi despacho (grande y bien equipado) del Edificio Principal de Administración (el EPA), Frithuric Burckl y Angelus Thomsen—. Pero ¿quién va a pagar eso?, si se me permite preguntarlo.

—Farben —dijo Burckl—. El *Vorstand* lo ha aprobado.

Al oír esto me animé un poco.

Seedig dijo:

—Usted, mi *Kommandant*, sólo debe proporcionar internos y guardias. Y corre de su cuenta también, como es lógico, la seguridad en su conjunto. Farben sufragará los costes de construcción y los gastos del día a día.

—Vaya —dije—. Una empresa de fama mundial con su propio campo de concentración. *Unerhört!*^[5]

Burckl dijo:

—También los abasteceremos de comida, con independencia de lo demás. No habrá movimientos de un lado para el otro en el KL1. Y por tanto no habrá tifus. O eso esperamos.

—Ah. El tifus. Ésa es la cuestión crucial, ¿no? Aunque la situación mejoró bastante, quiero creer, con la selección a fondo del 29 de agosto.

—Siguen muriéndose —dijo Seedig— a un ritmo de 1.000 por semana.

—Ya. Miren... ¿Piensa aumentar las raciones?

Seedig y Burckl se miraron con aspereza. Vi claramente que no estaban de acuerdo en ese punto. Burckl se volteó en su silla y dijo:

—Sí, yo *abogaría* por un módico aumento. Digamos de un veinte por ciento.

—¡Veinte por ciento!

—Sí, señor. Veinte por ciento. Aumentará su fuerza en un porcentaje equivalente, y durarán un poco más. Es obvio.

Ahora quien habló fue Thomsen:

—Con el debido respeto, señor Burckl. Su esfera de competencia es el comercio, y el doctor Seedig es químico industrial. El *Kommandant* y yo no podemos permitirnos ser tan estrictamente prácticos. No osamos perder de vista nuestro objetivo complementario. Nuestro objetivo político.

—Es exactamente lo que yo pienso —dije—. Y, por cierto... En este asunto, el *Reichsführer-SS* y yo estamos de acuerdo. —Golpeé la mesa con la palma de la mano—. *¡No vamos a tolerar ningún mimo en este Lager!*^[6]

—Amén, mi *Kommandant* —dijo Thomsen—. Esto no es un sanatorio.

—¡Nada de mimos! ¿Qué se creen que es esto? ¿Una casa de reposo?

¿Qué me encuentro en el aseo del Club de Oficiales? Un ejemplar de *Der Stürmer*. Este periódico lleva ya algún tiempo prohibido en el KL, y por órdenes expresas mías. Con su énfasis detestable e histérico en las depredaciones carnales del varón judío, *Der Stürmer*, creo, ha hecho un grave daño al antisemitismo serio. La gente necesita ver tablas, diagramas, estadísticas, *pruebas* científicas..., no historietas a toda página de cómo a Shylock (por ejemplo) se le cae la baba con Rapunzel. Y no soy el único que piensa así, ni mucho menos. Es la política abanderada por la mismísima *Reichssicherheitshauptamt*.

En Dachau, donde empecé mi meteórica ascensión en la jerarquía de la custodia, se instaló un exhibidor con ejemplares de *Der Stürmer* en la cantina de los presos. Tuvo un efecto de activación de los elementos criminales del campo, lo que propició

que a menudo se dieran episodios de violencia. Nuestros hermanos judíos se las arreglaron para zafarse del asunto como suelen hacerlo siempre, con sobornos; todos ellos tienen montones de dinero. Además, fueron objeto de persecución por parte de sus propios correligionistas, sobre todo de Eschen, su jefe de barracón.

Los judíos, por supuesto, eran conscientes de que a la larga este infame periodicucho servía a la causa en lugar de obstaculizarla. Ofrezco lo siguiente como nota a pie de página: es bien sabido que el director de *Der Stürmer* es judío; y que es autor de las peores soflamas que publicaba el diario. Con ello concluyo este asunto.

Hannah fuma, ¿saben? Oh, *ja*. Ah, sí. Encontré un paquete vacío de Davidoff en el cajón de su ropa interior. Si los criados hablan, pronto se propagará que no soy capaz de meter en cintura a mi propia esposa. Angelus Thomsen es un bicho raro. Es un tipo con la cabeza en su sitio, sí, pero hay algo impúdico y embarazoso en sus modos. Me pregunto si no será homosexual (aunque profundamente reprimido). ¿Tiene siquiera un rango honorario, o todo depende absolutamente de ese «contacto»? Es curioso, porque a nadie se le odia más y de forma más minuciosa que a la Eminencia Parda. (Recordatorio: el camión, de ahora en adelante, que siga la ruta más indirecta del norte de las Cabañas del Verano.) Te calma y te aletarga las encías, pero el coñac puede jactarse además de una tercera propiedad: sirve de afrodisíaco.

Ach, y no pasa nada con Hannah que los buenos 15 centímetros de siempre no puedan curar. Cuando, después de 1 o 2 copas últimas de Martell, me voy al dormitorio, ella debe estar dispuesta a cumplir con el débito conyugal. Si me viene con alguna tontería, simplemente invoco el nombre mágico: ¡*Dieter Kruger!*

Porque soy un hombre normal con sus necesidades normales.

... Estaba a medio camino de la puerta cuando de pronto me vino a la cabeza un pensamiento desagradable. Sucede que aún no he visto el estado de cuentas del Tren Especial 105. Y aquella tarde me fui del Pequeño Cercado Castaño sin decirle expresamente a Wolfram Prüfer que enterrara las «piezas» en el Prado de Primavera. ¿Fue tan estúpido de encender un horno de 3 cámaras Topf & Söhne para ocuparse de un puñado de mocosos y de vejestorios? Seguro que no. No. No. Le habrían disuadido otras cabezas más juiciosas. Prüfer habría hecho caso a un tipo más capacitado. A Szmul, por ejemplo.

Oh, Dios, ¿a qué le estoy dando vueltas y más vueltas? Si Horst Blobel quería decir lo que dijo, entonces todo el maldito grupo va a presentarse de todas formas.

Ya veo que será mejor que piense detenidamente sobre este asunto. Dormiré en el vestidor, *como de costumbre*, y abordaré a Hannah por la mañana. Una de esas veces en que te deslizas hasta su lado mientras ella sigue cálida y somnolienta, y te pegas a ella y te metes en ella. Y no soportas ninguna tontería. ¡Y estaremos con un ánimo excelente para nuestra pequeña reunión aquí en casa!

Porque soy un hombre normal con necesidades normales. Soy *completamente*

normal. Es lo que nadie parece entender.

Paul Doll es completamente normal.

3. SZMUL: SONDER

Ihr seit achzen johr, susurramos, und ihr hott a fach.

Érase una vez un rey, y ese rey encargó a su mago preferido que creara un espejo mágico. El espejo no te mostraba tu reflejo. Te mostraba tu alma..., te mostraba quién eras en realidad.

El mago no podía mirarse en él sin apartar la mirada. El rey no podía mirarse en él. Los cortesanos no podían mirarse en él. Se ofreció un cofre rebosante de riquezas al súbdito que en aquella tierra apacible pudiera mirarse en aquel espejo sin apartar la mirada durante sesenta segundos. Y nadie fue capaz de hacerlo.

Tengo para mí que el KZ es ese espejo. El KZ es ese espejo, pero con una diferencia. No puedes apartar la mirada.

Somos del Sonderkommando, el SK, la Brigada Especial, y somos los hombres más tristes del campo. De hecho somos los hombres más tristes de la historia del mundo. Y de todos estos hombres tristísimos yo soy el más triste. Y se trata de una verdad demostrable, e incluso mensurable. Soy, con cierta diferencia, el primer número, el número más bajo..., el número más *antiguo*.

Además de ser los hombres más tristes que hayan existido, somos también los más repulsivos. Y sin embargo, nuestra situación es paradójica.

Cuesta entender por qué somos tan repulsivos siendo como somos seres que no hacemos ningún daño.

La cuestión es que podría argüirse que, en contrapartida, tampoco hacemos ningún bien. Pero somos infinitamente repulsivos, y también infinitamente tristes.

Casi todo nuestro trabajo se hace entre los muertos, con tijeras pesadas, las tenazas y los mazos, los cubos con los residuos de gasolina, los cucharones, las trituradoras.

Pero también nos movemos entre los vivos. Así que decimos: «*Viens donc, petit marin. Accroches ton costume. Rappelle-toi le numéro. Tu as quatre-vingt-trois!*» Y decimos: «*Faites un nœud avec les lacets, Monsieur. Je vais essayer de trouver un cintre pour votre manteau. Astrakhan! C'est toison d'agneau, n'est-ce pas?*»^[7]

Después de una *Aktion* importante solemos recibir un quinto de vodka o de aguardiente, cinco cigarrillos y cien gramos de salchichas de beicon, ternera y grasa

de cerdo. No estamos siempre sobrios, pero nunca pasamos hambre ni frío (por la noche, al menos). Dormimos en la pieza de arriba del crematorio en desuso (cerca del Edificio del Monopolio), donde se ponen a curar los sacos de pelo.

Cuando aún estaba con nosotros, mi filosófico amigo Adam solía decir: *Ni siquiera tenemos el consuelo de la inocencia*. Yo no estaba ni estoy de acuerdo. Yo seguiría declarándome inocente.

Un héroe, por supuesto, *escaparía para contarlo al mundo*. Pero yo tengo la sensación de que el mundo lo sabe ya desde hace tiempo. ¿Cómo no iba a saberlo, dada la escala?

Hay aún tres razones, o excusas, para seguir viviendo: la primera, para dar testimonio; la segunda, para exigir una venganza mortífera. Yo estoy dando testimonio, pero el espejo mágico no me devuelve la imagen de un homicida. O no todavía.

La tercera, y más crucial, que salvamos una vida (o la prolongamos) en cada transporte: a veces ninguna, a veces dos; una media de una por transporte. Y un porcentaje del 0,01 no es un porcentaje del 0,00. Y son invariablemente varones jóvenes.

Ha de llevarse a cabo mientras bajan del tren; para cuando se forman las filas para la selección, ya es demasiado tarde.

Ihr seit achzenjohr alt, susurramos, und ihr hott a fach.

Sie sind achtzehn Jahre alt, und Sie haben einen Handel.

Vous avez dix-huit ans, et vous avez un commerce.

Tienes dieciocho años, y tienes un comercio.

2. NEGOCIOS

1. THOMSEN: PROTECTORES

Boris Eltz iba a contarme la historia del Tren Especial 105, y yo quería oírla, pero primero le pregunté:

—¿Con quién estás liado actualmente? Refréscame la memoria.

—Oh, con esa cocinera de Buna-Werke y con esa camarera de Katowitz. Y espero llegar a algo con Alisz Seisser. La viuda del sargento. El hombre sólo lleva muerto una semana, pero ella parece bien dispuesta. —Boris me dio algunos detalles—. El problema es que se va a Hamburgo dentro de uno o dos días. Golo, ya te he preguntado esto antes. Gustándome como me gustan todo tipo de mujeres, ¿por qué sólo me *apetecen* las de clase baja?

—No lo sé, hermano. No es un rasgo carente de encanto. Bueno, ahora el Sonderzug 105.

Se enlazo las manos en la nuca y despegó los labios despacio.

—Es curioso, ¿no?, lo de los franceses. ¿No crees, Golo? No te puedes librar del todo de la idea de que van a la cabeza del mundo. En refinamiento, en urbanidad. Una nación de notorios cobardicas y pelotilleros..., y se sigue suponiendo que son los mejores. Mejores que nosotros, los burdos alemanes. Mejores incluso que los ingleses. Y una parte de ti lo acepta como verdad. Los franceses, incluso hoy, cuando están completamente aplastados y no hacen más que retorcerse, te siguen dando esa sensación, no puedes evitarlo...

Boris sacudió la cabeza, como con un candoroso asombro ante la humanidad; ante la humanidad y su madera deforme.

—Esas cosas actúan en lo más profundo —dije—. Sigue, Boris, si no te importa.

—Bien, pues me sentía aliviado, o, mejor, feliz y orgulloso de que la rampa tuviera tan buen aspecto. Toda barrida y regada con la manguera. Nadie muy borracho; era demasiado pronto. Y un atardecer tan bonito... Hasta el olor era menos fuerte. Llega el tren de pasajeros, todo festivo. Podría haber llegado perfectamente de Cannes o de Biarritz. Los viajeros se apean sin que nadie los ayude. Ni látigos, ni porras. Ni vagones de ganado desbordantes de Dios sabe qué. El Viejo Bebedor pronuncia su discurso, yo lo traduzco, y nos vamos todos. Todo tan civilizado. Luego llega ese puto camión. Y se va todo al traste.

—¿Por qué? ¿Qué había en el camión?

—Cuerpos. El montón de cadáveres de todos los días. Procedente del Stammlager y con destino al Prado de Primavera.

Dijo que como una docena de ellos habían quedado medio colgados del portón trasero; dijo que le vino a la imaginación un puñado de aparecidos vomitando por la borda de un barco.

—Con los brazos colgando, bamboleándose. No sólo cuerpos de viejos. Cuerpos famélicos. Cubiertos de mierda, de mugre, de trapos, y sangre, y heridas, y forúnculos. Cuerpos machacados, de cuarenta kilos.

—Ya... Indecoroso.

—Nada parecido a la sofisticación —dijo Boris.

—¿Es cuando se pusieron a gemir? Oímos los gemidos.

—Había que ver aquello...

—Ya. Da para mucho que... interpretar. —Quería decir que era no sólo un espectáculo, sino también un relato: contaba una larga historia—. Había mucho que asimilar.

—Drogo Uhl piensa que ellos nunca llegaron a hacerlo. A asimilarlo. Pero yo creo que lo que hicieron fue *abochornarse* por nosotros... Abochornarse mortalmente por nosotros. Por nuestras... *cochonneries*. O sea, un camión lleno de cadáveres depauperados. Un poco torpe y provinciano, ¿no crees?

—Probablemente. Seguramente.

—Tan *insortable*. No se nos puede llevar a ninguna parte.

De engañosa talla menuda y de engañosa liviandad, Boris era coronel veterano de las Waffen-SS: las SS armadas, las guerreras, las de *batalla*. Se suponía que las Waffen-SS estaban menos constreñidas por la jerarquía, que eran más quijotescas y espontáneas que la Wehrmacht, y que en ellas se daban vivos desacuerdos en todos los niveles de la cadena de mando. Una de las controversias de Boris con su superior sobre estrategia (estando destinado en Voronezh) acabó en una pelea a puñetazos, de la que el joven general salió con un diente menos en la boca. Ésa era la razón por la que Boris estaba aquí —*entre los austríacos*, como solía decir él—, y por la que lo habían degradado a capitán. Le quedaban aún nueve meses de sanción.

—¿Qué pasó en la selección? —le pregunté.

—No hubo selección. Todos eran carne de cámara de gas.

—Estoy pensando. ¿Qué es lo que *no* les hacemos? No los violamos, supongo.

—Bueno... Pero en lugar de eso les hacemos algo mucho más jodido. Deberías mostrar un poco más de respeto por tus nuevos colegas, Golo. Mucho *mucho más* jodido. Cogemos a los más bellos y hacemos experimentos médicos con ellos. Con sus órganos de reproducción. Los convertimos en viejecitas. Y luego el hambre los convierte en viejecitos.

Dije:

—¿Estarías de acuerdo conmigo en que no podemos tratarlos peor?

—Oh, venga ya... No nos los comemos.

Me quedé pensativo unos instantes.

—Sí, pero a ellos no les importaría que nos los comiéramos. A menos que nos los

comiéramos vivos.

—No, lo que hacemos es que se coman entre ellos. Eso sí les importa... Golo, ¿quién en Alemania *no* pensaba que a los judíos había que bajarles los humos? Pero esto es una puta ridiculez, eso es lo que es. ¿Y sabes lo peor de ello? ¿Sabes lo que me reconcome aquí dentro?

—Lo imagino, Boris.

—Sí. ¿Cuántas divisiones estamos inmovilizando? Hay miles de campos. Miles. Horas-hombre, horas-tren, horas-policía, horas-gasolina. ¡Estamos aniquilando nuestra fuerza de trabajo! ¿Y qué pasa con la guerra?

—Exactamente. ¿Qué pasa con la guerra?

—¿Qué relación con ella tiene todo esto? Oh, mírala, Golo... Aquella chica de la esquina de pelo oscuro al rape. Es Esther. ¿Has visto alguna vez algo más dulce en toda tu vida, con una *milésima* de esa dulzura?

Estábamos en el despacho de la planta baja de Boris, desde la que se divisaba una vista amplia y llana de Kalifornia. Esther pertenecía al Aufräumungskommando, a la Brigada de Limpieza, uno de los grupos rotatorios de doscientas o trescientas chicas que se ocupaban de las tareas de mantenimiento de un patio lleno de cobertizos dispersos, un patio del tamaño de un campo de fútbol.

Boris se puso de pie y se estiró.

—Acudí al rescate. Recogía escombros con las manos en Monowitz. Luego un primo suyo la trajo aquí furtivamente. Pero la descubrieron, por supuesto..., porque no tenía nada de pelo. La destinaron al trabajo más bajo, el Scheissekommando, la brigada de las heces. Pero intervine. No es tan difícil. Aquí robas a unos para sobornar a otros.

—Y por eso te odia.

—Me odia. —Sacudió la cabeza con acritud—. Bien, pues voy a darle motivos para que me odie.

Dio unos golpecitos con la pluma estilográfica en el cristal, y siguió haciéndolo hasta que Esther levantó la mirada. Puso los ojos en blanco y siguió con lo que estaba haciendo (algo bastante curioso: estrujaba tubos de pasta de dientes para echar lo que aún quedaba dentro en una jarra agrietada). Boris se enderezó y abrió la puerta y le hizo una seña para que se acercara.

—Señorita Kubis. Traiga una postal, haga el favor.

Quince años, sefardí, pensé (la tez levantina), y tersa y bien formada, y atlética; se las arregló para caminar y lo hizo con pesadez, para entrar en el despacho; era algo casi satírico, la pesadez de su paso. Boris dijo:

—Siéntese, por favor. Necesito su checo y su mano de jovencita. —Sonrió y dijo—: Esther, ¿*por qué* me odia tanto?

Esther se tiró de la manga de la camisa.

—¿Por mi uniforme? —Le tendió el lápiz bien afilado—. *Querida mamá, dos puntos. Mi amiga Esther escribe esto por mí..., porque me he lastimado la mano. Así que quiero un informe, Golo. Recogiendo rosas ahí fuera, punto y seguido. ¿Qué tal está la valquiria?*

—Voy a verla esta noche. O al menos tengo razonables esperanzas de verla. El Viejo Bebedor ha organizado una cena con la gente de Farben.

—¿Sabes? Tiene fama de no asistir, he oído. Y será aburridísimo si no va. *Abrir interrogación. Cómo describir la vida en la granja. Cerrar interrogación.* Pero estás contento, hasta ahora.

—Oh, sí. Muy ilusionado. Incluso he hecho algún avance verbal, y le he dado mi dirección. Ojalá no lo hubiera hecho, en cierto modo, porque estoy todo el tiempo pensando que va a llamar a mi puerta. No podría decir que se puso a dar saltos, no, pero me escuchó hasta el final.

—*El trabajo es bastante agotador, coma.* No puedes hacer que vaya a verte; no con esa bruja fisgona de abajo. *Pero me encanta el campo y el aire libre, punto.*

—De todas formas... Es magnífica.

—Sí, lo es, pero es muy grande. *Las condiciones son realmente buenas, dos puntos.* A mí me gustan más pequeñas. Ponen más entusiasmo. *Los dormitorios son sencillos pero cómodos, abrir paréntesis.* Y puedes disfrutar con ellas todo lo que quieras. *Y en octubre nos repartirán...* Estás loco, ¿lo sabes?

—¿Por qué?

—Por él. *Y en octubre nos repartirán esos estupendos edredones de pluma. Para las noches más frías, cerrar paréntesis, punto y coma.* Por él. Por el Viejo Bebedor.

—Ese tipo no es nada. —Y utilicé una expresión yidis, pronunciándola con precisión para que el lápiz de la señorita Kubis pudiera hacer una pausa—. Es un *grubbe tuchus*. Un culo-gordo. Es débil.

—*La comida es sencilla, coma, es cierto, pero completa y abundante, punto y coma.* El viejo culo-gordo es malo, Golo. *Y todo está inmaculadamente limpio, punto.* Y astuto. Tiene la astucia de los débiles. *Enormes, y subraya eso, por favor, enormes cuartos de baño en la granja..., con grandes bañeras independientes, punto.* *La limpieza, coma, la limpieza, impecable. Abrir signo de admiración, Ya sabes cómo son estos alemanes, cerrar signo de admiración.* —Boris suspiró y dijo, presa de una rabieta adolescente o incluso infantil—: *Señorita Kubis, por favor, ¡levante la mirada de vez en cuando para que al menos puede verle la cara!*

Fumando cigarrillos y bebiendo kir en copas cónicas, contemplábamos Kalifornia, que se asemejaba, a un tiempo y a escala gigantesca, a unos grandes almacenes (que ocuparan toda una manzana) vacíos, a un rastrillo benéfico tremendamente heterogéneo, a una sala de subastas, a una aduana, a una feria de negocios, a un ágora, a un emporio, a un mercado, a un mercadillo al aire libre, a un planetario, a una oficina terminal de objetos perdidos.

Altos montones de mochilas, morrales, bolsas, maletas y baúles (éstos con tentadoras etiquetas de viajes, evocadoras de puestos fronterizos, de brumosas ciudades...), como una vasta pila para quemar a la espera de la tea ardiendo. Un montón de mantas tan alto como un edificio de tres pisos: ninguna princesa, por delicada que fuera, notaría un guisante bajo un grosor de veinte, treinta mil mantas. Y aquí y allá, a su alrededor, gigantescos montones de cazuelas y utensilios de cocina, de cepillos de pelo, camisas, abrigos, vestidos, pañuelos, y relojes, gafas y todo tipo de prótesis, pelucas, dentaduras, artilugios para la sordera, botas ortopédicas, protectores de la columna vertebral. La mirada se detuvo al fin en el montículo de zapatos infantiles, y luego en el hacinamiento caótico de cochecitos de niño, algunos de los cuales eran meras artesas sobre ruedas; otros, con curvas, bien torneados, pequeñas carrozas para duquecitos y duquesitas... Dije:

—¿Qué está haciendo allí tu Esther? Es muy poco alemán, ¿no? ¿Para qué sirve una jarra llena de pasta de dientes?

—Busca piedras preciosas... ¿Sabes cómo se ganó mi corazón, Golo? La hicieron bailar para mí. Era como un líquido. Casi me eché a llorar. Era mi cumpleaños y bailó para mí.

—Oh, sí. Feliz cumpleaños, Boris.

—Gracias. Más vale tarde que nunca.

—¿Cómo se siente uno con treinta y dos años?

—Bien, supongo. Hasta el momento. Lo sabrás tú mismo dentro de nada. —Se pasó la lengua por los labios—. ¿Sabes que se pagan el billete? Se pagan sus billetes, Golo. No sé cómo ha sido con esos parisinos, pero la norma es... —Se inclinó para apartarse una voluta de humo del ojo—. La norma es que hagan el viaje en tercera clase. Sólo «ida». Mitad de precio para los niños menores de doce años. Sólo ida. —Se enderezó—. Está bien, ¿no?

—Podría decirse que sí.

—Los judíos tenían que bajarse del pedestal en el que se habían puesto, lo cual sucedió ya en 1934. Pero esto..., joder, esto es ridículo.

Sí, y estaban Suitbert y Romhilde Seedig, y estaban Frithuric y Amalasang Burckl, y estaban los Uhl, Drogo y Norberte, y estaban Baldemar y Trudel Zulz... Yo..., yo, por supuesto, iba sin pareja; pero me compensaron con la joven viuda, Alisz Seisser (el sargento mayor del regimiento Orbart Seisser había fallecido recientemente, con tremenda violencia e ignominia, aquí en el Kat Zet).

Sí, y estaban también Paul y Hannah Doll.

Fue el comandante el que me abrió la puerta. Reculó un paso y dijo:

—¡Ajá, viene de tiros largos! Y tiene grado de oficial, nada menos.

—Sólo nominal, señor. —Me limpiaba las suelas en el felpudo—. Y un grado que

no podría ser más humilde, ¿no cree?

—La graduación no es un indicador fiable de importancia, Obersturmführer. El ámbito de jurisdicción es lo importante. Mire Fritz Möbius. Está más abajo en la escala jerárquica que usted, y es un fenómeno. El ámbito de autoridad, ésa es la clave. Entre, joven. Y no se preocupe por esto mío. Un accidente de jardinería. Me di un buen porrazo en el hueso de la nariz.

Y, como resultado, Paul Doll tenía los dos ojos rematadamente negros.

—No es nada. Sé lo que es una herida de verdad, creo. Debería haber visto mi estado en el frente iraquí en 1918. Estaba hecho trizas. Y tampoco me preocupan *ellas*.

Se refería a sus hijas. Paulette y Sybil estaban sentadas en lo alto de las escaleras, en camisón, cogidas de la mano y llorando con paciencia. Doll dijo:

—Oh, Dios santo... Están enfadadísimas por no sé qué cosa... Bien, ¿dónde está mi esposa?

Había decidido no quedarme mirándola. Así que Hannah —grande en envergadura, con aire de diosa y con un bronceado reciente y un vestido de noche de seda ámbar...— fue casi al instante relegada a las zonas menos claras de mi visión periférica... Sabía que me esperaba una velada larga y tortuosa; y, sin embargo, seguía con la esperanza de hacer algún progreso, por insignificante que fuera. Mi plan era sacar un tema y debatirlo con vehemencia, y así poder poner en práctica cierta regla de la atracción. Era quizá una regla de la atracción deplorable, pero pocas veces fallaba.

Seedig, alta y delgada, y el pequeño y corpulento Burckl vestían trajes de calle; todos los demás hombres llevaban uniformes de gala. Doll, cubierto de medallas (la Cruz de Hierro, la Insignia de Plata, el Anillo de Honor de las SS), daba la espalda al fuego de leña con las piernas absurdamente separadas, meciéndose sobre los talones y, ocasionalmente, levantando una mano y dejándola temblar sobre los horribles buccinos de debajo de las cejas. Alisz Seisser iba de luto, pero Norberte Uhl, Romhilde Seedig, Amalсанд Burckl y Trudel Zulz vestían llameantes terciopelos y tafetanes, como cartas de una baraja: reinas de diamantes, reinas de tréboles. Doll dijo:

—Thomsen, sírvase usted mismo. Adelante, manos a la obra.

Sobre el aparador había muchas bandejas de canapés (salmón ahumado, salami, arenques en salmuera), más un surtido completo de licores y cuatro o cinco botellas de champán semivacías. Estuve un poco con los Uhl: Drogo, un capitán de mediana edad, con la corpulencia de un estibador, y una mejilla hendida de tonalidad azul grisácea por la incipiente barba cerrada; y Norberte, una presencia rizada, quisquillosa, con pendientes del tamaño de bolos y una diadema dorada. No intercambiamos muchas palabras, pero hice un par de descubrimientos medianamente sorprendentes: Norberte y Drogo se desagradaban muchísimo mutuamente, y los dos estaban ya borrachos.

Abordé a Frithuric Burckl y hablamos del trabajo durante veinte minutos. Luego Humilia entró en la sala por las puertas dobles, hizo una tímida reverencia y anunció que la cena se serviría en breve.

Hannah dijo:

—¿Cómo están las niñas? ¿Mejor?

—Siguen muy mal, señora. No consigo nada con ellas. No se dejan consolar.

Humilia se apartó para dejar pasar a Hannah, que se dirigió con rapidez hacia el interior de la casa. El comandante, con un rictus de irritación, la observó mientras se alejaba.

—Ahora estás *aquí*. Ahora estás *allá*.

Boris me había advertido solemnemente que las mujeres se sentarían todas juntas, o comerían aparte en la cocina (quizá con los niños, poco antes de la cena de los hombres). Pero no; cenamos todos juntos, al estilo mixto estándar. Éramos doce a la mesa circular; y si yo, tomando como referencia las agujas del reloj, estaba situado a las seis, Doll estaba a las once, y Hannah a las dos (lo cual permitía técnicamente que nuestras pantorrillas se enlazaran, pero si se me ocurría intentarlo sólo continuaría en la silla la parte de atrás de mi cabeza). Tenía a Norberte Uhl a un lado y a Alisz Seisser al otro. Con pañuelos blancos anudados alrededor de la cabeza, la criada Bronislawa y otra ayudante, Albinka, encendieron el candelabro con largas cerillas de Navidad. Dije:

—Buenas noches, damas. Buenas noches, señora Uhl. Buenas noches, señora Seisser.

—Gracias, señor. Encantada —dijo Alisz.

Lo convencional por aquellos pagos era que hablabas con las mujeres mientras tomabas la sopa; después, una vez que daba comienzo la conversación general, ya no se esperaba oír a las mujeres (éstas se convertían en cojines acolchados; se convertían en amortiguadores). Norberte Uhl tenía la cara rubicunda y desencantada agachada sobre el mantel, y dejaba escapar unas risitas roncadas. Así que, sin mirar hacia las dos en punto, me volví de las siete a las cinco y me apresté a dedicarme a la viuda.

—Me entristeció mucho, señora Seisser —empecé—, enterarme de su pérdida.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Tenía algo menos de treinta años y una tez curiosamente cetrina, con numerosos lunares (que daban una sensación de continuidad cuando, al sentarse, se levantaba el velo negro y moteado). Boris era un elocuente admirador de su figura redonda y de baja estatura (que esa noche parecía fluida y animada, pese a su paso sepulcral). Incluso me refirió, con desdeñoso detalle, las últimas horas del sargento mayor.

—Qué pérdida —dijo Alisz.

—Pero es tiempo de grandes sacrificios y...

—Es cierto, señor. Gracias, señor.

Alisz Seisser no estaba allí como amiga o colega, sino como viuda de un humilde

suboficial a la que se pretendía honrar; se sentía, como es obvio, penosamente incómoda. Yo me empeñaba en consolarla. Y durante un rato busqué un rasgo redentor, una gracia salvífica; sí, un rayo de esperanza en la negra nube de tormenta de la defunción de Orbart. Se me ocurrió empezar por decir que el *Sturmscharführer*, en el momento de su accidente, se encontraba bajo los efectos de un potente analgésico: una dosis alta, si bien enteramente recreativa, de morfina.

—No se sentía muy bien aquel día —dijo Alisz, mostrando sus dientes felinos (blancos como el papel, delgados como el papel)—. No se sentía nada bien.

—Ya. Es un trabajo que exige mucho.

—¿Sabe? Me dijo: «No estoy muy bien, querida. No estoy como debería estar.»

Antes de ir a la enfermería para pedir su medicación, el sargento mayor Seisser fue a Kalifornia a robar el dinero suficiente para pagarla. Una vez hecho esto, volvió a su puesto en la linde sur del Campo de Mujeres. Cuando se acercaba al almacén de patatas (quizá pensando en encontrar algún alivio en su quietud), dos prisioneros se salieron de la fila y corrieron hacia la alambrada (una forma de suicidio; asombrosamente poco frecuente). Seisser empuñó la metralleta y, audaz, abrió fuego.

—Una triste combinación de circunstancias —dije.

Porque Orbart, sorprendido por el fuerte retroceso de la metralleta (y sin duda sorprendido también por la potencia de la droga), reculó tambaleándose seis o siete pasos, y, sin dejar de disparar, fue a dar contra la valla electrificada y cayó redondo.

—Una tragedia —dijo Alisz.

—Sólo cabe esperar, señora Seisser, que la labor del tiempo...

—Bien. El tiempo cura todas las heridas, señor. O eso dicen.

Al final retiraron los boles de sopa y se sirvió el plato principal: un estofado de vacuno espeso y vinoso.

Hannah acababa de volver a la mesa, y Doll se hallaba en la mitad de una anécdota, la visita, siete semanas atrás (a mediados de julio) del *Reichsführer-SS* Heinrich Himmler.

—Llevé a nuestro distinguido huésped a la Granja de Cría de Conejos, en Dwory. Le insto a usted a que vaya a verla, Frau Seedig. Preciosos conejos de angora, blancos y esponjosos como ellos solos. Los criamos aquí, ¿sabe? Cientos de ellos. Por la piel, claro. ¡Para que nuestros aviadores no pasen frío en sus misiones! Y había un inquilino concreto llamado Bola de Nieve —dijo Doll, mientras poco a poco se le dibujaba en el semblante una sonrisa maliciosa—. Una absoluta belleza. Y el médico prisionero, pero ¿qué estoy diciendo?, el *veterinario* prisionero, le había enseñado todo tipo de «mañas». —Doll frunció el ceño (hizo una mueca de dolor, y sonrió con gesto doliente)—. Bien, había una de esas mañas... La mejor de ellas. Bola de Nieve se ponía derecho sobre las patas traseras, y con las patas delanteras, así, ¿saben lo que hacía? Suplicaba. ¡Le había enseñado a Bola de Nieve a suplicar!

—¿Y nuestro distinguido huésped quedó debidamente encantado? —preguntó el

profesor Zulz (Zulz, coronel honorario de las SS, tenía la siniestra edad indefinida de ciertos médicos varones)—. ¿Le hizo gracia la cosa?

—Oh, el Reichsführer quedó encantadísimo. Vaya, estaba radiante, ¡y aplaudió! Y todo su séquito aplaudió también. Todos aplaudieron a Bola de Nieve, que parecía bastante alarmado ¡pero que seguía allí todo derecho, suplicando!

Por supuesto, con las damas presentes, los caballeros procuraban no hablar de los esfuerzos de la guerra (y asimismo trataban de no hablar de su componente local: el progreso de Buna-Werke). Durante todo este tiempo, Hannah y yo no nos habíamos mirado exactamente, pero de cuando en cuando nuestras miradas indirectas se rozaban sibilantes a la luz de las velas... La conversación se extendió sobre el tema de las técnicas de la agricultura natural, y derivó hacia los remedios de hierbas, la hibridación de verduras, el mendelismo, las enseñanzas controvertidas del agrónomo soviético Trofim Lysenko.

—Debería ser de conocimiento más general —dijo el profesor Zulz— que el Reichsführer es toda una eminencia en el campo de la etnología. Me refiero a su trabajo en el Ahnenerbe.

—Muy cierto —dijo Doll—. Ha creado equipos enteros de antropólogos y arqueólogos.

—Runólogos, heraldistas y demás...

—Expediciones a Mesopotamia, los Andes, el Tíbet.

—Maestría —dijo Zulz—. Capacidad mental. Que es lo que nos ha convertido en los maestros de Europa. Lógica aplicada, eso es lo que es. No hay grandes misterios al respecto. ¿Saben?, me preguntó si alguna vez ha habido un liderazgo, una cadena de mando tan evolucionada intelectualmente como la nuestra.

—CI —dijo Doll—. Capacidad mental. Ningún gran misterio al respecto.

—Ayer por la mañana estaba yo ordenando mi escritorio —prosiguió Zulz— y di con dos memorándum unidos por un clip. Oigan esto. De los veinticinco líderes de los Einsatzgruppen que actuaron en Polonia y la Unión Soviética (y que llevaron a cabo una tarea dura de verdad, se lo puedo asegurar), quince tenían un doctorado. Y ahora fíjense en la Conferencia de Secretarios de Estado de enero. De los quince asistentes, ¿cuántos doctores? *Ocho*.

—¿Qué conferencia fue ésa? —preguntó Suitbert Seedig.

—La de Berlín —dijo el capitán Uhl—. En Wannsee. Para ultimar...

—Para ultimar las evacuaciones previstas —dijo Doll, levantando la barbilla y frunciendo los labios—, a los territorios liberados del este.

—Ya. «Cruzado el Bug»^[8] —dijo Drogo Uhl con un bufido.

—Ocho doctores —dijo el profesor Zulz—. De acuerdo, Heydrich (descanse en paz) la convocaba y la presidía. Pero aparte de él, todos eran funcionarios de segunda fila, o incluso de tercera. Y aun así, ocho doctores. Potencia en profundidad. Así es como se toman las decisiones óptimas.

—¿Quiénes estaban? —dijo Doll mirándose las uñas—. Ya, Heydrich, ¿pero

quién más? Lange. Muller, de la Gestapo. Eichmann, el distinguido jefe de estación. Con su tablilla de pinzas y su silbato.

—Eso es precisamente lo que quiero decir, Paul. Potencia intelectual en profundidad. Decisiones excelentes, de la primera a la última.

—Mi querido Baldemar, en Wannsee no se «decidió» nada. Se limitaron a ponerle el sello a una decisión tomada meses antes. Y tomada al más alto nivel.

Era hora de tratar y dar la importancia debida a mi asunto. En el sistema político vigente, todo el mundo se había habituado a la idea de que donde empezaba el secreto empezaba el poder. Ahora bien, *el poder corrompe*, y esto no era una metáfora. Pero que *el poder atrae*, por fortuna (para mí), tampoco era una metáfora, y yo me había aprovechado mucho sexualmente de mi proximidad al poder. En tiempo de guerra, las mujeres sienten especialmente la fuerza de gravedad del poder. Necesitan a todos sus amigos y admiradores, y a sus protectores. Un tanto en broma, dije:

—Comandante, ¿puedo decirle una o dos cosas que no se conocen demasiado?

Doll dio un pequeño brinco sobre el trasero, y dijo:

—Oh, sí, por favor.

—Gracias. La conferencia era una especie de experimento o ensayo piloto. Y el presidente previó muy serias dificultades. Pero fue un éxito inesperado y rotundo. Cuando terminó, Heydrich, el Reichsprotektor Reinhard Heydrich, tenía en las manos un cigarro y una copa de brandy. Y era apenas mediado el día. Heydrich, que muy contadas veces bebía solo. Un brandy enfrente del fuego. Con el pequeño revisor de tren^[9] Eichmann enroscado a sus pies.

—¿Estaba usted allí?

Me encogí de hombros con languidez. También me incliné hacia delante y, con ánimo experimental, puse la mano entre las rodillas de Alisz Seisser, y sus rodillas se cerraron con fuerza y su mano encontró la mía, e hice un descubrimiento más. Además de todos sus otros problemas, Alisz estaba aterrorizada mortalmente. Todo su cuerpo se estremeció. Doll dijo:

—¿Estaba usted allí? ¿O aquello era de un nivel demasiado bajo para usted? —Masticó y tragó—. Sin duda todo esto le viene de su tío Martin. —Sus dos ojos negros se pasearon por la mesa—. Bormann —dijo con voz más grave—. El Reichsleiter... Conocí a su tío Martin, Thomsen. Fuimos compañeros y amigos en la batalla.

Esto me sorprendió, pero dije:

—Sí, señor. Solía mencionarle; a usted y a la amistad de la que ambos disfrutaban.

—Transmítale mis mejores deseos. Y... continúe, por favor.

—¿Dónde estábamos? Heydrich quería tantear el terreno. Para ver...

—Si se refiere al Lago, el agua está helada.

—Suitbert, por favor^[10] —dijo Doll—. Herr Thomsen...

—Tantear el terreno ante una eventual oposición administrativa. Oposición a lo que podría parecer un empeño enormemente ambicioso. La aplicación de nuestra estrategia racial definitiva en todo el ámbito europeo.

—¿Y?

—Como he dicho, la respuesta fue insólitamente positiva. No se detectó oposición. Ninguna.

Zulz dijo:

—¿Qué es lo que resultaba insólito?

—Bueno, piense en ese ámbito europeo, profesor. España, Inglaterra, Portugal, Irlanda. Y el número de personas implicadas. Diez millones. Tal vez doce.

Ahora, la figura repantigada a mi izquierda, Norberte Uhl, dejó caer el tenedor en el plato y dijo, farfullando:

—Sólo son *judíos*...

Se oía el paladeo y la ingestión de los civiles (Burckl sorbiendo metódicamente y con ruido la salsa de la cuchara, Seedig llenándose la boca de Nuits-Saint-Georges). Todos los demás habían dejado de masticar; y yo comprendí que no era el único que se sentía intensamente consciente de Drogo Uhl, cuya cabeza ahora describía despacio una especie de ocho en el aire mientras su boca se abría de par en par. Se volvió hacia Zulz exhibiendo los dientes superiores, y dijo:

—No, no perdamos los estribos, ¿de acuerdo? Seamos indulgentes. Mi mujer no entiende nada. ¿*Sólo* judíos?...

—«Sólo» judíos... —abundó Doll con tristeza (doblaba la servilleta con aire de astucia)—. Un comentario algo extraño, ¿no cree, profesor?, dado que su cerco del Reich se ha hecho ya total.

—Muy extraño, ciertamente.

—No nos hemos puesto a ello a la ligera, señora. Sabemos lo que vamos a hacer, creo.

Zulz dijo:

—Sí. Verá, son especialmente peligrosos, señora Uhl, porque han comprendido hace mucho tiempo un principio biológico capital. La pureza racial equivale al poder racial.

—No los verá usted cruzando su sangre —dijo Doll—. Oh, no. Entendieron esto mucho antes que nosotros.

—Y eso los hace unos enemigos terribles —dijo Uhl—. Y su crueldad. Dios mío. Discúlpenme, señoras, porque no deberían tener que oírlo, pero...

—Desuellan a nuestros heridos.

—Bombardean nuestros hospitales de campaña.

—Torpedean nuestras lanchas salvavidas.

—Y...

Miré a Hannah. Tenía los labios apretados y fruncía el ceño mirando sus manos. Sus manos de dedos largos, que lentamente se combinaban y se entrelazaban y

retorcían como si se estuviera lavando las manos bajo un grifo.

—Es una maquinación planetaria y muy antigua —dijo Doll—. Y tenemos las pruebas. ¡Tenemos las actas!

—*Los protocolos de los sabios de Sión* —dijo Uhl con voz grave.

Dije:

—Ah, comandante. Tengo entendido que hay gente que tiene dudas sobre estos *Protocolos*.

—Oh, ¿sí? —dijo Doll—. Bien, pues les remito a *Mein Kampf*, donde se explica la cuestión de manera harto brillante. No recuerdo las palabras exactas, pero lo esencial es eso. En fin... El *Times*, de Londres, repite una y otra vez que el documento es falso. Y ya solamente eso es una prueba de su autenticidad... Demoledor, ¿no? Absolutamente incontestable.

—Eso es... ¡Chúpate ésa! —dijo Zulz.

—Son sanguijuelas —dijo Trudel, la mujer de Zulz, arrugando la nariz—. Son como chinches.

Hannah dijo:

—¿Puedo hablar?

Doll volvió hacia ella su mirada de salteador de caminos.

—Bien, es un punto básico —dijo Hannah—. No hay forma de eludirlo. Me refiero al talento para el engaño. Y la avaricia. Hasta un niño puede verlo. —Aspiró el aire y continuó—: Te hacen promesas y promesas, son todo sonrisas. Te engatusan y al final te despojan de todo lo que tienes.

¿Fue mi imaginación? Lo que acababa de oír habría sido un comentario bastante normal en un ama de casa casada con un oficial de las SS; pero sonó un tanto equívoco a la luz de las velas.

—Todo eso es innegable, Hannah —dijo Zulz, con expresión de desconcierto. Luego su semblante se despejó—. Ahora, sin embargo, le estamos dando a probar al judío su propia medicina.

—Ahora se han vuelto las tornas —dijo Uhl.

—Ahora le estamos pagando con la misma moneda —dijo Doll—. Y ahora se le están quitando las ganas de reírse. No, señora Uhl. No nos hemos puesto a ello a la ligera. Sabemos lo que vamos a hacer, creo.

Mientras las ensaladas y los quesos y las frutas y los dulces y el café y el Oporto y el aguardiente iban pasando en torno a la mesa, Hannah hizo su tercera visita al piso de arriba.

—Ahora están cayendo como moscas —estaba diciendo Doll—. Da casi lástima coger el dinero. —Levantó una mano bulbosa, y enumeró—: Sebastopol. Vorónezh. Járkov. Rostov.

—Sí —dijo Uhl—. Y espere a que nos hayamos abierto camino al otro lado del Volga. Hemos bombardeado y le hemos sacado las tripas a Leningrado. Y no tenemos

más que tomarla.

—Eh, muchachos —dijo Doll (refiriéndose a Seedig, a Burckl y a mí)—, será mejor que lo dejéis y os vayáis a casa. Sí, sí, vamos a seguir necesitando vuestro caucho. Pero no vamos a seguir necesitando vuestra gasolina. No con los campos petrolíferos del Cáucaso a nuestra disposición. ¿Y bien? ¿Les has dado azotes en el culo hasta ponérselo morado?

Esta última pregunta se la dirigía a su mujer, que se agachaba bajo el dintel de la puerta y salía de las sombras y volvía a la luz fluctuante de las velas. Hannah se sentó y dijo:

—Están dormidas.

—¡Loado sea Dios y sus ángeles celestiales! Qué cantidad de tonterías... —La cabeza de Doll volvió a mirar al frente y dijo—: Aplastaremos el judeo-bolchevismo para finales de año. Y entonces les llegará el turno a los americanos.

—Sus fuerzas armadas son *patéticas* —dijo Uhl—. Dieciséis divisiones. Las mismas que Bulgaria, poco más o menos. ¿Cuántos bombarderos B-17? Diecinueve. De chiste.

—Tienen camiones dando vueltas por ahí en maniobras —dijo Zulz—, con la palabra *Tank* pintada en los costados.

—Norteamérica no va a cambiar nada las cosas —dijo Zulz—. Nada en absoluto. Ni siquiera sentiremos su peso en la balanza.

Frithuric Burckl, que apenas había hablado antes, dijo con voz calma:

—Ha sido muy diferente de nuestra experiencia en la Gran Guerra. En cuanto la economía empiece a funcionar...

Dije:

—Oh, por cierto, ¿sabía esto, comandante? Hubo otra conferencia en Berlín el mismo día de enero. Presidida por Fritz Todt. Armamento. Sobre cómo reestructurar la economía. Sobre los preparativos a muy largo plazo.

—¡Derrotismo! —dijo riendo Doll—. *Wehrkraftzersetzung!*

—Ni un ápice de eso, señor —dije, riendo también—. El ejército alemán. El ejército alemán es como una fuerza de la naturaleza: irresistible. Pero tiene que ser equipado y abastecido. El problema es la mano de obra.

—Ya que han vaciado las fábricas —dijo Burckl— y les han puesto a los obreros el uniforme. —Enlazó los brazos rechonchos y cruzó las piernas—. En todas las campañas del cuarenta perdimos cien mil hombres. En las Ostland, ahora, estamos perdiendo treinta mil al mes.

Dije:

—Sesenta mil. Treinta mil es la cifra oficial. Son sesenta mil. Hay que ser realistas. El nacionalsocialismo es lógica aplicada. No tiene ningún misterio, como usted dijo. Así, mi comandante, ¿puedo hacer una sugerencia polémica?

—Muy bien. Oigámosla.

—Tenemos un recurso de trabajo sin explotar de veinte millones. Aquí, en el

Reich.

—¿Dónde?

—Sentada a cada lado de usted, señor. Las mujeres. La mano de obra femenina.

—Imposible —dijo Doll, complacido—. ¿Mujeres y guerra? Eso va en contra de nuestras más preciadas convicciones.

Zulz, Uhl y Seedig convinieron con él con un murmullo.

Dije:

—Lo sé. Pero todo el mundo lo hace. Los anglosajones. Los rusos.

—Razón de más para que no lo hagamos nosotros —dijo Doll—. A mi mujer no la van a convertir en una Olga sudorosa que cava trincheras.

—Hacen mucho más que cavar trincheras, comandante. Las baterías, las baterías antiaéreas que plantaron cara a los panzers de Hube al norte de Stalingrado, y que pelearon hasta la muerte, estaban todas a cargo de mujeres. Estudiantes, chicas jóvenes... —Di un último apretón al muslo de Alisz, y levanté los brazos y me eche a reír, diciendo—: Estoy siendo muy temerario. Y terriblemente indiscreto. Lo siento, pido disculpas a todo el mundo. A mi querido tío Martin le gusta hablar por teléfono, y al final del día la información me sale hasta por las orejas. O por la boca. Bien, ¿qué les parece, señoras?

—¿Qué nos parece qué? —dijo Doll.

—Arrimar el hombro.

Doll se puso en pie.

—No contesten. Es hora de hacer desaparecer a Thomsen. ¡No puedo permitir que este «intelectual» corrompa a nuestras mujeres! Bien, en mi casa son los caballeros lo que se retiran después de cenar. No al salón, sino a mi humilde estudio, donde habrá coñac y puros y tendremos una conversación *seria* sobre la guerra. Señores... Si hacen el favor.

Fuera, la noche estaba revestida de algo..., algo de lo que había oído hablar pero que nunca había experimentado: el don silesio para los inviernos. Y era el 3 de septiembre. Estaba abotonándome el abrigo en las escaleras, bajo el farol del garaje.

En el desordenado estudio de Doll, todos —salvo Burckl y yo— hablaban a grandes voces sobre las maravillas que estaban obrando los japoneses en el Pacífico (victorias en Malasia, Birmania, el Borneo británico, Hong Kong, Singapur, Manila, la península de Bataán, las islas Salomón, Sumatra, Corea y el oeste de China), y elogiaron la estrategia militar de Shojiro Iida, de Homma Masaharu, de Hitoshi Imamura, de Itagaki Seishiro. Hubo una pausa más tranquila, durante la cual se estuvo de acuerdo sin estridencias en que los imperios escleróticos y las democracias titubeantes de Occidente no podían medirse en modo alguno con las ascendentes autocracias raciales del Eje. Las cosas volvieron a hacerse más ruidosas cuando

debatieron las inminentes invasiones de Turquía, Persia, la India, Australia y (quién lo diría) Brasil...

En un momento dado, sentí la mirada de Doll. Se hizo un silencio inesperado, y Doll dijo:

—Se parece un poco a Heydrich, ¿no? Tienen cierto parecido.

—No es el primero que lo nota, señor. —Aparte de Göring, que podía haber sido un burgués salido de *Los Buddenbrook*, y aparte del antiguo vendedor de champán y falso aristócrata Ribbentrop (a quien la sociedad londinense, durante el tiempo que estuvo de embajador en la capital inglesa, apodó el Ario Errante), Reinhard Heydrich era el único nazi prominente que podía pasar por teutón puro. Los demás respondían a la tan habitual mezcla báltica-alpina-danubiana—. Heydrich tuvo que acudir varias veces a los tribunales para defender su progeie —dije—. Pero todos aquellos rumores, Hauptsturmführer, parecen carecer de toda base.

Doll sonrió.

—Bien, confiemos en que Thomsen evite la muerte prematura del Protector. —Alzó la voz y dijo—: Winston Churchill está a punto de dimitir. No tiene elección. En favor de Eden, que está menos influenciado por los judíos. ¿Saben? Cuando la Wehrmacht regrese victoriosamente del Volga, y de lo que fueron Moscú y Leningrado, será desarmada por las SS en la frontera. De ahora en adelante vamos a...

Sonó el teléfono. El teléfono sonó a las once de la noche: una llamada programada de Berlín —de una de las secretarias del Sekretär (una antigua novia mía muy complaciente)—. Se hizo un silencio obediente mientras yo hablaba y escuchaba.

—Muchas gracias, señorita Delmotte. Dígale al Reichsleiter que lo entiendo. —Colgué—. Lo siento, caballeros. Tendrán que disculparme. Está a punto de llegar un mensajero a mi apartamento de la Ciudad Vieja. Debo irme a recibirle.

—No hay descanso para los malvados —dijo Doll.

—Ningún descanso —dije, con una inclinación de cabeza.

En la sala, Norberte Uhl estaba tendida en el sofá como un espantapájaros caído, atendida por Amalсанд Burckl. Alisz Seisser estaba sentada con la mirada fija en un banco de madera bajo, atendida por Trudel Zulz y Romhilde Seedig. Hannah Doll acababa de irse arriba, y no se esperaba que volviera. Sin dirigirme a nadie en particular, dije que tenía que irme, que es lo que hice, tras detenerme un par de minutos en el pasillo del pie de las escaleras. Me llegaba el retumbar distante del agua corriendo en una bañera; y el sonido levemente pegajoso de unos pies desnudos; y el crujido alborotado de las tablas del entarimado.

Fuera, en el jardín delantero, me volví y miré hacia arriba. Esperaba ver a Hannah desnuda o semidesnuda a través de la ventana, mirando hacia mí con los labios

separados (e inhalando con aspereza el humo de un Davidoff). Mi esperanza se vio defraudada. Sólo alcancé a ver las cortinas de piel o de cuero echadas, y la acogedora luz rectangular del interior. Así que me encaminé hacia la salida.

Las farolas de arco iban quedando atrás a intervalos de cien metros. Enormes moscas negras se apelotonaban sobre sus rejillas. Sí, y un murciélago cruzó con ligereza el cristalino cremoso de la luna. Del Club de Oficiales —supuse—, transportado por la acústica tortuosa del Kat Zet, llegó el sonido de una balada popular («Di hasta pronto con voz suave cuando nos separemos»). Pero también oí pisadas a mi espalda, así que me di la vuelta.

Aquí, con mucha frecuencia, tenías la impresión de vivir en una vasta y explosiva casa de locos. Ahora era uno de esos momentos. Un niño de sexo indeterminado con un camisón que le llegaba hasta los pies caminaba con rapidez hacia mí; sí, con rapidez, con demasiada rapidez, todos ellos se movían con demasiada rapidez.

La pequeña forma salió con un contoneo de la oscuridad. Era Humilia.

—Tome —dijo, y me tendió un sobre azul—. De la señora.

Se dio la vuelta y se alejó deprisa.

Me he resistido mucho... No puedo seguir haciéndolo... Ahora debo... A veces una mujer... Me duelen los pechos cuando... Reúnase conmigo en... Iré a verle a su...

Caminé durante veinte minutos con muchas fantasías en la cabeza; dejé atrás la linde exterior de la Zona de Interés, luego recorrí los senderos vacíos de la Ciudad Vieja hasta llegar a la plaza de la estatua gris y el banco de hierro bajo la farola de poste curvo. Y allí me senté y leí.

—Adivina lo que ha hecho —dijo el capitán Eltz—. Esther.

Boris había entrado (con su llave) y recorría el breve trecho de mi salón, con un cigarrillo en una mano y ninguna copa de licor en la otra. Estaba sobrio, vehemente e inquieto.

—¿Te acuerdas de la postal? ¿Está loca o qué?

—Un momento. ¿Qué?

—Todo aquello de la buena comida y la limpieza y las bañeras. No escribió nada de eso. —Boris, indignado ante la magnitud y la franqueza de las infracciones de Esther, prosiguió—: ¡Dijo que éramos un hatajo de asesinos embusteros! Y se inventó lo que le dio la gana. Una sarta de ratas ladronas y brujas y machos cabríos. De vampiros y saqueadores de tumbas.

—¿Y pasó por la oficina del Postzensurstelle?

—Por supuesto que sí. En un sobre con los nombres de los dos. ¿Qué se pensaba? ¿Qué la iba a echar a un buzón?

—Así que está de vuelta sacando mierda a paladas o con una llana.

—No, Golo. Eso es un *crimen* político. Sabotaje. —Boris se inclinó hacia delante —. Cuando llegó al Kat Zet se dijo una cosa a sí misma. Me lo contó ella. Se dijo a sí misma: *No me gusta esto, y no voy a morir aquí...* Y mira cómo se porta.

—¿Dónde está ahora?

—La han encerrado en el Búnker 11. Mi primer pensamiento fue... Tengo que llevarle algo de comida y agua. Esta noche. Pero ahora pienso que le vendrá bien. Un par de días ahí dentro. Tiene que aprender.

—Toma un trago, Boris.

—Sí, claro.

—¿Aguardiente? ¿Qué les hacen en el Búnker 11?

—Gracias. Nada. Y ahí está la cosa. Möbius lo explica así: dejamos que la naturaleza siga su curso. Y uno no se va a interponer en los designios de la naturaleza, ¿no? Dos semanas suele ser lo normal, si son jóvenes. —Alzó la mirada —. Pareces desanimado, Golo. ¿Te ha dado la patada Hannah?

—No, no. Sigue. Lo de Esther. ¿Cómo la sacamos de ahí?

Hice el esfuerzo necesario, y traté de interesarme por las anodinas cosas de la vida y de la muerte.

2. DOLL: EL PLAN

Hablando con sinceridad, estoy un poco furioso por lo de los ojos a la funerala.

No es que me importe la lesión en sí, huelga decir. Mi hoja de servicios habla por sí misma, me atrevería a afirmar, en cuestiones de capacidad de recuperación física. En el frente iraquí, durante la última guerra (donde, a los 17 años, y siendo el suboficial más joven de todo el ejército del imperio, les gritaba órdenes con toda naturalidad a hombres que me doblaban en edad), peleé durante todo el día, ja, y toda la noche, y otra vez todo el día, con la rodilla izquierda arrancada y la cara y el cuero cabelludo mordidos por la metralla... Y aún me quedaron fuerzas suficientes para, al amanecer siguiente, hundirles la bayoneta en las tripas a los ingleses e indios rezagados del fortín que por fin logramos tomar.

Fue en el hospital de Wilhelma (una colonia alemana situada en la carretera que une a Jerusalén y Kaffa), mientras me recuperaba de 3 heridas de bala que tuve en la 2.^a batalla del Jordán, cuando sucumbí al «hechizo» del escarceo amoroso con una paciente, la esbelta Waltraut. A Waltraut la trataban de varios trastornos psicológicos, en especial la depresión; y quiero pensar que los fundidos íntimos que ensayamos ayudaron a sellar las grietas de su mente, al igual que cerraron las grandes heridas de mi zona lumbar. Hoy mis recuerdos de ese tiempo son primordialmente de *sonidos*. Y qué contrastes ofrecen: por un lado, los gruñidos y las náuseas del combate cuerpo a cuerpo, ¡y, por el otro, los arrumacos (a menudo acompañados de verdaderos arrullos)

del amor joven en algún huerto o bosquecillo! Soy un romántico. En mi caso personal, tiene que haber idilio.

No, el problema de los ojos a la funerala es que dañan considerablemente mi aura de autoridad infalible. Y no me refiero solamente en la sala de mando o en la rampa o ahí abajo en los fosos. El día del accidente di una gran fiesta para la gente de Buna aquí, en mi magnífica casa, y durante largos lapsos de tiempo conseguí a duras penas guardar la compostura; me sentía como un pirata o un payaso en una pantomima, o un koala o un mapache. Antes me había quedado completamente hipnotizado por mi reflejo en la sopera: una mancha diagonal rosada con dos ciruelas maduras bamboleándose bajo las cejas. Zulz y Uhl, estaba seguro, se dirigían sonrisas burlonas el uno al otro, e incluso Romhilde Seedig parecía reprimir disimuladamente una risita. Con el comienzo de la conversación general, sin embargo, reviví, y encabecé la charla con mi seguridad habitual (puse al señor Angelus Thomsen claramente en su sitio, por ejemplo).

Bien, si soy así en mi propia casa, entre colegas y conocidos y sus esposas, ¿cómo me comportaría con la gente que realmente importa? ¿Qué sucedería si tuviera que regresar el Gruppenführer? ¿Y si el Oberführer Benzler, de la Oficina Central de Seguridad, hiciera una repentina visita de inspección? ¿Y si, Dios no lo quiera, recibiéramos otra visita del Reichsführer-SS? Bueno, no creo que pudiera siquiera mantener la cabeza en alto delante del pequeño *Fahrkartenkontrolleur*, el Obersturmbannführer Eichmann...

Todo fue culpa de ese maldito viejo chiflado del jardinero. Imagínense, si les parece, una mañana de domingo de tiempo impecable. Estoy en la mesa de nuestra primorosa salita del desayuno, con un ánimo excelente, después de una «sesión» extenuante aunque poco concluyente con mi media naranja. Doy cuenta del desayuno amorosamente preparado por Humilia (que se ha ido a no sé qué maldito tabernáculo en la Ciudad Vieja). Y después de despachar mis 5 salchichas (y tomarme un montón de tazones de mi café inexcusable), me levanto y voy hasta la puerta vidriera con la ilusión de fumarme un cigarro reflexivo en el jardín.

Bohdan, de espaldas a mí y con una pala al hombro, estaba en el sendero, mirando estúpidamente a la tortuga que mordisqueaba un tallo de lechuga. Y cuando yo pasaba del césped a la grava, él se dio la vuelta con una especie de celeridad espástica. La gruesa hoja de la pala describió un veloz semicírculo en el aire y me dio de lleno en el hueso de la nariz.

Hannah, cuando bajó por fin, me puso agua fría en la zona del golpe, y pegó suavemente la carne desgarrada en mi ceja con las cálidas puntas de sus *Fingerspitzen*...^[11]

Y ahora, toda una semana después, mis ojos tienen un color de rana enferma (de un vivo verde amarillento).

—Imposible —dijo Prüfer (muy propio de él).

Suspiré y dije:

—La orden viene del Gruppenführer Blobel, lo que significa que viene del Reichsführer-SS. ¿Entiende, Hauptsturmführer?

—Es imposible, Sturmbannführer. No se puede hacer.

Prüfer es, absurdamente, mi Lagerführer, y por tanto mi número 2. Wolfram Prüfer, joven (apenas 30 años), insípidamente guapo (tiene una cara redonda, sin matices), carente por completo de iniciativa, y, en general, un redomado holgazán. Alguna gente sostiene que la Zona de Interés es una especie de apartadero donde se arrumba a los segundones que han cometido errores graves; y estaría de acuerdo con ella (si no tuviera tendencia a valorar mal mi propia persona). Dije:

—Disculpe, Prüfer, pero no soy capaz de reconocer la palabra *imposible*. No está en el vocabulario de las SS. Nosotros estamos por encima de las condiciones objetivas.

—Pero ¿para qué todo eso, mein Kommandant?

—¿Que para qué todo eso? Es política, Prüfer. Estamos ocultando nuestras huellas. Hasta tenemos que moler las cenizas; en molinos trituradores de huesos, ¿no?

—Disculpe, señor, pero vuelvo a preguntarle. ¿Para qué? Sólo importaría si nos vencen, pero no nos van a vencer. Cuando nosotros vencamos, que venceremos, no importará en absoluto.

He de reconocer que yo había tenido el mismo pensamiento.

—También importará un *poco* cuando vencamos —razoné—. Tiene que considerar el largo plazo, Prüfer. Gente quisquillosa haciendo preguntas y fisgando aquí y allá.

—Pero el porqué aún se me escapa, Kommandant. Quiero decir que, cuando ganemos, se supone que vamos a seguir haciendo muchas más cosas de estas que estamos haciendo ahora, ¿no? Los gitanos y los eslavos, etc.

—Ya. Eso pensé yo.

—Entonces, ¿por qué ahora nos ponemos melindrosos con este asunto? —Prüfer se rascó la cabeza—. ¿Cuántas «piezas» son, Kommandant? ¿Tenemos siquiera una vaga idea?

—No. Pero son muchísimas. —Me levanté y empecé a pasearme—. Como sabe, Blobel es el responsable de la limpieza de todo el territorio. *Ach*, y no para de fastidiarme pidiéndome más y más Sonders. Y la rapidez con la que los despacha. Le dije: *¿Por qué tiene que deshacerse de todos sus Sonders después de cada Aktion? Hágalos durar un poco, ¿no le parece? No van a irse a ninguna parte. ¿Y cree que me escucha?* —Volví a sentarme—. Muy bien, *Hauptsturmführer*, pruebe esto.

—¿Qué es?

—¿Qué le parece que es? Agua. ¿Bebe el agua de aquí?

—No tema, Sturmbannführer. Bebo agua embotellada.

—Yo también. Pruebe ésta. Yo *tuve que* hacerlo. Vamos, pruébela... Es una orden, Hauptsturmführer. Adelante. No tiene que tragarla.

Prüfer tomó un sorbo y dejó que el agua se le deslizara por los dientes inferiores. Dijo:

—Sabe a carroña, ¿no? Inspire fuerte... —Le ofrecí mi petaca—. Eche un trago de esto. Tome... Ayer me invitaron cordialmente al centro cívico de la Ciudad Vieja. Para reunirme con una delegación de las fuerzas vivas locales. Me dijeron que es un agua imbebible por mucho que la hiervas un montón de veces. Las «piezas» han empezado a «fermentar», Hauptsturmführer. Han llegado a la capa freática. No hay alternativa. El olor va a ser increíble.

—¿Que el olor *va a ser* increíble, mi Kommandant? ¿No cree que ya lo es?

—Deje de *quejarse*, Prüfer. Con quejas no llegaremos a ninguna parte. Lo único que hace usted es quejarse. Quejas y más quejas. Quejas, quejas, quejas, quejas...

Mis palabras, caí en la cuenta, duplicaban las de Blobel, cuando al principio yo también ponía peros. Y los reparos de Blobel seguro que merecieron una reprimenda de Himmler. Y Prüfer les echaría sin duda una buena bronca a Erkel y Stroop al verlos remisos. Y así sucesivamente. Lo que tenemos en las Schutzstaffel es una cadena de quejas. Una cámara de resonancia de quejas... Prüfer y yo estábamos en mi despacho del EPA. Era un recinto de techo bajo, algo sombrío (y un tanto revuelto), pero yo estaba sentado detrás de un escritorio de tamaño impresionante.

—Así que es urgente —continué—. Es objetivamente urgente, Prüfer. Espero que lo vea.

Mi secretaria, la pequeña Minna, llamó y entró. Con una voz de sincero desconcierto, dijo:

—Ahí fuera hay un hombre que dice llamarse «Szmul», Kommandant. Ha venido a verle, o eso dice.

—Minna, dígale que siga donde está, y que espere.

—Sí, Kommandant.

—¿Hay café? ¿Café de verdad?

—No, Kommandant.

—¿Szmul? —Prüfer tragó saliva, respiró con dificultad, volvió a tragar saliva—. ¿Szmul? ¿El Sonderkommandoführer? ¿Qué está haciendo aquí, Sturmbannführer?

—Es todo, Hauptsturmführer —dije—. Examine los fosos, recoja los residuos de gasolina y el metanol, si queda algo, y hable con Sapper Jensen sobre la mecánica de las piras.

—Obedezco, mi Kommandant.

Mientras estaba sentado pensando entró bruscamente Minna con montones de teletipos y telegramas, de memorándum y comunicados. Minna es una mujer joven atractiva y competente, aunque de pecho demasiado plano (su trasero no tiene nada de malo, y si le levantases esa falda apretada seguro que...; no sé por qué estoy escribiendo esto. No es mi tipo en absoluto). Y en cualquier caso mis pensamientos

estaban con mi mujer. ¿Hannah aquí (me pregunté), durante la *Aktion* en curso? No. Y también las chicas, en realidad. Creo que lo indicado en este caso es un pequeño viaje a Rosenheim. Sybil y Paulette son capaces de llevarse bien con esos 2 excéntricos razonablemente inofensivos: sus abuelos maternos, en Abbey Timbers; las vigas de ébano, las gallinas, los divertidos dibujos separables de Karl, la cocina anárquica de Gudrun. Sí, los alrededores de Rosenheim: algo de aire rural no les hará ningún daño. Y, además, con Hannah en su «disposición de ánimo» actual...

¡*Ach*, cuánto me gustaría que mi mujer fuera tan dócil como la lánguida Waltraut! Waltraut..., ¿dónde estarás ahora?

—¿Tengo delante a un ser humano?... —dije en el patio—. Tu imagen es atroz, Sonderkommandoführer.

¿*Mis* ojos? Mis ojos son como los ojos de Ricitos de Oro comparados con los ojos del Sonderkommandoführer Szmul. Sus ojos se han esfumado, están muertos, aniquilados, difuntos. Tiene ojos de Sonder.

—Mírate los ojos, Szmul.

Szmul se encogió de hombros y miró de soslayo al mendrugo que había tirado al suelo al ver que me acercaba.

—Después de mí... —dije, y durante un instante mi mente vagó—. ¿Sabes? Dentro de unos días tu *Gruppe* va a multiplicarse por 10. Vas a ser el hombre más importante del KL. Después de mí, claro. Venga.

En el camión, mientras avanzábamos hacia el nordeste, pensé con disgusto en el Obersturmführer Thomsen. A pesar de sus maneras andróginas, es, al decir de todos, un tremendo castigador de mujeres. Con mucha fama de eso, al parecer. Y tampoco respeta a las demás personas, ni a nadie en absoluto. Parece que dejó preñada a 1 de las hijas de Von Fritsch (*después* del escándalo de lo del catamita). ¡Y me ha llegado de 2 fuentes diferentes que también se ha pasado por la piedra a Oda Muller! Cristina Lange es otra muesca en su cinturón. Se dice, además, que hace de alcahuete de su tío Martin: le consiguió la aventura con la actriz M. E incluso se rumorea que realizó el acto de la oscuridad con su tía Gerda (o con lo que quedaba de ella después de..., cuántos hijos eran, ¿8, 9?). Aquí en el campo, como es bien sabido, Thomsen ha tenido acceso a un verdadero pelotón de *Helferinnen*, incluida Ilse Grese (cuya moral, de todas formas, es claramente cuestionable). Al parecer, su amigo, el granuja de Boris Eltz, no es mucho mejor. Sí, pero Eltz es un guerrero prodigioso, y tales hombres —y esto ha llegado a ser más o menos la política oficial—, tales hombres han de amar con tanta liberalidad como pelean. ¿Cuál es la excusa de Thomsen?

En Palestina, la esbelta Waltraut me dio ejemplo de algo que he seguido toda mi vida: sin verdadero sentimiento, el mero ayuntamiento —reconozcámoslo— es algo bastante sucio todo él. En este sentido yo no soy el soldado típico, me doy cuenta; yo nunca hablaría sin respeto de una mujer, y detesto el lenguaje vulgar. Así pues, me he

librado del mundo de los burdeles, con su inimaginable mugre y fango, al igual que de la lujuria «sofisticada»: un zapato de salón estrujado entre dos botas de cuero bajo la mesa, una mano subiendo por debajo de una falda en la cocina, el contoneo del trasero de la mujer urbana ligera de cascos, las órbitas pintarrajeadas, las axilas afeitadas, las bragas de encaje fino, las medias negras y los ligueros negros enmarcando la cremosidad de la parte alta de los muslos... Tales cosas..., muchas gracias, pero son de muy poco interés para su humilde siervo Paul Doll.

No me sorprendería en absoluto que Thomsen se dedicara ahora a Alisz Seisser. Qué pensamiento más extraño: el alto y flaco de pelo cremoso devorando a la curvilínea bollo con pasas. Estaba de lo más atractiva la otra noche en la cena que di en casa. En fin, será mejor que Thomsen se dé prisa..., Alisz se va a Hamburgo dentro de 1 o 2 semanas. Es su período de gracia, mientras se recupera de la pérdida del sargento mayor; la pérdida de Orbart, que dio la vida por impedir una fuga en el Campo de Mujeres. Ese hecho confirió nobleza al semblante a quien le ha sobrevivido: su viuda Alisz. Además, el negro es un color muy favorecedor. Y, en la animada velada del otro día en mi casa, el luto de Alisz (con aquella parte de arriba ceñida) parecía iluminarse delicadamente con los rayos del sacrificio alemán. Ahí lo tienes. Idilio: ha de haber idilio.

¿Cuánto tiempo cree Hannah que puede seguir así?

Créanme: no va a haber suficientes residuos de gasolina y tendré que ir *de nuevo* a Katowitz.

—Pare aquí, Unterscharführer. Aquí mismo.

—Sí, mi Kommandant.

No había estado en el Sector 4IIb(i) desde julio, cuando acompañé al Reichsführer-SS en su inspección de un día. Mientras me alejaba del camión (y Szmul se bajaba del remolque) caí en la cuenta con desasosiego de que podía oír realmente el Prado de Primavera. El prado comenzaba unos diez metros más allá del montículo donde Prüfer, Stroop y Erkel estaban de pie con las manos pegadas a la cara, pero podías oírlo. Y lo olías, por supuesto. Y lo oías. Reventando, haciendo plaf, siseando... Me uní a mis colegas y miré hacia la vasta superficie del prado.

Contemplé el gran campo sin la más mínima traza de falso sentimentalismo. Valga repetir que soy un hombre normal con sentimientos normales. Cuando me tiente la debilidad humana, sin embargo, sencillamente pienso en Alemania, y en la confianza depositada en mí por su Libertador, cuya visión, cuyos ideales y aspiraciones comparto de forma inquebrantable. Ser amable con los judíos es ser cruel con los alemanes. El «bien» y el «mal», lo «bueno» y lo «malo» son conceptos que tuvieron su momento, y que han pasado a la historia. En el nuevo orden, algunos actos tienen resultados positivos y algunos actos tienen resultados negativos. Y eso es todo.

—Kommandant —dijo Prüfer, con uno de sus ceños responsables—, Blobel, en

Culenhof, trató de volarlos.

Me volví y lo miré, y dije a través del pañuelo (todos teníamos el pañuelo en la boca):

—¿Volarlos para qué?

—Ya sabe. Para librarse de ellos de esa forma. Pero no funcionó, Kommandant.

—Bien, yo podría haberle dicho que no iba a funcionar antes de que lo hiciera. ¿Desde cuándo volar las cosas las hace desaparecer?

—Eso es lo que pensé yo después del intento fallido. Fueron a parar a todas partes. Había trocitos colgando de los árboles.

—¿Y qué hicieron? —preguntó Erkel.

—Recogimos los trozos que teníamos al alcance. Los de las ramas bajas.

—¿Y qué pasó con los de más arriba? —preguntó Stroop.

—Los dejamos donde estaban —dijo Prüfer.

Miré hacia la extensa superficie que ondulaba como una laguna en el cambio de marea, una superficie salpicada de géiseres que lanzaban chorros y eructaban. De cuando en cuando se veían trozos de hierba brincando y dando volteretas en el aire. Le grité a Szmul.

Aquella noche, Paulette me sorprendió en el estudio. Estaba sentado en una butaca, relajándome con una copa de brandy y un cigarro. Paulette dijo:

—¿Dónde está Bohdan?

—¿Tú también? No. Y ese vestido es horrendo.

Tragó saliva y dijo:

—¿Y dónde está Torquil?

Torquil era la tortuga (y digo bien «era»). Las niñas adoraban a la tortuga: a diferencia de las comadreas, los lagartos y los conejos, la tortuga no podía escaparse corriendo.

... Un poco antes me había acercado de puntillas y por detrás a Sybil, que estaba haciendo los deberes en la mesa de la cocina, ¡y le había dado un buen susto! Mientras luego la abrazaba y la besaba riéndome, ella pareció echarse hacia atrás.

—Te apartas de mí, Sybil.

—No, no es cierto —dijo ella—. Es que dentro de poco tendré 13 años, papá. Y eso marcará una etapa en mi vida. Y tú no...

—¿Yo no qué? No, no. Sigue hablando...

—No hueles bien —dijo Sybil, e hizo una mueca.

La sangre, al oír esto, empezó a hervirme.

—¿Sabes el significado de la palabra *patriotismo*, Sybil?

Ella volvió la cabeza hacia otro lado y dijo:

—Me gusta abrazarte y besarte, papá, pero tengo otras cosas en la cabeza.

Esperé unos segundos, y al final dije:

—Entonces eres una chiquilla muy cruel.

¿Y qué decir de Szmul? ¿Y de los Sonders? Dios, sólo a duras penas me decido a ponerlo por escrito. ¿Saben? Nunca dejo de maravillarme ante el abismo de miseria moral en el que algunos seres humanos están deseosos de hundirse...

Los Sonders... Cumplen con sus tareas pavorosas con la indiferencia más muda. Usan cinturones de cuero gruesos para sacar a rastras de las duchas a las piezas y llevarlas hasta el *Leichenkeller*. Allí les arrancan los dientes de oro con alicates y cinceles, y les cortan el pelo a las mujeres con grandes tijeras; les quitan los pendientes y las alianzas; y ponen la carga en la polea (6 o 7 cada vez), y la izan hasta la boca de los hornos. Por último, muelen las cenizas, y el polvo se lleva en camión y se echa al río Vístula. Todo esto, como ya he dicho, lo llevan a cabo con una insensibilidad muda. No parece importarles en absoluto que la gente que manipulan sea de su misma raza, hermanos de sangre.

Y los buitres del crematorio muestran alguna vez la más mínima viveza? Nada de eso... Cuando reciben a los evacuados en la rampa y los conducen hasta el recinto donde se desnudan. Dicho de otro modo, sólo se animan con la traición y el engaño. *Dígame su oficio, dicen. ¿Ingeniero? Excelente. Siempre necesitamos ingenieros. O bien algo como ¿Ernst Kahn, de Utrecht? Sí, él y su... Oh, sí, Kahn y su mujer y los niños estuvieron aquí 1 mes o 2 y luego decidieron irse a la granja agrícola. La de Stanislavov.* Cuando surge alguna dificultad, los Sonders están perfectamente preparados para utilizar la violencia: llevan al causante del problema con el brazo retorcido hasta el suboficial más cercano, que se hará cargo de la situación del modo más conveniente.

Ya ven, a Szmul y al resto de los Sonders les interesa que todo vaya con suavidad y ligereza, porque están impacientes por hurgar entre las ropas abandonadas para encontrar algo que beber o fumar. O algo para comer. Siempre están comiendo. Los Sonders están siempre comiendo; los desechos de la cámara donde se desnudan las piezas, por ejemplo (a pesar de las raciones relativamente generosas que reciben). Se sientan a tomar la sopa a cucharadas sobre un montón de *Stücke*; hundidos hasta las rodillas, se abren paso por el prado mefítico mientras mastican con ruido un trozo de jamón...

Me pasma que decidan subsistir, durar, de esta forma. Y lo hacen: algunos (no muchos) se niegan categóricamente, pese a las consecuencias obvias, porque ellos, ahora, se han convertido también en *Geheimnisträger*, portadores de secretos. No es que ninguno de ellos confíe en prolongar su cobarde existencia más de 2 o 3 meses. Somos absolutamente claros al respecto: la tarea inicial de los Sonders, a fin de cuentas, es la incineración de sus predecesores; algo que saben que no va a cambiar en adelante. Szmul posee la dudosa distinción de ser el sepulturero que más tiempo lleva en el KL; de hecho, es muy probable que sea el Sonder que más tiempo lleva en todo el sistema de campos de concentración. Es prácticamente un Notable (hasta los guardias le tienen cierto grado de respeto). Szmul sigue. Pero sabe muy bien lo que

les sucede a todos, a todos los portadores de secretos.

Para mí, el honor no es una cuestión de vida o muerte: es mucho más importante que eso. Los Sonders, como es obvio, no piensan lo mismo. Una vez perdido el honor, el animal —o incluso el mineral— desea subsistir. *Existir* es un hábito, un hábito que no pueden transgredir. *Ach*, si fueran hombres de verdad...; yo, en su lugar... Pero un momento. Uno nunca está en el lugar de nadie. Y es cierto lo que dicen; lo que dicen aquí en el KL: nadie se conoce a sí mismo. ¿Quién eres? No lo sabes. Y entonces llegas a la Zona de Interés, y ella te dice quién eres.

Esperé hasta que las niñas estuvieran en la cama y salí al jardín. Hannah, con un chal blanco, estaba de pie, cruzada de brazos, junto a la mesa de pícnic. Tomaba una copa de vino tinto, y fumaba un Davidoff. Más allá de ella, se veía un atardecer asalmonado y un amasijo de nubes escalonadas. Dije, como sin darle importancia:

—Hannah, creo que las 3 deberíais iros 1 semana o 2 a casa de tu madre.

—¿Dónde está Bohdan?

—Santo Dios. Por 10.^a vez te digo que lo han trasladado. —No tenía nada que ver conmigo, aunque me disgustaba que me hubieran hecho prescindir de él—. Lo han mandado a Stutthof. A él y a otros 200 más.

—¿Dónde está Torquil?

—Por 10.^a vez: Torquil está *muerta*. La mató Bohdan. Con la *pala*, Hannah, ¿te acuerdas?

—Bohdan mató a Torquil, dices.

—¡Sí! Por despecho, supongo. Y por miedo. En el otro campo tendrá que empezar de nuevo. Y seguramente será muy duro para él.

—¿Duro en qué sentido?

—Bueno, en Stutthof no será jardinero. Es un tipo de régimen distinto. —Decidí no decirle a Hannah que en Stutthof les daban 25 latigazos nada más llegar—. Fui yo quien tuvo que ocuparse de Torquil. No fue un plato de buen gusto, puedes creerme.

—¿Por qué tenemos que irnos a casa de mi madre?

Respondí con indecisión unos instantes; y al final aduje que, de todas formas, era una buena idea. Hannah dijo:

—Venga ya..., ¿cuál es la razón verdadera?

—Oh, está bien. Berlín ha enviado instrucciones de que pongamos en práctica un *Projekt* de emergencia. Las cosas van a ponerse desagradables aquí durante un tiempo. Un par de semanas.

Hannah dijo con sarcasmo:

—¿Desagradables? Oh, ¿de veras? Será todo un cambio. ¿Desagradables en qué sentido?

—No me está permitido decírtelo. Una tarea de guerra. Puede tener unos efectos muy nocivos para la calidad del aire. Dame, déjame que te la llene.

Un minuto después volví con el vino de Hannah y una copa enorme de ginebra.

—Piensa en ello. Estoy seguro de que comprenderás que es lo mejor. Bonito cielo. Está refrescando, lo cual será de ayuda.

—¿De ayuda para qué?

Tosí y dije:

—Bueno, ya sabes que mañana por la noche tenemos teatro.

La colilla del cigarrillo que lanzó al aire brilló como una luciérnaga al anochecer, un picado inverso, hacia arriba.

—Sí —dije—, la función de gala de *Por siempre cantan los bosques*. —Sonreí—. Arrugas el ceño, cariño. ¡Venga, tenemos que guardar las apariencias! Oh, querida. ¿Quién es esta chica enfurruñada? Invocaría el nombre de Dieter Kruger, pero ya me has dado a entender, ¿o no?, que ya no te preocupa mucho su suerte.

—Oh, sí me preocupa. ¿No me dijiste que Dieter pasó por Stutthof? Me dijiste que al llegar les dan 25 latigazos.

—¿Eso te dije? Bueno, sólo a los prisioneros muy sospechosos. No le harán eso a *Bohdan...* *Por siempre cantan los bosques* es una fabula de la vida rural, Hannah. —Tomé un gran sorbo de aquel licor fuerte y me enjuagué minuciosamente la boca con él—. De la nostalgia de la comunidad redentora. La comunidad orgánica, Hannah. Te hará suspirar por Abbey Timbers.

Era un aniversario conjunto, que conmemoraba i) nuestro decisivo avance electoral del 14 de septiembre de 1930, y ii) la aprobación histórica de las leyes raciales de Núremberg, el 15 de septiembre de 1935. Así pues, ¡doble motivo de celebración!

Después de unos cuantos cócteles en el Crush Bar, Hannah y yo (el centro de atención de todas las miradas) tuvimos hasta nuestros asientos en la primera fila. Las luces de la casa se atenuaron, y el telón crujió al subir para dejar al descubierto a una lechera regordeta lamentándose ante una despensa vacía.

Por siempre cantan los bosques trataba de una familia de granjeros durante el duro invierno que siguió al *Diktat* de Versalles. *El hielo ha destruido los tubérculos*, *Otto*, era una de sus frases, y *Levanta la nariz engreída de ese libro, ¿quieres?*, otra. Por lo demás, *Por siempre cantan los bosques* no dejó en mí la menor huella. No es que se me quedara la mente en blanco; muy al contrario. Fue muy curioso. Me pasé las 2 horas y ½ de la función calculando con suma atención cuánto se tardaría (dada la altura del techo en oposición a las condiciones de humedad) en gasear a todo el auditorio, y preguntándome cuáles de sus prendas serían aprovechables, y por cuánto podría venderse el pelo y los empastes de oro...

Luego, en la fiesta de después, un par de cápsulas de Phanodorm tragadas con unos cuantos coñacs no tardaron en hacerme recuperar el equilibrio. Dejé a Hannah con Norberte Uhl, Angelus Thomsen y Olbricht y Suzi Erkel, y tuve una pequeña charla con Alisz Seisser. La pobrecilla sale para Hamburgo a finales de semana. El primer asunto que tener en cuenta: arreglar lo de su pensión. Por una u otra razón,

estaba blanca de pavor.

—Iremos de oeste a este. Seréis 800.

Szmul se encogió de hombros, y, podéis creerme, sacó un puñado de aceitunas negras del bolsillo del pantalón.

—Puede que 900. Dime, Sonderkommandoführer, ¿estás casado?

Con la cabeza baja, Szmul dijo:

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Shulamit, señor.

—¿Y dónde está esa «Shulamit», Sonderkommandoführer?

No sería del todo cierto afirmar que los cuervos del osario son insensibles a toda emoción humana. Con harta frecuencia, en el curso de su trabajo encuentran a alguien que conocen. El Sonder ve a vecinos, amigos, parientes tal como llegan, o tal como salen, o ambas cosas. El 2.º de Szmul se vio una vez a sí mismo en las duchas calmando los terrores de su gemelo idéntico. No hace mucho hubo un tal Tadeusz, otro buen trabajador, que miró hacia el otro extremo de su cinturón en el *Leichenkeller* (utilizaban los cinturones, ya saben, para arrastrar las *Stücke*) y vio a su mujer. Se desmayó. Pero le dieron unos tragos de aguardiente y un trozo de salami, y al cabo de 10 minutos estaba de vuelta en el trabajo, manejando las tijeras tan campante.

—Vamos, dime: ¿dónde está?

—No lo sé, señor.

—¿Aún en Litzmannstadt?

—No lo sé, señor. Perdón, señor, pero ¿se han ocupado de la excavadora?

—Olvídate de la excavadora. Está destrozada.

—Sí, señor.

—Y tienen que contarse con sumo cuidado. ¿Entiendes? Las calaveras.

—Contar las calaveras no es práctico, señor. —Se inclinó hacia un lado y escupió el último hueso de aceituna—. Hay un método mucho más fiable, señor.

—Oh, ¿sí? Escucha, ¿cuánto tiempo llevará todo esto?

—Depende de las lluvias, señor. Es una suposición, pero yo diría que 2 o 3 meses.

—¿2 o 3 *meses*?

Se volvió hacia mí, y vi algo fuera de lo normal en su cara. No eran los ojos (eran sus ojos habituales de Sonder), sino la boca. Supe entonces, allí, en lo alto de la pendiente, que, inmediatamente después de que se llevara a cabo satisfactoriamente la medida actual, procederían a ocuparse de Szmul, y que emplearían para ello el procedimiento idóneo.

He hecho acopio de más información sobre el meloso Herr Thomsen (pese a su currículum, creo que, en el fondo, es «uno de éstos»). Su madre, medio hermana de

Bormann, y mucho mayor que él, hizo una boda muy ventajosa, sin duda. Se casó con un banquero, que coleccionaba arte moderno del tipo más degenerado. ¿No suena familiar el patrón..., dinero, arte moderno? Me pregunto si ese «Thomsen» no fue un día algo como «Tawmzen». En cualquier caso, ambos padres, en 1929, murieron en la caída de un ascensor en Nueva York (moraleja: si pones el pie en esa Sodoma hebrea, ¡recibirás lo que «ricamente» mereces!). Así que su hijo único, este principito, es adoptado de forma no oficial por su tío Martin, el hombre que controla la agenda del Libertador.

Yo he tenido que romperme el lomo y sudar sangre, he tenido que matarme para llegar donde estoy. Pero alguna gente..., alguna gente nace con una cuchara... Vaya, tiene gracia. Estaba a punto de emplear la frase de siempre cuando se me ha ocurrido una mejor. Perfecta para él. Sí. ¡Angelus Thomsen nació con un *Schwanz*^[12] de plata en la boca!

Nicht wahr?

Estaba en casa, inclinado sobre mi escritorio, sumido en una meditación cansada, cuando oí unas pisadas que se acercaban y luego se detenían. No eran las pisadas de Hannah.

Estaba pensando: estoy atrapado entre la espada y la pared. Por otra parte, el jefe de la Oficina Económica de la Administración siempre está persiguiéndome para que haga todo lo posible por aumentar la fuerza de trabajo (para las industrias de munición). Y por otra, el Departamento Central de Seguridad del Reich presiona para la eliminación del mayor número de evacuados posible, por razones obvias de autodefensa (los judíos constituyen una 5.^a columna de proporciones intolerables). Me pasé las yemas de los dedos por la frente en una especie de saludo reflexivo. Y ahora, veo (tengo delante de mí el teletipo) que ese idiota de Gerhard Student, de la OEA, ¡sugiere la brillante idea de que a todas las madres físicamente aptas se las debería hacer trabajar hasta la extenuación en la fábrica de calzado de Chelmek! *Muy bien*, le diré. *Y usted viene a la rampa a intentar separarlas de sus hijos*. Esta gente..., es que no *piensa*. Dije en voz alta:

—Quien esté ahí fuera que haga el favor de pasar.

Por fin llamaron a la puerta. Con aire acongojado y arrepentido, Humilia entró en el estudio.

—¿Va usted a quedarse ahí de pie temblando —mascullé (me sentía francamente descompuesto)—, o tiene algo que decirme?

—Mi conciencia está disgustada, señor.

—¿Oh, de veras? No podemos permitirlo. Eso no es nada bueno. ¿Y bien?

—Obedecí a la señorita Hannah cuando no debía haberlo hecho.

Dije, con bastante calma:

—Cuando no debía haberlo hecho, *señor*.

—Es el fuego, ¿lo ve?, es el fuego.

¿Cómo quemarlos, los cuerpos desnudos? ¿Cómo conseguir que ardan?

Empezamos con unas cantidades muy pequeñas, con tablas de madera, y no conseguíamos casi nada, pero Szmul, entonces... ¿Saben? Entiendo por qué el Sonderkommandoführer lleva una vida increíble. Fue él quien aportó una serie de sugerencias que resultarían decisivas. Tomé buena nota de ellas, para futuras referencias.

1) No debe haber más que una pira.

2) La pira debe arder continuamente, las veinticuatro horas.

3) La grasa humana licuada ha de utilizarse para avivar la combustión. Szmul organizó los canalones por donde debía fluir y las brigadas de vertido de esta grasa, lo que, además, se tradujo en un considerable ahorro de gasolina. (Recordatorio: meterles este ahorro en la cabeza a Blobel y a Benzler.)

En esta fase hay sólo una dificultad técnica con la que de vez en cuando nos enfrentamos. El fuego alcanza tal temperatura que no podemos acercarnos, *nicht?*

Ahora les pregunto a ustedes, esto en realidad no tiene precio, esto es..., esto verdaderamente «se lleva la palma». De pronto el teléfono brinca en su horquilla: Lothar Fey, de la Autoridad de Defensa Aérea, ¡se queja, furibundo, «tenga la amabilidad...», de nuestros incendios nocturnos! ¿A alguien le parece extraño que esté a punto de perder la cabeza?

Si bien Humilia juzgó correcto contarme que mi mujer había escrito y enviado un mensaje personal a un acreditado libertino, no fue capaz —o no quiso serlo— de ponerme al corriente de su contenido. Aquello desbarató mi concentración. Por supuesto, todo el asunto podría ser perfectamente inocente. ¿Inocente? ¿Cómo algo así podía ser inocente? No me engaño sobre la carnalidad histórica de la que Hannah ya ha dado muestras de ser capaz, y además es del dominio público que una vez que una mujer relaja las sagradas ataduras del recato desciende vertiginosamente hasta las más fantásticas depravaciones: acucillamientos, estrujamientos, chapoteos de fluidos, retorcimientos...

Hannah llamó con brío y entró y dijo:

—Querías verme.

—Sí. —A la espera del momento oportuno, dije—: Mira, no tiene ningún sentido que vayas a Abbey Timbers. El *Projekt* va a llevar meses, así que lo que tendrás que hacer es acostumbrarte.

—No quería ir, de todas formas.

—Oh. ¿Qué quieres decir? ¿Es que por casualidad tienes algún *Projekt* propio?

—Quizá —dijo Hannah, y se dio la vuelta sobre un talón.

... Levanté las manos y me froté los ojos. Aquel acto espontáneo, similar al que un colegial cansado realiza reflexivamente sobre sus deberes escolares, no me hizo

daño en absoluto, por primera vez en no sé cuánto tiempo. En el aseo de abajo me mire en el espejo. *Ja*, aquellas órbitas martirizadas mías siguen muy levemente sanguinolentas, y blandas y con bolsas (con lo del humo y las veladas hasta altas horas de la noche; y no es que los trenes dejen de llegar). Pero ya no tengo los ojos negros.

Hay llamas y humo; hasta el aire más claro se riza y se retuerce. ¿No es cierto?
Como una manta de gasa palpitando al viento.

Los Sonders, a las órdenes de Szmul, han levantado una especie de zigurat con vías de tren alabeadas. Del tamaño de la catedral de Oldemburgo.

La estampa, supongo, debería de encuadrarse en la cima de lo moderno, pero cuando la contemplo desde lo alto del montículo no dejo de pensar en las pirámides de Egipto construidas por esclavos. Valiéndose de las anchas escaleras de mano y de las grúas llenan de carga el gran entramado metálico; luego se retiran y ocupan sus torres provistas de ruedas para alimentar el fuego echando en él las piezas, a veces en cantidades enormes. Las torres se balanceaban como máquinas de asedio de la Edad Media.

Por la noche las vías fulguran con una tonalidad rojiza. Y yo no dejo de ver un sapo negro gigantesco con las venas iluminadas ni cuando cierro los ojos.

Comunicado de la Geheime Staatspolizei^[13] de Hamburgo: la viuda Seisser viaja de regreso, pero va a volver a nosotros con una revisión de su estatus. Alisz es ahora una evacuada.

El Sonderkommandoführer tenía razón en lo de la mejor forma de contar. Nada de contar las calaveras. A casi todas las «piezas» se las liquidaba con el consabido *Genickschuss*^[14], pero a menudo de forma tan torpe o apresurada que los cráneos acababan hechos trizas. Así que las calaveras no servían para el recuento. El procedimiento más científico, hemos comprobado, es contar los fémures y dividir esa cantidad por 2. *Nicht?*

En respuesta a la emergencia doméstica he puesto en activo al Kapo criminal que tengo en reserva en la mina de carbón de Fürstengrube.

3. SZMUL: TESTIGO

Sentiría un consuelo infinitesimal, creo, si pudiera persuadirme de que existe compañerismo, de que hay comunión humana, o al menos un sentimiento de camaradería respetuosa, en las literas de encima del horno crematorio en desuso.

Se dicen multitud de palabras, sin duda, y nuestros intercambios verbales son siempre serios, elocuentes y morales.

«O te vuelves loco en los primeros diez minutos», se dice con frecuencia, «o te acostumbras a ello.» Podría argüirse que aquellos que se acostumbran a ello, de hecho, se vuelven locos. Y aún existe una tercera posibilidad: ni te acostumbras a ello ni te vuelves loco.

Cuando terminamos de trabajar nos reunimos —aquellos que no nos hemos acostumbrado a ello y no nos hemos vuelto locos— y charlamos y charlamos. En el Kommando, que se ha visto incrementado enormemente para hacer frente a las tareas actuales, alrededor de un cinco por ciento pertenecen a esta categoría, unos cuarenta hombres, pongamos. Y en los barracones de las literas nos agrupamos un poco aparte, normalmente hacia el alba, con la comida, el licor y los cigarrillos. Y charlamos. Y me gusta creer que hay compañerismo entre nosotros.

Siento que estamos manejando propuestas y alternativas que nunca se han debatido antes, que nunca ha habido que debatir antes; creo que, si conocieras cada día, cada hora, cada minuto de la historia humana, no encontrarías ningún ejemplo, ningún modelo, ningún precedente.

Märtyrer, mucednik, martelaar, meczonnik, martyr: en todas las lenguas que conozco, la palabra viene del griego *martur*, que significa «testigo». Nosotros, los Sonders, o algunos de nosotros, daremos testimonio. Y esta cuestión, a diferencia de cualquier otra, se verá libre de toda profunda ambigüedad. Por eso pensamos.

Josef, judío checo de Brno, escribió su testimonio, lo metió en el chanclo de goma de un niño y lo ocultó bajo el seto vivo que rodea la casa de Doll. Tras un largo debate y una votación a mano alzada, decidimos exhumar este documento (temporalmente) y ponernos al corriente de su contenido. Yo, instintiva y quizá supersticiosamente, me opuse. Y, tal como están resultando las cosas, es uno de los episodios del Lager que menos voy a revivir en el futuro inmediato.

Escrito en yidis, y con tinta negra, el manuscrito constaba de ocho hojas.

—*Y entonces —empecé—, se levantó una niña de cinco años y...* Un momento —dije—. Creo que está un poco confuso.

—*¡Lee!* —dijo uno de los hombres.

Y otros lo secundaron:

—*Tú lee.*

—*Y entonces se levantó una niña de cinco años y desnudó a su hermano pequeño de un año. Un hombre del Kommando se acercó a llevarse la ropa del niño. La niña le gritó a voz en cuello: «¡Vete, judío asesino! ¡No pongas la mano chorreante de sangre judía sobre mi adorable hermano! Soy su buena mamá, y morirá en mis*

brazos, conmigo.» *Un niño de siete u ocho años...* —vacilé, y tragué saliva—. ¿Continúo?

—No.

—No. Sí. Continúa.

—Continúa. No. Sí.

—*Un niño de siete u ocho años* —leí— *estaba a su lado y habló así: «Vaya, ¿eres judío y llevas a estos niños encantadores a la cámara de gas..., sólo para seguir vivo? ¿Tu vida entre un montón de asesinos realmente vale más que las vidas de tantas víctimas judías?» Una mujer joven polaca pronunció un muy breve pero ardiente parlamento en la...*

—Basta.

Muchos de los hombres tenían lágrimas en los ojos..., pero no eran lágrimas de pesar o de culpa.

—Basta. Esa mujer «pronunció un breve pero ardiente parlamento». Y una mierda... Calla ya.

—Calla ya. Miente.

—El silencio será mejor que esto. Basta.

—Basta. Y no vuelvas a enterrarlo. Hazlo desaparecer..., sin leer. Basta.

Callé. Y los hombres se dieron la vuelta y se fueron, y buscaron con desgana sus petates.

A Josef, el químico de Brno, lo conocí aquí en el campo, y lo consideraba un hombre serio... Yo soy un hombre serio, y estoy escribiendo mi testimonio. ¿Y escribo así? ¿Seré capaz de controlar mi pluma, o me saldrá todo... *como eso*? La intención de Josef, estoy seguro, era la mejor, e incluso la más elevada, pero lo que escribe no es cierto. Ni limpio. Una niña de cinco años, un niño de ocho: ¿ha habido alguna vez un niño tan endiabladamente curtido como para captar la situación de los Sonders?

Seguí leyendo en silencio durante unos instantes, o dejé que mis ojos se desplazaran por el resto de la hoja...

Una mujer joven polaca pronunció un muy breve pero ardiente parlamento en la cámara de gas... Condenó los crímenes y la opresión nazis y terminó con las palabras: «No moriremos ahora, la historia de nuestra nación nos inmortalizará, nuestra iniciativa y nuestro espíritu seguirán vivos y florecientes...» Entonces los polacos presentes se arrodillaron en el suelo y rezaron solemnemente una oración, en una postura que causó una fortísima impresión, y luego se levantaron y todos juntos, en coro, entonaron el himno nacional polaco. Los judíos cantaron el «Hatikva». El cruel destino común en aquel maldito lugar hizo que las melodías líricas de estos himnos distintos se fundieran en una sola. Expresaban así sus últimos sentimientos, su calor hondamente conmovedor y su esperanza —y su fe— en el futuro de sus...

¿Mentiré? ¿Necesitaré engañar? Entiendo que soy repulsivo. Pero ¿tengo que escribir de forma repulsiva?

De todas formas, y sea como fuere, voy a cerciorarme de que las hojas de Josef

vuelvan a ser enterradas como es debido.

A veces ocurre que cuando paso por la casa del Kommandant veo a sus hijas..., camino del colegio o volviendo de él. De cuando en cuando las acompaña la pequeña ama de llaves, pero normalmente lo hace la madre, una mujer alta, de aspecto fuerte, aún joven.

Al ver a la mujer de Doll pienso naturalmente en la mía.

Los judíos polacos no llegan al Lager en masa, o aún no, pero algunos de ellos vienen a dar aquí por algún camino torcido, como yo mismo, y, por supuesto, los busco y les hago preguntas. Los judíos de Lublin fueron a un campo de la muerte llamado Belzec; muchos judíos de Varsovia fueron a otro campo de la muerte llamado Treblinka.

En Lodz el gueto sigue existiendo. Hace tres meses hasta recibí noticias de Shulamit: sigue en la buhardilla de encima de la panadería. Amo a mi mujer con todo mi corazón, y le deseo toda la felicidad del mundo, pero tal como están las cosas estoy contento de no volver a verla jamás.

¿Cómo podría contarle lo de la selección y lo del recinto donde se desnudan? ¿Cómo podría hablarle de Chelmno y del tiempo de los chicos callados?

El hermano de Shula, Maček, está a salvo en Hungría, y ha prometido ir a buscar a su hermana para llevarla a Budapest. Ojalá pueda hacerlo. Amo a mi mujer, pero me alegro de no volver a verla jamás.

Al amanecer debatimos el carácter *extraterritorial* del Lager, y todo vuelve a la normalidad en el barracón de las literas, y hablamos, llamándonos por el nombre, gesticulamos, alzamos y bajamos la voz; y a mí me gusta pensar que hay compañerismo. Pero hay algo que falta, y que falta siempre; algo intrínseco a la relación humana ha dejado de existir en nosotros.

Los ojos. Cuando empiezas a enumerarte con detalle, piensas: Soy yo, éste soy yo. Tengo la cabeza baja o apartada hacia un lado porque no quiero que nadie me vea los ojos. Luego, al cabo de un tiempo, te das cuenta de que todos los Sonders lo hacen: tratan de ocultar los ojos. ¿Y quién habría advertido antes, en otras circunstancias, lo esencialmente necesario que es, en las relaciones humanas, verse los ojos? Si. Pero los ojos son las ventanas del alma, y cuando el alma se ha ido los ojos también quedan vacíos.

¿Es compañerismo o volubilidad impotente? ¿Somos capaces de escuchar —u oír siquiera— lo que los otros dicen?

Esta noche, en la pira, se han derrumbado dos plintos de la estructura, y estoy a cuatro patas en una oquedad entre las dunas recogiendo trozos del armazón cuando el

jeep descubierto de Doll se detiene a unos treinta metros en el camino de grava. Al cabo de cierta agitación se baja del jeep (cuyo motor sigue al ralenti) y se me acerca.

Doll lleva sandalias de cuero con gruesas correas y pantalones cortos marrones, y nada más. En la mano izquierda sostiene una botella de litro, mediada de vodka ruso de marca, y en la derecha, un látigo de piel de buey que hace restallar en el aire con ánimo jocoso. El vello esponjado y rojo del pecho está perlado de gotas de sudor que centellean al resplandor agobiante del fuego. Bebe, y se seca la boca.

—Bien, gran guerrero, ¿cómo va todo? Mmm. Me gustaría agradecerte tus esfuerzos, Sonderkommandoführer. Tu iniciativa y tu dedicación a la causa que compartimos. Ha sido de una ayuda inestimable.

—Señor.

—Pero, ¿sabes?, creo que ya le hemos cogido el truco al asunto. Seguramente podríamos arreglárnoslas sin ti en el futuro.

Mi bolsa de las herramientas está en el suelo, junto a sus pies. Tiendo la mano para cogerla y deslizarla hacia mí.

—Tus hombres... —Inclina la botella sobre la boca—. Tus hombres... ¿Qué piensan que va a sucederles cuando la *Aktion* termine? ¿Lo saben?

—Sí, señor.

Doll dice, pesaroso:

—¿Por qué lo haces, Sonder? ¿Por qué no te sublevas? ¿Dónde está tu orgullo?

El látigo restalla de nuevo; brinca en el aire. Y otra vez. Me viene al pensamiento de que Doll disciplina su arma: el revestimiento metálico de la punta se dispara absorto hacia la libertad, pero ha de volver ante el imperioso giro de muñeca de su dueño. Digo:

—Los hombres aún tienen esperanza, señor.

—¿Esperanza de qué? —dice Doll, con una carcajada breve y jadeante—. ¿De que de pronto vayamos a cambiar de idea?

—Es humano albergar esperanza, señor.

—Humano. Humano... ¿Y tú, noble guerrero?

Dentro de la bolsa de lona, mis dedos rodean el mango del martillo. Cuando vuelva a echar la cabeza hacia atrás para beber, lo bajaré con fuerza, con los dos dientes hacia abajo, sobre la blanca desnudez de su empeine. Dice, en tono neutro:

—Llevas una vida estupenda, *Geheimnistäger*. Porque has sabido hacerte indispensable. Todos conocemos esta artimaña. Como en las fábricas de Litzmannstadt, ¿no es cierto? —Dio un trago de varios sorbos—. Mírame. Con los ojos. *Mírame...* Sí. Se te hace difícil, ¿eh, Sonder? Con razón.

Se enjuaga las encías y escupe diestramente entre los dientes inferiores (lanza el líquido en un chorro continuo, como si lo arrojara la boca de un pez de cerámica en una fuente municipal).

—Miedo a morir. Pero no miedo a matar. Lo veo en el gesto de tus labios. Llevas escrito el asesinato en la boca. La gente como tú tiene su utilidad. Bueno, te dejo,

Sonderkommandoführer. Que trabajes bien para Alemania.

Lo vi alejarse, escorándose ligeramente (es curioso cómo la borrachera, al menos al principio, hace a Doll más fluido en verbo y pensamiento). *Geheimnisträger*: portador de secretos. ¿Secretos? ¿Qué secretos? Toda la comarca tiene que mirar hacia otra parte para no verlos.

La serpiente que habita el látigo de Doll es una víbora, quizá, o una mamba africana, o una víbora bufadora. Y las serpientes que habitan el fuego de Doll son la pitón, la boa constrictor, la anaconda..., todas y cada una de ellas, y tratan vorazmente de hacerse con algo sólido en el cielo de la noche.

¿Existe el compañerismo? Cuando brigadas de hombres fuertemente armados llegan al horno crematorio y ésta u otra sección del colectivo sabe que ha llegado la hora, los Sonders elegidos se van con una inclinación de cabeza o una palabra o un gesto de la mano, o ni siquiera eso. Se van con los ojos dirigidos hacia el suelo. Y más tarde, cuando recito el *Kaddish* por los que han partido, ya están olvidados.

Si existe el miedo mortal, también ha de existir el amor mortal. Y eso es lo que incapacita a los hombres del Kommando: el amor mortal.

3. NIEVE GRIS

1. THOMSEN LO AVERIGUA TODO

Herr Thomsen:

Quiero pedirle que me haga un favor, si es tan amable. ¿Recuerda a Bohdan, el jardinero? Me dicen que lo han trasladado arbitrariamente a Stutthof.

Me dicen también que ha estado implicado en un incedente muy desagradable, que acabó con la muerte de la pobre Torquil (la tortuga), y ello se me antoja tan absolutamente impopio de él, tan imposible, que empecé a dudar de la veracidad de la historia que me contaban. Su nombre es profesor Bohdan Szozeck. Era la persona preferida de las niñas, que, por supuesto, están desconsaladas por la suerte de su mascota, como creo que habrá visto esta noche. Les he dicho que Torquil se ha perdido. Y planean levantarse mañana al amanecer a buscarla por el jardín.

Siento molestarle con esto, pero si le soy sincera no veo a nadie más a quien acudir.

Los viernes se me puede encontrar junto al cajón de arena de las Cabañas de Verano.

Gracias. Le saluda atentamente,

Hannah Doll

P. D. Me disculpo por mi ortografía. Dicen que tengo una «enfermedad». Pero yo pienso que no estoy dotada para ella. Y es curioso, porque si en algo he sido buena en mi vida ha sido en las leguas. HD.

Así que no, que no era en absoluto el requerimiento frío ni el desesperado ruego por el que yo tal vez había estado suspirando como un ingenuo. Pero Boris, cuando al cabo de un par de días le enseñé la misiva, me dijo que, a su manera, era un mensaje discretamente alentador.

—Ha perdido toda confianza en el Viejo Bebedor. Eso es bueno.

—Sí, pero ese *le saluda atentamente* —dije, con cierta irritación—. Y *Herr Thomsen*. Y *no veo a nadie más a quien acudir*.

—No seas tonto, eso último es lo mejor. Estate tranquilo, Golo. Te está diciendo que eres su único amigo. Su único amigo en todo el mundo.

Aún un tanto disgustado, dije:

—Pero yo no quiero ser su amigo...

—No, claro que no. Tú lo que quieres es... Paciencia, Golo. A las mujeres les impresiona mucho la paciencia. Espera a que termine la guerra.

—Sí, cómo no. Las guerras no cumplen con las unidades, hermano. —Las unidades de tiempo, lugar y acción—. Esperar a que termine la guerra, muy bien. ¿Quién sabe qué quedará entonces? En fin.

Boris tuvo la amabilidad de prometerme que interrogaría al jefe de barracón de Bohdan. Y añadió:

—Adorable posdata. Y tiene una letra bonita. Muy sensual. Desinhibida. Fluida.

En mi contemplación solitaria, con las alentadoras palabras de Boris aún en mis oídos, volví a mirar la letra de Hannah: la turgencia lasciva de sus *es* y *oes*, los

desvergonzados trazos en picado de las *jotas* y las *y griegas*, la auténtica desmesura de las *uves*...

Pero entonces todo quedó en suspenso durante casi dos semanas. Boris fue enviado al subcampo de Goleschau (con órdenes de purgar y revitalizar a sus desmoralizados guardianes). Antes de su partida tuvo que sacar a Esther del Barracón 11; era un asunto prioritario, como es lógico, porque, en su ausencia, la habrían dejado morir de hambre.

Como delincuente política, Esther estaba ahora en manos de la Gestapo. Por fortuna, el insobornable Fritz Möbius estaba de permiso, y Jürgen Horder, su número dos, internado en la Sección de Disentería de la Ka Be. Boris, por tanto, recurrió a Michael Off, quien, confiaba, le saldría bastante más barato que Jürgen Horder.

Así que, cuando vi a Hannah en el teatro el sábado por la noche, no pude sino gesticular mi impotencia y decir, entre miraditas, mientras Horst Eikel bromeaba a grandes voces con Norberte Uhl: «El próximo viernes...» Al principio me sentí extrañamente embotado (*Por siempre cantan los bosques* trataba de un clan de palurdos algo famélicos pero tenazmente antiintelectuales del norte de Pomerania); pero esto pronto cambió de forma drástica.

Una serie de fuerzas físicas parecían estar actuando en mí. De pie en un grupo fortuito en el que estaba Hannah, yo era eléctricamente consciente de su masa y del aroma de su cuerpo; su tamaño enorme se cernía sobre nosotros como un Júpiter de gravedad erótica. Para cuando Doll se la llevó, yo estaba ya tan sin amarras, tan excitado, que casi me pegué a la figura pálida, blanda, aterrorizada de Alisz Seisser, y luego, tendido en la cama con la mirada en la oscuridad, tardé mucho en decidirme a descartar una visita sorpresa a Ilse Grese.

Y ahora tenía ante mí otra carta; estaba tomando un café sintético en el despacho de Frithuric Burckl, en Buna-Werke. «Estimado señor», empezaba. El remitente era el jefe de personal de Bayer, la compañía farmacéutica (subsidiaria de IG Farben), y el destinatario, Paul Doll.

El transporte de 150 mujeres se realizó de forma correcta y llegaron en buenas condiciones. Sin embargo, nos fue imposible obtener resultados concluyentes ya que todas ellas murieron durante los experimentos. Volvemos a solicitar que sean tan amables de enviarnos otro grupo de mujeres de la misma cantidad y el mismo precio.

Levanté la cabeza y dije:

—¿A cuánto están las mujeres?

—A ciento setenta Reichsmark cada una. Doll quería doscientos, pero la Bayer le ha regateado hasta los ciento setenta.

—¿Y con qué está experimentando la Bayer?

—Con un nuevo anestésico. Se les fue un poco la mano. Está claro. —Burckl se echó hacia atrás y cruzó los brazos (el pelo tonsurado, las gafas de montura gruesa) —. Le he enseñado esto porque creo que es indicativo. Indicativo de una actitud equivocada.

—¿Equivocada, señor Burckl?

—Sí, equivocada, señor Thomsen. ¿Murieron las mujeres al mismo tiempo? ¿Se les administró a todas la misma dosis? Es la explicación menos idiota. ¿Murieron por grupos? ¿Murieron una por una? La cuestión es que la Bayer estaba repitiendo sus errores. Y eso es lo que estamos haciendo también nosotros.

—¿Qué errores?

—Veamos. Ayer iba yo por el patio y una cuadrilla arrastraba una masa de cables hacia la subestación. Con paso presto, dando traspiés, como de costumbre. Y uno de los hombres se desplomó. No dejó caer nada ni rompió nada. Se cayó al suelo, sin más. Así que el Kapo empezó a golpearle con saña con la porra. Entonces intervino un británico del Stalag. En un abrir y cerrar de ojos se vio envuelto en el alboroto uno de los suboficiales. ¿Resultado? El prisionero de guerra perdió un ojo, el *Haftling* recibió un tiro en la cabeza y el Kapo acabó con la mandíbula rota. Y se tardaron otras dos horas en llevar los cables a la subestación.

—¿Qué sugiere, entonces?

—Tratar la fuerza de trabajo como algo desechable, señor Thomsen, es tremendamente contraproducente. ¡Santo Dios, esos Kapos! ¿Qué diablos les pasa?

Dije:

—Bien. Dicen los suboficiales que si un Kapo no se hace respetar pierde sus privilegios.

—Ya. Raciones más pequeñas y no sé cuántas cosas más...

—Es más grave que eso. Lo apalean hasta matarlo antes de que acabe el día.

Burckl frunció el ceño. Dijo:

—¿Sí? ¿Quién lo hace? ¿Los suboficiales?

—No. Los prisioneros.

Burckl se quedó callado. Y luego dijo:

—¿Ve? Eso confirma mi teoría. La cadena de violencia... Todo el mundo muerto de miedo con ella. La atmósfera se vuelve psicótica. Y la cosa no funciona. No estamos consiguiendo lo que queremos, ¿no le parece, señor Thomsen?

El plazo concluía a mitades del año siguiente.

—Oh, no lo sé —dije—. Avanzamos con gran esfuerzo.

—La Cancillería avasalla al *Vorstand*. El *Vorstand* nos avasalla a nosotros. Y nosotros avasallamos a... Dios santo, mire ahí fuera.

Miré. Las figuras que atrajeron mi atención, como de costumbre (también yo tenía un despacho en Buna, y pasaba muchas horas ante la ventana); las figuras que atraían mi atención, digo, no eran los hombres vestidos de rayas, que formaban colas o avanzaban deprisa en hileras o se enredaban unos con otros en una especie de amasijo de ciempiés que se movieran a una velocidad antinatural, como extras en una película muda, desplazándose mucho más rápido de lo que les permitía su fuerza o su constitución, como en obediencia a una manivela frenética manejada por una mano furibunda. Las figuras que atraían mi atención no eran los Kapos que gritaban a los prisioneros, ni los suboficiales de las SS que gritaban a los Kapos. No. Lo que atraía mi mirada eran las figuras con traje de calle de ciudad, los planificadores, ingenieros, administradores de las fábricas de IG Farben de Frankfurt, Leverkusen, Ludwigshafen, con cuadernos de tapas de piel y cintas métricas retráctiles amarillas, pasando airoosamente por delante de los cuerpos de los heridos, los inconscientes y los muertos.

—Tengo una propuesta. Bueno, es bastante radical, lo reconozco. ¿Me escuchará hasta el final, al menos?

Ordenó el pequeño montón de papeles que tenía delante y sacó una pluma estilográfica.

—Examinemos el asunto paso a paso. Bien, señor Thomsen, ¿cuánto..., cuánto es lo máximo que duran nuestros obreros?

Dije, con cansancio:

—Tres meses.

—Bien, pues entonces cada tres meses tenemos que reclutar a sus relevos. Dígame...

Del exterior llegó una barahúnda de gritos, y dos disparos, y luego la cadencia familiar del látigo. Burckl dijo:

—¿Cuántas calorías necesita diariamente un adulto en régimen de completo reposo?

—No lo sé.

—Dos mil quinientas. En algunos de los guetos polacos, tienen trescientas. Eso es morir sin que los maten. En un Stammlager, ochocientas. Y aquí mil cien, si tienen suerte. Mil cien, para prisioneros obreros. Con mil cien calorías, le aseguro que un operario que trabaje duro pierde unos tres kilos a la semana. Haga sus cálculos. Necesitamos ofrecerles un incentivo, señor Thomsen.

—¿Y cómo va a hacerlo? Saben que están aquí para morir, señor Burckl.

Burckl encogió los ojos y dijo:

—¿Ha oído hablar de Szmul?

—Por supuesto.

—¿Cuál es su incentivo?

Volví a cruzar las piernas. El viejo Frithuric estaba empezando a impresionarme.

—Por favor —dijo—. Un experimento mental. Hacemos alguna criba y escogemos a un grupo de unos dos mil quinientos obreros. Dejamos de golpearlos. Dejamos de obligarlos a hacerlo todo al instante, *unverzüglich, unverzüglich...*, ese *terrible* trote bamboleante. Los alimentamos y damos cobijo decentemente, dentro de lo razonable. Y ellos trabajan. Como trabaja Szmul. Y colaboran con eficiencia. —Abrió las manos en dirección a mí—. El incentivo no es más que el estómago lleno y el descanso nocturno.

—¿Qué dice el doctor Seedig?

—Puedo hacerme con él.

—¿Y Doll?

—¿Doll? Doll no es nada. Va a ser una batalla muy dura, pero creo que nosotros dos, Suitbert y yo, juntos, podremos convencer al *Vorstand*. Y será el propio Max Faust quien lo lleve hasta lo más alto.

—Lo más alto... Nunca lograrán convencer al Reichsführer.

—No me refiero al Reichsführer.

—¿A quién se refiere, entonces? No al Reichsmarschall, imagino.

—Por supuesto que no. Me refiero al Reichsleiter.

El Reichsführer era Himmler, y el Reichsmarschall era Göring. El Reichsleiter era el tío Martin.

—¿Y bien, señor Thomsen?

En mi opinión, los cambios que sugería Burckl mejorarían el rendimiento de Buna en un doscientos o trescientos por ciento, quizá más. Tosí, cortés (como para hacer que reparara en mi presencia), y dije:

—Con todo respeto, me temo que hay ciertas cosas que no entiende. Permítame...

Llamaron a la puerta, y el secretario de Burckl se asomó un instante con una sonrisa neutra de disculpa.

—Está ahí fuera, señor.

—*Scheisse*. —Burckl se levantó—. ¿Podrá concederme una hora el lunes por la mañana? No va a creerlo, Thomsen... Yo apenas puedo dar crédito. Wolfram Prüfer me lleva de caza. *A Rusia*. Ciervos.

Fuera del perímetro de Buna-Werke, separados por un kilómetro aproximadamente, había dos Kriegsgefängnisse británicos. Entre ellos se abría un cargadero cavernoso hecho de tablones y escaleras de mano, pilas de ladrillos y vigas de madera. Vi allí a un prisionero, un oficial fornido con un abrigo acolchado y, curiosamente, botas de cuero; se estaba tomando un descanso furtivo, echado sobre una carretilla boca abajo. Me había fijado ya en él muchas veces.

—*Rule Britannica* —grité—. *Gran Bretaña jamás jamás...*

—*Rule Britannia*. *Los britanos jamás jamás serán esclavos. Y míreme a mí*

ahora.

—¿Dónde cayó prisionero?

—En Libia.

—... Dicen que a los ingleses les gustan mucho las flores. ¿A usted le gustan mucho las flores?

—Las flores no están mal. No me importan demasiado. Pero, curiosamente, estaba pensando en woodbine.

—¿Le gusta «Woodbine»?

—Es una flor. Una especie de madreselva. También es una marca de cigarrillos. Eso era lo que estaba pensando hace un momento.

—Woodbine. No conozco éstos. ¿Le gustan Senior Service?

—¿Los Senior Service? Muchísimo.

—¿Y Players?

—Los Players son muy buenos.

—¿Cómo se llama usted?

—Bullard. Capitán Roland Bullard. ¿Y usted?

—Thomsen. Teniente Angelus Thomsen. Espero que mi inglés no sea demasiado peor.

—Servirá.

—Le traeré Players o Senior Service. Se los traeré ayer.

—... Ya me los ha traído mañana.

Seguí paseando otros diez minutos; y entonces me volví y miré. Buna-Werke..., tan grande como una ciudad. Como Magnetigorsk (una ciudad llamada Bujía), en la URSS. Debía llegar a ser la fábrica más grande y avanzada de Europa. Cuando todo en ella estuviera conectado, decía Burckl, necesitaría más electricidad que Berlín.

En lo concerniente al liderazgo del Reich, Buna prometía no sólo caucho sintético, no sólo combustible sintético. Prometía autarquía; y la autarquía, a su vez, se había decidido, decidiría la guerra.

Primeras horas de la tarde en la antesala (y bar) del comedor de oficiales: sofás, sillones y mesitas bajas requisadas a los diez mil judíos y eslavos que echamos de la Ciudad Vieja hace dos años, un bonito aparador con botellas de vino y de licor alineadas junto a la fruta y las flores; criados prisioneros con batas blancas sobre el algodón basto de rayas, varios tenientes y capitanes, bien en las fases tempranas de la ebriedad o en los tardíos estadios de la recuperación, y todo un ruidoso contingente de invitados: Helferinnen y supervisoras especiales, entre ellas Ilse Grese y su nueva protegida de quince años, la pecosa Hedwig, con su coleta enroscada bajo la gorra.

Podías comer aquí o en el comedor de oficiales, y Boris estaba enfrente de mí, en

nuestra mesita para dos. Dábamos cuenta de la segunda y pedíamos la tercera ronda de bebidas (vodka ruso) y elegíamos los aperitivos (dieciocho ostras cada uno).

Boris se echó a reír suavemente y dijo:

—¿Te sorprende que Ilse se haya vuelto homo con nosotros? Yo no. *Tout s'explique*. Siempre decía *schnell*. «*Schnell*.» ¿Te lo decía a ti también?

—Sí. Siempre. «*Schnell*» Vamos, vamos, Boris. *Schnell*.

—Bien, pues esto es lo que pasó. Sé que al viejo profesor no le haría ninguna gracia, pero es bastante gracioso. Lo que sucedió fue que Bohdan le dio al Viejo Bebedor un fuerte golpe con una herramienta de jardinería. Así es como se le pusieron los ojos negros. Un accidente, pero aun así...

—¿De quién es esa versión?

—Del *Blockältester* de Bohdan. Que se lo oyó al ayudante de Prüfer. Que se lo oyó a Prüfer. Que se lo oyó al Viejo Bebedor.

—Luego la versión es del Viejo Bebedor. ¿Y qué ha sido de Bohdan?

—Golo... ¿Por qué te molestas en preguntar? Un *Haftling* no puede darle un porrazo en la cabeza al comandante y esperar irse de rositas. Imagínate si la cosa trasciende. Y también hay una *venganza* mezquina, por supuesto. Deberías sacar alguna enseñanza de esto. No te metas en líos con el Viejo Bebedor.

—¿Cuánto tardaron en venir por él? ¿Por Bohdan?

—Esa misma noche. Lo metieron en el siguiente tren. Y adivina qué. Antes de dejar su trabajo en el jardín de los Doll, Bohdan machacó la tortuga de las niñas. Con la parte plana de la pala.

—¿Por qué haría eso?

—Porque sabía que estaba perdido.

—No —dije—. Bohdan Szozek era profesor de zoología. Y tenía aspecto de viejo poeta. En cualquier caso, ¿qué le digo a Hannah? *En resumidas cuentas*.

—Esto podrías haberlo hecho tú mismo. Te diré a quién tienes que preguntarle. Ni siquiera tendrás que sobornarla. Unos cuantos cigarrillos por sus desvelos.

—¿Qué le digo a Hannah?

—Dile lo que te estoy diciendo. Dile que es la versión de Doll, y que lo único que sabes con certeza es que la tumba de Bohdan está en el cielo... Mira a Ilse. Dios, su jovencita marimacho no puede ser mayor que Esther.

Dije:

—¿Se está portando bien Esther? ¿Cómo vas a sacarla de ahí?

—A propósito, gracias por tu ofrecimiento, hermano, pero el dinero ya no sirve en este campo. Hay demasiado circulando por ahí. Es como la inflación. Por culpa de todas esas joyas. A Off le ofrecí mil Reichsmark. Pero la pequeña escoria quería diez mil. Ya le había dado quinientos a ese cabrón en la Postzensurstelle. Así que le dije: *Déjala salir o ahora mismo y aquí mismo te rompo la crisma*.

—Boris...

—No se me ocurrió más que eso. El coche estaba esperando.

Los dos mirábamos a Ilse, que al parecer le estaba enseñando a bailar el vals a Hedwig.

Boris dijo:

—Bien. Ya la ves: vete olvidándote de nuestro polvo de los viernes por la noche en Berlín.

Era una referencia coloquial al reciente decreto que prohibía los baños en la capital del Reich todos los días excepto los sábados y domingos.

—Estoy en su lista negra, parecer ser —dijo.

—Oh —dije—. ¿Por qué?

—Un tanto bochornoso. Dejémoslo de momento. La que me apeteció fue Alisz Seisser... ¿Sabes, Golo?, hoy entré al final de un *Behandlung*.

—Ah. Me ha parecido verte un poco..., un poco histérico.

—Al final de un *Behandlung*. Deberías ver cómo están de amontonados.

—Habla más bajo, Boris.

—Apiñados de pie. Como sardinas en lata, pero en vertical. Sardinas verticales. Se pisan unos a otros. Todos en una estrecha cuña. Con niños pequeños y bebés encajados hasta la altura del hombro.

—Más bajo.

—Eso es ahorro, sí, señor. El Zyklon-B es más barato que las balas. De eso se trata.

Una cara carnosa de la mesa contigua se volvió y se quedó mirándonos.

Boris, por supuesto, sostuvo la mirada. Y dijo, en voz alta:

—¿Qué? ¿Qué? Oh, es el mendigo alegre, ¿no? Le gusta tirar el dinero, ¿no es cierto?

La cara siguió mirando fijamente, pero al final se apartó.

—No lo olvides, Golo —dijo, en voz más baja—. Con Hannah. Eres su único amigo. Sigue en esa línea. Pero escucha. Trátala como a un vino. Déjala reposar.

—No puede venir a casa —dije—, pero hay un hotelito detrás del castillo. En un callejón. Untaré al encargado con un buen pellizco. Y, claro, las habitaciones no son perfectas pero están bastante limpias. El Zotar.

—Golo...

—Sé que depende de ella.

El segundo plato era pollo tierno con guisantes y patatas nuevas, regado con un borgoña rojo sangre, y de postre melocotones con nata y una copa o dos de champán que se ha quedado sin gas. Luego Calvados con nueces y mandarinas. Para entonces Boris y yo éramos los varones alemanes más sobrios del recinto, y los dos estábamos muy borrachos.

—Un solo bocado —dijo Boris con gravedad—. ¿Cuántos prisioneros hay aquí? ¿Setenta mil? El noventa y nueve por ciento de ellos caería muerto si se tomara un solo bocado de lo que acabamos de cenar esta noche.

—Yo he pensado lo mismo.

—Me apetece pegarle una paliza a alguien.

—Otra vez no, Boris. No tan seguido.

—Me come la impaciencia, ¿ves? Quiero irme al este. —Miró a su alrededor—. Sí, quiero una pelea, quiero pelearme con alguien que valga la pena. Así durará más.

—Aquí no va a aceptar nadie. Después de lo que le hiciste a Troost.

—Eso no funciona así. Siempre hay algún gordo cabrón que ha oído hablar de mí y que de pronto se siente valiente. Ése, por ejemplo. El joven granjero que está pegado a la repisa de la chimenea.

Cuando teníamos doce años, Boris y yo tuvimos una disputa a gritos que acabó en pelea física, y no podía ni dar crédito a la apasionada violencia que se abalanzó sobre mí. Era como si lo estuviera manejando una cosechadora enloquecida pero al mismo tiempo justiciera. Mi primer pensamiento cuando al final me levanté del suelo fue éste: Boris ha debido de odiarme siempre mucho. Pero no era así. Luego Boris lloró, y me acarició la espalda, y no paraba de decirme lo mucho que lo sentía.

—Golo, tuve una especie de mmm..., de antieureka en Goleschau... Oí que estaban matando a pacientes psiquiátricos en Königsberg. ¿Por qué? Para liberar camas. ¿Para quién? Para todos los soldados que se habían derrumbado psíquicamente por matar mujeres y niños en Polonia y Rusia. Pensé: Mmm..., no todo lo que debería estar bien lo está en el Estado alemán. Discúlpame un momento, querido.

—Por supuesto.

Boris se levantó de la silla.

—¿Sabes? Bohdan estaba seguro de que vendrían por él. Se sentó junto a la puerta, esperando. Había repartido todas sus pertenencias terrenales.

—¿Sus pertenencias terrenales?

—Sí. Su bol, su cuchara. Sus trapos para los pies. Te estás quedando dormido, Golo... Sueña con Hannah —dijo—. Y con los ojos a la funerala del Viejo Bebedor.

Dormité durante un par de minutos. Cuando volví en mí y miré en torno, Boris estaba junto a la repisa de la chimenea, escuchando al joven granjero, sonriente y con la barbilla levantada.

Llegó el viernes, y empecé a dar largos paseos por el terreno baldío de dunas y malezas, coronadas de cabelleras negras bullentes y nudosas como algas secadas al viento. Cada prominencia traía a la vista un trecho nuevo de tierra, y tu cuerpo esperaba ver una playa, una orilla, o al menos un lago o un río, o un arroyo o un estanque. Pero lo que te encontrabas siempre delante era una continuación de Silesia, una continuación de la gran llanura eurasiática, que se extendía a lo largo de doce zonas horarias y llegaba hasta el río Amarillo y el mar Amarillo.

El terreno se nivelaba, se hacía llano hasta asemejarse a lo que podría haber sido

una instalación vecinal en la plaza de algún municipio indigente del nordeste de Alemania: dos columpios, un tobogán, un balancín, un cajón de arena. Había grupitos de mujeres sentadas en los bancos, tratando de leer un frágil periódico al viento, o haciendo una bufanda amarilla de punto, o sacando un sándwich de entre los satinados pliegues blancos de una cartera impermeable a la grasa, o mirando fijamente al vacío, mientras discurría el tiempo... Hannah Doll, con las palmas abiertas sobre el regazo, miraba fijamente al vacío, miraba fijamente el tiempo. Más allá, como casitas espartanas, aunque adornadas con gallardetes, se alzaban las Cabañas de Verano.

—Buenas tardes tenga usted, señora —saludé en voz alta. Ella se levantó, y yo me acerqué y dije—: No quiero parecerle histriónico, pero me han seguido y van a vigilarnos. Ésa es la verdad. —Forcé una amplia sonrisa—. Haga como que está cómoda. Bien, ¿dónde están esas chicas?

Me acerqué a un tiovivo que daba vueltas lentamente. Movidito por el afecto, podría haber pensado alguien, llevaba dos bolsas de caramelos en los bolsillos; pero iban a tener que quedarse donde estaban. Pregunté:

—¿Cuándo es vuestro cumpleaños? Quiero daros algo. ¿Cuándo es?

—Faltan años —dijo Paulette.

—Sé cómo podía llamar a mis hijos —dijo Sybil—. A las gemelas las llamaré Mary y Magda. Y al chico, August.

—Son unos nombres fantásticos.

Me retiré, y sentí que Hannah se acercaba.

—¿Nota cómo está cambiando la estación, Frau Doll? Ah, el brío de finales de septiembre, que nos despabila. Le juro que nos están vigilando.

Hannah hizo como si se animara.

—¿Nos vigilan? ¿No sólo las madres? Bien. ¿Qué tiene que decirme, Herr Thomsen?

—Me apena mucho tener que darle malas noticias —dije, con aire de estar muy alegre—. Bohdan Szozeck ya no está entre nosotros.

Esperaba un respingo doliente: pero de hecho fue más un saltito, un espasmo de expansión hacia arriba y hacia fuera, y su mano cruzó el aire hasta su boca. Entonces, casi al instante, se recuperó, con una sacudida del pelo y un tono de voz alto, al decir:

—¡Paulette, cariño, no brinques tan fuerte!

—¡El balancín es para eso! ¡Ahí está toda la gracia!

—¡Más suave...! ¿Así que no fue a Stutthof? —preguntó, sonriendo.

—Me temo que no fue a ninguna parte —respondí, sonriendo.

Y seguimos sonriendo, de algún modo, mientras le refería lo que me había contado Boris Eltz: el incidente de la pala jardinera, la orden inevitable a Prüfer, el envío del Comando de Castigo. No dije nada de la cámara de gas; pero ella lo entendió.

—¿Y la tortuga?

—Su gesto de despedida. Al parecer. Aunque se trata de la versión de su marido. Que podría alejarse mucho de la realidad.

—¿Cree que lo hizo? ¿Bohdan?

Me encogí de hombros, con frialdad.

—El miedo mortal hace hacer cosas muy extrañas.

—¿Cree *algo* de esa versión?

—Ve su razonamiento, ¿no? Es algo que no debe propagarse. Que un prisionero le haga eso al comandante y siga con vida.

—¿Hacerle qué al comandante?

—Bueno. Golpearle; aun cuando fuera por accidente. Bohdan le puso los ojos negros.

—Bohdan no le puso los ojos negros. —Su sonrisa sin alegría cambió. Se ensanchó y se tensó—. Yo le puse los ojos negros.

—¿Qué prefieres? —gritó Sybil desde la arena distante—. ¿Saberlo todo o no saber nada?

—No saber nada —le grité—. Así te diviertes un montón averiguándolo.

Aquel mismo viernes recorrí en el tardío crepúsculo los callejones embarrados del Kat Zet III. Financiado enteramente por IG Farben, el Kat Zet III se había creado, con un escrúpulo literal, siguiendo el modelo de los Kat Zet I y Kat Zet II. Los mismos focos y las mismas torres de vigilancia, las mismas alambradas de espinos y de alta tensión, las mismas sirenas y patíbulos, los mismos guardias armados, las mismas celdas de castigo, el mismo entablado para la orquesta, los mismos postes de los azotes, el mismo burdel, el mismo *Krankenhaus* y el mismo depósito de cadáveres.

Bohdan había tenido un *Pikkolo*; así lo había llamado Hannah. La palabra era ambigua: a diferencia de un *Piepl*, que significaba inequívocamente «marica», un *Pikkolo* era normalmente un joven compañero, un cargo de confianza, alguien a quien los prisioneros de más edad tenían a su cuidado. En este caso era un judío alemán de quince años llamado Dov Cohn. A Dov se le veía a veces en el jardín de Doll (y yo le había visto el primer día en que visité su casa). Hannah dijo que Bohdan y Dov estaban «muy unidos»... Al igual que Buna-Werke, el Kat Zet III se hallaba aún en construcción, y de momento sólo residía en él una colonia de contratistas. Según el encargado del registro de la Sección Laboral, Dov Cohn estaba alojado en el Bloque 4(vi).

Para entonces, y en parte por inducción, ya me había decantado por la secuencia de acontecimientos que se me antojaba más verosímil. Tomemos la mañana en cuestión: primero tiene lugar un grave altercado entre marido y mujer, en el curso del cual Hannah asesta a su marido un golpe en la cara... A medida que transcurre el día y las contusiones van madurando y oscureciéndose, Doll se da cuenta de que

necesitará una explicación para tales lesiones; en un momento dado, Bohdan, quizá en un acto de torpeza, atrae su atención. Doll inventa el incidente de la pala, y lo difunde, y da instrucciones al Lagerführer Prüfer, cuyo ayudante se lo notifica al Comando de Castigo... El misterio que queda sin resolver, en mi opinión, es la suerte que corrió la pobre Torquil.

Me había acercado al Kat Zet III por el camino de Buna-Werke, y sentí, con toda la certeza que uno puede sentir en estos casos, que no me seguían.

Llamé con el bastón a la puerta del bloque, y lo abrí de un empujón: un pajar del tamaño de dos pistas de tenis, con ciento cuarenta y ocho literas de tres pisos, con dos o tres lechos en cada nivel. El calor de mil cien o mil doscientos hombres me sacudió en la cara.

—¡Blockältester! ¡Aquí inmediatamente!

El jefe del barracón, un hombre musculoso en la cincuentena, salió de su pieza contigua y vino apresuradamente hacia mí. Pronuncié un nombre y un número y sacudí la cabeza hacia un lado. Luego volví al camino, y exhalé. Encendí un cigarro, para fumigarme las narinas. El olor en el Bloque 4(vi) era un olor diferente; no era la rotunda putrefacción del prado de la pira, ni el olor difuso de las chimeneas (el del cartón con podredumbre húmeda, además, que recordaba, con su leve tufo a materia carbonizada, que los seres humanos venimos de los peces). No, era el olor fuerte y amedrentado del hambre: los ácidos y gases de digestiones frustradas, con una ligera emanación de orina.

El chico dio un paso hacia delante, pero no solo. Lo acompañaba uno de los Kapos del bloque, con su *Winkel* triangular verde (que lo catalogaba como criminal), y los brazos desnudos tatuados hasta más arriba de la camiseta sin mangas, y la testa erizada a modo de mera continuación de la barba de varios días que le enmarcaba la boca. Dije:

—¿Quién eres tú?

El Kapo me miró de arriba abajo. ¿Y quién era yo, a fin de cuentas, con mi altura, mis ojos azules gélidos, mi tweed de terrateniente, mi brazalete de Obersturmführer?

—Nombre.

—Stumpfegger, señor.

—Bien, déjenos, Stumpfegger.

Al darse la vuelta para irse hizo un amago de gesto, levantando el brazo durante un instante y luego dejándolo caer. Me dio la impresión de que habría querido pasar una mano «propietaria» sobre la mata de pelo negro del chico.

—Dov, ven a caminar conmigo un rato —dije con delicadeza—. Señor Dov Cohn, quiero hablar contigo sobre Bohdan Szozek. Tal vez no puedas ayudarme, pero no deberías estar en contra de hacerlo. No te pasará nada malo si lo haces. Y sacarás algo bueno puedas o no puedas ayudarme. —Saqué un paquete de Camel—. Coge cinco. —¿Cuál era el valor de cinco cigarrillos americanos? ¿Cinco, diez

raciones de pan?—. Guárdalos por ahí.

El chico había dado varios pasos rítmicos mientras asentía con la cabeza, y empecé a tener casi la certeza de que me daría una respuesta. Nos paramos, bajo las farolas con rejillas. Era ya de noche, y el cielo negro crepitaba muy débilmente con la inminencia de la lluvia o la nieve.

—¿Cómo acabaste aquí? Tranquilo. Come un poco de esto antes.

Era una barrita Hershey. El tiempo se hizo más lento... Dov, con todo cuidado, quitó el envoltorio de celofán, se quedó con la mirada fija unos segundos y le dio a la barra un lametón reverente. Yo le observaba. La delicadeza de que hacía gala bien podría haberle convertido en un artista; le llevaría probablemente una semana dar cuenta de aquella golosina con la lengua... Hannah había hablado de los ojos de Dov: de un hermoso verde oscuro, perfectamente redondeados, con minúsculas ensenadas en la línea del diámetro. Ojos nacidos para la inocencia, y confirmados en la inocencia, pero ahora abultados por la experiencia.

—Tú eres alemán. ¿De dónde?

Con voz firme que, sin embargo, de vez en cuando brincaba una octava, me contó su historia. No tenía nada de excepcional. Expulsado de una Casa Judía de Dresde, junto con el resto de su familia, en el otoño del 41; un mes en el campo de detención de Theresienstadt; un segundo traslado; la selección al lado izquierdo, sobre la marcha, de su madre, cuatro hermanas pequeñas, tres abuelos, dos tías y ocho primos más jóvenes; la supervivencia de su padre y de dos tíos durante los tres meses habituales (cavando zanjas de drenaje); y Dov se queda solo.

—¿Y quién está a tu cargo? ¿Stumpfegger?

—Sí —dijo el chico, reacio—. Stumpfegger.

—Y durante un tiempo el profesor Szozeck.

—Sí, también él. Pero ya no está.

—¿Y sabes dónde está ahora?

Al cabo de un instante de quietud, Dov volvió a asentir con la cabeza.

—Bohdan vino aquí desde el Stammlager para despedirse. Y para advertirme de que no fuera a buscarle a la casa del comandante. Y se volvió. Estaba esperando. Estaba seguro de que vendrían.

Dov lo sabía todo.

En su última mañana, Bohdan Szozeck fue a la Ka Be (a que le cambiaran la venda de la rodilla infectada), y llegó a la casa de Doll más tarde que de costumbre, a eso de las nueve y media. Estaba en el invernadero cuando vio que el comandante, con una mano pegada a la cara, salía tambaleándose por las puertas de cristal de la salita del desayuno, en pijama. Al principio (y aquí sentí una conmoción en la parte de atrás del cuero cabelludo), Bohdan pensó que Doll, que se bamboleaba allí al lado, vestido de rayas azules y blancas, era un *prisionero*: un *Zugang* (con la panza aún gruesa y la ropa aún limpia), borracho o loco, o sólo enormemente desorientado.

Luego Doll debió de ver a la tortuga deslizándose despacio por el césped; cogió la pala y la descargó de plano con toda su fuerza sobre el caparazón.

—Y se cayó redondo, señor. Sobre la grava, con todo su peso. Hacia atrás. El pantalón del pijama se le había caído, y se tropezó con él. Y se cayó de espaldas.

Dije:

—¿Había visto al profesor?

—Tendría que haberse escondido. ¿Por qué no se escondió, señor? Bohdan tendría que haberse escondido.

—¿Qué hizo?

Con cara suplicante, Dov dijo:

—Salió del invernadero y fue a ayudarlo a levantarse. Y lo sentó en un taburete, a la sombra. Y le llevó una botella de agua. Y el comandante le hizo un gesto para que se retirara.

—Así que... —razoné— Bohdan lo supo. Me has dicho que supo que irían por él.

—*Natürlich. Selbstverständlich.*

—¿Por qué?

Sus ojos estaban saltones de lo mucho que sabían.

—Porque estaba allí cuando el comandante dejó ver su debilidad. Vio llorar al comandante.

Volvimos a subir la leve cuesta de la hondonada. A medio camino de su barracón le di el resto de los Camel y diez dólares americanos.

—Guárdalos en algún sitio seguro.

—Por supuesto —dijo él (casi con indignación).

—Espera. ¿Sabe Doll que eras amigo de Bohdan?

—No creo. Sólo estuve en su jardín dos veces.

—... Perfecto. Bien, Dov, esto es un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo?

—Pero, por favor, señor. ¿Qué voy a decirle?

—¿A tu Blockältester?

—A él no le importa. No. ¿Qué voy a decirle a Stumpfegger? Querrá saber de qué hemos hablado.

—Dile que... —Al parecer había pensado ya en ello, en cierto nivel mental, porque la respuesta estaba lista en mis labios—. Durante todo el día de ayer, en el Stammlager —dije—, hubo un hombre en el pasillo entre la alambrada y la cerca. Un Kapo. Esposado. Y llevaba un cartel colgado del cuello. Decía: *Tagesmutter. Kleinaugen.* ¿Sabes lo que significa?

Lo sabía.

—Dile a Stumpfegger que lo voy a poner allí. Dile que estoy llevando una investigación ordenada por Berlín. ¿Puedes decírselo?

Dov sonrió y me dio las gracias y se perdió apresuradamente en el crepúsculo.

Y en la nieve. La primera nieve gris del otoño, nieve gris, del color de la ceniza,

del color de los ojos de Dov.

Tagesmutter. Kleinaugen. Niñera. Ojos pequeños.

Parecía intermitente y no sistemático, pero me *seguían*. Que me siguieran me había sucedido con bastante frecuencia cuando trabajaba para la Inteligencia Militar (la Abwehr), y enseguida desarrollé una percepción subconsciente a este respecto. Cuando a uno le siguen, siente como un cordón invisible que lo une a quien lo vigila, al partícipe de sus actos: en función de la distancia entre ambos, uno siente que ese cordón se tensa o se afloja. Cuando está tenso es cuando uno gira la cabeza y ve como una figura a su espalda da un respingo o se pone rígido.

El hombre que me seguía era un *Haftling*, con su uniforme de rayas. Un Kapo (por el volumen de su panza), como Stumpfegger, aunque llevaba dos triángulos, uno verde y el otro rojo; era un criminal y un preso político. Ello podía significar mucho, o casi nada; era muy posible que no fuera más que un peatón imprudente, y contumaz, que en algún momento había demostrado cierto interés por la democracia. Pero a mí no me daba esa impresión..., tenía un aspecto severo, desabrido, y un aire penitenciario.

¿Por qué me seguía? ¿Quién era el instigador? Era una necedad subestimar la paranoia de la Geheime Staatspolizei (que en este caso eran Möbius, Horder, Off, etcétera), pero ellos nunca utilizaban a un prisionero, y menos aún a un político. La única subversión que yo había perpetrado hasta el momento era la de ofrecer malos consejos.

El sentido común apuntaba a Paul Doll. Que había existido un contacto ilícito entre Hannah y yo sólo lo sabían cuatro personas: los protagonistas, Boris Eltz y la Testigo, Humilia. Sólo dos personas, pues, podían haber alertado al comandante, y Boris no era una de ellas.

El domingo siguiente Hannah y yo asistiríamos a un recital de piano y a un cóctel en el Club de Oficiales, en honor de la firma (con Italia y Japón) del Pacto Tripartito del 27 de septiembre de 1940. Esperaba poder decirle a Hannah que Humilia había cambiado de bando.

De forma más prometedora, al día siguiente, a las cinco y media, yo debía hacerme el encontradizo con Hannah en la Academia Ecuestre. Fingiría estar interesado por las clases de monta. Hannah estaría consultando si comprar o alquilar un poni: Paulette y Sybil habían puesto el ojo en un Shetland peludo llamado Meinrad. Yo componía mentalmente una carta; una carta cuya redacción habría de suponerme una gran violencia. Iba a decirle a Hannah que, por razones de prudencia, nuestra amistad, o lo que fuera, debía terminar.

—¿Cuántos ciervos ha matado?

—¿Yo? Ninguno. Disparé al aire. Es una caza espantosa. Ves un animal espléndido mordisqueando en un rosal, ¿y qué haces? Cargártelo con una escopeta de dos cañones. —Se quitó las gafas, echó aliento en los cristales y pasó por ellos el pañuelo arrugado (hacía esto cada tres o cuatro minutos)—. Bonita campiña. Incluso hay un hotel decente en el lago. Nada de casuchas ni cabañas. Pero ¿por qué dije que sí? Wolfram Prüfer. Tenía dos cenas con él, *à deux*. Un joven notablemente estúpido. Señor Thomsen, el doctor Seedig me dice que no hay acetato de etilo. No sé qué significa, ¿y usted?

—Sí. No hay medidas colorimétricas. Tenemos el ácido acético. Pero no tenemos alcohol etílico.

Durante unos instantes charlamos sobre la escasez —o falta absoluta, en nuestro entorno— del alcohol etílico. Luego abordamos el estado lamentable de la planta de hidrogenación.

—Bien, dígaselo a Berlín. Señor Thomsen, ¿ha pensado en mi propuesta?

—Sí. Las modificaciones que sugiere parecen bastante razonables. A simple vista. Pero usted olvida algo, señor Burckl. En la mayoría de los casos, tratamos con judíos. Los grandes ojos castaños de Burckl perdieron toda su luminosidad.

—Puedo asegurarle —proseguí— que en el despacho del Reichsleiter no hay disparidad de opiniones sobre este punto. Todo el escalón superior es unánime al respecto.

—Sí. Sí.

—Permítanme resumir. Y aquí citaré las mismísimas palabras del Reichsführer... Genética y constitucionalmente, el judío es reacio a todo trabajo. Durante siglos, durante milenios, ha vivido felizmente, muchas gracias, de las naciones anfitrionas de su diáspora. El trabajo, la dura labor, se reserva para el gentil candoroso, mientras que el jubileo, con risitas alegres para su colete, se hace orondo y rico. Sencillamente, el trabajo físico no está en su naturaleza. Ya ha visto cómo escurren el bulto o se hacen los enfermos. La fuerza bruta es el único lenguaje que entienden.

—... Al grano, Thomsen.

—En cuanto a la idea de aumentar sus relaciones..., es risible, con franqueza. Dele una comida decente a un judío y jamás conseguirá que dé golpe. Se echará a la bartola pensando en leche y miel.

—Repito... ¿Y Szmul?

—Szmul es una falsa analogía, señor Burckl. Szmul trabaja sin una finalidad preconcebida. Aquí en Buna, los judíos serán muy conscientes de que en el momento en que estamos su utilidad va a llegar a su fin. Así que nos pondrán impedimentos a cada paso.

Esto hizo que Burckl hiciera una pausa. Dijo, quejoso:

—Hasta hace seis o siete años había muchos judíos en Farben. Incluso en puestos muy altos. Hombres excelentes. Particularmente diligentes.

—Saboteadores. O bien eso, o ladrones de patentes, que vendían a los americanos. Es bien sabido. Está documentado.

Del patio llegó una sucesión de gritos, inusitadamente penetrantes y prolongados.

—«Documentado»... ¿Dónde? ¿En el Ahnenerbe? Me aburre, señor Thomsen.

—Y usted me desconcierta, señor Burckl. Está yendo en contra de una de las piedras angulares de la política del Partido.

—*Produktive Vernichtung*^[15] —dijo Burckl, con fría resignación—. Pero *die Vernichtung* no es *produktiv*, señor Thomsen. —Ladeó la cabeza—. Soy el hombre de negocios. Entiendo que aquí tenemos una gente que es conveniente explotar. Cómo hacerlo económicamente, ésa es la cuestión. En cualquier caso. No voy a necesitar a su tío Martin. Tenemos otras vías para acceder a la Cancillería.

—Oh.

—No a través del Reichsleiter, ni del Reichsmarschall, ni del Reichsführer. El mismísimo Reichskanzler quiere reunirse con una delegación de IG Farben..., por otro asunto completamente distinto.

—¿Qué asunto?

—El gas venenoso como arma de guerra. Señor Thomsen, voy a seguir adelante con mis reformas, en la medida en que pueda hacerlo sin su apoyo. —Sostuvo mi mirada—. ¿Sabe? En relación con los judíos nunca he visto el porqué de tanto escándalo. En Berlín, la mitad de las veces, yo ni siquiera era capaz de distinguir a un judío de un ario. No me siento orgulloso de decir esto, pero me sentí bastante aliviado cuando pusieron en vigor la estrella. Porque, de lo contrario, ¿cómo distinguirlos?... Vamos, delátame. Haga que me quemem en la hoguera por hereje. No. No, ciertamente no: nunca he visto razón alguna para semejante alboroto a propósito de los judíos.

El viernes, cuando me fui de la Ciudad Vieja y llegué al Kat Zet I, vi que no me seguían; así que cambié de rumbo y enfilé hacia el este, e hice la caminata hasta las Cabañas de Verano, sin la menor expectación de encontrar allí compañía alguna. Caía una lluvia pegajosa, fina y fría, y había nubes manchadas de humo en el cielo bajo. El campo de deportes estaba vacío, y las casitas, empapadas y cerradas a cal y canto. Todo era acorde con mi estado de ánimo y con mis esperanzas de Hannah. Seguí caminando por la arena y la maleza.

—Bueno, ya ha acabado la cosa —había dicho Boris la noche anterior—. Golo, nada me habría gustado más que ver cómo le ponías los cuernos al Viejo Bebedor. Pero era una estupidez de puro arriesgado.

Y eso lo decía un coronel de las SS de combate (con tres Cruces de Hierro), donjuán desaforado y amante de todos los riesgos... Dije:

—Es bueno lo del pijama en los tobillos, ¿eh?

—Sí. Muy bueno. Un marido que intenta follarse a su mujer y ella le rompe la cara. Y va y se cae con la polla al aire en el jardín. Pero esto lo empeora todo, Golo. Lo hace más siniestro. Esta cerveza es demasiado espesa.

—Quizá sólo una vez en el Hotel Zotar... He ido a verlo y no está *tan* sucio, y sólo hay un...

—No seas idiota, Golo. Escucha. Todas esas cosas que hacen más ridículo al Viejo Bebedor..., lo vuelven más una amenaza, no menos. Y él tiene el poder.

Uno no se buscaba un enemigo tal en el universo de los campos de concentración, donde la presión de la muerte se percibía por doquier; y lo único que necesitaba hacer Doll era dar un pequeño empujón en la dirección que se le antojara.

—Piensa —dijo Boris—. Tú..., tú seguramente sobrevivirías. Tú eres un vástago del Nuevo Orden. Pero ¿qué sería de ella?

Me arrojé más con el abrigo, y seguí caminando. *Realsexuellpolitik*. Todo vale en el amor y en la... Sí, y piensa cuál es la posición de Alemania a este respecto. La mujer infiel del comandante no podría acogerse a las disposiciones de las Convenciones de La Haya y de Ginebra, sería la *Vernichtungskrieg*, la guerra total.

... Llegué a un bosquecillo de abedules decrepitos en el que, felizmente, el olor de la composición natural impregnaba por entero el aire circundante. La descomposición natural, sin adulteración, no por obra del hombre; y un olor preñado de recuerdos... Al cabo de un rato cedí y desplacé mis pensamientos a otro escenario: a Marlene Muthig, la esposa de un petrólogo de IG Farben, con quien yo solía bromear en la plaza del mercado; a Lotte Burstinger, una incorporación reciente a las filas de las *Helferinnen*; y a la hermana mayor de Agnes (la única soltera), Kzryztina.

Más adelante, justo enfrente del seto vivo que marcaba la linde de la Zona, alguien había empezado a levantar un pabellón o mirador, y en un momento dado se había quedado sin tiempo y sin madera. Un almacén de tablas, dos paredes laterales de diferentes larguras y medio techo. Parecía la marquesina de una parada de autobús rural. Rodeé su fachada.

Ventana sin cristales, un banco plano de madera. Y Hannah Doll en un rincón, con un impermeable azul sobre el regazo.

Y muerta para el mundo.

La hora que siguió fue de gran quietud, pero en absoluto anodina. Cada varios minutos, Hannah fruncía el ceño, y sus ceños cambiaban (adoptando varias formas de desconcierto y dolor). Y tres o cuatro veces sus narinas aletearon con bostezos subliminales; una única lágrima se formó y se deslizó y se fundió en su mejilla; y una sola vez un hipo infantil la sacudió brevemente. Y luego vino el ritmo de su sueño, su respiración, la oleada de suaves inspiraciones y espiraciones. Era la vida, que se movía en ella; era la prueba reiterada de su existencia...

Los ojos de Hannah se abrieron y me miraron con tan exigua pérdida de compostura que sentí que ya estaba allí, instalado en su sueño por completo. Su boca

se abrió a todo lo largo de su anchura y emitió un sonido..., como el sonido de la marea en un mar distante.

—*Was tun wir hier* —dijo, con firmeza y sin retórica alguna (como si realmente quisiera saberlo)—, *mit diesen undenkbaren Leichenfresser?*

¿*Qué estamos haciendo aquí, con estos espíritus malignos inimaginables?*

Se levantó y nos abrazamos. No nos besamos. Ni siquiera cuando se echó a llorar y sin duda los dos pensábamos lo delicioso que sería. No nos besamos, no en los labios. Pero supe que estaba en aquello por entero.

—Dieter Kruger —empezó, al cabo.

Fuera lo que fuese, yo estaba en ello. Y fuera lo que fuese, tendría que seguir hacia delante.

¿Adónde, ahora? ¿Hacia dónde?

2. DOLL: STÜCKE

Si las pequeñas cosas pueden compararse con las grandes, y si un gato puede mirar a un rey, entonces tal parece que yo, Paul Doll, como Kommandant (la punta de lanza de este gran programa nacional de higiene aplicada), ¡tengo ciertas afinidades con el fumador secreto!

Ahí está Hannah. Sí, nos servirá perfectamente, creo; nos vendrá de perlas, imagino, como ejemplo del fumador secreto. ¿Y que tenemos en común Hannah y yo?

En 1.^{er} lugar, ella tiene que encontrar un sitio aislado para dar satisfacción a su necesidad «secreta». En 2.^o lugar, tiene que llevar a cabo la desaparición de los restos: siempre está la colilla, sin duda manchada de un lápiz de labios de color vivo; la punta, el cabo (y, para ser franco al respecto, los «cadáveres» son la maldición de mi vida). En 3.^{er} lugar, tiene que vérselas con el olor, no sólo del humo, sino también de sus trazas, que se adhieren a la ropa y sobre todo al pelo (y en su caso le contaminan el aliento, porque mientras el aroma de un cigarro caro confiere autoridad a los efluvios internos de los *Mensch*, el tufo de un Davidoff de unos céntimos profana la sana fragancia de las *Mädchen*). En 4.^o y último lugar, tiene la obligación, si la honestidad es un concepto que siquiera reconoce, y aún mucho menos entiende, de darse cuentas a sí misma por esa *compulsión* que la lleva a hacer lo que hace: mancharse y llevar su culpa como una pequeña puta sucia que sale de un lance extenuante en una tarde de bochorno...

Aquí coincide que los 2 nos separamos, y la analogía termina. Sí, aquí nos separamos.

Porque ella hace lo que hace por debilidad y por yerro. ¡Y yo hago lo que hago por rectitud y poder indómito!

—Llevabas el maquillaje de mamá.

Sybil se llevó una mano veloz a la cara.

—Te creías que te lo habías lavado bien, ¿verdad? Pero yo puedo ver los rastros de colorete. ¿O es que te estás ruborizando?

—... ¡No me lo he puesto!

—No mientas, Sybil. ¿Sabes por qué las chicas alemanas no usan cosméticos? Porque afecta a su moral. Empiezan a decir mentiras. Como tu madre.

—¿Qué quieres decir, Vati?

—¿... Tienes mucha ilusión por ese poni? Mucho mejor que una vieja tortuga tonta, ¿no?

Hasta el nacionalsocialista más acérrimo, creo, debería reconocer que la tarea llevada a cabo por las SS en Kulmhof, en enero de este año, ha sido excepcionalmente cruda. Sí, fue una medida algo extrema, rayana quizá en lo excesivo, la *Aktion* que llevó al reclutamiento y reclusión del Sonder Szmul. Ahora es un caso relativamente famoso; la gente piensa que se trata de una rareza o curiosidad de la conducta, muy posiblemente algo irrepetible. Informalmente lo llamamos el tiempo de los chicos callados.

(Recordatorio: la mujer de Szmul se consume en Litzmannstadt. Descúbrase dónde.)

Y, por cierto, si aún quedan fantasiosos que siguen sintiendo cierta comprensión por nuestros hermanos hebreos, bien, deberían echar un detenido vistazo —como me vi obligado a hacer yo (en Varsovia, el pasado mayo)— a los barrios judíos de las ciudades de Polonia. Ver a esta raza en masa, a su aire, ahuyentará cualquier sentimentalismo humanitario, y muy de inmediato, además, no me cabe la menor duda. Apariciones de pesadilla, míseros desamparados, hombres y mujeres indistinguibles sexualmente atestando las vías públicas llenas de cadáveres. (Como padre amante, encuentro particularmente difícil soportar su depravado abandono de esos niños semidesnudos, que berrean, mendigan, cantan, gimen y tiemblan, con la cara amarillenta, como pequeños leprosos.) En Varsovia hay una docena de nuevos casos de tifus cada semana, y del ½ millón de judíos mueren cada mes 5.000 o 6.000, tal es la apatía, la degeneración, y, hablando con total franqueza, la carencia de todo rudimento de respeto de sí mismos.

En un tono más liviano, permítaseme referir un pequeño incidente en el que mi compañero de viaje (Heinz Uebelhoer, un «joven turco» encantador destinado al servicio del Reichsführer-SS) y yo mismo nos las arreglamos para aliviar el panorama lúgubre. Estábamos en el cementerio judío, charlando con el famoso director de cine Gottlob Hamm (filmaba un documental para el Ministerio de Ilustración Pública y Propaganda), cuando un autobús de la Kraft durch Freude se detuvo a unos metros y vimos cómo se apeaban los jovencitos que lo ocupaban. Bien, Gottlob, Heinz y yo

interrumpimos el funeral en curso para sacar unas cuantas fotografías. Nos decantamos por varias estampas «de género»: ya saben, Viejo Judío ante el Cadáver de una Chiquilla. Los jovencitos de la Fuerza a través de la Alegría se desternillaban de risa (pero, por desgracia, estas «instantáneas» vieron la luz mientras visitaba a Hannah en Abbey Timbers, y se armó un buen escándalo. Moraleja: no todo el mundo está dotado de «sentido del humor»).

Y sin embargo, sin embargo..., la mujer de Szmul vaga por las callejas de Litzmannstadt, o Lodz, como la llaman los polacos (con la pronunciación *Uuuch* o algo por el estilo).

Tal vez Shulamit está muy necesitada.

Creo que enviaré un comunicado al jefe del Consejo Judío, cuyo nombre — ¿dónde habré metido yo ese informe?— es Chaim Rumkowski.

Por supuesto, aquí un servidor *tuvo* que ir a Katowitz a por más residuos de gasolina. Hice el viaje (con 2 guardias), en mi Steyr 600 diésel de 8 cilindros, al frente de un convoy de camiones.

Cuando concluimos la tarea tomé el té de la tarde en el despacho de nuestro contratista civil, un tal Helmut Adolzfurt, un *Volksdeutscher* de edad mediana (con quevedos y pelo pico de viuda). Luego, como de costumbre, Adolzfurt sacó una botella y nos tomamos unas cuantas copas. Y de pronto dijo:

—Sturmbannführer, ¿sabe que aquí en la ciudad, aproximadamente de 6 de la tarde a 10 de la noche, nadie puede probar bocado?

—¿Por qué no?

—Porque el viento cambia de dirección y sopla desde el sur. Por el olor, Sturmbannführer. El olor nos llega del sur.

—¿Y llega hasta aquí? Oh, tonterías —dije riendo con desenfado—. Son 50 kilómetros.

—Estas ventanas son de cristal doble. Faltan 20 minutos para las 7. Salgamos. Si no le importa, señor.

Bajamos tranquilamente y salimos al patio (donde mis hombres casi habían acabado su trabajo). Expresé mi extrañeza en voz alta:

—¿Siempre es *tan* fuerte?

—El mes pasado era aún peor. Ahora ha mejorado un poco, al hacer más frío. ¿Qué es lo que *produce* este olor, Sturmbannführer?

—Ah, pues la verdad, Adolzfurt, es que... —dije (porque no estoy acostumbrado al pensamiento rápido)—... la verdad es que tenemos una porqueriza enorme en la granja agrícola, y ha habido una epidemia. De peste porcina. Causada por lombrices. Así que no hemos tenido elección, ¿sabe? Hemos tenido que matar e incinerar. Ya sabe.

—Todo el mundo habla, Sturmbannführer.

—Bien, pues dígaselo a todo el mundo. Lo de la pocilga.

Los últimos depósitos de benceno estaban ya cargados en los camiones. Poco después, desembolsé los 1.800 zlotys, y él me entregó el correspondiente recibo.

Durante el trayecto de regreso, mientras los guardias dormitaban (conducía yo mismo el prestigioso vehículo), me detenía de cuando en cuando y sacaba la cabeza por la ventanilla para olisquear el aire. El tufo era peor que nunca, y seguía empeorando y empeorando por momentos...

Sentí que estaba en uno de esos sueños de cloaca que todos tenemos de vez en cuando..., ya saben, en los que parece que caes en un geiser espumeante de inmundicia caliente, como cuando se descubre una fabulosa bolsa de petróleo, y el líquido sigue saliendo y saliendo y anegándolo todo sin que tengan el menor efecto tus intentos de evitarlo.

—Se pasan 2 o 3 minutos hablando, Herr Kommandant. En el cercado que hay detrás del rancho.

Se refería a la escuela de equitación. Mi Kapo, Steinke (un asesino trotskista en la vida civil), se refería, como digo, a la escuela de equitación, la Academia Ecuestre. Así que eran 2 encuentros: en las Cabañas de Verano y en la Academia Ecuestre. Y hasta el momento 2 cartas.

—Te refieres a la escuela de equitación, ¿no, Steinke? A la Academia Ecuestre. Dios, hace un calor del demonio aquí... ¿Hablaron a plena vista?

—Sí, Herr Kommandant. Había mucha gente alrededor.

—Y sólo hablaban, dices. ¿Hubo algún intercambio de documentos?

—¿Documentos? No, Herr Kommandant.

—¿Material escrito? Sí, veamos, no estás mirando con la atención suficiente, Steinke. *Hubo* un intercambio de material escrito. Pero tú no lo viste.

—Los perdí de vista unos segundos cuando pasaron todos esos caballos, Herr Kommandant.

—Sí. Bueno, en las escuelas de equitación hay caballos —dije—. Steinke, ¿has visto esos letreros que la gente loca lleva aquí? ¿En los que se lee *Dumm*? ¿O *ich bin ein Kretin*? Creo que vamos a encargarnos uno para ti. —Y otro para Prüfer, ya que estamos en ello—. Steinke, en las escuelas de equitación *hay* caballos... Y escucha. De ahora en adelante no te ocupes de él. Vigílala a ella. *Klar*?

—Sí, Herr Kommandant.

—¿Cómo se saludaron?

—Se dieron la mano.

—Se dieron la mano, Herr Kommandant. ¿Cómo se despidieron?

—Con un apretón de manos, Herr Kommandant.

Nos apartamos al ver que pasaba un grupo de polacos (y verosíblemente sobrecargados). Steinke y yo estábamos en uno de los almacenes anexos a la curtiduría. Es aquí donde se guardan las pertenencias de menos valor de los evacuados antes de su eliminación, como combustible, en el horno de la curtiduría:

zapatos de cartón, bolsos de plástico, pesados cochecitos de niño de madera y cosas por el estilo.

—¿Cuánto duraron los 2 apretones de manos?

—El 2.º fue más largo que el 1.º, Herr Kommandant.

—¿Y cuánto duró el 1.º?

Aunque soy del todo indiferente a todo aspecto de la «decoración de interiores», siempre he sido bastante mañoso con una caja de herramientas. Trabajando solo, en la primavera de este año, mientras Hannah pasaba mucho tiempo en Rosenheim, logré terminar el proyecto que más me ilusionaba: la instalación de una caja fuerte empotrada en la pared del vestidor del 1.º piso. Por supuesto, puede utilizar el cajón con llave que tengo en el estudio (y también está la caja fuerte enorme del EPA). Pero la función de la caja del 1.º piso es otra completamente diferente. Su cara visible, con sus ruedas y tambores, es algo más que un frontis. La abres ¿y qué te encuentras? Un cristal de efecto espejo que brinda una vista parcial del cuarto de baño. Con el paso de los años, ay, ¿saben?, mi mujer se ha vuelto bastante... tímida, físicamente, y da la casualidad de que a mí me gusta contemplarla con el traje de Eva, como sin duda es uno de mis derechos conyugales. Este «espejo» especial (ése sería *le mot juste, nicht?*) lo conseguí en el Bloque 10, donde lo utilizaban para mejorar el seguimiento de ciertos experimentos médicos. Sobró una hoja, y pensé: ¡Qué bien, ya tengo uno!

Bien, ayer Hannah acababa de volver de la Academia Ecuéstre (allí está el poni), y ahí me tienen a mí, en posición de firmes para la «función» nocturna. Normalmente, Hannah abre los grifos y se va desnudando con lenta languidez. Mientras espera a que se llene la bañera, se inclina varias veces para comprobar la temperatura del agua, y ésa es la parte mejor (cuando sale de la bañera también merece una atención especial, aunque tiene la costumbre irritante de secarse al lado del toallero caliente, que resulta que queda fuera de campo y no puedo verlo). Pero ayer no fue así... Hannah entró, cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, se quitó el vestido de un tirón y se sacó de las bragas 3 hojas de papel azul celeste. Examinó su contenido; las leyó detenidamente una 2.ª vez, y, no satisfecha con ello, volvió a leerlas con suma atención. Durante unos segundos pareció sumida en una ensoñación. Luego se desplazó hacia la izquierda, y rompió en pedacitos la misiva; se oyó el sonido de la cisterna, y, una vez transcurrido el tiempo necesario para que volviera a llenarse, volvió a oírse.

Me veo en la obligación de registrar un hecho hartamente desagradable. Mientras Hannah leía el mensaje, su semblante mostró primero horror, luego una concentración perpleja, hasta que... Hacia el final, cada una de las veces, tenía la *Hand* libre en su *Kehle*; al cabo de unos segundos se deslizó hacia abajo, y empezó a acariciarle la zona del *Brust* (los *Schultern*, además, los tenía tensos y encogidos sobre sí mismos). Cómo me sentía yo como marido, al enfrentarme a aquello, es fácilmente imaginable. Y la cosa no acababa ahí. Pese a que el hecho obvio de que

Hannah estaba excitada —pese a la patente realidad de que las esencias de la hembra se habían agitado en ella (los humedecimientos, los avivamientos, los brillos secretos)—, Hannah ni siquiera tuvo la decencia elemental de darse un baño.

Y desde entonces ha tenido esa expresión en el semblante. Contenta, serena: insoportablemente satisfecha de sí misma, en suma. Además, está físicamente floreciente. Tiene el mismo aspecto que cuando estaba embarazada de 3 meses. Llena de fuerza.

Möbius, del Politische Abteilung, cree que tenemos que hacer algo con los polacos.

—¿Cuántos polacos?

—Aún no ha concluido. Yo diría que unos 250. —Dio unos golpecitos en la carpeta que tenía sobre la mesa—. Ímproba labor.

—250. —A mí no me sonaba a tan ímproba; pero yo ya estaba un tanto maleado por las cifras astronómicas de que me había hablado Szmul en el Prado—. Sí, supongo que es algo de gran alcance.

—Y la culpa es nuestra, en cierto modo.

—¿Cómo lo van a terminar?

—Todas esas cosas de la curtiduría. —Suspiró—. Un poco falto de sensibilidad, ¿no cree?

—Lo siento, amigo. No le sigo.

—Todos esos trastos nunca deberían haber salido de Kalifornia.

—¿Qué trastos?

—Vamos, Paul..., ¡despierte! —Luego dijo, con voz grave—: Todas esas porquerías que llegaron tras la pacificación de la zona de *Lublin*. Ropa de campesinos. Zapatillas pequeñísimas. Rosarios burdos. Misales.

—¿Qué son misales?

—No estoy muy seguro. Me baso en el informe de Erkel. Una especie de devocionario asqueroso, supongo. Son muy católicos por esos lares. ¿Ha visto en qué condiciones están esos hombres? Es un escándalo. ¿Cómo hemos dejado que ocurra esto?

—Prüfer.

—Prüfer. Esto no puede esperar. Está a punto de írsenos de las manos. No son judíos, Paul. Ni son ancianas y niños pequeños.

—¿Lo saben, los polacos?

—Todavía no. Tienen sus sospechas, por supuesto. Pero no lo saben.

—¿Qué creen que va a pasar?

—Que los van a dispersar. Que los van a mandar aquí y allá. Pero ya es demasiado tarde para eso.

—Oh, bien. Deme la lista esta noche, ¿de acuerdo?

—*Zu befehl*, mein Kommandant.

Como poseedor de 2 Cruces de Hierro (de 1.^a y de 2.^a clase), estoy perfectamente seguro de mi virilidad, muchísimas gracias, y no necesito hacer bravatas nerviosas acerca de la potencia de mi libido; en materia de urgencia carnal, como en todo lo demás, soy completamente normal.

La trágica frigidez de Hannah quedó al descubierto muy pronto en nuestro matrimonio, en cuanto la llevé a Schweinfurt de luna de miel (su falta de respuesta inicial, antes, cuando surgió la intimidad entre nosotros, la atribuí a consideraciones médicas; pero éstas, ahora, ya no tenían sentido). Personalmente, lo que hice fue achacarlo todo a Dieter Kruger. Aunque, aun así, encaré el reto que me aguardaba con el proverbial optimismo temerario de la juventud (o de la juventud relativa, a mis 29 años). Estaba seguro de que, con el tiempo, Hannah empezaría a responder a mi gentileza, a mi sensibilidad y a mi extraordinaria paciencia, un estoicismo reforzado por la pureza de mi amor. Pero luego sucedió algo más.

Nos casamos en 1928, en navidades. Una semana después, de vuelta a los alrededores de Rosenheim, la intuición de Hannah tuvo su ratificación médica: estaba embarazada de 6 semanas. Y esto lo cambiaba todo. ¿Comprenden? Ocurre que soy partidario de la doctrina propuesta por el gran escritor y pensador ruso el conde Tolstói, quien, en una obra cuyo título no recuerdo ahora (su protagonista tiene un nombre alemán, que fue lo que despertó mi interés... ¡Ah, ya recuerdo! ¡«Kreutzer»!), aboga por la abstención de toda actividad erótica, no sólo durante los meses de gestación, *sino también durante todo el período de lactancia*.

No es que me repugnen especialmente los procesos naturales que tienen lugar en la hembra humana. Es el principio que subyace en ello: profundo respeto ante la nueva vida, ante la gestación preciosa e inviolable de un ser humano nuevo... Lo hablamos todo abiertamente, y Hannah, con una sonrisa afligida, se mostró de acuerdo enseguida con la rotundidad de mis argumentos. Paulette y Sybil nacieron en el verano de 1929, ¡para nuestra inestimable felicidad! Y mi esposa procedió a amamantar a las gemelas durante los 3 años y ½ siguientes.

La tensión entre nosotros, sería justo decir, fue acrecentándose gradualmente. Así que cuando las relaciones conyugales llegaron al fin al punto de tener que reanudarse, éramos, ¿cómo decirlo?, casi unos desconocidos el uno para el otro. Aquella primera noche, con la cena a la luz de las velas, las flores, la luz tenue y la música suave, la retirada a nuestro dormitorio en el momento oportuno..., aquella primera noche distó mucho de ser un éxito. Al cabo de varias dificultades preliminares, yo estaba a perfectamente listo para consumir el acto, pero Hannah se mostró absolutamente incapaz de dominar la tensión. La noche siguiente no fue mejor, ni la siguiente, ni la siguiente. Le rogué que volviera a tomar su medicación (o al menos que fuera a ver a su médico para pedirle algún tipo de unguento), pero en vano.

Era a principios de 1933. Y la Revolución Gloriosa habría de venir muy pronto en mi socorro. Permítaseme sonreír..., al igual que Clío, la musa de la historia, debió de

sonreír al disfrutar de aquella ironía. Después del incendio del Reichstag (el 27 febrero) y de las innúmeras detenciones que siguieron, el hombre que había traído tal desdicha a mi alcoba se convirtió en una fuente de alivio erótico. Me refiero al amigo Kruger. Pero ésa es otra historia.

¿A quién podría sorprender, pues, que entretanto, siendo yo como era un hombre joven y sano, con necesidades normales, me viera abocado a buscar en otra parte?

Para empezar, hubo una serie de coqueteos intensamente líricos, casi edénicos, con varias...

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dije—. Ah, Humilia...

Con la lista de Möbius.

¿Se han dado cuenta de que, por la noche, durante la duermevela, cuando alargas la mano para ordenar la sábana, a menudo ves que tal operación exige que te incorpores por entero para quitártela de encima? Y qué enorme esfuerzo parece exigirte. Es algo enorme, el cuerpo, algo grande y pesado, y éste es un cuerpo vivo, el mío..., de acuerdo, abotagado por el sueño, ¡pero pletórico de vida, de vida!

—Infame mañana, me temo. ¿Estamos listos, Sturmbannführer?

—Sí, sí. Ya voy, por el amor de Dios...

—¿Todo bien, mein Kommandant?

Me uní a Prüfer en el porche resbaladizo. Había una niebla gris, levemente preñada de nieve también gris, en copos acuosos y gruesos. Me aclaré la garganta y dije:

—¿En qué búnker estamos? Se me ha olvidado.

... Stanislaw Stawiszynski, Tadeusz Dziedzic, Henryk Pileski... La noche anterior, de vez en cuando, mientras repasaba «la lista» de Möbius, pude ir relacionando las caras con los nombres. Y caí en la cuenta de que al menos algunos de aquellos hombres eran verdaderos trabajadores legendarios, verdaderos estajanovistas, serrerías y apisonadoras humanas, que solían trabajar un mes entero en la mina de carbón de Fürstengrube, y luego (después de varias semanas de cargar traviesas en las vías) volvían a la mina a continuar... Sentado en el escritorio de mi estudio, masajeándome la frente bajo la lámpara, empecé a albergar serias dudas sobre la medida que proponía Möbius, y, en consecuencia (habida cuenta de mis otros problemas y demás), bebí mucho, muchísimo Riesling, vodka, armañac, y sobre todo slivovitz, y no me fui a la cama hasta las 04.07.

Así que me sentía bastante mal cuando, a las 06.28, ocupé mi puesto en el banco de la mesa del sótano del Búnker 3 (de ladrillo rojo, sin ventanas). Aparte de Prüfer, Möbius y yo, estaban presentes 2 agentes de la Sección Política, y los capitanes Drogo Uhl y Boris Eltz. Había también un traductor de la Postzensurstelle, a quien Prüfer le dijo que podía marcharse: los polacos, dijo, eran todos «presos viejos» y

entendían bastante bien el alemán... Amontonando sus papeles, Möbius me dijo con frialdad que no preveía complicaciones. Uhl empezó a tararear para su colete. Eltz encendió un cigarrillo, y ahogó un bostezo. Al cabo de un rato me senté y dejé escapar un placentero y crapuloso gorgoteo. No debería haber tomado aquel Phanodorm a las 05.05. Todo lo que veía se me antojaba borroso y generador de ondas, del mismo modo que irradian calor los radiadores.

Conducidos por un guardia armado (de acuerdo, era el sargento primero Palitzsch, pero ¿qué necesidad había?...), los polacos, en columnas de 5, empezaron a llenar el recinto. Y yo apenas podía creer lo que veían mis ojos. Aquellos *Häftlinge* tenían una constitución de osos o gorilas, y sus uniformes de rayas se tensaban con los abultamientos de los músculos, y sus caras anchas y bronceadas estaban radiantes (¡y hasta llevaban zapatos de verdad!). Desbordaban de entusiasmo y *esprit*; parecían una brigada de choque motorizada de las Waffen-SS (de quienes una parte de mi corazón, siquiera unos instantes, deseó vivamente ser su jefe en la batalla). Siguieron pasando unos tras otros, y congregándose con aire grave: 100, 200, 250, 300, seguidos, quién lo iba a decir, de otro «solista» accidental, el vilipendiado «ex polaco» y colaborador desde mucho tiempo atrás, ¡el Lagerältester Bruno Brodniewitsch!

Möbius frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—*Strammstehen!* —dijo, golpeando con la carpeta el tablero de la mesa—. Antes de nada, el Kommandant dirá unas palabras.

Esto era algo nuevo para mí. Miré a mi alrededor. Los oficiales llevábamos la Luger en su funda, por supuesto, y Palitzsch y Brodniewitsch, una metralleta al hombro. Pero a mí no me cabía la menor duda de que si este batallón de matones olfateaba peligro —con que captaran un leve respingo, bastaba—, no existía posibilidad alguna de que un solo alemán saliera con vida de aquel búnker.

—Gracias, Untersturmführer —dije, y volví a aclararme la garganta—. Ahora, señores, querrán sin duda saber... Querrán saber por qué se los ha convocado esta mañana desde sus diversos Kommandos. No va a haber ningún trabajo para ustedes hoy. —Hubo unos ligeros murmullos de apreciación; y yo proseguí y por poco menciono la doble ración (la doble ración, dicho sea con total franqueza, es un completo dispendio)—. Así que tendrán su almuerzo y luego un tiempo libre para ustedes. Estupendo, pues. El Untersturmführer Möbius les explicará por qué.

—... Gracias, Sturmbannführer. Bien, escuchen. Ustedes los *polacos*. No les voy a dorar la píldora.

Y aquí no pude reprimir por completo una sonrisa nauseosa. Porque Fritz Möbius era un miembro consumado de la Gestapo. Atención, escuchen, pensé..., aquí llega el subterfugio. Va a hacer que les suene a música celestial...

—En un momento dado de esta tarde, probablemente a eso de las 5 —dijo, mirando su reloj—, todos y cada uno de ustedes recibirá un disparo que acabará con su vida.

Gusté un sabor a vómito (e incluso puede que se me escapara un grito...). Pero la

única respuesta que recibió Möbius fue el silencio: el silencio de 300 hombres que habían dejado de respirar.

—Sí, eso es. Les estoy hablando como a soldados —continuó en voz muy alta—, porque eso es lo que son. Son el Ejército Nacional, todos ustedes. ¿Y tengo que decirles por qué han estado resistiendo? Porque no pueden convencer a su central de que el KZ es un activo. Ellos creen que ustedes son todo huesos y pellejo. ¿Y quién creería que hay hombres como ustedes en un lugar como éste? A mí mismo me cuesta creerlo.

El Untersturmführer consultó su carpeta verde, mientras el Hauptsturmführer Eltz llenó de agua de soda los 7 vasos con mano de una firmeza hipnotizadora.

—Me estremezco al pensar en las cosas de las que se van a ir de rositas. Si recibiesen la orden de Varsovia, se levantarían y se lanzarían contra nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Bien, se acabó. Saben perfectamente lo que pasará si hacen alguna tontería esta tarde. Como me tomé la molestia de recordarles ayer, tenemos los archivos parroquiales. Y no querrán que a sus madres y padres y abuelos los arrastren a palos hasta los vagones de ganado. No querrán que a sus viudas e hijos y sobrinos y sobrinas los friamos vivos en los crematorios. Vamos, *vamos... Ya saben cómo somos.*

El silencio ganó en profundidad. Möbius se succionó la lengua y dijo:

—Lo único que pueden hacer es morir como guerreros. Así que hagámoslo todo ordenadamente. Muéstrénnos algo de su orgullo y valor polacos. Y nosotros les mostraremos algo de respeto alemán. Oh, y tendrán su última cena. Tendrán doble ración de bazofia caliente. ¡Ahora, *raus!* ¿Hauptscharführer? Si hace el favor...

A las 22.07 tuve que levantarme de la cama para recibir el informe oral de Prüfer. Desde el Búnker 3 había ido directamente al *Krankenbau*, donde el profesor Zulz me dio una inyección de vitaminas y 2 cc de clorpromazina, que se supone que tiene efectos antieméticos y sedantes, lo cual no impidió que casi echara la 1.^a papilla en la sala de recuperación, y tuve la seguridad de que me desplomaría en el barro cuando volviera dando tumbos a casa (ni siquiera podía coger el transporte de mediodía).

Le dije a Wolfram Prüfer:

—Discúlpeme la bata. Pase. —En fin, yo había descartado el alcohol para mi persona, de momento, pero razoné que Prüfer merecía un trago después de aquel día, y me pareció poco viril no acompañarle—. *Ihre Gesundheit.* ¿Cómo ha ido?

—Bastante bien, señor.

En el patio del Búnker 3, un pequeño grupo de polacos decidió morir luchando (una barricada, rápidamente asaltada y liquidada), pero el resto de ellos, 291 hombres, fueron ejecutados sin incidentes entre las 17.10 y las 17.45.

—Muy aleccionador —dijo Prüfer, sin expresión alguna en el semblante indescifrable—. A su modo.

Volvía a rellenar las copas, y seguimos hablando, prescindiendo (dada la hora que

era) de las formalidades. Dije:

—¿No le sorprendió que Möbius estuviera tan... poco sutil en su preámbulo? Yo me esperaba algún tipo de treta. Ya sabe, algún tipo de engaño.

—El engaño vino ayer. Les dijo que tenían que aprender la lección, y los amenazó con redadas a sus familias si intentaban algo.

—¿Y qué engaño hay en eso? Es lo que solemos hacer, ¿no?

—No, ya no. Parece que ya no vale la pena molestarse, así que dejamos de hacerlo. Cuesta demasiado localizarlos. Verá, los han echado de sus casas y los han desperdigado por un sitio y otro. Y además...

Siguió contándome que en cualquier caso esas familias, en gran parte, ya habían sido bombardeadas o acribilladas o colgadas o habían muerto de hambre o de frío; o, incluso, ametralladas en el curso de otras represalias en masa *anteriores*. Prüfer siguió con voz cansina:

—Y a esos niños que mencionó, a la $\frac{1}{2}$ de ellos, los únicos que valen para algo, los han despachado al Reich para que se germanicen. Así que para qué molestarse.

—¿Y los hombres? —dije—. ¿Simplemente...?

—No hubo el menor problema. Se tomaron la sopa y pasaron 1 o 2 horas escribiendo postales. Cuando llegó el momento muchos de ellos estaban cantando. Cantos patrióticos. Y casi todos ellos gritaron algo como *Larga vida a Polonia* segundos antes. Y eso fue todo.

—Larga vida a Polonia. Ésa sí que es buena.

Prüfer estiró el cuello y dijo:

—Y por poco se monta una buena cuando tuvimos que llevarnos los cuerpos antes de que los demás prisioneros volvieran del trabajo. Tapamos los carros, pero no pudimos hacer nada para ocultar la sangre, claro está. No hubo tiempo. Y los hombres lo vieron. Hubo mucha tensión, mein Kommandant. Möbius cree que quizá tengamos que organizar otra hornada. Montar todo ese lío una vez más.

—... No, qué va. ¿Cómo está su hermano, Prüfer?

—¿Cuál de ellos?

—El de Stalingrado. ¿Freiherr? No. Irmfried.

Una vez solo, me enfrasqué en una sesión de introspección (de aproximadamente 1 hora), repantigado en el sillón, junto a la chimenea, con la botella en el regazo. Ahí estaba yo (medité), liquidando ancianas y niños pequeños, mientras otros hombres daban luminosas pruebas de valor. Pensaba, por supuesto, y con envidiosa admiración, en el Untersturmführer Möbius. Encarando a aquellos polacos enormes con tal talante, y diciéndoles, con hielo en el corazón: *Ihr wisst wie wir sind*.

Ya sabéis cómo somos.

¡Ése es el nacionalsocialismo!

Y hay que tener en cuenta que la tarea de liberarse de los muy jóvenes y de los viejos requiere otras energías y virtudes: fanatismo, radicalismo, severidad,

implacabilidad, dureza, frialdad extrema, impiedad... *und so weiter*. Al fin y al cabo (como a menudo me decía a mí mismo), alguien tenía que hacerlo. Los judíos nos tratarían de igual forma a la menor oportunidad que se les presentara, como sabe todo el mundo. Ya lo intentaron con bastante ímpetu en noviembre de 1918, con la especulación en tiempo de guerra, comprando barato y vendiendo...

... Me enderecé y fui hasta la cocina. Hannah estaba de pie junto a la mesa, comiendo una ensalada verde de un bol, con tenedor y cuchara de madera.

—*Na ja* —dije, con una inhalación enorme—. Luchar en 1.^a línea. Ahí está la cuestión. Tengo casi decidido solicitar un traslado. Al este. Donde, mientras estamos hablando, Hannah, se está forjando la historia del mundo. Y quiero estar en el meollo del asunto, ¿entiendes? Estamos a punto de darle al judeo-bolchevismo la mayor...

—¿Darle a quién?

—Al judeo-bolchevismo. En el Volga. Vamos a darle al judeo-bolchevismo la mayor paliza de la historia. ¿Oíste el discurso? La ciudad ya es prácticamente nuestra. Stalingrado. En el Volga, Hannah. En el Volga.

—Tan pronto —dijo Hannah—. Otra vez borracho...

—Bah, puede que sí. Así que podría... —Metí la mano en el frasco para coger una cebollita encurtida. Masticándola con brío, dije—: ¿Sabes, querida? He estado pensando. He estado pensando en que deberíamos hacer lo poco que podamos por la pobre Alisz Seisser. Está de nuevo aquí. Como reclusa.

—¿Alisz Seisser? ¿Por qué?

—Es un poco..., un poco enigmático. Perdón. La detuvieron por *Asozial*.

—¿Y eso qué quiere decir?...

—Puede querer decir cualquier cosa. Vagabundeo. Mendicidad. Prostitución..., Dios no lo quiera. O un delito relativamente menor. Quejarse. Pintarse las uñas de los pies...

—¿Pintarse las uñas de los pies? Ya, supongo que tiene mucho sentido. En tiempo de guerra. Un golpe brutal a la moral de victoria. —Se limpió la boca con una servilleta, y su semblante se recompuso—. Que está ya en retroceso, según he oído.

—*Quatsch!* ¿Quién lo dice?

—Norberte Uhl. Que se lo oyó a Drogo. Y Suzi Erkel. Que se lo oyó a Olbricht... Bien. ¿Qué es lo poco que podemos hacer por Alisz Seisser?

Para empezar, se daban una serie de coqueteos intensamente líricos, casi edénicos en los alrededores bucólicos de nuestra granja bávara (alquilada a mis suegros), con varias jóvenes pastoras, lecheras y mozas de cuadra (todo empezó durante el 2.º trimestre de Hannah). Cuán a menudo yo, en pantalones cortos de cuero y guerrera bordada, saltaba el cubo de desinfectante para ovejas y entraba apresurado y encendido por las puertas del establo en pos de mi jovencita, quien, con un grito amoroso y un meneo juguetón del trasero color de trigo, desaparecía a 4 patas en

nuestro nido secreto, ¡bajo el almiar! Y cuántas horas pasábamos seduciéndonos, en el corral idílico de detrás del cobertizo del esquila: yo, Hansel, con una hoja de hierba entre los labios rientes, con la cabeza hundida en el regazo de corpiño entallado de su exuberante y rubicunda Gretel.

Luego, en el 32, Hannah y yo fuimos inexorablemente arrastrados a Múnich, la ciudad de mis sueños y de mis anhelos.

Y quedaron atrás los rebaños, los arroyuelos, las banquetas de ordeñar, las primulas, el tomillo silvestre y las doncellas complacientes. Mientras íbamos y volvíamos a diario al suburbio de Dachau (donde yo habría de empezar una *auténtica* carrera); y al tiempo que oficiaba de padre de una familia de 4, aún le quedaba tiempo para una relación comprometida pero eminentemente sensata con una dama de gran sofisticación llamada Xondra, que disponía de un apartamento auxiliar en la Schillerstrasse, cerca de la Hauptbahnhof. Un día, de súbito, se casó con un próspero prestamista de Ingolstadt, y yo seguí haciendo amigas en la misma manzana de apartamentos; podría citar a Pucci, a Booboo y a Marguerite, la del pelo dorado. Pero todo esto fue hace mucho mucho tiempo.

Aquí en el KZ, en tiempo de guerra, nunca me he dejado tentar por el pensamiento de entregarme a ningún tipo de «mal comportamiento». Siento que sería totalmente antigermano tener una aventura con una colega (como Ilse Grese), o con la mujer de un colega (a Berlín *no* le haría ninguna gracia). Y, por otra parte, pocas veces te sientes tentado, porque son tan pocas las mujeres que siguen menstruando o a las que les queda algo de pelo. Si te ves desesperado..., bueno, ese sitio en Katowitz es demasiado mugriento, pero lo mejor que hay en Cracovia es un local alemán que está tan limpio como un quirófano. Pero nada de eso desde la llegada de mi mujer. *Ach*, he sido modélico, el hombre ideal, un sueño...

Pero ahora la situación ha cambiado. Donde las dan las toman. ¿O no?

Es cierto que tenemos una granja de cerdos en el KL (un modesto apéndice de la Granja Doméstica). Y Alisz Seisser es una *Tierpflegerin*, una enfermera veterinaria. Su uniforme es el mismo que el de los auxiliares de la *Häftlinge Krankenbau*: chaqueta de lino blanco con una raya roja en la espalda, y otra raya similar de arriba abajo del pantalón. Después de echar una detenida ojeada, di unos golpecitos en la ventana del consultorio, y Alisz apareció en la puerta.

—Oh, gracias, gracias. Gracias por venir. Siempre es tan agradable verle, Herr Kommandant.

—¿Herr Kommandant? Paul, por favor —dije con una risita amistosa—. Paul. No... La he tenido a usted constantemente en mi pensamiento. Pobre Alisz. Tiene que haberle sido todo muy difícil allá en Hamburgo. ¿Ha pasado por momentos muy apurados? ¿No le llegaba la pensión?

—No, no. Nada de eso. Me detuvieron en la estación, Paul. Cuando me bajé del tren.

—Qué extraño. —En el pecho llevaba el triángulo negro de *zial*. Con una letra cosida en él (normalmente designaba el país de origen)—. ¿Qué quiere decir esa letra, a qué país se refiere? —dije con una sonrisa—. ¿Zambia?

—*Zigeuner*.

Retrocedí un paso.

—Bueno, no puedo decir que no me lo esperaba —prosiguió Alisz despreocupadamente—. Orbart siempre me decía: *Si te sucede algo alguna vez, chiquilla, o si un día se te ocurre dejarme* (bromeaba, ya sabe), *te habrás metido en un buen lío, amor*. Una abuela *sinti*, ya ve. Y sabíamos que figuraba en los archivos.

Fue una sorpresa de lo más desagradable. Los *Zigeuner* habían sido carne de reformatorio desde mediados de la década de 1920, y, por supuesto, la Oficina Central para la Lucha contra la Amenaza Gitana del Reichsführer-SS llevaba ya activa desde hacía tiempo (y hacía muy poco que me había enterado de que aquella gente había sido desposeída y despojada de todos sus derechos). Era obvio que necesitábamos salir al paso de tal amenaza en un momento o en otro... Aunque había un campamento de familias gitanas en el KL2 (gente de circo, propietarios de salones de baile y elementos por el estilo), se los clasificaba como internos, y llevaban tatuajes y no se les rapaba el pelo ni se los incluía en las listas de los trabajos. Que yo supiera, Alisz era la única *Zigeuner Häftling* de toda la Zona.

—Pues bien. Seguiré haciendo todo lo que pueda por usted, Alisz.

—Oh, sé que lo hará, Paul. Cuando me sacaron del Barracón de Mujeres, vi su mano en ese traslado. El Barracón de Mujeres... es realmente el final. No tengo palabras para describirlo.

—... Tiene muy buen *aspecto*, querida. El pelo a cepillo le sienta muy bien. ¿Y ése es su número de teléfono? Estaba bromeando. *Nicht?* Vamos, Alisz, echémosle una ojeada. Mmm... Ese uniforme no le sirve de mucho con estas temperaturas. Supongo que tiene las 2 mantas, ¿no? Y le están dando la ración de *Tierpfleger*. Dese la vuelta un momento. Por lo menos no ha perdido nada de peso.

Es de *Unterschenkel* cortas, Alisz, pero tiene un *Hinterteil* glorioso. En cuanto al resto, los *Busen* y demás, es difícil saberlo..., pero en lo que no hay discusión posible es en lo del *Sitzfläche*.

—Aquí está mucho mejor que en la Ka Be. No querría en absoluto verla en el Barracón del Tifus. O en el de la Disentería, querida mía...

—No, esto no está demasiado mal. Soy una chica de campo. ¡Y los cerdos son tan cariñosos!

—Y espero, Alisz..., espero que la mantenga con ánimo el recuerdo sagrado del *Sturmscharführer*. Su Orbart. Dio su vida, Alisz, por sus convicciones. ¿Y qué más se le puede pedir a un hombre?

Alisz sonrió, animosa. Y de nuevo, durante un instante, la envolvió ese fulgor sacro..., el aura sagrada del martirio alemán. Mientras se abrazaba el cuerpo y, con dientes castañeteantes, entonaba las alabanzas de su bendito marido, pensé en lo

difícil que resultaba evaluar la figura de una mujer hasta que se veía despojada de toda la ropa. Quiero decir que hay un montón de cosas en las que puedes equivocarte.

—Atienda, Lisz, tengo un mensaje de mi esposa. Quiere que venga a nuestra casa de campo el domingo.

—¿A su casa de campo?

—Oh, eso hará que se levanten 1 o 2 cejas, pero yo soy el Kommandant y tenemos preparada una excusa. El poni de las niñas. ¡Tiene sarna! Venga a pasar la tarde.

—Bueno, si usted dice que no hay inconveniente, Paul...

—Hannah tiene varias cosas de mujeres que quiere darle. —Me cerré bien el abrigo para protegerme del viento—. La recogeré con el coche. Habrá bistec, patatas y verduras.

—¡Oh, qué generosidad por su parte!

—Una comida decente. Oh, sí. Y un largo baño caliente.

—Oooh, Paul. Me muero de impaciencia.

—Hasta el domingo a mediodía, pues. Ahora váyase, chiquilla. Váyase.

Ya no salgo al Prado tan a menudo como antes. Y Szmul tampoco. Bueno, él a veces aparece a eso de medianoche, para cerciorarse de que todo se desarrolla normalmente, y luego vuelve a sus tareas de recepción. Para poder conversar con Szmul, hoy día, tienes que abordarlo en la rampa.

Se habían ocupado ya del primer tren, y el Sonder estaba sentado en una maleta, bajo el cercano resplandor de una luz de arco desatendida, comiendo una cuña de queso. Me acerqué a él por detrás, sesgadamente, y dije:

—¿Por qué venías en el 1.^{er} transporte que llegó de Litzmannstadt?

Los músculos de sus mandíbulas dejaron de masticar.

—En la 1.^a tanda se transportó a los indeseables, señor. Y yo era un indeseable, señor.

—¿Indeseable? ¿Un pequeño bobo de maestro como usted? ¿O es que daba clases de Educación Física?

—Robé leña, señor. Para comprar nabos.

—... Para comprar nabos, *señor*. —Ahora lo miraba desde arriba, con las perneras de los pantalones de montar bien separadas—. ¿Adónde creías que te mandaban? ¿A Alemania? ¿A trabajar a Alemania? ¿Por qué creías eso?

—Me cambiaron los billetes del gueto por Reichsmarks, señor.

—... Oooh. Qué inteligentes. Tu mujer no estaba contigo, ¿verdad, Sonder?

—No, señor. Se la eximió por estar embarazada, señor.

—No hay muchos niños que nazcan vivos en el gueto, según me cuentan. ¿Tienes más hijos?

—No, señor.

—Así que no le tocó aquella *Aktion* nada airosa de Kulmhof. *Levántate*.

Se puso en pie, limpiándose las manos grasientas en los pantalones llenos de grasa.

—Estuviste en Kulmhof. «Chelmno», como lo llamáis vosotros. Estuviste allí... Asombroso. Ningún judío sale de Kulmhof. Supongo que te mantienen a su servicio por tu alemán. Dime. ¿Estabas allí cuando lo de los chicos callados?

—No, señor —mentí.

—Lástima... Bueno, Sonder. Sabes a quién me refiero cuando digo Chaim Rumkowski.

—Sí, señor. Al Director, señor.

—El Director. El rey del gueto. Imagino que es todo un «carácter». Mira. Saqué del bolsillo la carta que me había llegado aquella mañana de Lodz.

—El sello. Aquí tienes su retrato. Va a todas partes en un carruaje con ruedas. Una carreta endeble.

Szmul asintió con la cabeza.

—Me pregunto, Sonderkommandoführer, si vivirás lo bastante para recibirlo aquí en el campo.

Szmul se apartó.

—Tus labios. Están siempre tensos y como con estrías. Siempre. Hasta cuando comes... Piensas *matar* a alguien, ¿no es eso, Sonder? Piensas matar a alguien «antes de irte». ¿Quieres matarme a mí? —Desenfundé la Luger y le pegué el cañón a la frente dura—. Oh, no me mates, Sonder. Por favor, no me mates. —El foco se apagó con un crujido—. Cuando te llegue el momento, te diré lo que tienes que hacer exactamente.

A lo lejos, en la noche, vimos el ojo amarillo del 2.º tren.

—¿Sabe? —dije, pensativo—. ¿Sabe? Creo que deberíamos hacer un esfuerzo especial el 9 de noviembre.

La cara redonda de Wolfram Prüfer, muy atenta, parpadeó e hizo un mohín.

—Una ceremonia en toda regla —continuó, reflexivo—, y un discurso encendido.

—Buena idea, Sturmbannführer. ¿Dónde? ¿En la iglesia?

—No. —Crucé los brazos. Se refería a San Andrés, en la Ciudad Vieja—. Al aire libre —aventuré—. Después de todo, hicieron lo que hicieron al aire libre, los Viejos Luchadores.

—Pero fue en Múnich, y Múnich está prácticamente en Italia. Eso es el este de Polonia, Sturmbannführer. San Andrés ya es suficiente nevera tal como es.

—Vamos, no hay mucha diferencia, en términos de latitud. Que nieve, si tiene que nevar. Pondremos unas lonas impermeables. Junto al entablado de la orquesta. Todo más tonificante. Elevará la moral. —Sonreí—. Su hermano, el que está en el Volga, Hauptsturmführer... Irmfried. Espero que no tenga que verse en más dificultades que las normales.

—Ninguna, mein Kommandant. La derrota en Rusia es una imposibilidad

biológica.

Levanté las cejas.

—¿Sabe, Prüfer? Lo ha expresado muy bien. Y dígame, ¿cómo vamos a conseguir las urnas?

El domingo por la noche asistí a una función en la Ciudad Vieja en la Rathof Bierkeller (muy reformada en los meses recientes, gracias a la importante contribución de IG Farben). Bah, otra «fiesta» de Farben, en realidad: despedíamos a Wolfgang Bolz, que está a punto de volver a Frankfurt después de su gira. El ambiente era bastante deprimente, la verdad, y me costó un poco contener mi excelente ánimo (dado que la visita de Alisz Seisser había sido un rotundo éxito).

En cualquier caso, estuve hablando con (o escuchando a) tres ingenieros de nivel medio, Richter, Rüdiger y Wolz. La conversación se centró como de costumbre en el bajo grado de esfuerzo (y la penosa falta de logros satisfactorios) de la mano de obra de *Buna*, y en lo rápido que todo ello se había convertido en parte de la pesadilla de mi existencia..., piezas, *Stucke*: nefastamente masivas, inflexiblemente pesadas y difíciles de manejar, sacos mefíticos o bombas fétidas ansiosas de explotar.

—A los *Häftlinge* se los liquida tal cual, señor. ¿Por qué hay que arrastrar esos jodidos restos de vuelta al Stammlager? —dijo Wolz.

—¿Y por qué no se los lleva el Leichekommando, señor? ¿Por la noche o a la mañana muy temprano? —dijo Rüdiger.

—Dicen que es por lo de pasar lista, señor. ¿Pero no podrían preguntarle al Leichekommando cuántos son y luego hacer sus malditas suma? —dijo Richter.

—Lamentable —concedí yo, abstraído.

—Tienen que llevarlos a cuestras, por el amor de Dios.

—Porque se quedan sin camillas.

—Y nunca hay suficientes carretillas.

—Carretillas adicionales —dije (era hora de irse)—. Buena idea.

Estaba Thomsen; enfrente de la salida, peroraba altaneramente con Möbius y Seedig. Nuestros ojos se cruzaron, y él me enseñó sus dientes femeninos con una sonrisa o una risita burlona. Se echó hacia atrás, consternado, y al abrirme paso bruscamente hacia el aire de la noche vi el destello de miedo en el blanco de sus ojos.

19.51. A Prüfer, sin duda, le habría encantado llevarme a casa en su motocicleta; pero, como la helada se estaba haciendo esperar y había aún bastante luz, preferí volver paseando.

Durante el período de 1936-1939, en Múnich, hubo un desfile anual patrocinado y promovido por el Estado: «La Noche de las Amazonas», lo llamaban (me vino el recuerdo mientras avanzaba a grandes pasos a través del solar de la sinagoga que habíamos volado 2 años atrás). En él, columnas de damiselas alemanas desfilaban a caballo, desnudas de cintura para arriba. Con una coreografía de refinado gusto, estas

vírgenes representaban escenas históricas de la herencia teutona. Se dice, también, que el mismísimo Libertador asistió tolerantemente en esa misma ciudad a un famoso ballet de desnudos. Ésta es la forma de actuar alemana, ¿lo ven? El varón alemán controla por completo sus deseos. Puede lanzarse a la conquista de una mujer como un poseso, pero cuando la ocasión lo exige puede contentarse con echar una mirada civilizada..., sin sentir el impulso de tocar...

Al entrar en la Zona me detuve unos instantes, y me serené con unos cuantos tragos de la petaca. Sea cual sea la temperatura, me gusta dar un buen paseo. Es mi crianza, supongo. Soy como Alisz. Un chico de campo, en el fondo.

Las *Titten* grandes, como las de mi mujer, pueden describirse como «hermosas»; las *Titten* pequeñas, como las de Waltraut y las de Xondra, podrían llamarse «bonitas», y las *Titten* medianas... ¿cómo?, ¿*Titten* «bonito-hermosas»? Así son las de Alisz Seisser. «Bonito-hermosas.» Y sus *Brustwarzen* son de un oscuro excitante. ¡Ya ven esta mujer..., de qué talante travieso me ha puesto!

Miraré. No tocaré. Los castigos por la *Rassenschande*^[16], aunque impuestos de forma errática, pueden ser bastante graves (pueden llegar a la decapitación), pero, en cualquier caso, Alisz nunca ha despertado en mí más que las emociones más tiernas y elevadas. Pienso en ella como en una hija «ya desarrollada», a quien se debe protección, cariño y devoción humilde.

Al pasar por delante del viejo crematorio y acercarme a la verja del jardín, pensé en mi cita inminente con Frau Doll; y sentí ese placentero fulgor de seguridad que te envuelve de calidez y cosquilleo cuando juegas al «farol de 2 cartas» (un juego bastante más complicado de lo que pueda parecer a 1.^a vista): miras en círculos la mesa, y cuentas los puntos, y sientes la satisfacción del hecho matemático de que la victoria es tuya. Ella no sabe que yo sé lo de la carta que le pasó a Thomsen. Ella no sabe que yo sé lo de la misiva que él le pasó a ella. Voy a dejarla «estupefacta». Quiero ver la expresión de su cara.

Meinrad, el poni, lanzó un débil relincho cuando subí las escaleras.

Hannah estaba en el sofá, delante del fuego, leyéndoles *Vom Winde Verweht* a las mellizas. Ninguna de las 3 alzó la vista cuando me senté en el taburete giratorio.

—Escúchame, Sybil; escúchame, Paulette —dije—. Vuestra madre es una mujer muy mala. Una mujer mala de verdad.

—¡No digas eso!

—Una mujer malvada.

—Oh, ¿qué quieres *decir*, Vati?

Dejé que la frente se me ensombreciera lentamente.

—A la cama, niñas.

Hannah batió palmas.

—Venga, a la cama. Subiré dentro de 5 minutos.

—¡3 minutos!

—Lo prometo.

Cuando se levantaron y empezaron a alejarse, dije:

—Jo, jo. Jo, jo, jo. Creo que tardarás un poco *más*.

Los ojos de Hannah, a la luz de la chimenea, parecían del color y la textura de la corteza de la *crème brûlée*.

—Sé algo que tú no sabes —dije, mientras desplazaba la barbilla de un lado al otro con indolencia—. Sé algo que tú no sabes que yo sé. Jo, jo, jo. Sé que no sabes que yo...

—¿Te refieres a Herr Thomsen? —dijo Hannah en tono vivo.

Reconozco que, durante un instante, no se me ocurrió nada que decir.

—... Sí. Herr *Thomsen*. Vamos, Hannah, ¿cuál es tu juego? Si no dejas...

—¿De qué hablas? No tengo ninguna razón para volver a verle. En 1.^{er} lugar, sentí mucho molestarle. Fue muy amable conmigo, pero estoy segura de que se toma a mal todo lo que pueda interferir en su misión.

De nuevo transcurrieron unos instantes antes de que pudiera responder:

—Oh, ¿sí? ¿Y qué «misión» es ésa?

—Está obsesionado con Buna-Werke. Cree que puede decidir la guerra.

—En eso no se equivoca. —Me crucé de brazos—. No, un momento. No tan rápido, chiquilla. La carta que hiciste que le entregara Humilia... Sí, oh, sí, me lo contó. Hay gente que sabe lo que es la moralidad, ¿entiendes? Esa carta. Quizá querrías complacerme diciéndome su contenido.

—Si quieres... Le pedía una cita junto a las Cabañas de Verano. En el campo de juegos. Donde él accedió a regañadientes a averiguar el paradero de Dieter Kruger. Al fin tenía la oportunidad de acudir a alguien que ocupa un lugar muy alto. Alguien realmente importante.

Me puse de pie de pronto, y me di un golpe sesgado en la coronilla contra la repisa de la chimenea.

—¡Será mejor que cuides cómo dices las cosas cuando hables conmigo, joven dama!

Al cabo de un instante, Hannah inclinó la cabeza, arrepentida. Pero no me gustó lo más mínimo cómo iba desarrollándose el asunto. Dije:

—¿Y la 2.^a nota? ¿La que te pasó él en la escuela de equitación?

—Era su respuesta, por supuesto. Un informe completo.

3 minutos después, Hannah dijo:

—No voy a decírtelo. ¿Entiendes? No voy a decírtelo. Y ahora, si no te importa, voy a hacer lo que les he prometido a las niñas.

Y, sin más, cruzó la sala... No. Nuestra pequeña charla no había resultado en absoluto como yo la había planeado. Durante unos instantes me quedé mirando la rejilla de la chimenea y las débiles llamas fluctuantes. Luego cogí una botella de no sé qué licor y salí para recogerme en mi «cubil» a cavilar sobre la situación.

Aquella noche me desperté con la cara completamente entumecida —la barbilla, los labios, las mejillas—, como empapada de novocaína. Me deslicé fuera del diván y metí la cabeza entre las rodillas y seguí así durante 1 hora y ½. No me sirvió de nada. Y pensé: Si una chica o una mujer me besara ahora las mejillas y los labios gomosos, yo no sentiría absolutamente nada.

Como una pierna muerta o un brazo muerto. Una cara muerta.

3. SZMUL: RESPIRA HONDO

Además se burlan de nosotros, lo cual no es nada agradable que digamos. Se burlan de nosotros y profanan nuestras cosas. Hay una estrella de David en el techo de la cámara hermética. Los trapos que nos dan para los pies son trozo de taleds. La Ruta de Tránsito IV, la carretera de Przemysl a Tarnopol, se ha construido con mano de obra esclava sobre los escombros de sinagogas y lápidas mortuorias judías. Y luego está el «Calendario Goebbels»: ni un día de fiesta religiosa sin una *Aktion*. Las medidas más «drásticas» se reservan para el Yom Kippur y el Rosh Hashaná, nuestros Días de Penitencia.

La comida. Creo que puedo explicar lo de la comida.

De los cinco sentidos, el del gusto es el único que nosotros, los Sonders, podemos controlar en parte. Los demás sentidos están devastados, muertos. Lo del tacto es extraño. Acarreo, arrastro, empujo, agarro... Me paso la noche haciendo estas cosas. Pero la sensación de contacto ya no existe. Me siento como un hombre con manos ortopédicas, un hombre con manos postizas.

Y cuando se tiene en cuenta lo que vemos, lo que oímos y lo que olemos, se comprende perfectamente nuestra necesidad desesperada de controlar lo que «gustamos». ¿Qué sabor tendríamos en la boca si nos faltara la comida? En cuanto tragas y desaparece la comida, el sabor reaparece, vuelve: el sabor de la derrota, el sabor de la amargura.

Me refiero al sabor de la derrota en la guerra contra nosotros los judíos. Esta guerra es, en todo sentido imaginable, *unilateral*. No la esperábamos, y durante mucho tiempo contemplamos con verdadera incredulidad la cólera increíble de la Tercera Alemania.

Hay un convoy desde Theresienstadt en el que se traslada a un número indeterminado de polacos. Durante un retraso de tres horas originado por la incomparecencia de los *Disinfektoren*, doy en conversar con la familia de un ingeniero industrial de mediana edad (en un tiempo miembro del Consejo Judío de Lublin). Tranquilizo a su hija y a los hijos de ella sobre la comida abundante y los

alojamientos cómodos de aquí del KZ, y el hombre me lleva aparte y me confía una extraña y terrible historia sobre los recientes acontecimientos en Lodz. Y resulta ser una historia sobre el poder del hambre.

Es el 4 septiembre, y una gran muchedumbre se agrupa en la plaza del Bombero. Rumkowski, llorando, anuncia la última exigencia alemana: la entrega, para su deportación, de todos los adultos mayores de sesenta y cinco años y todos los niños menores de diez. Al día siguiente partirán los viejos, y partirán los jóvenes...

—Seguramente estarán bien —atino a decir—. También ustedes. Míreme a mí. ¿Le parece que paso hambre?

Pero hay más, por supuesto. Esa misma tarde, la gente se entera de que va a distribuirse una partida de patatas. Una oleada de euforia recorre las calles del gueto. El foco de conversaciones y pensamientos no es la desaparición de todos los adultos mayores de sesenta y cinco años y todos los niños menores de diez, sino las patatas.

—No me mates a mí, mata a otro —dice Doll, y cada día le hace más gracia repetirlo—. Yo no soy un monstruo. No torturo a la gente porque sí. Mata a algún monstruo, Sonderkommandoführer. Mata a Palitzsch. Mata a Brodniewitsch. Mata a un monstruo.

A veces dice (y me doy cuenta de que, aun tratándose de lo que se trata, su forma de hablar sigue consiguiendo ofenderme):

—Mata a alguien poderoso. Yo no soy nada. No soy poderoso. ¿Yo... poderoso? No. Yo soy un engranaje en una máquina gigantesca. Soy basura. Soy un pobre imbécil. Soy una mierda.

»¿Por qué no esperas a la próxima visita del Reichsführer? Si no llegas a él, inténtalo con Möbius. Su rango es más bajo que el mío, pero tiene mucho más peso que yo. O con el Standartenführer Blobel. O con Odilo Globocnik, cuando vuelva a pasar por aquí.

»Pero no mates a Paul Doll..., aunque por supuesto no tengo inconveniente en que lo intentes. Doll no es nada. Es una mierda. Un pobre imbécil.

El pensamiento que más me cuesta evitar es el pensamiento de que vuelvo a casa con mi mujer. Puedo evitarlo, más o menos. Pero no puedo evitar soñarlo.

En el sueño, entro en la cocina y ella se gira en la silla y dice: «Has vuelto. ¿Qué ha pasado?» Y cuando empiezo a contarle mi historia, ella escucha durante un rato y luego se aparta, sacudiendo la cabeza. Y eso es todo. No es que le esté contando los treinta primeros días de mi estancia en el campo (dedicado a jornada completa a la exploración de los orificios de los muertos recientes, colaborando con los alemanes en la búsqueda de objetos de valor). No es que le esté contando el tiempo de los chicos callados.

Eso es todo, pero es un sueño insufrible, y el sueño lo sabe, y compasivamente me permite la fuerza necesaria para sobreponerme. Hoy ya salto como un resorte en

cuanto empieza. Luego me bajo del catre y me paseo de un lado a otro por muy cansado que esté, porque tengo miedo de volver a dormirme.

Esta mañana, en uno de nuestros debates entre compañeros, hemos vuelto una vez más al asunto del *aliviamiento*. He aquí algunas de las cosas que se han dicho:

«En cada transporte, una y otra vez, deberíamos sembrar el pánico. Todas las veces. Deberíamos andar todos por la rampa susurrando palabras asesinas.»

«¿Inútil? No, no sería inútil. Les haría *aflojar el ritmo*. Les minaría los nervios. A los *Szwaby*, a los *Zabójcy*... Son mortales.»

Quien ahora hablaba —como el noventa por ciento de los judíos del Sonderkommando— se hizo ateo a la media hora de empezar este trabajo. Pero ciertas creencias persisten. El judaísmo, a diferencia de otras religiones monoteístas, no postula que el demonio adopta forma humana. Todos son mortales. Pero ésta es otra doctrina de la que empieza a dudar. El alemán no es alguien sobrenatural, pero tampoco es humano. No es el diablo. Es la muerte.

«Son mortales. También tiemblan. Pero cuando cunde el pánico. ¡Una pesadilla!»

«*Bien*. Así debería ser.»

«¿Por qué empeorarles las cosas a nuestro pueblo? ¿Por qué empeorar sus últimos momentos?»

«No son sus últimos momentos. Sus últimos momentos los pasan estrujados unos contra otros y agonizando. Y son quince de estos instantes. Quince minutos.»

«Van a morir de todas formas. Queremos que les salga caro a los *Szwaby*.»

Otro dice:

«El hecho es que *no* sembramos el pánico. ¿O sí? Sonreímos y mentimos. Porque somos seres humanos.»

Otro dice:

«Mentimos porque cuando cunde el pánico nos matan más rápidamente.»

Otro dice:

«Mentimos porque nos da pavor la sed de sangre y la furia.»

Otro dice:

«Mentimos por nuestro piojoso yo.»

Y yo digo:

«*Ihr seit achzen jehr alt, und ihr hott a fach*. Eso es todo. No hay nada más.»

Sin camisa y con la máscara antigás, Doll parece una mosca casera gorda y peluda (una mosca que está llegando al final de su existencia). Y también suena como una mosca casera al repetir el número que le acabo de dar: un gimoteo crepitante. Me pregunta algo más.

—No le entiendo, señor —digo.

Estamos en el «osario», una concavidad ancha en el lado de la pira contrario al viento. Cuento caderas carbonizadas antes de que se encarguen de ellas las brigadas

de triturado.

—Sigo sin oírle, señor.

Doll me dirige un gesto brusco de cabeza, y le sigo pendiente arriba.

Una vez en terreno llano, Doll se quita la máscara resoplando y dice:

—Debemos de estar ya cerca, *nicht*?

—A menos de medio camino, señor.

—¿*Medio* camino?

La pira está a unos sesenta metros de donde nos encontramos, y el calor, aunque aún abrasador, se funde con el frío del otoño.

—Bien, ¡pues vamos con ello, joder...! Sé lo que te preocupa. No tengas miedo, héroe. Cuando nosotros terminemos le llegará su turno a la brigada entera. Pero tú y tus cincuenta mejores hombres seguiréis vivos y con la cabeza alta.

—¿Qué cincuenta, señor?

—Oh, tú eliges.

—... ¿Yo elijo, señor?

—Sí, tú eliges. Venga, has visto hacerlo mil veces. Elegir... ¿Sabes, Sonder?, yo nunca he odiado especialmente a los judíos. Había que hacer algo con ellos, obviamente. Pero yo me habría contentado con la solución de Madagascar. O con castrarlos a todos. Como a los Bastardos de Renania, *nicht*? Los ilegítimos de *Araber franceses und Neger, nicht*? No matarlos. Sólo un tijeretazo. Pero vosotros..., vosotros ya estáis castrados, ¿no? Ya habéis perdido lo que os hacía hombres.

—Señor.

—Yo no decidí todo esto.

—No, señor.

—Yo sólo dije *zu Befehl, zu Befehl*. Yo sólo dije *ja, ja, joder, ja. Sie wissen doch, nicht*? Yo no decidí. Decidió Berlín. Berlín.

—Sí, señor.

—¿Sabes ese lechuguino de pelo blanco que siempre va de paisano? Seguro que has oído hablar de Thomsen, ¿eh, Sonder? Thomsen es sobrino de Martin Bormann..., el Reichsleiter, el Sekretär. Thomsen es Berlín. —Doll se ríe y dice—: Así que mata a Berlín. Mata a Berlín. Antes de que Berlín te mate a ti. —Vuelve a reír—. Mata a Berlín.

Echa a andar en dirección al jeep, y se vuelve y dice:

—Sigues con vida, Sonder. —Ríe otra vez—. Soy íntimo amigo de la autoridad competente de Litzmannstadt. Quizá pueda concertar un reencuentro. Tú y... «Shulamit». No tiene suficiente vitamina P, Sonder. *Protektsye, nicht*?

»Sigue allí, ¿sabes? En la buhardilla de encima de la panadería. Sigue allí. Pero ¿dónde está su vitamina P?

Una mañana, estoy en el camino que pasa por delante del jardín del Kommandant y veo a Frau Doll saliendo de casa para llevar al colegio a sus hijas. Mira hacia mí y

dice algo que se me antoja bastante extraordinario. Doy un respingo hacia atrás como si me hubiera entrado humo en los ojos. Cinco minutos después, agachado detrás del puesto principal de guardia, puedo llorar por primera vez desde Chelmno.

—*Guten Tag* —dice Frau Doll.

El impulso de matar es como la onda de marea alta de un río, una ola empinada que avanza contracorriente. Contracorriente de lo que soy o de lo que fui. Hay una parte de mí que confía en sentir ese impulso al final.

Pero si han de llevarme a la cámara de gas (aunque probablemente sea demasiado conocido para eso, y se limiten a llevarme aparte para darme el tiro en la nuca..., pero imaginemos que se da el caso); si me llevan a la cámara de gas, me moveré entre los condenados.

Me moveré entre ellos y le diré al anciano del abrigo de astracán: «Péguese todo lo que pueda a la rejilla de ventilación, señor.»

Y al niño del traje de marinero: «Respira hondo, chico.»

4. NIEVE PARDA

1. THOMSEN: TOCAR LA VIEJA HERIDA

Había un gran pájaro enfermo, un milano, creo..., un gran pájaro enfermo que sobrevolaba el roble de más allá del patíbulo levantado en el césped cuidado (cortado a franjas) que daba a la Appellplatz del Farben Kat Zet.

Sobrevolaba allí, con lluvia o sol, parduzco, amarillento, del color de los ojos conciliadores del comandante. Y nunca parecía utilizar las alas. Se balanceaba..., colgado en el aire.

Sabía que un pájaro puede hacer esto si se da una feliz confluencia de corrientes, de corrientes térmicas ascendentes; pero el pájaro enfermo lo hacía todo el día. Y quizá también toda la noche.

¿No le *gustaría* el aire alto?, te preguntabas. A veces el viento le soplaba bajo las alas, y éstas se agitaban, y tú percibías el esfuerzo, y sentías que podías oír un quejido distante de anhelo. Pero no podía elevarse. El pájaro estaba en lo alto, solamente; no podía volar.

A veces descendía bruscamente tres o cuatro metros; caía hacia el suelo dando bandazos, como tirado por un cordel. Parecía inorgánico, fabricado por el hombre, como una *cometa*, de hecho, guiada por la mano inexperta de un niño.

Quizá estaba loco, este pesado depredador del aire. Quizá estaba muriéndose. A veces sentías que no era un pájaro, sino un pez, una raya que flotaba y se hundía en el océano del cielo.

Yo entendía a este pájaro, me embebía en él, lo contenía en mi interior.

Esto es lo que le pasé a la señora Doll en la escuela de equitación.

Querida Hannah:

Los acontecimientos me obligan a empezar con otras malas noticias. El *Pikkolo* del profesor Szozeck, Dov Cohn, también ha sido «transferido» (junto con un Kapo llamado Stumpfegger, que se interesaba por él y era probablemente su amigo íntimo). Seis semanas después de lo de Szozeck. Particularmente difícil de encajar, porque yo pensaba —¿usted no?— que Dov estaba muy bien dotado para la supervivencia.

Después de lo que me contó usted sobre las circunstancias de su matrimonio, ya no siento ninguna necesidad de sentir el menor respeto por su marido, en su calidad del padre de Sybil y Paulette. Es como es, y empeora día a día. Si pensó que tenía el derecho de eliminar a tres personas, uno de ellos casi un niño, sólo por un hecho que podría haber puesto en peligro su prestigio, hecho que en realidad fue un acto de delicadeza..., en fin. Yo estoy en cierta medida protegido, por ser sobrino de quien soy. Pero usted no.

Debemos, por tanto, «normalizar» retroactivamente y con urgencia nuestros contactos pasados, suyos y

míos. En mi calidad de Referendar^[17] cualificado, le he dedicado al asunto una buena dosis de cuidadosa reflexión, y aquí está la versión —con su secuencia— a la que creo que ambos debemos ceñirnos. Suena complicada, pero en realidad es muy sencilla. La clave está en su certeza de que su marido ya no sabe el estado ni el paradero de Dieter Kruger.

Memorice todo esto.

En la carta que me trajo Humilia, usted me pidió que le hiciera un favor, y me dijo que podía encontrarla los viernes en las Cabañas de Verano. Cuando nos vimos allí, yo accedí a hacer pesquisas sobre DK..., a regañadientes, ya que (por supuesto) me sienta mal todo aquello que me distraiga de mi sagrada misión en Buna-Werke.

Esta segunda misiva, la que tiene ahora en la mano, es mi informe. Doll sabe lo de nuestra primera carta, y seguramente sabe también lo de la segunda (nos han espiado). Si empieza a interrogarla, háblele enseguida, con soltura, siguiendo nuestra versión. Y cuando le pregunte qué ha descubierto, dígame simplemente que no piensa contárselo. Yo ahora haré mis pesquisas sobre DK (como sin duda hará también su marido).

De ahora en adelante no podremos vernos, salvo en público, y tampoco escribimos. Tengo que decir que me inquieta profundamente lo que me propone por su parte: su plan, por así decir, para su «frente doméstico». Tal como están las cosas, Doll no tendrá ninguna razón para arremeter contra usted. Pero si su plan funciona, no necesitará ninguna excusa. Parece usted resuelta, sin embargo, y sólo a usted corresponde decidir al respecto.

Ahora déjeme decirle algo con el corazón.

La carta se extendía dos hojas más.

Su plan, he de decir, consistía en hacer cuanto estuviese en su mano para acelerar el derrumbe psicológico del comandante.

—Quítate esa expresión de la cara, Golo. Es absolutamente nauseabunda.

—¿... Qué?

—Esa sonrisa mansa. Como de colegial altruista... Ya veo. Así que ha habido algún tipo de avance sustancial, ¿no? Y por eso cierras el pico conmigo.

Yo estaba en la cocina preparando el desayuno. Y Boris había pasado la noche en el suelo de la sala, bajo un montón de cortinas viejas; ahora estaba agachado rehaciendo el fuego, utilizando hojas arrugadas del *The Racial Observer* y de *The Stormer*. En el exterior, el cielo (era la cuarta semana de un octubre inflexible) estaba lleno de nubes bajas y pesadas, y de niebla húmeda y de lluvia constante, y, bajo los pies, una extensa letrina de fango pardo ligeramente purpúreo.

En cuanto a *The Stormer* (una gaceta del odio dirigida por Julius Streicher, el Gauleiter abusador de niños de Franconia), Boris dijo:

—¿Por qué lees esa revista de pajilleros? «Viejo judío droga a quinceañera rubia.» Se supone que los oficiales no deben leer *The Stormer* en el campo. Así lo ha dispuesto personalmente el Viejo Bebedor. Es así de refinado. ¿Y bien, Golo?

—No te preocupes, no voy a ponerle un dedo encima a su mujer aquí en el campo. Descartado.

—¿Y el Hotel Zotar y demás?

—Descartado. —Le pregunté cuántos huevos quería y cómo los quería (seis, fritos)—. Nada clandestino. Sólo la veré en público.

—Entonces la verás el día 9, por supuesto.

—¿El 9? Oh, sí, el 9. ¿Por qué siguen con eso del 9 de noviembre?

—Ya. Se diría que quieren matar a cualquiera que se atreviera a mencionarlo.

—Ya. Pero siguen y siguen... Doll y los polacos.

—¿El Búnker 3? —Boris rió con regocijo y dijo—: Oh, Golo, cómo estaba el culo gordo ese. Dios. Con esa resaca bizca. Y las manos temblonas.

—No todo el mundo es valiente, querido.

—Cierto, Golo. Excelente, este café. Bueno..., los polacos. Bien, incluso a mí me pareció un poco aparatoso. Decirles a trescientos forzudos de circo que los van a liquidar al cabo de un rato.

—Pero diste por supuesto...

—Que Möbius había tomado las medidas necesarias. Lo cual era cierto. No debemos ser malos, Golo. Digamos que aquel día Doll estuvo en deuda con sus pantalones marrones.

—Y todo el mundo se dio cuenta.

—Dejó escapar un gimoteo, y meneó los brazos en el aire. Así. Möbius dijo: *¡Comandante!* Y a Doll le olía el aliento a enfermo.

—En fin. —Rellené las tazas, eché tres terrones a la de Boris y revolví el café—. Pero lo hicisteis, de todas formas.

—Eran del Ejército Nacional. Y la orden era la más sensata que había recibido en meses... La verdad es que supieron morir. Sacando pecho, con la cabeza alta.

Desayunamos en silencio.

—Oh, para ya, Golo. Quitate esa expresión de la cara.

Dije:

—Disculpa a tu viejo amigo. No lo haré mucho. La mayor parte del tiempo estoy angustiado.

—¿Por qué? ¿La espera? ¿Por qué?

—Estar aquí. Esto es... No es sitio para sentimientos delicados, Boris. —Sí, pensé. Solía ser insensible; ahora estoy en carne viva—. Estar aquí.

—Ya. Esto.

Me quedé pensativo unos instantes, y dije:

—Voy a hacer un voto de silencio sobre Hannah. Pero antes quiero que tú... Estoy enamorado.

A Boris se le aflojaron los hombros.

—Oh, *no*.

Recogí platos y cubiertos.

—Está bien, no estoy en desacuerdo contigo, hermano. Difícil de imaginar que pueda acabar bien. Bueno. Dejémoslo.

Estábamos sentados en la otra pieza, fumando. El cazador de ratones ilustre, Maksik (recién llegado), con el cuerpo a un par de centímetros del suelo, husmeaba

en los estantes bajos de la cocina. Se sentó bruscamente y, con encendida irritación, se rascó violentamente la oreja con una pata trasera.

—No está mal, ¿no? —Boris se refería a Agnes—. Oh, y Esther... Esther sigue bien, de momento. La saqué de la brigada de veteranas —dijo, con (me pareció) un punto de complacencia—. Demasiado trabajo al aire libre. Sí, y vi a Alisz Seisser. ¿Te has enterado?

—Sí. ¿Romaní o sinti?

—Alisz es *Sintiza* —dijo Boris con tristeza—. Y es tan dulce.

—Y por tanto excluida.

—Ya. Le das a Alisz nada más que un besito en la mejilla, y estás infringiendo la ley. La Ley, amigo Golo, de la Protección de la Sangre Alemana.

—Y el Honor Germano, Boris. ¿Y qué te cae si lo haces?

—Depende de quién seas. Normalmente no pasa nada si tú eres el ario. Y si eres el hombre, por supuesto. Pero yo estoy en libertad condicional. —Se mordió el labio inferior—. Y sería muy de ellos condenarme a otro año aquí. Oh, y buena noticia la de Egipto, ¿no?

—Ya... —dije. Se refería a la derrota del más capaz de los soldados de Alemania, Rommel, por el ejército británico en El Alamein.

—¿Y por qué nadie habla de Stalingrado?

Boris se quedó mirando la brasa de su cigarrillo.

—Llevo años sin hacerlo, pero ahora pienso más en el pasado. En estos días.

—Todos lo hacemos.

Era martes. Aquella tarde, a las cuatro, Hannah salió por las puertas de cristal de la sala del desayuno y dio una vuelta al jardín: bajo un paraguas y con una especie de abrigo de muletón sin capucha. No miró hacia donde sabía que yo estaba: en lo alto del Edificio del Monopolio, donde se guardan todos los uniformes, las botas, los cinturones...

Paul Doll no fue su primer amante.

Corría el año 1928, y Hannah acababa de matricularse en la Universidad de Rosenheim, en el sur de Baviera, para estudiar francés e inglés. Dieter Kruger formaba parte del profesorado (enseñaba Marx y Engels). Con dos amigas empezó a asistir al curso de conferencias que él daba, por la sencilla razón de que *era tan guapo... Todas estábamos loquitas por él*. Un día Kruger, en un aparte, le preguntó si sentía pasión por la causa comunista; ella, mintiendo, le respondió que sí. Él, entonces, le pidió que asistiera a los seminarios semanales que él dirigía en la trasera de un *Kaffeehaus*. Eran el Grupo. Así, resultó que el fornido Kruger no sólo era un académico, sino también un activista; no sólo un catedrático, sino también un luchador callejero (había escaramuzas, donde se esgrimían pistolas, e incluso

granadas: el Roter Frontkämpferbund contra una serie de facciones de derechas, entre ellas el NSDAP). Él y Hannah iniciaron un romance, y se fueron a vivir juntos, más o menos (tal arreglo se le llamaba *ocupar habitaciones contiguas*). Kruger tenía treinta y cuatro años; Hannah, dieciocho.

Dieter Kruger la dejó seis meses después.

Pensé que ya no quería acostarse conmigo —dijo Hannah en el cenador de la linde de la Zona— *pero no parecía ser eso. Seguía volviendo a mí...y ya sabe, a pasar la noche. O hacía que fuera yo a verle. Decía: ¿Sabes cuál es el verdadero problema? Que no eres lo bastante de izquierdas. Y no lo era. No creía en ello. No me gustaba la utopía. Y a él le sacaba de quicio que me durmiera una y otra vez en las reuniones del Grupo.*

Paul Doll también estaba en el Grupo. No me sorprendió mucho saberlo. En aquel tiempo había millares de hombres que iban del fascismo al comunismo sin reparar siquiera en el liberalismo. Hannah siguió hablando:

Entonces Dieter Kruger fue apaleado gravemente por una pandilla de pardos. Y ello le hizo aún más duro. Decía que era «inconcebible» que alguien como él pudiera estar con una mujer que no fuera una verdadera adepta de la causa. Y se fue para siempre... Yo me quedé en un estado lastimoso. Tuve una gran crisis nerviosa. Incluso traté de quitarme la vida. Las muñecas... Me enseñó las suturas blancas que le cruzaban en zigzag las venas azules. Fue Paul el que me encontró y me llevó al hospital. Paul era muy cariñoso conmigo en aquel tiempo...

Le pregunté, pensativo, por sus padres.

¿Sabe a qué le llamo yo «una flor de azafrán de otoño»? Bueno, pues eso es lo que yo era entonces. Tengo dos hermanos y dos hermanas de la generación anterior a la mía. Mi madre y mi padre son encantadores, pero habían dejado de ser padres. Lo que les interesaba era el esperanto y la teosofía. Les interesaban Ludwig Zamenhof y Rudolf Steiner.

Paul me cuidaba y me daba mis medicinas. Mis sedantes. No he de buscar excusas, pero todo fue como un sueño horrendo. Un día me di cuenta de que estaba embarazada. Y, poco después, de que me había casado...

En marzo de 1933, después del incendio del Reichstag (el 27 de febrero), cuatro mil izquierdistas importantes fueron detenidos, torturados y encarcelados, y Dieter Kruger era uno de ellos.

A Dieter Kruger lo enviaron a Dachau, y uno de sus carceleros de los primeros tiempos fue el cabo Doll.

Dejé a un lado mi ambivalencia y tras uno o dos intentos fallidos entré en contacto (primero por teletipo y luego por teléfono) con un viejo amigo de Berlín de mi padre, Konrad Peters, del SD (el Sicherheitsdienst Reichsführer-SS, o Servicios de

Inteligencia del Partido). Peters había sido profesor de historia moderna en Humboldt, y a la sazón colaboraba en el seguimiento de los enemigos del nacionalsocialismo (y se había especializado, sarcásticamente, en los francmasones).

—Hable con libertad, Thomsen —me dijo—. Esta línea no está intervenida.

—Es muy amable por su parte que se tome la molestia, señor.

—Me alegra poder ayudarle. Echo de menos a Max y a Anna.

Compartimos un breve silencio. Dije:

—Lo detuvieron en Múnich el 1 de marzo. Y lo enviaron a Dachau el 23 del mismo mes.

—Oh. En la primera tanda. Bajo Wackerle. Debió de resultarle muy agradable.

—¿Wackerle, señor? ¿No era Eicke?

—No. En aquellas fechas, Eicke seguía en el manicomio de Würzburg. Luego Himmler hizo que lo soltaran y lo declararan cuerdo. Lo cierto es que fue peor con Wackerle gobernando el campo.

»Konrad Peters, aunque mucho más exaltado, era como yo. Eramos *obstruktive Mitläufer*^[18]. Íbamos con la corriente. Íbamos con la corriente, *colaborábamos*, haciendo todo lo posible por arrastrar los pies y arañar las alfombras y los entarimados, pero íbamos con la corriente. Hubo centenares de miles de alemanes como nosotros, tal vez millones.

Dije:

—En septiembre fue trasladado a la Penitenciaría de Brandeburgo. Es todo lo que tenemos.

—Dame un día o dos. No es de la familia, ¿o sí?

—No, señor.

—Es un alivio. Sólo un amigo, entonces.

—No, señor.

Para primeros de noviembre los cambios ergonómicos en Buna-Werke se habían hecho patentes: un relajamiento notable de los tempos (particularmente evidente en el patio) y un incremento enorme del progreso general. En consecuencia, concerté una cita con Fritz Möbius, jefe del Politische Abteilung.

—Llegará dentro de una media hora —dijo Jürgen Horder (treintañero, de complexión mediana y pelo liso y gris, casi de un largo romántico)—. ¿Va a ir usted a lo del lunes? A mí no me han invitado.

—Es para oficiales —dije—. Y sus esposas. Ésa es la orden. Le representará su jefe.

—Afortunado él. Hará un frío del demonio.

Estábamos en la planta baja del Búnker 13, uno de los muchos bloques de tres pisos de anodino ladrillo gris del Stammlager, sus escasas ventanas estaban todas

tapadas con tablas, de forma que reinaba un ambiente de ceguera, de espacio sellado (todo ello unido a la acústica tortuosa que te envolvía por doquiera en el Kat Zet). Durante los primeros diez minutos te llegaba desde los sótanos una sucesión de gritos de dolor que se gestaban despacio y estallaban lenta y gradualmente. Luego se hacía un silencio largo, seguido de ruidos de botas sobre escalones de piedra polvorientos o incluso cubiertos de grava. Michael Off entró en el recinto, secándose las manos con un trapo de cocina (con su camiseta beis parecía un joven encargado de los autos de choque de una feria ambulante). Asintiendo con la cabeza, me miró mientras movía la boca como si se estuviera contando los dientes con la lengua (primero los de abajo, luego los de arriba). Cogió un paquete de Davidoff de la estantería y se dirigió a las escaleras del sótano, y volvieron a oírse los gritos que se gestaban despacio y estallaban lenta y gradualmente.

—Buenos días. Siéntese, por favor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Espero que pueda ayudarme, Herr Möbius. Se trata de algo un poco embarazoso.

Möbius había sido un chupatintas en el cuartel general de la Policía Secreta del Estado, la Gestapa, que no debe confundirse con la Gestapo (Verdadera Policía Secreta del Estado), ni con la Sipo (la Policía de Seguridad), ni con la Cripo (la Policía Criminal), ni con la Orpo (la Policía de Orden), ni con la Schupo (la Policía de Protección), ni con la Teno (la Policía Auxiliar), ni con la Geheime Feldpolizei (la Policía Secreta Militar), ni con la Gemeindepolizei (la Policía Municipal), ni con la Abwehrpolizei (la Policía de Contraespionaje), ni con la Bereitschaftspolizei (la Policía del Partido), ni con la Kasernierte Polizei (la Policía de los Cuarteles), ni con la Grenzpolizei (la Policía de Fronteras), ni con la Ortspolizei (la Policía Local), ni con la Gendarmerie (la Policía Rural). Möbius había prosperado en su rama de la vigilancia porque resultó tener un talento especial para la crueldad, talento sobre el que se habló largo y tendido, incluso aquí, en el campo.

—¿Todo sigue adelante en Buna-Werke? ¿Está obteniendo resultados? Necesitamos ese caucho.

—Sí. Qué extraño, ¿no? Caucho... Es lo mismo que con los rodamientos... No se puede hacer la guerra sin caucho.

—Bien, Herr Thomsen. ¿Cuál es la dificultad, a su juicio?

Casi calvo por completo, con unos cuantos mechones de pelo negro y liso enfilados alrededor de las orejas y que le llegaban hasta la nuca, los ojos oscuros, la nariz dura, la boca llana... Parecía un docente cálido e inteligente. De momento, la novedad más controvertida de Möbius era la incorporación, en sus interrogatorios, de un cirujano experto: el profesor Entress, del Instituto de la Higiene.

—Es un poco embarazoso, Untersturmführer. Y un tanto desagradable.

—No siempre es divertido cumplir con el deber, Obersturmführer.

La última palabra la acentuó con cierto tono quisquilloso (estaba de moda, en la

policía secreta, desdeñar el rango y otras formas externas de poder. Lo secreto, lo clandestino era el poder, y ellos lo sabían). Dije:

—Por favor, considere esto como un sondeo. Pero no veo la forma de orillarlo.

Möbius crispó un hombro, y dijo:

—Adelante.

—En Buna el avance es constante, y cumpliremos con los objetivos sin demasiado retraso. Siempre que sigamos utilizando los métodos de siempre. —Expulsé el aire por la nariz—. Frithuric Burckl.

Möbius dijo:

—El hombre del dinero.

—Si se hubiera limitado a algún comentario aislado que otro, yo lo habría pasado por alto. Pero él insiste e insiste. Parece tener unas ideas muy peculiares sobre nuestros... caminantes del mar Rojo... A veces me pregunto si tiene la más remota idea de los ideales del nacionalsocialismo. Del delicado equilibrio de nuestros inseparables objetivos gemelos.

—*Kreative Vernichtung*. El postulado de toda revolución. *Kreative Vernichtung*.

—Eso es. Bien, oiga esto. Burckl dice que los judíos son *buenos trabajadores*, siempre que los trates amablemente. ¿Qué le parece? Y dice que lo harían aún mejor con el estómago lleno.

—Qué locura.

—Le he rogado que entre en razón. Pero está sordo a todo razonamiento.

—Dígame, ¿cuáles son las consecuencias objetivas?

—Perfectamente previsibles. La clásica erosión de la cadena de mando. Burckl no hostiga a los capataces, los capataces no amedrentan a los guardias, los guardias no aterrorizan a los Kapos, los Kapos no apalean a los *Häftlinge*. Y algo se «pudre». Necesitamos a alguien que...

Möbius sacó una estilográfica.

—Continúe. Más detalles, por favor. Está haciendo lo que debe, Herr Thomsen. Continúe.

Avanzando de forma razonablemente regular pero increíblemente lenta, con zancada entre la marcha militar y el paso de la oca, y con el cuello echado hacia atrás como si estuviera siguiendo con la vista algún aeroplano distante, Paul Doll bajó por el pasillo, entre las dos mitades del auditorio en pie, y subió las pequeñas escaleras hasta el escenario bajo. Estaban a catorce grados centígrados bajo cero, y caía una nieve tenaz, teñida de una tonalidad parda en torno a la pira y las chimeneas. Miré hacia la derecha, a Boris, y luego hacia la izquierda, más lejos, a Hannah. Estábamos todos envueltos en multitud de capas de abrigo, como vagabundos curtidos en alguna ciudad norteña e invernal.

Doll se detuvo bruscamente en el estrado del proscenio engalanado con banderolas. A su espalda, alineadas sobre el entarimado, catorce coronas apoyadas sobre catorce «urnas» (macetas alquitranadas), que parpadeaban y humeaban débilmente. El comandante alargó los labios fruncidos y se quedó quieto. Durante un momento dio la impresión de que nos había reunido allí para que le oyéramos silbar... Pero metió la mano en los pliegues de su gabán de lana y sacó un texto mecanografiado ominosamente voluminoso. El cielo gris pasó de ostra a caballa. Doll miró hacia delante y dijo en voz alta:

—*Jawohl...* Bien podría oscurecerse el firmamento. *Jawohl*. Bien podrían los cielos sollozar su carga sobre el suelo. Sobre ¡el Día de Duelo del Reich...! El 9 de noviembre, amigos míos, el 9 de noviembre...

Aunque todo el mundo sabía que Doll no estaba completamente sobrio, parecía que de momento había dosificado un tanto su ingestión alcohólica. Y estos tragos juiciosos le permitían ahora expandir calor (y hacían que sonara más grave su voz). Los dientes ya no le castañeteaban. De un rincón de debajo de la superficie inclinada de madera sacó un vaso grande de un líquido incoloro, del que emanó un tenue vapor cuando se lo llevó a la boca.

—Ah, el 9 de noviembre. Un día sagrado de significado triple para este..., para este movimiento irresistible nuestro... El 9 de noviembre de 1918, los judíos que se lucraron con la guerra, en su suprema estafa, *subastaron* nuestra amada madre patria a sus hermanos de fe en Wall Street, en el Banco de Inglaterra y en la Bolsa... El 9 de noviembre de 1938, después del cobarde asesinato de nuestro embajador en París por un hombre con el curioso nombre de, uf, «Herschel Grynszpan»... *Reichskristallnacht! Reichskristallnacht*, cuando los alemanes, después, de tantos años de provocación insoportable, se levantaron espontáneamente en una simple demanda de justicia... Pero quiero hablar del 9 de noviembre de 1923. Día en que, como es menester, honramos el Día de Duelo del Reich.

Boris me dio en un costado con su codo acolchado. El 9 de noviembre de 1923 tuvo lugar el grotesco fiasco del *Putsch* en la cervecería de Baviera. En esa fecha, un contingente heterogéneo de unos mil novecientos oradores demagógicos y holgazanes, bichos raros y parásitos, militares amargados, gañanes ávidos de poder, seminaristas desilusionados y tenderos arruinados (de todo tipo y condición, de toda edad, todos armados y ataviados de mala manera con uniformes pardos, que habían aportado cada uno de ellos dos mil millones de marcos, lo que, en aquel entonces, equivalía a tres dólares y cuatro o cinco centavos) se reunieron en el interior y las inmediaciones de Burgerbraukeller, cerca de la Odeonplatz de Múnich. A la hora convenida, encabezados por un triunvirato de celebridades excéntricas (el dictador militar de facto de 1916-1918 Erich Ludendorff, el as de la Luftwaffe al modo de Biggles, Hermann Göring, y, en la vanguardia, el jefe del NSDAP, el inflamado cabo austríaco), surgieron del sótano e iniciaron su avance hacia el Feldherrnhalle, en lo que habría de ser el primer paso de la marcha revolucionaria sobre Berlín.

—De allí salieron —dijo Doll—, serios pero alegres, con voluntad de hierro pero de ánimo ligero, riendo pero llenos de una emoción húmeda al recibir los gritos de júbilo de la multitud a su paso. Ante ellos fulguraba el ejemplo inspirador de Mussolini ¡en su marcha triunfante sobre Roma! Sin dejar de cantar; ¡sí, incluso mientras abucheaban y escupían a las carabinas levantadas de la Policía Republicana del Estado! ¡Un disparo, una ráfaga, una descarga cerrada! El general Ludendorff se abre paso hacia delante, trémulo de furia justiciera. Göring cae, gravemente herido en una pierna. ¿Y el Libertador, el mismísimo futuro Reichskanzler? ¡Oh, pese a tener los dos brazos rotos desafía las balas que zumban a su alrededor y pone a salvo a un niño indefenso...! Y cuando el olor acre de la cordita se disipa al fin, ¡catorce hombres, catorce hermanos, catorce poetas-guerreros yacen en el polvo...! Catorce viudas. Catorce viudas, y sesenta chiquillos sin padre. *Jawohl*, eso es lo que venimos a honrar hoy. El sacrificio alemán. Ofrecieron sus vidas para que tuviéramos esperanza, la esperanza de un renacimiento y la promesa de un amanecer más deslumbrante.

La nieve parda llevaba tiempo haciéndose más fina, y ahora, de pronto, silenciosamente, había cesado por completo. Doll alzó la mirada al cielo y sonrió con gratitud. Y luego, en el transcurso de unos cuantos latidos, pareció flaquear, fatigarse; fatigarse y envejecer. Cayó hacia delante y rodeó el atril desmañadamente con los brazos.

—... Ahora despliego... esta bandera sagrada..., nuestra propia y genuina Bandera de Sangre... —La alzó al aire para que todo el mundo la viera—. Simbólicamente manchada... de vino tinto. La trans..., eh..., la transustanciación. Como en la Eucaristía, *nicht*?

De nuevo miré hacia la izquierda, y entré en un contacto nefasto con los ojos de Hannah. Ella reorientó la mirada hacia delante, con una mano, enguantada en su mitón, asida a la nariz. Durante el siguiente lapso de tiempo batallé urgente y vigorosamente contra la opresión que sentía en el pecho, tratando de no seguir la voz de Doll que, intoxicada y resbaladiza, seguía hablando de medallas, anillos de sello, blasones, broches, antorchas, cánticos, votos, juramentos, ritos, planes, criptas, relicarios...

Al final enderecé el cuello. Doll, cuya cara era ahora como una enorme fresa sin lavar, estaba llegando al final de su perorata.

—¿Puede un hombre llorar? —preguntó—. ¡Oh, sí, sí! Claro que sí. ¡Y hay veces en las que debe hacerlo! Hay veces en las que debe entonar un lamento fúnebre... Ahora me veis secarme las lágrimas. Lágrimas de aflicción. Lágrimas de orgullo. Mientras beso esta bandera, teñida de la sangre de nuestros héroes sagrados... Bien. Pronto os uniréis a mí... para entonar «Das Horst Wessel Lied» e «Ich Hatt' Einen Kameraden». Pero en primer lugar, sin embargo..., guardaremos tres minutos de silencio por... cada uno de nuestros mártires. Por cada uno de los *Viejos* Luchadores, de los *caídos*. Oh, sí, cuando se ponga el sol, y de nuevo al alba, los recordaremos.

Perdurarán hasta el final, hasta el final.

—Uno... Claus Schmitt.

Y al cabo de diez o doce segundos empezó... la ventisca sesgada de fortísimo granizo.

Acto seguido hubo un almuerzo de inmediata y mayúscula ebriedad en el Club de Oficiales. Me fui moviendo entre los comensales (para entonces Doll estaba tendido en un blando sofá) como en un sueño melifluido de paz y libertad, y había música en el gramófono y algunos bailaban, y, aunque ella y yo mantuvimos la distancia, fuimos, lo sentía, intensa e incesantemente conscientes el uno del otro, y era duro no sucumbir a presiones de una naturaleza diferente, a presiones distintas en el pecho, como era duro no reír y era duro no desmoronarse ante aquellas canciones de amor (tomadas de operetas sentimentales) ingenuas y ardientes: «Wer Wird denn Weinen, Wenn Man Auseinandergeht?» y «Sag' zum Abschied seise Servus».

«¿Quién llorará, cuando nos separemos?» «Di adiós dulcemente cuando nos separemos.»

Transcurrieron diez días hasta que Konrad Peters volvió a llamarme desde Berlín.

—Lo siento, Thomsen, pero va a llevarme más tiempo del que pensaba. La atmósfera que rodea este caso es... bastante inusual. Hay cierta... opacidad. Y un silencio «asentado».

—Estaba pensando —dije—. No lo habrán llamado a filas, ¿no, señor? ¿Han empezado a vaciar las cárceles?

—Sí, pero no están alistando a los políticos. Sólo a los delincuentes. A su hombre lo seguirán considerando... indigno. Seguiré con ello. Mi sospecha es que es un triángulo rojo en alguna parte. En algún lugar raro..., no sé, quizá Croacia...

Por razones que podrían parecer más transparentes de lo que en realidad son, yo sentía cierta predisposición contra Dieter Kruger. Despreciaba lo que representaba, y era un desprecio largamente compartido por todos los alemanes de pensamiento sin obediencias. Personificaba la rendición nacional de marzo de 1933. Los sujetos sumisos al Kremlin como Kruger (que, según Hannah, *insistía siempre en que los socialdemócratas era tan malos como los fascistas*) maniobraron para que no hubiera unidad, ni fuerza, en la izquierda. Todo parecían haberlo urdido unos dedos malignos aunque artísticos. Durante años los comunistas habían hecho lo bastante, y fanfarroneado lo bastante (acerca de su «disposición»), como para prestar una especie de legitimidad a su inminente erradicación. Y después del incendio del Reichstag y la aprobación, a la mañana siguiente, del Decreto para la Protección del Pueblo y del

Estado, los derechos civiles y el imperio de la ley se convirtieron en cosas del pasado. ¿Y qué hicieron los comunistas? Abrieron el puño en alto y, desmayadamente, hicieron adiós con la mano.

Pero entonces estos pensamientos dieron paso a otros. Por ejemplo: ¿por qué me sentía como el pájaro enfermo que no podía volar, que no podía elevarse en el aire?

El tío Martin me contó hace poco algo sobre Reinhard Heydrich, el paladín rubio cuyo destino fue morir lentamente víctima del asiento de un coche (la granada de los asesinos había hecho que se le incrustaran cuero y crin en el diafragma y el bazo). Una noche, después de largas horas de beber a solas, el Reichsprotektor de Bohemia y Moravia —«el Carnicero de Praga»— subió al piso de arriba y contempló su reflejo en el espejo de cuerpo entero del cuarto de baño. Desenfundó el revólver y disparó dos veces contra el cristal, mientras decía: *Al final te atrapé, escoria...*

Lo cierto es que tenía otra razón de inquina contra Dieter Kruger. Hubiera sido lo que hubiera sido (pagado de sí mismo, depredador, abusador de la confianza ajena, despiadado, equivocado), era capaz de mostrar bravura.

Hannah lo había amado. Y él era un valiente.

No podía aplazarlo más. El último día de noviembre, me paseé de un lado a otro por el patio de Buna-Werke hasta que vi la figura voluminosa del capitán Roland Bullard. Me detuve, y, pausada y vigilantemente, le seguí hasta el interior de una de las casetas de herramientas situada entre los Stalags. Bullard tenía un soldador desmontado sobre una funda de almohada.

—*Players* —dije—. *Senior Service. Y... Woodbine.*

—*¡Woodbine! No son los más caros, pero son los mejores. Los acepto con sumo gusto, señor Thomsen. Gracias.*

—*Rule Britannia. He hecho alguna indagación. Escuche. «Las naciones no tan afortunadas como tú / deben, a su vez, hacer caer a los tiranos, / mientras tú floreces grande y libre: / y eres el terror y la envidia de todas ellas»* —dije—. *¿Estamos?*

Me evaluó, me estudió por segunda vez, y su cabeza cúbica se inclinó hacia delante.

—*Capitán Bullard, he estado husmeando en su persona. Mañana... Ayer le vi curvando las hojas del ventilador de refrigeración en el Polymerisation-Büro. Y me gustó.*

—*¿Le gustó?*

—*Sí. ¿Hay otros como usted?*

—*... Sí, los hay. Mil doscientos.*

—*Bien. Por razones que no hacen al caso, estoy absolutamente harto del Tercer Reino. Dicen que durará mil años. Y no queremos que esos cabrones sigan aquí hasta...*

—Hasta 2933. No. No queremos.

—¿Necesita usted información? ¿Puedo serle de alguna ayuda?

—Sin duda.

—Entonces, ¿estamos?

Encendió un Woodbine y dijo:

—Escuche. «Los tiranos arrogantes nunca te someterán; / todas sus tentativas de doblegarte / no harán sino atizar tu generosa llama, / sino labrar su infortunio y tu renombre.» Sí, señor Thomsen. Estamos.

Resultó que habría de ver a Hannah, de cerca, una vez más, antes de partir para Berlín, en el Dezember Konzert (programado para el 19). No fui consciente de ello hasta que Boris me cogió del brazo cuando cruzábamos la plaza de armas del Stammlager y me dijo con orgullo (y suficiencia):

—Rápido. Por aquí.

Me condujo hasta un vasto e inesperado espacio de terreno entre el Campo de Mujeres y el perímetro exterior. Cuando empezamos a avanzar por él, me dijo en tono lastimero.

—Esto fue hace ya tiempo. Tuve una pelea penosa con Ilse. En la cama.

—Qué mala suerte.

—Ya. Y el resultado es que a Esther ahora la acosa no sólo Ilse, sino también su pequeña novia Hedwig.

—¿Por qué fue esa pelea?

—Por nada muy edificante. —La cabeza de Boris hizo una guiñada—. Le había visto usar el látigo. Y creo que eso afectó a mi estado de ánimo... Y no pude.

—Ya —dije—. Y eso se nota.

—No sólo eso. Le dije: *Sí, Ilse, ésa es la mejor forma de torturar a un hombre en la cama. No necesitas el látigo. Basta con que le hagas que no pueda.*

—¿Crees que Hedwig ha sufrido algún daño grave?

—No, no lo creo. Todo es cosa de Ilse. Ahora tienen también a Esther de niña mimada, y ella dice que eso es lo peor. Todo es cosa de Ilse. Ahora chsss... Mira.

Nos acercamos a una estructura independiente del tamaño de un almacén, con los cuatro lados de madera y coronada por un tejado inclinado (y tan empapado que parecía babear). En el suelo había barro helado, pero el cielo estaba lleno de gigantescas nubes marfileñas con macizos nudos en cadena.

—Oh —dijo Boris con voz ahogada mirando a través de la ventana situada a la altura de la cabeza—. Un soneto. Una rosa.

Me llevó varios segundos penetrar el punteado de arena del cristal y adaptarme a la luz veteada... En el amplio espacio había literas alineadas y montones de material de equipamiento cubiertos a medias por lonas impermeables. Y entonces vi a Esther.

—Está en régimen de triple ración. Tienen que cuidarla bien; es su gran estrella.

Supervisada por una Ilse Grese con atavío completo de Aufseherin (capote, camisa blanca y corbata negra, falda larga, botas, cinturón con escudo bien ceñido y con el látigo enrollado en él), Esther, en compañía de cinco —no seis, ni siete— jovencitas prisioneras más, además de Hedwig, estaba organizando una sesión de danza, al parecer un vals.

—Ilse se esmera al máximo con esto, Golo. Nuestro polvo de los viernes por la noche en Berlín cree que eso la va a catapultar a la alta cultura —dijo Boris—. Y todo depende de la protagonista. Porque si ella la deja tirada...

Observé. Los movimientos de Esther eran reacios, pero inapelablemente elásticos. Durante un instante de calma se alzó sobre las puntas de los pies (descalza) y formó un círculo perfecto con los brazos al unir las manos sobre la cabeza.

—¿Ha estudiado danza? —dije en un susurro.

—Su madre era «cuerpo de ballet». En Praga.

—¿Qué ha sido de su madre?

—La matamos. No aquí. Allí. Durante las represalias de Heydrich... ¿Crees que se comportará, en la noche en cuestión? Le resultará muy tentador no hacerlo. Delante de esa masa de SS. Mira.

Se reanudó el vals, con Esther de bailarina principal.

—Nació... —Boris levantó una mano y señaló las cimas heladas de la cordillera de Tatras, al suroeste—. Nació allí, y vivió allí diez años... Mírala. Míralas. Golo, míralas cómo bailan en sus uniformes de rayas.

Como era de prever, pero con inopinada desnudez, el asunto de Dieter Kruger me planteaba cierto interrogante.

Acababa de despedirme de Frithuric Burckl, y me habían presentado a su sustituto (un Viejo Luchador, un «viejo» Viejo Luchador, llamado Rupprecht Strunck), cuando me llegó la llamada de Peters.

—Bien —dijo—. Fue trasladado de la Penitenciaría de Brandeburgo al Presidio Estatal de Leipzig el día de Navidad del 33. Él solo. En un Steyr 220. Y a partir de ahí se pierde el rastro.

—¿Por qué un *Dienstwagen*?

—Oh, creo que la cosa venía de bastante arriba. Yo veo dos posibilidades. Seguro que no lo soltaron; así que, o bien *escapó* más tarde, en circunstancias particularmente embarazosas, o bien lo hicieron desaparecer para aplicarle un trato especial. Un trato muy especial.

—Lo asesinaron.

—Oh... Como mínimo.

Así que el interrogante quedó claramente circunscrito.

¿Quería que el curtido Kruger se hubiera fugado y estuviera en libertad, dirigiendo intelectualmente alguna fracción aislada de la resistencia, y acaso escondido, maquinando, poniéndose en peligro, con su apostura de facciones bien marcadas madurando y ganando en nobleza y honor?

¿O quería que su existencia se hubiera visto reducida a unos cuantos ecos ahogados en una *Horrorzelle* salpicada de sangre, y a un puñado de cenizas, y a un nombre borrado o tachado en el registro de un cuartel?

Bien, ¿cuál de las dos cosas?

A las cuatro, Hannah salió al jardín por las puertas de cristal de la sala del desayuno...

Según están ahora las cosas, Doll no tiene ninguna razón para arremeter contra ti. Pero si tu plan funciona, no va a necesitar razón alguna.

Ahora déjame decirte algo con el corazón. Puedes dejar de fijar las cosas en la memoria. Quizá deberías empezar a olvidar. Y si no me ves ya con bastante indulgencia, podrías sencillamente saltarte todo esto e irte hasta último párrafo (de trece palabras).

Después de haber encumbrado a la Cancillería a un conocido asesino político que, cuando hablaba en público, solía echar espumarajos por la boca, un hombre casi cubierto visiblemente de sangre y fango, mientras la mofa grosera se afincaba en las vidas de todos salvo los locos: la emoción, la sensibilidad y la delicadeza se apartaron de mí, y fui dando en el hábito de decirme a mí mismo, casi diariamente: «Pásalo por alto. Pásalo por alto. ¿Cómo? ¿Pasar por alto esto? Sí, pásalo por alto. ¿Qué? ¿Incluso eso? Sí, también eso. Pásalo por alto. Oh, pásalo por alto.» Este proceso interno fue captado de forma asombrosa, en once sílabas, por el poeta inglés Auden, que escribió, hacia 1920:

Decir ay

ada vez por menos cosas.

En ese mirador o pabellón a medio hacer, cuando te estuve mirando mientras dormías: durante esos sesenta o setenta minutos sentí que algo sucedía en las fuentes de mi ser. Todo aquello a lo que había renunciado y todo aquello ante lo que había transigido apareció claro ante mí. Y vi, aborreciéndome, lo sucio y enteco que había permitido que se volviera mi corazón.

Cuando por fin abriste los ojos estaba sintiendo algo parecido a la esperanza.

Y ahora siento que vuelvo a empezar; que vuelvo a empezar de cero. Siempre me siento hostigado por los principios primeros, como un niño o un neurótico, o como un poeta trivial en una cándida novela rosa. Pero ése es el estado anímico del artista, estoy seguro: lo diametralmente opuesto a lo que llamamos *dar las cosas por descontado*. ¿Por qué una mano tiene cinco dedos? ¿Qué es un zapato de mujer? ¿Por qué las hormigas, por qué los soles? Entonces miro, con rotunda incredulidad, esos muñequitos de palotes de hombres calvos y mujeres calvas, cabezones, en filas de cinco, que vuelven a toda prisa a la esclavitud mientras la banda toca.

Algo parecido a la esperanza..., parecido al amor, incluso. Y el amor: ¿qué es eso?

Todo lo que haces y dices me da calor y me emociona y me conmueve. Creo que eres físicamente bella; tanto que es difícil de asimilar. Y sencillamente no puedo evitar que en mis sueños bese tu boca, tu cuello, tu garganta, tus hombros y la nervadura entre tus pechos. La mujer que beso no es de aquí y ahora. Vive en el futuro, y vive en otra parte.

Ese poema se titula «Los exiliados» (¿y no somos nosotros, los cuerdos..., no somos todos nosotros exiliados *interiores*?). Concluye así:

*uz de gas en las tiendas,
l sino de los barcos,*

*el viento de marea
saca la vieja herida.*

*Hasta que se te entumescan los nervios y tu ahora sea
un tiempo demasiado tardío para el amor o para tenderse.
Acostumbrado al fin
haber perdido,
aceptar la penuria,
y sombra de la muerte.*

Y a esto respondemos con un rotundo *No*.

Me reconfortaría infinitamente si, una vez a la semana, los jueves, pongamos, a las cuatro de la tarde, salieses y dieras una vuelta de cinco minutos por el jardín. Yo te veré desde el edificio de lo alto de la colina, y sabré que estás bien (y que estás paseando en el jardín por mí).

Tenemos un gran vacío por delante: un mes o dos meses, o quizá tres, en el Reich; pero lo que tengo lo tengo, y lo tendré bien pegado a mí.

Cuando el futuro mire hacia atrás a los nacionalsocialistas, los considerará tan exóticos e inverosímiles como a los carnívoros de la prehistoria (¿habían existido realmente..., el velociraptor, el tiranosaurio?). Ni humanos, ni mamíferos. No son mamíferos. Son mamíferos, de sangre caliente y ovovivíparos.

Ahora, por supuesto, deshazte de esta carta de forma que no pueda rehacerse.

GT

—Esther fracasará esta noche; adrede. Y..., oh, sí. La guerra se ha perdido.

—... ¡Boris!

—Oh, vamos... Y no me refiero sólo al Sexto Ejército. Me refiero a pérdida totalmente.

Le serví aguardiente. Él lo rechazó con un gesto. En el Volga, las tropas de Friedrich Paulus estaban rodeadas (y heladas, y muertas de hambre). Y las fuerzas de relevo de Von Manstein, que iniciaron la marcha tres semanas atrás, aún no se habían enfrentado con Zhúkov.

—La guerra está perdida. Esther será un desastre. Toma. Ponte una gota de esto detrás de las orejas.

—¿Qué? ¿Qué es eso? Eau des Dieux...

—Un poco de perfume puede ser muy seductor. Golo. En un hombre de tremenda virilidad. Detrás de las orejas. No seas tímido. Eso. Toma.

Estábamos en su exiguo apartamento de Führerheim, poniéndonos elegantes y perfumados para el Dezember Konzert en el Fürstengrube. Aunque aún quedaban cinco meses del año de degradación al que había sido sancionado, Boris se estaba ataviando con el uniforme de gala de coronel. Coronel sin restricciones, coronel de rango entre coronel y general de división, coronel *en activo* de las Waffen-SS. Y Boris, aquella noche, le gritaba de nervios.

—Ha sido una idea estúpida —dijo—. Invadir Rusia.

—Ya. Reconozco que yo estuve de acuerdo entonces. Como bien sabes. Bien. Supongo que me precipité un poco después de lo de Francia. Le pasó a todo el mundo. Nadie podía negarle nada después de lo de Francia. Así que el cabo dijo:

Ahora invadamos Rusia, y los generales pensaron: Suena a locura, pero sonaba a lo mismo lo de Francia. Joder, es nuestro gran hombre del destino. Y venga, ya que estamos aprovechémonos de su sueño delirante contra los judíos.

—Ya. El genio militar más grande de todos los tiempos. Ésas fueron tus palabras.

—Francia, Golo... Derrotada en treinta y nueve días. En cuatro días, en realidad. Mucho mejor que Moltke. *Francia.*

Boris era mi hermano de sangre, y nuestro vínculo venía de más atrás de los límites de la memoria humana (nos conocimos, al parecer, cuando éramos uno). Pero a lo largo del camino había habido varias lagunas graves. Me fue imposible estar cerca de él en los meses que siguieron a la toma del poder: en 1933, en Alemania, sólo había dos personas que deseaban visceralmente una guerra mundial..., y Boris Eltz era la otra. Luego vino una *froideur* entre la invasión de Polonia y el duro revés a las puertas de Moscú de diciembre del 41. Y nuestras opiniones siguieron estando lejos de la perfecta coincidencia. Boris seguía siendo un nacionalista fanático, a pesar de que la nación en cuestión fuera la Alemania nazi. Y si hubiera sabido lo que tramaba con el capitán Roland Bullard, no hubiera dudado un instante. Habría sacado la Luger y me habría matado de un disparo.

—Siguió pareciendo posible hasta finales de septiembre. La *Vernichtungskrieg* y Golo, no es en realidad lo que yo prefiero, pero daba la impresión de que la cosa funcionaba... Fue una gran estupidez invadir Rusia, sin embargo. Échate hacia un lado.

Quería mirarse mejor en el espejo de la pared, encima del lavabo. Inclinandose hacia atrás hasta quedar en un ángulo ridículo, Boris se ocupó del peinado de su pelo gris con un cepillo plano en cada mano.

—¿Crees que está muy mal —me preguntó— que me *encante* mirarme al espejo? ... Sé que es un crimen decirlo, pero hemos perdido, Golo.

—Muy bien, estás detenido.

—Dios, no era nada difícil haberlo previsto. ¿Una guerra en dos frentes? En uno, la URSS. En el otro, EE. UU. Más el Imperio británico. Dios, podrían haberlo visto con los ojos cerrados. Diciembre del 41.

—Noviembre del 41. No te lo he dicho nunca, Boris, pero lo vieron perfectamente en noviembre. Los de armamento. Y le dijeron que no podían ganar.

Boris sacudió la cabeza con algo parecido a la admiración.

—No puede ganar contra Rusia. ¿Qué hace, entonces? Declaró la guerra a Norteamérica. No es un régimen criminal, querido. Es un régimen de dementes criminales. Y estamos perdiendo.

Dije, con inquietud:

—*Aún* no hay un segundo frente. Y los aliados podrían pelearse con Moscú. Y no olvides, Boris, que estamos fabricando armas increíbles.

—Y ellos también. Con nuestros científicos. Déjame que te dé una pequeña lección sobre la guerra, Golo. Regla número uno: no invadir nunca Rusia. De

acuerdo, matamos a cinco millones y hacemos cinco millones de prisioneros, y matamos de hambre a otros treinta millones. Y les siguen quedando ciento veinticinco millones.

—Cálmate, Boris. Tómate una copa. Estás demasiado sobrio.

—No hasta después. Escucha. Aunque arrases Leningrado y Moscú, ¿qué consigues? Tendrás un hervidero de insurgencia en todos los Urales, y por siempre jamás. ¿Cómo vas a pacificar Siberia, que es seis veces Europa?

—Venga..., ya lo hicimos una vez..., invadir Rusia.

—No se puede comparar. Aquello fue una guerra de príncipes a la vieja usanza, y contra un régimen moribundo. Y ésta es una guerra de pillaje y asesinato. Mira, Golo, el Ejército Rojo es hoy la vanguardia. Van a pelear todos los rusos; toda mujer, todo niño... Hasta octubre, hasta Kiev, pensé que esa guerra asesina estaba ganando. Pensé que la masacre iba a ser capaz de hacer lo imposible. —Se pasó una mano por la cara, y frunció el ceño, pensativo—. Pensé que la noche estaba ganando, Golo. Pensé que la noche *iba a ganar*, y luego ya veríamos.

Dije:

—Luego veríamos ¿qué? Bueno, tomaré un par de dedos más, si no te importa.

Boris me evaluó con una mueca de desdén amistosa.

—Ya. Supongo que te mueres por respirar el mismo aire que Hannah... Quítate esa expresión de la cara, Golo.

—Sólo la pongo cuando estoy contigo.

—Bien, pues ponla sólo cuando estés solo. Como te dije, es absolutamente nauseabunda.

Enfundados en los abrigos, caminamos aprisa por la calle de los Cerezos, en dirección al parque de vehículos. A cierta distancia estaban sometiendo a la prueba del fuego a los nuevos hornos crematorios I y II (pronto habría un III y un IV). ¿Cómo podían las llamas ascender por aquellas chimeneas elevadas y salir a borbotones hacia el cielo negro?

—Un observador poco comprensivo —dijo Boris (y los dientes le castañeteaban en breves espasmos)— quizá juzgaría todo esto bastante censurable.

—Sí. Podría hacer que pareciera algo bastante malo.

—Oooh, ahora vamos a tener que luchar como demonios. Vamos a necesitar toda la «justicia de los vencedores» que podamos obtener. Y me tienen aquí pudriéndome con el puto vienés...

La calle de los Cerezos se bifurcaba y se convertía en la calle del Camp.

—Prepárate, Golo. Esther Kubis. Esta tarde le he soltado un largo sermón. Y ella me ha escuchado hasta el final, y ha dicho: *Esta noche voy a castigarte*. ¿Por qué, Esther, por qué?

—Tiene unos ojos muy intransigentes. Y tiene su agravio.

—Sabes lo que va a pasar esta noche si se considera que ha fracasado, ¿verdad?

Media hora después, Ilse Grese la matara a latigazos. Eso es lo que va a pasar.

Miré el sidecar con capota, y me preparé para media hora gélida y ensordecedora... *La guerra está perdida*. Eso me había producido unas náuseas momentáneas, porque durante la última semana en Buna había presenciado las innovaciones feroces de Rupprecht Strunck. Pero ahora me sobrepuse. Sí, había que ir demasiado lejos, había que hacerlo todo con creces, con demasía..., todo, cualquier cosa y todas las cosas, para cerciorarnos de que la noche no salía victoriosa.

—Monta —dijo Boris, acomodándose a horcajadas en el sillín de la motocicleta. Antes de ponerse las gafas echó una última mirada a la luminaria altísima de la chimenea—. Todo es por Francia. Nada de esto habría pasado si no fuese por Francia. Todo es por Francia.

El subcampo de Fürstengrube era famoso en los alrededores no sólo por la letalidad contraproducente de sus minas de carbón (donde la duración media de los obreros esclavos era de menos de un mes), sino también por la venerable mole de su teatro (en contraste con el modesto teatro construido en el Kat Zet I). Era un edificio con cierto aire de templo, de planta circular y ladrillo rojo, con una cúpula achaparrada y negra que le había sido requisada a la ciudad para nuestro uso exclusivo en el verano de 1940.

Nos apiñábamos en el patio, oficiales, suboficiales, soldados rasos, químicos, arquitectos, ingenieros (todos exhalando vaharadas de vapor de un metro de largo), y poco a poco íbamos subiendo las escaleras y accediendo al interior a través del portal de roble. Dentro, la suave luz rojiza tenía el brillo húmedo de la gasa y la seda usada, lo que me transportó a una especie de cascada de recuerdos: imágenes de mañana de sábado en Berlín (Boris y yo, con los ojos radiantes e inocentes, agarrando con fuerza a nuestras chicas), teatro de aficionados en salas de ayuntamiento engalanadas, besuqueos que duraban lo que las funciones dobles (más los noticiarios) y nos dejaban los labios doloridos en las últimas filas de cines provincianos...

En el vestíbulo dejé los abrigo en el guardarropa, y cuando alcancé a Boris en la sala llena de murmullos lo encontré inclinado sobre Ilse Grese, que se había acomodado cerca del centro de la primera fila. Al acercarme le oí decir taimadamente:

—Todo el mundo sabe que..., el apodo o alias que te han puesto, Ilse. Y lo siento, pero creo que tiene un poco de mala idea. *La mitad* de él es muy atinada; la mitad no puede ser más verdad. —Boris se volvió hacia mí y dijo—: ¿Sabes cómo la llaman? La Bella Bestia.

Me sorprendí mirando a Ilse con toda la frescura del descubrimiento: las piernas fuertes, masculinas, bien abiertas; el fuerte tronco vestido con el uniforme negro de

sarga candorosamente adornado con signos y símbolos: el fognazo de un relámpago, un águila, una cruz rota. Y yo había besado aquellos labios arrugados, y buscado congraciarme con el vacío de aquellos ojos hondos...

Ilse dijo, con voz firme:

—¿Qué mitad, Hauptsturmführer?

—El adjetivo, por supuesto. El nombre lo repruebo con furia. ¿Sabe, Ilse? Iría ante un tribunal y declararía bajo juramento que es usted básicamente humana.

Un foco vagaba sobre el telón de terciopelo azul.

—Se está llenando —dije.

—Dentro de nada... Ilse —dijo, en tono firme—. Un investigador de Berlín me contó que azuzaste tus perros contra una chica griega porque se había perdido y se quedó dormida en un hoyo. ¿Y sabes lo que hice? Me reí en su cara. *Ilse no* —le dije—. *Mi Ilse no*. Feliz velada, Oberaufseherin.

Sonaba un estridente timbre eléctrico cuando el comandante y su esposa entraron en la sala. Él también con uniforme de gala (y despliegue de medallas), y ella con un... Pero Hannah estaba ya en sombra, y acto seguido se había perdido en la oscuridad.

En primer lugar, la improvisada orquesta de cámara (dos violines, una guitarra, una flauta, una mandolina, un acordeón), y un largo «popurrí» concebido para tocar el lado más blando del corazón pretoriano (el Strauss de los primeros tiempos, Peter Kreuder, Franz von Suppé). El escenario se vació, se oscureció, y los músicos se reagruparon. Luces. Entonces tuvo lugar una opereta de una hora basada en *Las desventuras del joven Werther*, la novela corta de Goethe cuya desesperación cautivadora provocó una avalancha de suicidios no sólo en Alemania, sino en toda Europa. El héroe «anómico» en su pueblo bucólico, la huérfana, el amor condenado (a la joven la han prometido a otro), la herida de pistola que él mismo se causa, la muerte lenta...

Telón, aplauso prudente, silencio.

Un sargento de las SS que aún no ha cumplido los veinte años, alto, delgado, rubio, pálido y sin barbilla, monta un pequeño estrado y durante los cuarenta y cinco minutos siguientes recita versos de memoria, representando con voz y semblante sombríos o alegres todas las emociones que los poetas habían plasmado de forma maestra. Mientras el joven seguía recitando yo oía golpes sordos y ajetreos y susurros entre bastidores (al tiempo que la respiración pesada y los juramentos de Boris). Los escritores elegidos por el Unterscharführer eran Schiller, Hölderlin, y, extraña e ignorantemente, Heinrich Heine. Se trataba de una ignorancia compartida por los oyentes. Los aplausos, cuando llegaron, fueron desganados y escasos, pero no por el hecho de que Heine fuera judío.

Durante el breve entreacto, Paul Doll dio un aparentemente sobrio pero curiosamente inestable paseo por la parte delantera del teatro, con la cabeza echada

hacia atrás, los labios proyectados hacia fuera y la nariz crispándosele con talante censor, como si percibiera algún olor...

Las luces se atenuaron, la audiencia dejó de hablar entre dientes (y empezó a toser) y el telón fue separándose despacio.

Con voz seca e infantil, Boris dijo:

—Ahí sale Esther al fin...

Era el acto medio de un ballet que yo había visto ya, *Coppelia* (música de Delibes).

El pródigo taller de un mago: rollos de pergamino, pociones, varitas mágicas, palos de escoba (los dos violinistas, vestidos de payasos, uno a cada extremo del decorado). El viejo doctor Coppelius —interpretado con agilidad contenida por Hedwig, ataviada con levita y peluca gris— se disponía a insuflar vida a su marioneta de tamaño natural. Rodeada de muñecas y maniqués de menor tamaño (en parte enteras o en parte desmembradas), Esther estaba sentada muy tiesa en una silla de respaldo recto, inmaculada en su tutú, con mallas blancas con lentejuelas y zapatillas de un rosa brillante, leyendo un libro (al revés: Coppelius la corrige), con la mirada baja y ciega.

El mago, entonces, empieza a pronunciar su hechizo, moviendo mucho las manos como si se las estuviera secando al aire... Nada sucede. Vuelve a intentarlo, y otra vez, y otra. De pronto la marioneta se mueve, y, muy repentinamente, se levanta de un brinco y tira el libro a un lado. Parpadeando, encogiéndose de hombros compulsivamente, con ruidosos pies planos (cae varias veces hacia atrás, como una tabla, en los brazos de Hedwig, que la aguardan), Esther se desplaza con paso fuerte por el escenario: todo un prodigio de descoordinación, ora flácida, ora robótica..., cada uno de sus miembros odia a todos los demás. Y está cómicamente, penosamente fea. Los violines siguen sonando y arrullando, pero ella se mueve como si desfalleciera, y luego se pavonea.

Probablemente nadie habría sabido decir cuánto llegó a durar esto, con una medida no subjetiva del tiempo; con tal vehemencia se operó aquel asalto a los sentidos. En cualquier caso, dio la impresión de que venía y se iba todo el mes de enero. Llegamos a un punto en el que Hedwig —al cabo de una serie de enérgicos aleteos de los dedos— tiró la toalla, sencillamente, y dejó de actuar. Se llevó las manos a las caderas y se volvió hacia su mentora, quien, en la primera fila, no hacía más que inclinarse hacia delante en su butaca. Coppelia seguía con sus frenéticos movimientos de mecanismo de relojería.

Boris dijo, sin aliento:

—Oh, basta ya...

Bastaba. Era suficiente. Entonces prendió el hechizo, prendió el glamour, la magia cambió de negra a blanca, el ceño de inanición se transformó en una sonrisa obstinada pero aún dichosa, y la bailarina estaba en otro lugar, lejos: había nacido y

vivía y era libre. En su primer *tour jeté* —no tanto un brinco como un despegue del suelo—, incluso en el momento de alcanzar su cénit, los tendones le temblaron como si intentara..., como si necesitara alzar un vuelo de más altura. El auditorio se caldeó y se deshizo en murmullos; pero yo me pregunté a mí mismo por qué sus movimientos, cuya calidad líquida acariciaba ahora las miradas, se me antojaban lo mismo de difícil de soportar.

Un resoplido húmedo estalló a mi izquierda; Boris se había puesto de pie y se encaminaba hacia la salida, inclinado (hasta casi doblarse) y con el brazo levantado pegado a la cara.

A la mañana siguiente, muy temprano, nos dirigíamos (él y yo, aún bajo los efectos del alcohol) a Cracovia en un Steyr 220. Un poco más adelante, y gracias a un obsequio del Schutzstaffel para la Organización, un Last-Kraft-Wagen^[19] iba esparciendo cuidadosamente arena y sal en el asfalto. No habíamos dormido.

Boris dijo:

—Me acabo de dar cuenta. Estaba imitando a los esclavos. Y a los guardias.

—¿Eso hacía?

—Tambalearse, pavonearse, tambalearse, pavonearse... Y luego, cuando se pone a bailar de verdad, ¿cuál era la acusación? ¿Qué estaba expresando?

Al cabo de un silencio, dije:

—Su derecho a la libertad.

—... Ya. E incluso algo más básico que eso. Su derecho a la vida. Su derecho al amor y a la vida.

Cuando bajábamos del coche, Boris dijo:

—Golo... Si el tío Martin se pone a perder el tiempo con tonterías, para cuando vuelvas, yo me habré ido ya al este. Pero lucharé por ti, hermano. Tendré que hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—Si nos derrotan —dijo—, nadie pensará ya que somos guapos.

Lo abracé muy fuerte, y le puse una mano en el pelo.

En la fiesta de después de la función, de pie en un grupo en el que estaban Möbius, Zulz, los Eikel, los Uhl y otros, Hannah y yo intercambiamos un par de frases.

Le dije: *Puede que tenga que ir a Múnich a buscar en los archivos de la Casa Parda.*

Me dijo, moviendo la cabeza en dirección a Paul Doll (que estaba claramente trastornado): *Er ist jetzt völlig verrückt.*

Boris, con aire absolutamente derrotado, estaba en una mesa con una garrafa de

ginebra. Ilse le acariciaba el antebrazo y bajaba la cabeza para sonreírle de cerca. Al fondo de la sala, Doll se dio la vuelta de pronto y echó a andar hacia nosotros.

Ahora está completamente loco.

Llegué alrededor de la medianoche, y desde la Ostbahnhof fui tanteando el camino a través de la ciudad helada y ennegrecida (la otra gente no eran sino sombras y pasos) en dirección a la Budapesterstrasse y el Hotel Eden.

2. DOLL: CONOCE A TU ENEMIGO

¡Resuelto!

... Solucionado, entendido, descifrado, desentrañado. ¡Resuelto!

¡Oh, este rompecabezas me costó muchas muchas noches de sagacidad concertada (me oía a mí mismo jadeando levemente con astucia), en mi «cubil», mientras, fortificado por las libaciones más exquisitas, su humilde servidor, el terco Sturmbannführer, se enfrentaba a la hora de las brujas y las horas sucesivas! Y, apenas hace unos minutos, la iluminación y acto seguido la calidez llegaron y me inundaron con las primeras luces tenues de la mañana...

Dieter Kruger está vivo. Y estoy contento. Dieter Kruger vive. Mi asidero con Hannah se ha restaurado. *Dieter Kruger vive.*

Hoy pediré que me devuelvan un favor y buscaré la confirmación oficial de quien, se dice, es el 3.^{er} hombre más poderoso del Reich. No es más que una formalidad, por supuesto. Conozco a mi Hannah y conozco su *Sexualität*. Cuando leyó aquella carta en el cuarto de baño cerrado con pestillo, no era el pensamiento de *Thomsen* lo que hacía que le dolieran los *Busen*. No, a ella le gustan los hombres de verdad, los hombres con un poco de sudor y barba sin afeitar, un poco de olor a ventosidad y a sobaco. Como Kruger... y como yo mismo. No, no era *Thomsen*.

Era Kruger. Resuelto. Kruger vive. Y ahora puedo volver a mi viejo *modus operandi*: la amenaza de matarlo.

Y cuando al fin se disipó el áspero olor de la cordita, escribí en el cuaderno de papel rayado, 14 poetas-guerreros yacían diseminados por el...

—Oh, ¿qué *quieres*, Paulette? —dije—. Estoy escribiendo un discurso importantísimo. Y, por cierto, eres demasiado baja y gorda para llevar esa bata.

—... Es *Meinrad*, *Vati*. Mamá dice que tienes que venir a verlo. Le está saliendo un montón de baba pringosa por la nariz.

—Ah, *Meinrad*.

... Meinrad sólo sabe hacer 1 cosa, no hay duda. Primero coge la sarna, luego la cantárida venenosa. ¿Y cómo se llama eso último? El muermo.

Si vemos el lado positivo, eso quiere decir que las visitas dominicales de Alisz Seisser —los almuerzos sustanciosos, los «chapuzones» sin prisa...— van a volver a ser una tradición de la casa.

No basta con que a un tipo le estén siempre provocando y poniendo verde en su propia casa. Hay gente a la que incluso le parece bien poner en duda mi aptitud e integridad profesionales, *si no tiene usted ningún maldito inconveniente...*

En la oficina del EPA recibí a una delegación médica; el profesor Zulz, por supuesto, y también el profesor Entress, además de los doctores Rauke y Bodman. El asunto, según ellos, era el siguiente: mi forma de engañar a los deportados había «empeorado».

—¿A qué se refieren con *empeorar*?

—Usted ya no los engaña —dijo Zulz—. No lo hace, Paul, ¿no es cierto? Se dan unas escenas muy desagradables casi todas las veces.

—Y todo es culpa mía, ¿no?

—Cálmese, Kommandant. Al menos déjenos terminar de hablar, Paul, por favor. Me senté, furioso.

—Muy bien. ¿Qué es, en *su* opinión, lo que hago mal?

—El discurso de bienvenida, Paul, amigo mío, es... Es muy básico. Y suena usted tan falso. Como si tampoco usted se lo creyera.

—Bueno, por supuesto que no me lo creo —dije en tono formal—. ¿Cómo voy a creérmelo? ¿Piensan ustedes que he perdido el juicio?

—Sabe a lo que queremos llegar.

—... El asunto del barril, mein Kommandant —dijo el profesor Entress—. ¿Podemos suprimir eso, por lo menos?

—¿Qué tiene de malo lo del barril?

El barril: fue una engañifa que me inventé en octubre. Al final del discurso de bienvenida, decía: *Dejen sus cosas de valor con la ropa y recójánlas después de la ducha. Pero si hay algo que aprecian de manera especial y no soportan separarse de ello, pueden meterlo en ese barril que hay al pie de la rampa.* Pregunté:

—¿Qué tiene eso de malo?

—Despierta la inquietud —dijo Entress—. ¿Estarán o no a salvo sus cosas de valor?

—Sólo los jóvenes y los que se están haciendo viejos se lo creen, Kommandant —dijo Zulz—. Lo único que hemos encontrado en ese barril ha sido un frasco de anticoagulantes y un oso de peluche.

—Con todo respeto, Sturmbannführer, déjenos el megáfono a uno de nosotros —dijo el doctor Bodman—. Al fin y al cabo, estamos adiestrados para tranquilizar.

—Maneras de médico, Sturmbannführer —dijo el doctor Rauke.

Rauke, Bodman y Entress se fueron; Zulz —ominosamente— se quedó unos instantes más.

—Mi querido y viejo amigo —dijo—. Debería tomarse un descanso de la rampa. Oh, sé la dedicación que pone en su labor. Concédase una tregua, Paul. Le hablo como médico. Como alguien que cura.

¿Alguien que cura? Ja, que no me contara cuentos. ¿Por qué tuve que tragar saliva, y por qué me picó la nariz cuando me llamó *mi querido y viejo amigo*?

Ya basta de menudencias. A gran escala —me alegra sobremanera reseñar— ¡el lienzo es de un brillo cegador!

Es un buen momento —ahora que el otoño se convierte en invierno, y que estamos a las puertas de 1943— para que «hagamos recuento», nos tomemos un respiro y miremos hacia atrás. No *todos* somos sobrehumanos, de ninguna manera; y ha habido veces, en el curso de este enorme *Anstrengung* nuestro (como el terrorífico revés ante Moscú), en que sucumbí al vértigo irreal de la debilidad y la duda. Pero ya no. Dios, la reivindicación es dulce. *Wir haben also doch Recht!*^[20]

El Libertador dejó bien claro en su discurso solemne del 1 de octubre que el bastión judío-bolchevique del Volga había sido doblegado en sus $\frac{3}{4}$ partes. Profetizó que la ciudad caería en el curso de ese mismo mes; y aunque su cálculo resultó excesivamente optimista, nadie duda de que la esvástica ondeará sobre las ruinas antes de que llegue la Navidad. En cuanto a la población que sobreviva, me dice el Hauptsturmführer Uhl que las mujeres y los niños serán deportados, y los hombres pasados por las armas. Y tal decisión, si bien dura, es sin duda correcta, a modo de tributo proporcionado a la magnitud del sacrificio ario.

No me tienta en absoluto el triunfalismo, porque los nacionalsocialistas nunca se jactan ni alardean de nada. Antes bien tienden a calibrar con la mayor seriedad sus responsabilidades históricas. Eurasia es nuestra; purificaremos mientras pacificamos, mientras asimismo nos desplegamos en abanico, como reconocidos señores feudales, por todas las naciones doblegadas del Oeste. Levanto mi copa por el general Friedrich Paulus y su valiente 6.º Ejército. ¡Brindo por nuestra victoria ineluctable en la batalla de Stalingrado!

Al final Szmul sacó a colación un recuento de cuerpos en el Prado de Primavera.

—Es un poco exagerado, ¿no?

—Lo cierto, señor, es que probablemente me quedo corto.

—*Na*. Entonces ahora lo divido por 2, *ne*?

—Ya lo he hecho, señor.

El número iba a ser en todo caso muy elevado, ciertamente, ya que incluía no sólo a los deportados hasta el momento en que la cremación se empleó por vez primera, sino también a los prisioneros del Stammlager que habían muerto por causas naturales durante el invierno de 1941-1942, cuando el crematorio de carbón cercano

al Ka Be estuvo fuera de servicio durante una larga temporada.

Aun así. 107.000...

—Nos conmovió mucho tu discurso —dijo Hannah en el desayuno.

Con calma, unté el panecillo con mantequilla.

—Se ha recibido bastante bien, imagino.

—Date cuenta. ¡14 camisas pardas! Una matanza. ¿Te has enterado alguna vez de que hayan muerto tantos hombres juntos?

—Bueno. Son cosas que suceden.

—Pardo —dijo Hannah—. Qué color más fantástico. Con tan bellas evocaciones...

—¿Qué evocaciones, Hannah?

—El suelo, por supuesto. La *tierra*. —Alargó la mano para coger una manzana—. Qué pena a última hora, Paul. ¿Cuántos casos de hipotermia y congelación?

—Sí, debería haber sido 1 minuto de silencio por mártir. No 3.

Hannah dijo:

—*Kurt y Willi* es a las 5. He oído un pequeño trozo. Suena interesantísimo. Paul, oigámoslo juntos. Como solíamos hacer antes.

La insólita afabilidad de su tono me puso en guardia. ¿Pero qué podía temer de *Kurt y Willi*? Me di una palmada en el muslo y dije:

—¿*Kurt y Willi*? Sí, oigámoslo. Me encanta *Kurt y Willi*. Llevo meses sin oírlos. ¡Un poco... «pasada de rosca», la verdad..., esta BBC! ¿Pero qué daño puede hacernos *Kurt y Willi*?

La remesa de deportados de aquel día, a las 13.37. Baldemar Zulz se ocupó del megáfono. *Lamentamos la falta de instalaciones sanitarias en los vagones. Tanto más justificadas, pues, una ducha caliente y una ligera desinfección, ya que aquí no hay enfermedades, y no queremos que haya ninguna. Increíblemente bueno, tengo que reconocerlo. El estetoscopio, la bata blanca (las botas negras)..., todo fantástico. Oh, y los diabéticos y aquellos con dietas especiales tendrán que informar de ello al doctor Bodman después de la cena en el Hospedaje de Visitantes. Gracias. Tremendamente bueno, la verdad. De 1.^a...*

En el Pequeño Cercado Castaño, cuando la atmósfera empezó a empeorar de pronto y se empezó a oír ese murmullo de garganta seca que todos conocemos tan bien, sentí que una presencia fría y húmeda me invadía la mano izquierda desenguantada. Me miré: me la asía una niñita de 4 o 5 años. Mi reacción fue extrañamente lenta (retroceder con un gruñido); la reprimí, y fui capaz —con gran esfuerzo y una incomodidad aún mayor— de cumplir con mi obligación quedándome allí de pie como era menester.

Las 16.55. Dormitorio principal.

—¿Ha empezado ya? Oh..., ¿y Willi llegó a comprar aquel coche?

Sentada en una silla de espaldas a la ventana, llena de colores cálidos contra la gasa húmeda del cielo otoñal, Hannah estaba ataviada de modo muy especial. No eran sino 2 prendas (no alcanzaba a ver si llevaba zapatillas): el kimono azul marino que yo le había regalado el día de nuestra boda (el ceñidor con flecos, las amplísimas mangas); y, pegada a la piel, aquella *Unterkleid* blanca, o «camisola», tan bonita. Esta 2.^a prenda era también regalo mío. La elegí en Kalifornia el día anterior a que viniera a reunirse conmigo en el KL (aunque cuando a la noche siguiente le sugerí que «la probáramos», a la señora no pareció gustarle la idea). Si bien controvertida, era una prenda preciosa, de un blanco cremoso semitransparente, y de la seda más exquisita, y más suave que el culo de un bebé.

—Una comedia ligera —dije, frotándome las manos mientras me relajaba en el sofá del otro extremo de la cama—. *Kurt y Willi* es exactamente lo que necesitamos, no toda esa propaganda. ¿Qué tal la suegra de Kurt? Eso siempre hace reír.

Hannah no dijo nada y tendió la mano hacia el dial.

Un festivo sonido de acordeón dio paso a los murmullos y tintineos de una cervecería típica de la Potsdamer Platz. Kurt y Willi intercambiaron «el saludo alemán» —bastante apáticamente, a mi juicio—, y acto seguido oímos los acentos de Berlín (ya se sabe, la «g» que suena como una «y» y demás..., *ne?*).

Willi: ¿Cómo estás, Kurt?

Kurt: No demasiado bien, para serte franco, Willi.

Willi: ¿Estás enfermo? Santo Dios, estás *verde*.

Kurt: Ya lo sé. Por eso estoy bebiendo brandy.

Willi: Bien, cuéntame qué te pasa.

Kurt: *Ach*, que he tenido una experiencia absolutamente horrible. En el piso de arriba vive una mujer joven, judía. Científica. Una dama profesional y seria. Y hoy ha abierto la espita del gas. La hemos encontrado hace una hora.

Willi: *Ach*.

Kurt: Le acababan de comunicar que iba a ser trasladada al este.

Willi: Ya. ¡Qué cosa más desagradable!

La sonrisa que exhibía mi semblante empezó a ser un engorro para la cara. Volví a cruzar las piernas y dije:

—Hannah, no estoy seguro de que esto sea...

—Chsss, Paul. Estoy escuchando.

Willi: No entiendo por qué no la deportaron antes.

Kurt: ¿Qué? Oh, bueno. Era técnica en una fábrica de armamentos. ¿Sabes, Willy? Intentamos darle ánimos y demás, Lotte y yo. Decimos que a lo mejor no era tan malo el sitio adonde iba. Y que cualquier cosa era mejor que...

Willi: No, amigo mío. Una muerte rápida con el gas de la cocina es mucho mucho más... Lo sé por la oficina. Créeme.

Hannah dijo:

—¿Dónde trabaja Willi?

—En el Ministerio de Ilustración Pública —dijo yo, de mal humor.

Kurt: ¿Qué estás diciendo? ¿Suceden de verdad esas cosas?

Willi: Pues sí. Suceden.

Kurt: Pero ¿por qué? ¿Para qué? ¿Una pequeña dama... que contribuía al esfuerzo de la guerra? ¡Era totalmente innecesario!

Willi: No, Kurt. Es necesario. ¿Por qué? Para infundir el miedo a la derrota. El miedo al castigo.

Kurt: Pero ¿qué tiene que ver eso con los judíos?

Willi: *Mensch*, ¿no entiendes? ¡El miedo a la retribución! Todo alemán está implicado en el mayor asesinato de masas que jamás se haya...

—*Feindlicher Rundfunk* —estallé—. ¡La radio del enemigo! *Zweifel am Sieg!*
¡Dudas sobre la victoria! *Feindlicher Rundfunk!*

—Oh, no les eches la culpa a Kurt y a Willi —dijo Hannah en tono de exagerado letargo—. Pobre Willi. Pobre *Kurt*. Escucha. Están pidiendo más brandy. Se sienten bastante indispuestos.

Ahora Hannah hizo algo que me dejó consternado. Se puso de pie, se soltó la faja y se zafó de los pliegues zafirinos del kimono..., ¡y se exhibió en camisola! De la *Kehle* a los *Oberschenkel*, su cuerpo parecía recubierto de azúcar glasé, y vi claramente el contorno de su *Brüste*, la concavidad de su *Bauchnabel* y el triángulo de su *Geschlechtsorgane*...

—¿Sabes —dijo, tirándose del collar que llevaba puesto— a qué mujer muerta le robaste esto? —Pasó las manos por él de arriba abajo, alisándolo—. ¿Lo sabes?

Hannah cogió un cepillo de pelo y se puso a peinarse con ojos arrogantes.

—Estás..., estás loca —dije, y salí del dormitorio.

Y ya que estamos con el tema de las esposas, ¿qué fue de «Pani Szmul»?

Para localizar a un judío en un gueto polaco uno acaba dando por azar en el *Überwachungsstelle zur Bekämpfung des Schleichhandels und der Preiswucherei im jüdischen Wohnbezirk*. Lo que antes había sido una subdivisión de la Policía judía, reclutada entre el hampa de preguerra, y responsable ante la Gestapo. Pero la selección natural ha hecho su trabajo, y los informadores, traficantes de drogas, proxenetas y prostitutas son ahora quienes dirigen el cotarro. Haciendo policías a los criminales: así es como «aprietas las clavijas» a un pueblo sometido, ¡y consigues acceso a su dinero y sus joyas!

Indolentemente, casualmente, di con la Agencia para la Represión del Mercado Negro y la Especulación en los Barrios Residenciales Judíos (*ja*, la *Überwachungsstelle zur Bekämpfung des Schleichhandels und der Preiswucherei im jüdischen Wohnbezirk*).

No habría parecido tan escandaloso en Berlín, ¿verdad? En los días en que ese

«artilugio» tan profundamente antialemán, la «democracia», se estaba desmoronando. O en Múnich, ¿verdad? Una beldad ruborosa de 18 años, radiante de rocío como el aciano de su ojal, siguiendo a un corpulento «intelectual» que la dobla en edad.

Estaría bien en Berlín o Múnich, ¿no? Pero estaban en el cortés Rosenheim, con sus parques, sus adoquinados, sus cúpulas bulbosas. Todo el mundo se daría cuenta de que el amigo Kruger estaba siendo un cerdo con su pueril pupila; y me duele decir que Hannah, por su parte, no era menos procaz..., *ach*, apenas era capaz de mantener la lengua apartada de su oreja (sus dedos traviosos, su agitado color, sus muslos pegajosamente sinuosos). También era del dominio público que habían alquilado habitaciones contiguas en una pensión de pésima reputación en la Bergerstrasse...

Mi instinto protector se vio avivado en extremo. Hannah y yo, en esta época, estábamos en óptimos términos. El amigo Kruger era —como suele decirse— un hombre ocupado, así que ella estaba casi siempre «dispuesta» a dar un paseo conmigo por los jardines públicos o para tomar una taza de té en alguno de los muchos cafés elegantes de las cercanías. Creo que Hannah sabía que estaba haciendo mal, y que se sentía atraída por mi mundo de probidad y calma. Bien, una cosa estaba clara: ella era una chica de clase media sin la menor inclinación por el radicalismo. Así que aquello no era un encuentro de *intelectos*, *nicht*? En varias ocasiones subí sigilosamente las escaleras de su buhardilla, y hube de percatarme de unos aullidos de lo más alarmante que imaginar se pueda..., ¿no eran los modestos arrullos, trinos y gorjeos de una *Geschlechtlichkeit* sana e higiénica! Eran gritos de sufrimiento, de dolor; me hicieron volver a aquella vez en casa del cura, cuando tenía 13 años, en que durante toda la noche tuve que escuchar a la tía Tini dando a luz a los gemelos.

Los percibías. Estos actos oscuros. El vacío creciente en el orden moral.

Al parecer —en estos días, en estas noches—, cuando voy a la rampa siempre sucede algo horrible..., quiero decir a mí personalmente.

—Lleva esto —dijo.

Al principio parecía 1 de las remesas menos problemáticas. Una llegada tranquila, un discurso de bienvenida (del doctor Rauke), una selección rápida y un breve trayecto a través del bosque... (los dóciles deportados, un equipo sin jefe pero competente de Sonders entre ellos...) Yo me había apostado en el vestíbulo entre la puerta exterior y la sala donde se desnudaban, y una judía de pelo prematuramente blanco se acercó a mí y me dirigió una pregunta cortés y sonriente; yo me había inclinado ya para oírla cuando con un espasmo de violencia animal la mujer se alzó y me manchó la cara con algo: en el labio superior, en la nariz, en la órbita del ojo izquierdo.

—Lleva esto —dijo.

Piojos.

Por supuesto, fui directamente a Baldemar Zulz.

—Podría haber sido grave. Tiene suerte, mi Kommandant.

Lo miré, frunciendo el ceño (me habían tendido en una mesa bajo una fuerte luz).

—*Fleckfieber*? —pregunté.

—Mmm... Pero reconozco 1 piojo de Kamchatka en cuanto lo veo —dijo, enseñándome el pequeño bicho inmundo en la punta de las pinzas—, y éste es europeo.

—*Na*. La remesa era holandesa. De Westerbock, *ne*?

—¿Sabe, Paul? Los *Haftlinge* arrancan las liendres de un cadáver ruso y las ponen debajo del cuello de nuestros uniformes en el barracón de la lavandería. Tifus exantemático. Repugnante de verdad.

—Ya. Fue lo que acabó con el Untersturmführer Kranefuss. Se supone que Prüfer se está ocupando de ello. No creo que haya muchas esperanzas.

Zulz dijo:

—Quítese la ropa. Dóblela con cuidado y recuerde dónde la pone.

—¿Para qué?

Zulz se puso tenso, como listo para abalanzarse hacia delante.

—¡Desinfección!

Nos echamos a reír tontamente.

—Vamos, Paul. Para curarse en salud, al menos.

De acuerdo, entonces. ¡Un verdadero alivio!

—Lleva esto —dijo la mujer.

Desde que arreglé las cosas para que a Alisz Seisser le asignaran un alojamiento en el sótano del EPA, nos había sido posible pasar algunas horas preciosas juntos.

Una vez cumplidas las duras tareas de mi jornada (a veces me quedo en mi despacho hasta muy pasada la medianoche), suelo pasar a ver a la pequeña Alisz, y, las más de las veces, le llevo un «bocado» —una ciruela, un taco de queso— ¡que devora con el mayor de los agradecimientos!

¿Y qué hacemos? Pues simplemente hablamos. Del pasado, de la primavera de nuestras vidas y de las experiencias que compartimos: las arboledas y espesuras de nuestro amado campo alemán. Me divierte oírle contar cosas de sus juguetes estivales en las arenas doradas de Pomerania, mientras yo la distraigo también con historia sobre los bosques de Haardt y sobre Jonti, mi caballo castrado negro como el carbón, ¡con sus crines al viento y sus ojos resplandecientes!

Por supuesto, el acomodo que le he conseguido no es el ideal.

—Pero aquí estás a salvo, Alisz. Al menos hasta que pase... esta manía de las selecciones. Selecciones *salvajes* y no sólo en el Ka Be. Yo no puedo estar en todas partes, como comprenderás.

Su gratitud respetuosa no tiene límites.

—Oh, confío en usted, Paul.

Nunca se da ni el más mínimo amago de algo impropio. Yo la miro con la veneración debida a la sencilla viuda de un camarada caído. Más que eso: veo a Alisz

como a una especie de pupila, de protegida, a quien debo indefectiblemente servir de guía.

Se sienta, con bastante remilgo, en el catre estrecho, con las manos enlazadas sobre el regazo. Yo prefiero pasearme o dar vueltas en el pequeño trecho que hay entre la banqueta y el retrete químico.

—... A veces echo de menos el aire libre, Paul.

—Ah, pero así es la cosa, Alisz. Custodia preventiva, *nicht*?

Bah, el «Gruppe», la reunión semanal en el sótano de la sórdida Selbstbedienungs restaurant, ¡la interminable *Dialektik! La conversión del producto en valor, la superestructura de la base económica, la ley del empobrecimiento creciente...* Inicialmente teocrático, luego monárquico, y luego militarista, acabé sucumbiendo al ensalmo del marxismo..., hasta que descarté *Das Kapital* y me enfraqué en un estudio intensivo de *Mein Kampf*. La iluminación no tardó en llegar. Página 382: «El marxismo no es sino la transferencia, por parte del judío Karl Marx, de una actitud filosófica... a una forma de credo político categórico... Y todo ello al servicio de su raza... El marxismo planea sistemáticamente entregar el mundo a los judíos.» Bien, no se puede argumentar en contra de una lógica de ese calibre. No: *quod erat demonstrandum*. Siguiendo pregunta, por favor.

... Bien. En aquellos días se percibía en Hannah una suerte de desmerecedora falta de gracia; aún no había adquirido el aplomo y la compostura que ganaría más tarde como Frau Doll, primera dama del KL. Y, seamos sinceros, no hay nada más repelente a la postre que la adoración adolescente: el modo horrible en que se abren por completo, y esa obesidad infantil y ese aliento caliente. Me limité a esperar a que el amigo Kruger se cansara de ella, lo que al final hizo (se fue, siguió su camino). Pero ¿qué sucedió luego?

Imaginemos el cuadro: la sala comunal de la pensión..., los tapetes, el reloj de cuco, el perro salchicha gordo dormitando (y soltando ventosidades silenciosas) en un rincón. Todo muy *gemütlich, ne?* Hannah, con mal de amores, y yo estamos sentados en una mesita redonda, y mi conmiseración llena de tacto hace progresos constantes, con *petit cadeaux*, palmaditas cariñosas de tío a sobrina, *und so weiter*. Y entonces suena el timbre y, *jawohl*, el amigo Kruger asoma la jeta por un lado de la puerta de la sala. No tiene ni que hacer un chasquido con los dedos. Hannah se va directamente arriba a otra de sus citas trémulas, gemidoras con su amante. Y esto sucede una vez y otra y otra y otra...

Ah, pero entonces los hados acudieron en mi ayuda. Una noche, en la Bergerstrasse, después de uno de sus encuentros empapados de sudor con aquella niña esencialmente inocente, a nuestro león marxista lo sorprendió un grupo de demacrados miembros de la Sturmabteilung (Célula H). Y la paliza crujiente que recibió fue tan terrible que sus camaradas del KP y del Patronato de los Trabajadores lo trasladaron clandestinamente a Berlín. Nuestros caminos no volvieron a cruzarse

en otros 4 años y ½. Y cuando volví a verle, el amigo Kruger estaba boca abajo en el suelo de una celda de castigo de Dachau. Momento para deleitarse de lo lindo, ¿no? Entré en ella con un par de camaradas y cerré la puerta a nuestra espalda.

Esto fue en marzo de 1933, cuando todo nos fue a pedir de boca con el incendio del Reichstag. Tras el incendio del Reichstag, ¿comprenden?, dimos el sencillo paso de ilegalizar toda oposición. Con lo que dejamos expedito el camino hacia la autocracia.

¿Quién empezó el incendio del Reichstag?

¿El aturdido lobo solitario y comunista neerlandés Van der Lubbe, con sus cerillas y sus gavillas de leña y su flamante cédula de identidad? No. ¿Lo empezamos nosotros? No. El incendio del Reichstag lo empezó el destino, la providencia.

¡Quien en la noche del 27 de febrero prendió fuego al Reichstag fue Dios!

Hannah me preguntó:

—¿Quién es ese hombre nervudo al que veo bajar la cuesta todos los días?

—Debes de referirte a Szmul.

—Tiene la cara más triste que he visto en mi vida. Y jamás me mira a los ojos. Jamás.

—Sí, bueno..., es el Klempnerkommandoführer. Se ocupa de los desagües.

El SS-Obersturmbannführer Eichmann es, por lo general, infantilmente meticuloso con sus chucu chucu y sus chuf chuf, pero de cuando en cuando acontece (es la pesadilla de todo Kommandant) que las «remesas» se *solapan*. Y eso fue lo que pasó a altas horas de la madrugada de hoy.

Aún me tiemblan las manos, y acabo de tomarme 3 Phanodorm.

He insistido en empuñar el megáfono, y he de reconocer que las cosas pronto se han... Pero sencillamente no acepto que digan que soy cada día peor engañando a los deportados. Lo que sucede es que *ellos son* cada día mejores en no dejarse engañar. Y (ahora que pienso en ello) es fácil entender por qué. Sí, deberíamos haber previsto esta dificultad, pero sólo se aprende de la experiencia. La gente de las comunidades de destino está sacando sus propias conclusiones de una verdad obvia irrefutable: Nadie Ha Vuelto Jamás. Así, han sumado 2 y 2, y hemos perdido el «elemento sorpresa»... Está bien, lo expresaré de forma un tanto diferente: en lo que concierne a lo que les espera a estos «colonos» en los territorios del este, no disponemos ya de la ventaja de ser «increíbles». El activo decisivo de que *no se nos pueda creer*.

Esta tarde el primer contingente se desmoronó inmediatamente, nada más bajarse de los vagones de ganado. El profesor Zulz y sus ayudantes ni siquiera habían empezado la selección. Había unas 800 personas: hombres, mujeres y niños vagando de un lado a otro en el barro. Y empezó. Un quejido interrogante que parecía buscar y tantear y asir; y luego un grito real, y luego un latigazo, y luego un golpe, y luego un disparo.

90 minutos después se había restablecido una suerte de orden: a los aproximadamente 600 supervivientes se los había golpeado, azotado, obligado a punta de bayoneta a montar en los furgones y las ambulancias de la Cruz Roja. Yo estaba en la plataforma, en jarras, preguntándome cuánto tiempo nos iba a llevar «limpiar» *aquella* pequeña expedición ferroviaria. Alguien gritó apuntando hacia delante con una porra. Y, de pronto, hizo su pavorosa aparición el Sonderzug 319, que con 4 horas de antelación ascendía hacia nosotros por la pendiente.

Tardaré en olvidar lo que siguió..., aunque aquel día, de hecho, la Dama Fortuna nos sonreía a nosotros los pretorianos. Al principio pensé que se trataba de 1 de esos casos en los que la Custodia Preventiva se entremezclaba con la campaña para el fomento de la higiene nacional, a saber: la T4, o la Campaña para la Eutanasia. El 2.º tren traía un pequeño contingente de «incurables»: en este caso, de dementes orgánicos. Pero no eran alemanes defectuosos, eran judíos defectuosos: un cargamento de chiflados de los manicomios de Utrecht. Asistidos por sus jóvenes y guapas enfermeras, los evacuados desfilaban con gran entereza a lo largo del apartadero ensangrentado y sembrado de cadáveres, con su docena de montones piramidales de bolsas empapadas. A los efectos sonoros habituales se añadían ahora ráfagas estruendosas de espeluznantes carcajadas.

2 ancianos —gemelos— de pelo rizado y cano captaron mi atención. Sus sonrisas expresaban una gran satisfacción ante lo que estaban viendo; parecían un par de rudos y prósperos granjeros camino de una fiesta campestre. Más adelante, una adolescente larguirucha con coleta y una camisa de fuerza de lona verde tropezó con un montón de ropa y cayó de bruces, golpeándose la barbilla con un lúgubre chasquido seco. Se dio la vuelta en el suelo, y los fideos extremadamente blancos de sus piernas patearon el aire en todas direcciones. Los que la rodeaban contemplaban la escena con contento, y aplaudieron cuando la Aufseherin Grese fue hasta ella y la puso en pie tirándole con fuerza del pelo.

Al irme a la cama aquella noche recé para no soñar con aquellos dos ancianos gemelos, desnudos y sonriendo de oreja a oreja en el Pequeño Cercado Castaño.

... Si llevas una camisa de fuerza y te caes hacia delante, te das con la cara en la tierra.

Si llevas una camisa de fuerza, ¿saben?, y te caes hacia delante y te das con la cara en la tierra, no puedes levantarte..., no por ti mismo.

—¿Has podido echarles una ojeada?

—Sí. Un poco. Pero no es lo mío, Paul.

Hace 1 semana le dejé a Alisz 2 monografías sobre etnobiología, con idea de enriquecer nuestra charla de las noches. Pero por desgracia no le gusta demasiado la palabra impresa. Sus días en el EPA, me temo, no tienen grandes diferencias en cuanto a acontecimientos (yo soy, naturalmente, su único visitante). No, no los alivia ningún suceso, sólo el ruido metálico, a las 11.30, cuando empujan a través de la

abertura la bandeja de la comida.

Anoche rememoramos los 1.^{os} tiempos de nuestros respectivos matrimonios: ella, encandilada en Neustrelitz por el viril suboficial Orbart; yo, apadrinando a la impúdica Hannah en Rosenheim, y más tarde en Hebertshausen, cerca de Múnich. Alisz derramaba 1 o 2 lágrimas al hablarme de su marido bendito, y caí en la cuenta de que yo hablaba elegíacamente de mi mujer, como si hubiera muerto (en el puerperio, tal vez).

Era 1 hora edificante, y cuando me iba me tomaba la libertad de besarla en la frente con la mayor de las formalidades..., en su «pico de viuda».

—Ah, mi querida Sybil. ¿A qué vienen esas lágrimas, preciosa mía?

—Meinrad. Tiene el cuello hinchado. Ven a verlo.

Después del muermo, ¿qué tenía ahora Meinrad? La adenitis equina, eso es lo que tenía.

En cuanto a los acontecimientos del frente oriental... Leal pero ansiosamente, escuchaba mi radio Volksempfänger; y lo único que oía era aquel silencio enigmático de Berlín. Al principio pensaba: Bueno, que no haya noticias es una buena noticia, *nicht*? Luego empecé a preguntarme.

Pero voy a decir quién es bueno proporcionando noticias de la situación militar. Ni Möbius, ni Uhl (los dos son tremendamente retraídos). Y tampoco Boris Eltz. Boris Eltz es de natural bien dispuesto, y por supuesto de un entusiasmo hartamente fiable, pero es un tipo astuto y sarcástico. Y orgulloso en exceso de su inteligencia, si he de dar mi opinión (al igual que un montón de gente que podría citar).

No, a quien hay que acudir, curiosamente, es al joven Prüfer. Wolfram Prüfer tiene muchos defectos, bien lo sé, pero es un nazi irreprochable. Además, su hermano Irmfried está en el estado mayor del general Paulus, ¿no? Y el correo, al parecer (al menos de momento, cuando se acerca la Navidad), es lo único que entra y sale de Stalingrado.

—Oh, saldremos victoriosos, mein Kommandant —dijo mientras estábamos a la mesa en el comedor de oficiales—. El soldado alemán se ríe de las condiciones objetivas.

—Sí, pero ¿cuáles son esas condiciones objetivas?

—Bien, nos superan en número. Sobre el papel. *Ach*, pero cualquier soldado alemán vale lo que 5 rusos. Tenemos el fanatismo y la voluntad. No pueden competir con nosotros en crueldad despiadada.

—¿Está usted seguro de eso, Prüfer? —pregunté—. Su resistencia no cede.

—No es como Francia o los Países Bajos, Sturmbannführer. Países civilizados. Tuvieron la sensatez y la decencia de bajar la cabeza ante una fuerza superior. Pero los rusos son tártaros y mongoles. Lo que hacen es luchar hasta la muerte. —Prüfer se rascó el pelo—. Salen de las alcantarillas por la noche con dagas entre los dientes.

—Asiáticos. Animales. Mientras nosotros seguimos lastrados por la mentalidad cristiana. ¿Y qué significa esto al hablar del 6.º Ejército, Hauptsturmführer? ¿Y de la «Operación Azul»?

—¿Con nuestro ahínco? No hay duda de la victoria. Sólo que nos llevará algo más de tiempo, eso es todo.

—He oído que nos faltan suministros. Que hay escasez.

—Cierto. Apenas tenemos combustible. O alimentos. Están comiéndose los caballos.

—Y los gatos, según he oído.

—Ya no les quedan gatos. Es algo transitorio. Lo que tienen que hacer es recuperar el aeródromo de Gumrak. Además, las privaciones no suponen ningún obstáculo para los hombres de la Wehrmacht.

—Hay enfermedades, dicen. Y no muchas medicinas, imagino.

—Están a 30 grados bajo cero, pero tienen mucha ropa de abrigo. Es una pena lo de los piojos. Y tienes que andarte con cuidado. Irmfried se despertó una noche y un ratón enorme le había roído los calcetines y le estaba mordiendo los dedos. No podía sentirlos porque los tenía casi congelados. Oh, y la munición. Se están quedando sin municiones.

—Santo Dios, ¿y cómo vamos a vencer sin municiones?

—Para un soldado alemán eso no es nada.

—¿No hay peligro de que los cerquen?

—Las filas alemanas son inexpugnables. —Prüfer hizo una pausa, incómodo; y dijo—: Si yo fuera Zhúkov, atacaría a los rumanos.

—Ya. Zhúkov es un *mujik*. Es demasiado estúpido para pensar en eso. No tiene ni comparación con un general alemán. Dígame, ¿qué tal está de salud Paulus?

—¿De la disentería? Todavía está en cama, Sturmbannführer. Pero verá, señor. Aunque estuviéramos técnicamente rodeados, Zhúkov no podría detener a Manstein. El Generalfeldmarschall Manstein romperá el cerco. Y sus 6 divisiones darán la vuelta a las cosas.

—Como usted mismo dice, Wolfram, la derrota es biológicamente imposible. ¿Cómo va a vencernos una chusma de judíos y campesinos? *Qué ridiculez.*

2 visitas simultáneas pero (por supuesto) absolutamente independientes: el mastodóntico Horst Sklarz, del Wirtschafts-Verwaltungshauptamt, y el epiceno Tristan Benzler, de la Reichssicherheitshauptamt. Y es la eterna canción.

Sklarz sólo piensa en la economía de guerra, mientras que a Benzler sólo le preocupa la seguridad nacional. En otras palabras, Sklarz quiere más esclavos, y Benzler quiere más cadáveres.

Tuve la tentación de encerrarlos a *ambos* en un mismo recinto y dejar que siguieran discutiendo. Pero no, llegaron y se fueron cada uno por su parte, y me vi obligado a soportar que me chillaran y chillaran durante horas.

Sólo en 1 tema coincidieron sus opiniones. Sklarz y Benzler se refirieron en términos enormemente irrespetuosos a la calidad de mis cuentas y, en general, a mi papeleo administrativo.

Asimismo, 1.º Benzler y luego Sklarz dejaron entrever de forma idéntica mi posible traslado a la oficina regional del Cuerpo de Inspección de Campos de Concentración de Colonia. Los dos se refirieron a él como un «ascenso», pese a la merma en el rango y la pérdida de todo poder real (sin mencionar la rebaja brutal de salario). Y, más aún, Colonia es el *Militärbereichshauptkommandoquartier*, y ha de soportar *bombardeos* constantes.

Bien, ya se han ido. Probablemente es verdad: debería darle un enfoque más ordenado al aspecto oficinesco de las cosas. Mi escritorio del EPA, como Sklarz y Benzler han coincidido en comentar, es una vergüenza. Un montón de montones. Como encontrar una aguja en semejante pajar.

Una rebaja de salario, ¿eh? ¡Cuán afortunado soy por haber ido ahorrando —un pequeño «colchón», por así decir— durante mis años de custodio del *Konzentrationslager*!

—¡Date prisa, Paul!

¡Había llegado el momento de asistir al *Dezember Konzert*!

Yo estaba algo retrasado aquella noche, y un tanto molesto y azarado, porque Hannah, vaya por Dios, se había puesto los zapatos de tacón más altos que tenía y se había peinado con el pelo hacia arriba, de forma que cuando los 2 nos encontramos en el vestíbulo (el *Dienstwagen* esperaba fuera) me dio la impresión de que yo medía la ½ de ella. Como le he dicho a menudo, la chica alemana es una chica natural: se supone que *no* lleva tacones.

—¡Ya voy!

Así que fui corriendo a mi estudio a por mis «alzas». *Nicht?* Las cuñas de cuero que de vez en cuando me meto en las botas para ganar unos centímetros. Y, como no las *encontraba*, descuaderné un número atrasado de *Das Schwarze Korps* y doblé 4 páginas en 1/16 las metí en el fondo de las botas. Las chicas alemanas se supone que *no* llevan tacones. Los tacones son para las furcias remilgadas de París y Nueva York, con sus medias de seda y sus ligueros de satén y sus...

—¡Paul!

—Sí, sí...

Cuando llegamos al teatro de *Fürstengrube* y ocupamos precipitadamente (justo antes de que apagarán las luces) nuestros asientos del medio de la 1.ª fila, un murmullo de admiración envidiosa recorrió el teatro, y confieso que sentí una oleada de cálido orgullo, aunque teñido de patetismo. Todos los presentes, estoy seguro, atribuyeron el retraso del *Kommandant* a un «arrebato» impulsivo en el dormitorio conyugal. Ay. ¿Cómo podían conocer las lamentables deficiencias de *Frau Doll* en tal ámbito? Miré con tristeza la cara hermosa de Hannah —la anchura de la *Mund*, la

fuerza de las *Kiefer*, los *Zahnen* salvajes—, y se hizo la oscuridad.

... Pronto me vi preguntándome si algún día volvería a ser capaz de asistir a una reunión multitudinaria sin que mi mente empezara a jugarme malas pasadas. No era como la última vez, en la que poco a poco me vi inmerso en el reto logístico de gasear a los ocupantes del recinto. No. Esta vez imaginé de inmediato que la gente que estaba a mi espalda estaba ya muerta..., muerta y recién exhumada para su inmólación en la pira. ¡Y cuán dulce era el olor de los arios! Si los convertía en humo y llama, ¡sus huesos ardientes (estaba seguro) no perderían aquel fresco aroma!

Y entonces, ¿saben?, en la fiebre de mi «trance» (fue en el tramo final, durante el ballet y demás), me pareció que al Libertador debería ponérsele urgentemente al corriente de mi descubrimiento. *Los hijos de los teutones no se pudren ni hieden, ni siquiera en el paso de la naturaleza a la eternidad*. Iríamos, él y yo, juntos, y presentaríamos este descubrimiento ante el tribunal de la historia, para que la propia Clío sonriese y cantase la bravura y la justicia de nuestra causa... Luego, oh, consternación, todo había acabado, y la oscuridad cesó en medio de una catarata de aplausos.

Me volví, sonriente, hacia mi esposa. Que ahora estaba absolutamente horrenda: con la *Kinn* saliente y trémula, con los *Augen* rojo-sangre, con una burbuja de mucosidad en la *Nasenloch* izquierda que acabó explotando de forma abrupta.

—Oh... —dije.

... Había largas colas para los aseos, y cuando volví al vestíbulo mi mujer estaba con un grupo integrado por los Seedig y los Zulz, además de Fritz Möbius, Angelus Thomsen y Drogo Uhl. Manoseado por una radiante Ilse Grese, Boris Eltz, visiblemente borracho, estaba sentado a un lado con la cara entre las manos.

—La coreografía es de Saint-Leon —le estaba diciendo Möbius a Seedig—. La música, de Delibes. —Se volvió y me miró desde su gran altura—. Ah, aquí está el Kommandant. Supongo que lo ha oído, Paul. Porque no parece sentirse muy bien.

Esto último era muy cierto. En el aseo de caballeros vi que las 2 cuñas de papel de revista que llevaba en las botas estaban empapadas de sudor. Tal vez por ello me sentía insoportablemente sediento, y abrí el grifo oxidado y bebí de las manos ahuecadas 2 grandes sorbos de agua amarillenta y tibia. Al cabo de un par de minutos nauseosos lancé varios chorros de vómito, que hábilmente dirigí al interior del cuenco metálico del mingitorio. Mientras hacía esto, entraron y salieron 5 o 6 SS. Ahora Möbius alzaba la voz y anunciaba:

—Han repelido a Manstein, que está en retirada. Zhúkov le ha vapuleado y hecho retroceder a 50 kilómetros al oeste.

Se hizo un silencio. Me di la vuelta y empecé a pasearme con las manos enlazadas a mi espalda. Oí un sonido como de chapoteo.

—¡He pisado un charco antes! —exclamé, recuperando mi proverbial brío—. Con

los 2 pies. Mala suerte. —En este punto sentí que debía decir algo, todos los ojos estaban en mí, en mi calidad de Kommandant—. ¡Así que...! —empecé—. El 6.º Ejército sigue peleando solo, *nicht*? Resulta que estoy perfectamente al corriente de lo de Stalingrado. ¿No, joven Prüfer? Paulus tiene..., estoy seguro... —dije—, estoy más que seguro de que tomará todas las medidas necesarias —continué— para asegurarse de no quedar cercado.

—Maldita sea, Paul... Ya está cercado —dijo Möbius—. Zhúkov ha aplastado el frente rumano hace semanas. Estamos atrapados en un lazo.

Thomsen dijo:

—Adiós al petróleo de la cuenca del Donetz. Ahora a por el petróleo de Buna-Werke. Dígame, Frau Doll; dígame, Frau Uhl... ¿Cómo están sus adorables hijas?

Al día siguiente, mi Volksempfänger, que, como es debido, se limita a la emisora *Nationalsozialistische*, hablaba sin descanso de nuestra «resistencia heroica» en el Cáucaso. Se parangonaba al 6.º Ejército con los espartanos en las Termopilas. Pero ¿no murieron todos en esa batalla?

Hannah empezó a hacer algo muy extraño en el cuarto de baño. No puedo verle más que las extremidades inferiores, ya que está sentada en la silla que hay junto al toallero, *nicht*? Sus pies de dedos largos se flexionan y se estiran, como si estuviera... Algún tipo de ensoñación erótica, supongo. Está pensando en sus noches (sus tardes, sus mañanas) haciendo Dios sabe qué con el amigo Kruger. Son pensamientos sobre Kruger (¿y sobre alguna relación de después de la guerra?) que le agitan el *Fotze* hasta el punto de ebullición.

Bien, no tiene nada que ver con Thomsen. Nunca se han acercado el uno al otro más que en los actos sociales. Ahora que Thomsen se ha ido, Steinke ya no está en nómina, por supuesto (y para prevenir cualquier posibilidad de azoramiento futuro ya lo he arreglado todo con él, recurriendo a la modalidad concordante).

Kruger vive. Espero constantemente en la corroboración de la Cancillería.

Y una pieza más del rompecabezas encajará en su lugar.

El joven Prüfer, a diferencia de su infortunado hermano, fue a casa por Navidad. Y, a su vuelta, tardé muy poco en enfrentarme a él diciendo:

—¿Sabía que estaban cercados?

—Sí. Llevaban cercados más de 1 mes.

—¿Por qué no me lo dijo? Quedé como un auténtico...

—No pude arriesgarme, Sturmbannführer. Ahora es una infracción muy grave contar algo de esa importancia por carta. Irmfried me lo contó en código infantil.

—¿Código infantil?

—En lenguaje nuestro. Que sólo él y yo entendemos. Lo siento, señor, pero no quería poner a mi hermano en un aprieto. Creo que tiene bastante con ir tirando. Dice que todos ellos parecen carámbanos. Hace 2 semanas vio cómo unos hombres

decapitaban el cuerpo podrido de una mula. Se comieron los sesos con las manos desnudas.

—Ya. Pero para un soldado alemán... ¿Cómo está la moral?

—Podría estar más alta, sinceramente. En Nochebuena los hombres lloraban como niños. Estaban convencidos de que Dios los estaba castigando por todas las cosas que habían hecho en Ucrania. El año pasado.

—*Na*. El año pasado.

Me quedé pensativo, y al cabo de un momento Prüfer dijo:

—Pero déjeme que le tranquilice, mein Kommandant. Ni se les pasa por la cabeza rendirse. Esos chicos no sólo son unos soldados formidables: son nacionalsocialistas. Y nadie lo es más que Friedrich Paulus, que parece hecho de acero templado. Pelearán hasta la última bala.

—¿Les quedan balas?

La cara joven y seria de Prüfer contuvo una oleada de emoción, y su voz se hizo más gruesa:

—Un guerrero alemán sabe cómo morir, tengo la certeza. Creo que un guerrero alemán entiende qué significa *Sein oder Nichtsein*. Oh, sí, lo creo. Un guerrero alemán sabe lo que *eso* implica, pienso.

—¿Cómo será la cosa, entonces, Wolfram?

—Bien. El Generalfeldmarschall tendrá que suicidarse, por supuesto. Al final. Y el 6.º Ejército sucumbirá en una tempestad de gloria. Va a costarle muy caro al enemigo, de eso no ha de cabernos la menor duda. ¿Y quién será el vencedor al fin, Paul? El prestigio alemán. ¡Y el honor alemán, mein Kommandant!

—Sin duda —dije. Me erguí en la silla, aspiré profundamente—. Tiene razón en lo del prestigio, Hauptsturmführer. Cuando de 1.000.000 de hombres dan jubilosamente la vida por una idea...

—¿Sí, Paul?

—*Eso*, Wolfram, envía un mensaje que hará temblar al mundo. *Guerre à mort*. ¡No nos rendiremos nunca!

—¡Bravo, mein Kommandant! —dijo Prüfer—. No nos rendiremos nunca. ¡Oigámosle! ¡Oigámosle!

E iba todo tan bien, todo tan bien por una vez..., se estaban desnudando tan tranquilamente, y hacía calor en el Pequeño Cercado Castaño, y estaba allí Szmul, y los Sonders se abrían paso entre la multitud, e iba todo tan bien, y los pájaros, fuera, cantaban tan armoniosamente, y me sorprendí incluso «creyendo» —durante un lapso húmedo y neblinoso— que de verdad estábamos cuidando como era debido a aquella gente profundamente mortificada, que de verdad íbamos a limpiarlos y a volverlos a vestir y a alimentarlos y a proveerlos de una cama caliente donde dormir, y supe que alguien iba a desbaratarlo, supe que alguien iba a echarlo todo por tierra y a enloquecer mis pesadillas, y eso hizo ella, al venir no con violencia o con

abominación, no, en absoluto, una mujer muy joven, desnuda, y tensamente hermosa, cada pulgada de ella, viniendo a mí con un encogimiento de hombros y luego con un gesto de las manos alzadas despacio y luego con una casi sonrisa y luego con otro encogimiento de hombros y luego con una única palabra antes de seguir avanzando.

—18 —dijo.

Es un poco pronto para decirlo, lo reconozco, pero 1943, hasta el momento, nos ha deparado ya con creces su cupo de decepciones.

Me desahogaré sin más dilaciones. Alisz Seisser, como con delicadeza solemos decir, se halla en una «situación diferente». Y también yo.

Está embarazada.

Después de reflexionar detenidamente sobre el asunto, me levanté a las 06.30 y bajé a tomar un desayuno solitario. Oí el golpeteo de rigor en la puerta principal, y luego el arrastrar de pies sibilante de la criada.

—Correo de Berlín, señor.

—Déjalo ahí, Humilia. En el portatostadas. Y sírveme más Darjeeling.

Seguí tranquilamente tomando mi yogur, mi queso, mi salami...

Había un vacío en torno a la carrera carcelaria de Dieter Kruger. Si te quedas mirando el sol un instante más de lo debido, tu punto de enfoque será durante unos segundos una mancha palpitante. El amante de Hannah había permanecido oculto tras ese pulso glutinoso. Hasta ahora.

Alargué la mano para coger el sobre blanco y áspero, con mi nombre en tinta china, y el penacho dorado de la Cancillería. Con mano firme encendí un cigarro y cogí un cuchillo. Corté el sobre por arriba y me preparé para contemplar la situación y el paradero del amigo Kruger. Y esto es lo que decía la carta:

Lieber SS-Sturmbannführer Doll:

Dieter Kruger, Leipzig, 12 Januar 1934. Auf der Flucht erschossen.

Mit freundlichen Empfehlungen,

M. B.

¡Muerto a tiros cuando intentaba huir...!

Muerto a tiros cuando intentaba huir: una formulación verbal que puede designar destinos diversos. Muerto a tiros cuando intentaba huir. O bien, dicho de otro modo: muerto a tiros. O bien, dicho de otro modo: pateado o azotado o apaleado o estrangulado o muerto de hambre o congelado o torturado hasta la muerte (o condenado a una muerte). Pero muerto.

No hay más que 2 explicaciones posibles. O Angelus Thomsen estaba mal informado, o, por razones que sólo él conoce, informó mal a Hannah. Pero, en tal caso, ¿cuál era la razón que le había impelido a hacerlo?

Los últimos combatientes heroicos de Stalingrado, oí en mi fiel Volksempfänger, alzaron las manos para entonar quizá por última vez en su vida el himno nacional. ¡Qué gran ejemplo el de los guerreros alemanes en esta época grande! El heroico sacrificio de nuestros hombres en Stalingrado no fue en vano. Y el futuro nos mostrará por qué...

Hora: 07.43. Lugar: mi estudio un tanto caótico. Estaba escuchando una grabación del discurso capital que el ministro de Ilustración Pública pronunció en el Sportpalast el 18 de febrero. El discurso, ya en sí largo, se prolongó considerablemente con estallidos del más enfervorizado aplauso. Durante una de las más largas ovaciones tuve tiempo de leer y releer un excelente editorial aparecido en un número reciente del *Volkischer Beobachter*. ¿Su conclusión? *Murieron para que Alemania pudiera vivir*. En cuanto al ministro, terminó su perorata con una llamada a la guerra total: *¡Pueblo, levántate! ¡Tormenta, estalla!*

Cuando los silbidos y pateos finalmente se apagaron, me dirigí apresuradamente al salón del Club de Oficiales, necesitado de solidaridad y camaradería en aquel momento difícil. Me encontré allí con Möbius, alguien que sin duda compartía mis puntos de vista, que estaba tomándose una copa matutina.

Llené mi copa y pensé en algo que decir, algo que diera respuesta a la justificada gravedad de nuestro estado de ánimo.

—Ah, Untersturmführer —dije en tono amable—. «Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos...»

—¿Que quien qué?...

—Que da la vida por...

—*Blutige Hölle*, Paul, ¿de dónde saca la información? ¿De la Volksempfänger? Esos soldados *no dieron la vida por...* Se rindieron.

—*Kapitulation? Unmöglich!*

—150.000 muertos y 100.000 prisioneros. ¿Tiene alguna idea de lo que el enemigo va a hacer con esto?

—¿... Propaganda?

—Sí. *Propaganda*. Por el amor de Dios, Paul, entienda lo que le estoy diciendo. —Espiró pesadamente—. En Londres ya están fundiendo la llamada Espada de Stalingrado, «por orden del rey». Churchill se la regalará en persona a «Stalin el Poderoso» en la próxima cumbre. Y eso sólo es el comienzo.

—Ya, puede parecer un poco... Ah, pero el Generalfeldmarschall... Friedrich Paulus. Como el auténtico guerrero que es, como el guerrero romano, ha cogido la...

—Oh, *verpiss dich*. ¡Y una mierda! Lo que está haciendo es buenas migas en Moscú.

Aquella noche volví a la casa con el corazón afligido. Cada vez estaba más claro para mí que me habían engañado..., que había sido traicionado, al menos con el

pensamiento, por la mujer que yo creía que siempre seguiría a mi lado... Era Thomsen. Era Thomsen quien hacía que se le inflamaran los *Busen*. Era Thomsen quien hacía que se le agitaran los *Saften*. Pero se supone que yo *no sé nada* de eso, ¿no?

Di un empujón a la puerta. Hannah estaba tendida de través en la cama, y en la radio del enemigo, en impecable alemán culto, una voz decía: *Ahora las naciones civilizadas del mundo están en orden de batalla contra la bestia fascista. Sus infamias maníacas no pueden ocultar ya tras la niebla y la bruma el aliento fétido de una guerra asesina. Pronto los...*

—¿Quién está hablando?

—Paulus —dijo Hannah en tono alegre.

Sentí unos susurros encendidos en las axilas. Dije:

—Kruger... Kruger está muerto.

—Ya. Eso me han dicho.

—Entonces, ¿por qué, si puedo preguntártelo, estás tan radiante?

—Porque Alemania ha perdido la guerra.

—Hannah, acabas de cometer un *delito*. Un delito por el cual —dije, examinándome las uñas (y cayendo en la cuenta de que necesitaban una buena limpieza)—, un delito por el cual se puede pedir la pena de muerte.

—Dudar de la victoria. Dime, Pilli. ¿Dudas tú de la victoria?

Me erguí hasta mi talla máxima, y dije:

—Aunque la hegemonía clara pueda hurtársenos, no existe posibilidad de derrota. Se llama armisticio, Hannah. Un cese de las hostilidades. Hablaremos de las condiciones, simplemente.

—Oh, no, nada de eso. Deberías escuchar la radio del enemigo, Pilli. Los aliados sólo aceptarán la rendición incondicional.

—*Unerhört!*

Hannah se echó hacia atrás sobre un costado, en su elocuente *Unterrock*. Sus castaños y resplandecientes *Oberschenkeln...*, como los de una gigante.

—¿Qué harán con vosotros —preguntó, dándose la vuelta y regalándome con la colina hendida de su *Hinterteil*— cuando vean lo que habéis hecho?

—Ja. ¿Crímenes de guerra?

—No. Crímenes. Crímenes a secas. Yo no he visto ninguna guerra. —Se volvió y sonrió por encima del hombro—. Supongo que os colgarán. *Nicht? Nicht? Nicht?*

Dije:

—Y serás libre.

—Sí. Tú morirás y yo seré libre.

Por supuesto, no me digné responder. Mis pensamientos habían acabado fijándose en algo más interesante: el *kreative Vernichtung* del Sonderkommandoführer Szmul.

3. SZMUL: EL TIEMPO DE LOS CHICOS CALLADOS

En septiembre cumpliré treinta y cinco años. Esta sentencia enunciativa no pretende gran cosa, lo sé, pero contiene dos errores de hecho. En septiembre seguiré teniendo treinta y cuatro años. Y estaré muerto.

Cada amanecer me digo a mí mismo: «Bien. No esta noche.» Cada puesta de sol me digo a mí mismo: «Bien. No hoy.»

Es evidente que hay algo de infantil en la vida contingente. Existir hora a hora es infantil, de algún modo.

Cuán asombroso es decirlo: no puedo defenderme contra la acusación de *frivolidad*. Es frívolo, es estúpido, persistir en un paraíso de los necios, y no digamos en un infierno de los necios.

Tras la derrota alemana en el este se instala una calma preñada de desconcierto en el campo. Es como un ataque —y de nuevo cedo ante la sensiblería— de mortal turbación. Los hombres ven cuál ha sido el alcance de su apuesta por la victoria: los fabulosos crímenes legalizados por el Estado, comprenden por fin, siguen siendo ilegales en el resto del mundo. Este estado de ánimo les dura cinco o seis días, y ahora no es ya sino un recuerdo relativamente grato.

Hay selecciones en todas partes; en la rampa, por supuesto, y en el Ka Be, por supuesto, pero también en los barracones, y también cuando se pasa lista, y también en la entrada. En la entrada: los Kommandos de trabajo se enfrentan a estas selecciones a veces dos veces al día, cuando salen y cuando vuelven al interior. Hombres que parecen huesos de los deseos roídos —con forma de espoletas de ave roídas y chupadas— sacan pecho y avanzan al trote.

Los alemanes no pueden ganar la guerra contra los anglosajones y los eslavos. Pero probablemente tendrán tiempo para ganar la guerra contra los judíos.

Doll ahora, en la rampa, es diferente. Se ha esforzado. Parece menos astroso, y no está tan visiblemente borracho o con resaca (o las dos cosas). Su dicción —cosa extraña— se ha vuelto más segura y más «florida». Sigue estando muy loco, a mi juicio, y es lógico que así sea. ¿Qué otra vía les queda que cruzar la línea de la locura? Doll se ha ratificado en sus convicciones; se ha recogido con su ser más profundo y ha concluido que sí, que acabar con todos los judíos es el proceder correcto.

Los Sonders han sufrido la *Seelenmord*, la muerte del alma. Pero los alemanes la han padecido también. Lo sé. No podría haber sido de otro modo.

Ya no tengo miedo a la muerte, aunque sigo teniendo miedo a morir. Y tengo

miedo a morir porque va a dolerme. Eso es todo lo que me ata a la vida: el hecho de que dejarla va a ser doloroso. Va a dolerme.

La experiencia me dice que morir nunca dura menos de unos sesenta segundos. Incluso cuando te pegan un tiro en la nuca y caes como una marioneta a la que le han cortado los cordeles. La muerte real nunca dura menos de unos sesenta segundos.

Y a mí me da miedo ese minuto de asesinato.

Cuando Doll viene luego a verme, estoy en el depósito de cadáveres, supervisando al Kommando de barbería y al Kommando de boca. Los hombres del Kommando de barbería trabajan con tijeras; los hombres del Kommando de boca con un cincel o un pequeño y pesado martillo en una mano, para controlar las mandíbulas, y un gancho romo en la otra. En un banco de la esquina, el dentista de las SS se lame los labios mientras duerme.

—Sonderkommandoführer. Ven aquí.

—Señor...

Con la Luger desenfundada, pero no en alto (como si su peso le obligara a tener la mano derecha pegada al costado), Doll hace que entre delante de él en el almacén de las mangueras y escobas, los cepillos y la lejía.

—Quiero que escribas una fecha en tu diario.

Tienes una salchicha delante, y la comes, y eso está detrás de ti. Tienes un quinto de aguardiente delante, y lo bebes, y eso está detrás de ti. Tienes un lecho caliente delante, y duermes en él, y eso está detrás de ti. Tienes un día o una noche por delante, y eso está detrás de ti.

Antes sentía el mayor de los respetos por las pesadillas, por su inteligencia y arte. Ahora pienso que las pesadillas son lastimosas. Son absolutamente incapaces de concebir algo siquiera remotamente tan terrible como lo que yo hago durante todo el día, y han tirado la toalla. Ahora sólo sueño con limpieza y con comida.

—30 de abril —dice—. Toma nota mentalmente, Sonderkommandoführer. *Wulpurgisnacht*.

Hoy es 10 de marzo. Siento como si me hubiera sido otorgada la vida eterna.

—¿Dónde? —prosigue—. ¿En el Pequeño Cercado Castaño? ¿En el Muro de las Lágrimas? ¿Y cuánto tiempo? ¿Mil horas? ¿Mil cuatrocientas? ¿Y de qué modo?... Pareces abrumado, Sonder, por todas estas posibilidades.

—Señor...

—¿Por qué no confías en mí, sin más?

Estos hombres, los SS de la calavera, probablemente fueron un día hombres comunes y corrientes; el noventa por ciento de ellos. Comunes y corrientes,

mundanos, banales, vulgares... Normales. Un día fueron muy comunes y corrientes. Pero ya no son comunes y corrientes.

—No te vas a ir tan fácilmente, Sonder. Tendrás que hacerme un pequeño servicio antes de decir adiós. No te preocupes. Déjalo todo en manos del Kommandant.

Aquel día en Chelmno hacía un frío «ensordecedor». Y quizá eso era todo, ése era todo el sentido... del tiempo de los chicos callados.

Pero no. El viento pasaba veloz entre los árboles, y podías oírlo. Desde las cinco de la mañana a las cinco de la tarde, el poder alemán utilizaba látigos, y podías oírlo. Los tres furgones de gasear siguieron bajando del Schlosslager y descargando en el Waldlager, y volvían a cebarlos, y podías oírlo.

El 21 enero de 1942, el número se hizo tan grande que las SS y la Orpo seleccionaron a otro centenar de judíos para que ayudaran a los Sonders a arrastrar los cuerpos hasta las fosas masivas. Este Kommando suplementario estaba formado por quinceañeros. No se les suministraba ni comida ni agua, y trabajaban doce horas seguidas bajo el látigo, desnudos en la nieve y el barro petrificado.

Cuando la luz se hacía más tenue, el sargento mayor Lange llevaba a los chicos hasta las fosas y los mataba de un disparo uno por uno..., y podías oírlo. Al final se quedaba sin balas y utilizaba la culata de la pistola para machacarles el cráneo. Y podías oírlo. Pero los chicos, que avanzaban a empellones en la fila para tratar de ser los siguientes, no emitían sonido alguno.

Y después de esto, lo siguiente:

—Tiene el pelo negro, tu mujer, y una franja blanca en medio, como las mofetas, *nicht*?

Me encojo de hombros.

—Tiene un empleo remunerado, tu Shulamit. Es una costurera ducha en el oficio, y adorna los uniformes de la Wehrmacht con esvásticas. En la Fábrica 104. Por la noche vuelve a la buhardilla de encima de la panadería de la calle Tlomackie. ¿No es así, Sonder?

Me encojo de hombros.

—La van a trasladar el 1 de mayo. Una *buena* fecha, ¿eh, Sonder? El tercer aniversario del «sellado» —dice, con los dientes superiores llenos de sarro a la vista — de los barrios judíos. La trasladarán el 1 de mayo, y viajará hasta aquí. ¿Estás impaciente por ver a tu Shulamit?

—No, señor.

—Bien, te la ahorraré. Viejo bobo y sentimental que es uno. La matarán ese día en Lodz. El 1 de mayo. Eso será lo que suceda si no doy la contraorden esa misma mañana. ¿Entiendes?

Digo:

—Señor.

—Dime. ¿Eras feliz con tu Shulamit? ¿Era un amor cuyo mes es siempre mayo?
Me encojo de hombros.

—Ya, supongo que tendrías que explicar por qué, en su ausencia, te has derrumbado. Relájate un poco. *Ach*, no hay nada peor que el desprecio de una mujer. La tuya, Shulamit, es una chica hecha y derecha, ¿no es eso? ¿Le gustaba que te la follaras, Sonder?

31 de agosto de 1939. Era jueves.

Volví a casa a pie con mis hijos, con un sol sin tacha y no demasiado caluroso. Luego la familia cenó sopa de pollo y pan moreno. Pasaron a vernos, brevemente, amigos y familiares, y todos nos hacían la misma pregunta. ¿Nos habíamos movilizado demasiado tarde? Había un ambiente de gran ansiedad e incluso miedo, pero también sentimientos de solidaridad y de resistencia ante la adversidad (éramos, después de todo, la nación que diecinueve años atrás había derrotado al Ejército Rojo). Hubo también una larga partida de ajedrez y las habituales charlas intrascendentes, las habituales sonrisas y miradas, y aquella noche, en la cama, abracé con rebeldía a mi mujer. Seis días después, la ciudad, arrasada, estaba llena de caballos en putrefacción.

Cuando me sumé a aquel primer transporte, se suponía que con destino a Alemania, con la expectativa de encontrar un trabajo remunerado, me llevé a mis hijos conmigo: Chaim, de quince años, y Schol, de dieciséis; los dos altos y corpulentos, como su madre.

Fueron dos de los chicos callados.

Y después de todo eso, todo esto.

—No te preocupes, Sonder. Yo te diré a quién matar.

5. VIVOS Y MUERTOS

1. THOMSEN: PRIORIDADES DEL REICH

—No, me encanta estar aquí, *Tantchen*; es como unas vacaciones de la realidad.

—La vida familiar tradicional.

—Eso es.

Estaban Adolf (el nombre de su padrino), de doce años, Rudi, (el nombre de su padrino, el ex vicelíder Rudolf Hess), de nueve, y Heinie (el nombre de su padrino, el Reichsführer-SS Heinrich Himmler), de siete. Y tres hijas: Ilse (once años), Irmgard (cuatro años) y Eva (dos años); y otro chico, Hartmut (un año). Y Frau Bormann, aquellas navidades, tenía una noticia muy especial que anunciar: estaba embarazada.

—Y serán ocho, *Tante* —dije, siguiéndola a la cocina (el pino desnudo, los aparadores, la vajilla caleidoscópica)—. ¿Y vas a tener más?

—Bueno, necesito diez. Con diez te dan la mejor medalla. Y con éste serán nueve, no ocho. Tengo ya ocho. Tuve a Ehrengard.

—Es cierto, sí. —Y continué, osado (siendo Gerda como era)—: Lo siento, tiita, pero ¿Ehrengard cuenta? ¿Puedo ayudarte con eso?

—Oh, sí. —Con las manos enguantadas y los antebrazos trémulos, Gerda levantó una sopera del tamaño de un bidé desde el horno hasta la repisa—. Oh, sí, los muertos cuentan. No tienen que estar vivos. Cuando nació Hartmut y pedí la *Mutterkreuz* de oro, ¿me iban a responder *No, no hay Mutterkreuz para usted: uno de ellos murió, así que sólo tiene siete?*

Me estiré en la silla y dije:

—Ahora me acuerdo. Cuando pasaste de la plata al oro, *Tantchen*. Con Hartmut. Fue un día de mucho orgullo. Oye, ¿puedo hacer algo?

—No seas ridículo, *Neffe*. Quédate donde estás. Una buena copa de... ¿qué es esto? *Trockenbeerenauslese*. Toma. Cómete un arenque con pepinillo. ¿Qué vas a darles?

—¿A los niños? Dinero, como siempre. Medido estrictamente por la edad.

—Siempre les das demasiado, *Neffe*. Se les sube a la cabeza.

—He estado pensando, querida, que podrías tener alguna pequeña dificultad si tu décimo hijo es un chico —dije (a los varones se los llamaba automáticamente Adolf, y se les asignaba el mismo padrino)—. Tendrás dos Adolf.

—Es cierto. A Kronzi lo llamamos Adolf. Por si acaso.

—Muy sabio. A propósito, siento haberle llamado Rudi a Rudi. O sea, siento haberle llamado Rudi a Helmut.

A Rudi se le había cambiado el nombre, por orden judicial, después de que Rudolf Hess, conspicuo hipnotizador y clarividente (y número tres del Reich), volara en solitario a Escocia en mayo de 1941 con intención de negociar una tregua con alguien a quien, según había oído vagamente, llamaban duque de Hamilton.

—No te disculpes —dijo Gerda—. Yo a Rudi le llamo Rudi todo el tiempo. Le llamo Rudi a Helmut, quiero decir. Oh, y acuérdate. No le llames Ilse a Ilse. Ahora se llama Eike. Se le llamó Ilse por Frau Hesse, así que Ilse ahora es *Eike*.

Mientras ponía la mesa para siete y preparaba dos tronas para los bebés, la tía Gerda contó anécdotas sobre varios miembros del personal doméstico: la institutriz (atolondrada), el jardinero (taimado), la criada (putilla) y la niñera (ladrona). Luego se quedó quieta y ensimismada.

—No tienen que estar vivos —dijo—. Los muertos cuentan.

Entretanto, el marido de Gerda, jefe de la Cancillería del Partido, cerebro de la Wilhelmstrasse, se hallaba de camino para reunirse con nosotros aquí, en la vieja casa familiar de Pullach, en el sur de Baviera. ¿Y de dónde venía? Del refugio de montaña de Obersalzberg, en los Alpes bávaros; de la residencia oficial conocida como Berchtesgaden, o Berghof, o Kehlsteinhaus; los bardos y los soñadores la llamaban el Nido del Águila...

Con súbita indignación, Gerda dijo:

—Pues claro que cuentan. Sobre todo en los días que corren. Nadie *llegaría* nunca a diez si no contasen. —Rió en tono burlón—. Por supuesto que los muertos cuentan.

Era media mañana. El tío Martin estaba inclinado sobre la mesita del recibidor, clasificando y apilando el vasto volumen de su correo.

—Tienes buena memoria para el personal con faldas de la tercera planta del Sicherheitsdienst, ¿eh, *Neffe*? Conociéndote... Truhán. Necesito que me ayudes.

—¿Cómo puedo ayudarte?

—Hay una chica allí que yo... Toma, lleva algo de esto, Golo. Extiende los brazos. Voy a cargarte.

Con la guerra mundial ahora girando sobre sus goznes, con el futuro geohistórico de Alemania en cuestión y amenazada la existencia misma del nacionalsocialismo, el Reichsleiter tenía muchas cosas de las que ocuparse.

—Prioridades, *Neffe*. Lo primero es lo primero. Mira —dijo con indulgencia—. Al Jefe le encantan sus sopas de verduras. Se podría casi decir que se ha vuelto *dependiente* de sus sopas de verduras. Y a ti podría pasarte lo mismo, Golo, si prescindieras por completo de la carne, el pescado y las aves de corral. Bien, pues resulta que su cocinera dietética de Berghof tiene nada menos que una abuela judía. Y no se puede tener a alguien así cocinando para el Jefe.

—Obviamente no.

—La despedí. ¿Y qué pasa? Que él anula el despido, ¡y ella vuelve a ocupar su puesto!

—Son las sopas de verduras, *Onkel*. ¿Su..., su compañera cocina alguna vez?

—¿Fräulein Braun? No. Lo único que hace es elegir las películas. Y sacar fotografías.

—¿Esos dos, *Onkel*?... Él..., ellos hacen realmente...

—Buena pregunta. —Levantó rápidamente un sobre hacia la luz—. Lo cierto es que desaparecen juntos... ¿Sabes, Golo, que el Jefe no se quita la ropa ni para que lo examine su médico personal? Además es un fanático de la limpieza. Y ella también. Y en cuanto al dormitorio... tienes que..., no puedes..., tienes que subirte las...

—Claro, claro, *Onkel*.

—Sujétalo bien. Usa la barbilla... Bien, considéralo desde esta perspectiva, *Neffe*. El Jefe salió de una pensión pobre de Viena y se ha convertido en el rey de Europa. Es una necesidad, es una *frivolidad* esperar que sea como los demás. Me encantaría saber algunos detalles, pero ¿quién puede preguntarle?... Gerda.

—Sí, *Papi* —dijo Gerda, acercándose al pasar.

—Quiero una explicación.

—Sí, *Papi* —dijo ella, retrocediendo.

El perfil físico de los Bormann era parecido al de los Doll. Gerda, de mi edad, y una mujer de aspecto espléndido, con muchos matices de belleza pictórica en la cara, medía más de un metro ochenta con los zuecos. Y el tío Martin era una versión más comprimida, y por lo tanto ensanchada, del comandante, pero oscura y pulcramente atractivo a su manera, con su aire travieso y sus ojos estimulantes. Había algo de jugoso en su boca; en ella siempre maduraba una sonrisa. Era revelador también que Martin nunca parecía amilanado ante la estatura de Gerda; caminaba a zancadas como si ella le hiciera más alto, a pesar de su panza orgullosa y su trasero de oficinista. Dijo:

—El árbol de Navidad.

—Se han confabulado en mi contra, *Papi*. Fueron por Hans a mis espaldas.

—Pensaba que estábamos de acuerdo sobre la religión, al menos. En cuanto se les mete una gota dentro quedan envenenados de por vida.

—Exactamente. La culpa es de Carlomagno. Por traerla a Alemania.

—No culpes a Carlomagno. Culpa a Hans. Nunca más. ¿Está claro?

—Sí, *Papi* —la oímos susurrar mientras seguíamos andando.

El taller del tío Martin en Pullach: las filas de archivadores gris plomo, las consolas de fichas, los amplios espacios de mesa divididos en secciones, la enorme caja fuerte. Pensé otra vez en Doll, y en la oficina y el estudio de Doll: aquellos dos lamentables poemas de irresolución y negligencia.

—*Onkel*, ¿qué vas a hacer con Speer? Ese hombre es una amenaza.

Por una vez hablé sentidamente: el joven ministro de Armamento y Producción Bélica, con sus asombrosas simplificaciones (racionalización y estandarización) era capaz, a mi juicio, de postergar la derrota durante un año como mínimo.

—¿Por qué no has actuado ya?

—Es demasiado pronto —dijo el tío Martin, encendiendo un cigarrillo—. El Lisiado (Goebbels, *der Krüppel*) está más arriba que Speer, por ahora. Y goza del favor del Travestí (Göring, *der Transvestit*). Pero Speer no tardará en descubrir lo débil que es frente al Partido. Lo cual es clave para mí.

Yo fumaba también, y estaba repantigado en un sofá de cuero, a su derecha. Dije:

—¿Sabes por qué el Jefe es tan cariñoso con él, *Onkel*? No es porque haya..., no sé..., modernizado la producción de cristal prismático. No, mira a Speer y piensa: Si no me hubiera llamado la Providencia, yo habría sido así, yo habría sido él, un arquitecto, un creador libre.

La silla giratoria de Martin se había vuelto lentamente hacia mí.

—¿Y bien?

—Haz que se parezca a cualquier otro sátrapa codicioso, *Onkel*. Ya sabes, poniendo pegas, mendigando recursos. Pronto se le irá la lozanía.

—Dale tiempo... Muy bien, Golo. Buna.

Cuando entramos en la sala para el aperitivo del mediodía, el tío Martin estaba diciendo:

—Te comprendo, hijo. Es suficiente para sacarte de quicio. Yo también tengo que soportar esas interminables lamentaciones por los prisioneros de guerra y la mano de obra extranjera.

Rudi/Helmut, Ilse/Eike, Adolf/Kronzi, Heinie y Eva estaban sentados alrededor del árbol (del que colgaban velas encendidas, galletas y manzanas), regodeándose en silencio con sus regalos. Irmgard estaba al piano; tocaba la tecla más aguda, usando el pedal de la sordina.

—¡Basta ya, Irma! *Ach*, Golo, dicen que ¡nada de castigos corporales! ¿Cómo, si no, vas a sacarles algún rendimiento?

—¿Cómo? ¿Cómo? Pero está bien, *Onkel*, ahora que Burckl se ha ido. No más amas de cría. Hemos vuelto a lo probado, a lo fiable.

—Con los que hay ya son demasiados. Si no andamos con cuidado, te digo, ganaremos la guerra militarmente y la perderemos racialmente. ¿Ginebra holandesa?

—El tío Martin soltó un bufido y dijo—: El Jefe me hizo reír el otro día. Acababa de enterarse de que alguien intentaba prohibir la anticoncepción en los territorios del este. Seguramente habrá sido el Masturbador (Rosenberg, *der Masturbator*). Y el Jefe dijo: ¡Que alguien lo intente y lo mato yo mismo de un tiro! Estaba girando hacia la derecha. Así que para animarle le dije algo que había oído sobre el gueto de Litzmannstadt. Allí, para uso propio, están haciendo condones con chupetes de bebé. Y él dice: ¡Pues eso es lo que hay que hacer! Salut!

—*Salut*. O, como dicen los ingleses, *Cheers*.

—... Regálate los ojos, muchacho. *Ach*. Una buena ración de críos. Un fuego crepitante de leña. Fuera, la nieve. Sobre la tierra. Sobre *die Erde*. Y la esposa en la cocina, nunca más feliz que cuando se ocupa de los quehaceres que se le asignan. Y esos dos guardias en la entrada. Con los cigarrillos encendidos. Escucha esto, Golo —continuó—. Una buena.

El tío Martin perdía pelo en las zonas en las que los hombres suelen perderlo, pero su flequillo en pico tenía cierta forma artística, y conservaba su brillo. Se pasó por él los nudillos.

—Finales de octubre —dijo, sin bajar la voz—. Me pasé por el SD para que Schneidhuber me entregara unos papeles. Necesitaba unas mimeografías y le eché el lazo a una de las secretarias para que me ayudara. Así que ella está mirando por encima de mi hombro mientras yo marco las páginas, y, en un impulso, Golo, le deslizo la mano izquierda entre las piernas. Y ella ni siquiera pestañea... Subo y subo la mano, se la paso entre las rodillas y subo y subo más arriba y más arriba... Y cuando llego a mi destino, *Neffe*, ella... simplemente *sonríe*... Así que empujo con el pulgar y se lo encajo dentro...

—Ésa sí que es buena, *Onkel*— dije, riéndome.

—Ah, pero en ese mismo momento, *Neffe*, ¡en ese mismo momento me llamaron a la *Wolfsschanze*! Estuve fuera un mes. Volví y, por supuesto, la chica había desaparecido. Ni rastro de ella en la oficina de las secretarias. Concéntrate, *Neffe*. Una coquetuela vivaracha con el pelo rojizo. Un verdadero serpenteo de curvas. Su nombre empieza por K. ¿Klara?

—Oh, es famosa. Y no está en la sección de secretaría, *Onkel*. Va de aquí para allá con la tetera. Krista. Krista Groos.

El Reichsleiter se metió los dedos meñiques en las comisuras de la boca y lanzó un silbido tan estridente que Irmgard y Eva se echaron a llorar al mismo tiempo. Luego se oyeron las pisadas cada vez más aceleradas de un calzado recio y Gerda entró por la puerta con Hartmut desnudo en la cadera.

—*Neffe* puede hacer que me reúna con mi pelirroja sonriente —dijo el tío Martin. Gerda levantó a Hartmut hasta el hombro.

—¡Qué a tiempo, *Papi*! Porque a partir de marzo voy a estar inservible. ¿Sabes, Golo? Desde el tercer mes —se sinceró— ni siquiera se me acerca. ¡Niños! ¡El ganso está en la mesa! Oh, deja de lloriquear, Eva.

En el curso de los tres meses siguientes, al tío Martin sólo se le veía a la hora de las comidas. Tuvo una serie de visitantes: un tal Max Amann (Publicaciones del Partido), un tal Bruno Schultz (Raza y Reasentamientos) y un tal Kurt Mayer (Agencia de Ascendencias del Reich). Cada uno de estos funcionarios, en su

momento, se sentaron a la mesa con los mayores, y todos tenían la misma expresión en el semblante: la de quienes pilotan sus naves guiados por las estrellas más altas.

Di largos paseos con Gerda. Entretener a Gerda, acaparar la atención de Gerda, aligerarle el trabajo a Gerda: tal había sido siempre parte de mi labor en aquella casa, y parte del valor que podía tener yo para el Reichsleiter. *Después de una de tus visitas, Golo*, me dijo mi tío una vez, *Gerda canta durante semanas mientras friega el suelo*.

Aquellas navidades paseamos del brazo por céspedes y senderos, los dos bien abrigados: Gerda con sombrero de tweed y bufanda de tweed y chal de tweed. Cuando la abrazaba, lo cual hacía muy a menudo (un reflejo de sobrino que se remontaba a trece años atrás), imaginaba que abrazaba a Hannah..., la misma altura, la misma corpulencia. La sujetaba por los hombros con firmeza, y trataba de disfrutar de aquella cara, de la nariz fuerte, de los ojos castaños esencialmente tiernos. Pero entonces abría sus bellamente dibujados labios, y hablaba... Y yo volvía a abrazarla.

—Tienes esa expresión, Golito. Estás pensando en alguien, ¿verdad? Lo veo.

—No puedo ocultarte nada, *Xante*. Sí. Y es de tu altura. Cuando te abrazo siento tu barbilla pegada a mi cuello. Y con ella pasa lo mismo.

—Bien. Quizá podáis vivir juntos después de la guerra.

—Pero quién sabe... Las guerras son muy confusas, *Tante*. Nunca se sabe qué va a pasar al final.

—... Cierto, Golito. Cierto. ¿Y cómo está Boris?

Seguimos caminando. El aire inodoro era magnífico. El silencio era magnífico... Sólo se oía el crujir de nuestras pisadas. La blancura de los repliegues y las masas ondulantes de nieve era magnífica. Nieve blanca.

¿Y qué tramaba el tío Martin con Max Amann, con Bruno Schultz, con Kurt Mayer, en los últimos días de 1942? Me lo contó todo.

Con Amann, el editor del Partido, el tío Martin estaba tomando medidas para abolir el alfabeto germano. ¿Por qué? Porque la Cancillería había razonado que el viejo alfabeto gótico (cuyos enrevesados floreos eran el orgullo de todo chovinista) podía tener un origen judío. Así que ahora la idea era reemplazarlo (a un coste incalculable) por el Roman Antiqua..., en todo el territorio del Reich, en los libros de texto, en los periódicos y en los documentos y en los letreros de calles y en todo lo demás.

Con Schultz, de Raza y Reasentamientos, el tío Martin debatía la posibilidad de encontrar una definición viable de los *Mischlinge*, o mestizajes étnicos. Una vez definidos, decidirían qué hacer con ellas. Aquel diciembre, él y Schultz estuvieron «calculando el coste» de esterilizar a setenta mil hombres y mujeres, cada uno de los

cuales requeriría un mínimo prohibitivo de diez días de hospitalización.

Con Mayer, de Investigación Racial, fue diferente. Con Amann y Schultz, el Reichsleiter se empleaba a fondo; elucubraba con entusiasmo. Con Mayer, sin embargo, no podía ocultar una leve impaciencia respecto de su destino.

Ocasionalmente, el tío Martin podía sentirse resentido en relación con su progenie; pero quienes lo atormentaban de forma crónica eran sus ascendientes. Un funcionario de su rango necesitaba ser ario de modo demostrable hasta cuatro generaciones atrás, y quienes lo investigaban se encontraban siempre con el vacío de su bisabuelo.

La indagación sobre la genealogía de los Bormann había comenzado en enero de 1932.

—Y no acabará —dijo (con presciencia)—. Aunque los rusos cruzaran el Oder y los americanos el Rin..., no va a abandonarla.

El bisabuelo del tío Martin era hijo ilegítimo. Y la tatarabuela del tío Martin, según lo expresaba él mismo, *era el putón del vecindario*, así que el origen paterno de Joachin podía ser *cualquiera*.

—Esta noche viste todas tus galas, *Neffe*. Para intimidar a Mayer. Yo vestiré las mías.

El tío Martin jamás había levantado la mano airado, salvo en casa, y no fue un Viejo Luchador en los inicios, aunque sí un financiador de los Viejos Luchadores. A pesar de ello, el tío Martin acababa de recibir un nuevo ascenso, y vino a cenar con su uniforme de SS-Obergruppenführer, teniente general.

—Yo pago mi parte. De mi bolsillo. Pero a la gente de Mayer le he prometido un «apoyo proporcional» de los fondos estatales. Ésa *podría* ser la solución. Mientras yo siga al pie del cañón.

—Trabajas demasiado, *Onkel*.

—Eso es lo que yo le digo siempre, *Neffe*. Siempre le estoy diciendo: *¡Trabajas demasiado, Papi!*

—¿Lo ves? Eso es lo único que me dice: *Trabajas demasiado*. Ahora vete, Gerda. Tengo unos asuntos que tratar con Golo.

—Por supuesto, *Papi*. ¿Puedo traerles algo, caballeros?

—Agáchate y echa otro tronco al fuego al salir. Disfruta de la vista, *Neffe*. Ah... No me digas que no es una buena chica...

—¿En qué estoy ahora? ¿En lo personal, te refieres? Oh, en nada muy importante. Me he pasado dos días cubriéndome de polvo en la Gestapa. Etiquetas rojas, etiquetas

azules. Estoy intentando averiguar el paradero de alguien. No es nada mío. Lo hago para una dama amiga.

—En eso eres muy bueno. So salvaje.

—Estoy *bastante* ansioso por volver a Buna. Mientras tanto estoy a tu entero servicio. Como siempre, *Onkel*.

—¿Qué sabes de la Ahnenerbe?

—No mucho. Investigación cultural, ¿no? Una especie de equipo de cerebros. Bastante de tercera clase, imagino.

—Toma. Llévatelo. No lo leas ahora. Sólo fíjate en el título.

—«La teoría del hielo cósmico.» ¿Qué es eso?

—Pues... Bueno, en esto nos las vemos con el Charlatán (*Himmler der Kurpfuscher*). Entre nosotros: nunca he tenido gran respeto por toda esa antropología suya. No le veo mucho sentido. Y todo eso de las hierbas. Laxantes y yogures. No estoy nada de acuerdo. No le veo el sentido.

—Los baños de avena sativa y demás...

—No creo en ello. Aunque esto es diferente, Golo. Ahora escucha esto. En la Ahnenerbe hay un departamento de meteorología, donde se supone que elaboran pronósticos a largo plazo. Pero es sólo una pantalla. En lo que realmente trabajan es en la teoría del hielo cósmico.

—Será mejor que me expliques, *Onkel*.

—Hace bastante calor aquí, ¿no? Dame tu copa. Toma. Bébetelo.

—*Salud*.

—*Salud*. Bien. Esa teoría sostiene que los arios..., sostiene que los *arios* no son... Espera. Sí, y está eso del continente perdido y demás. Es bastante técnico, y ahora no quiero ponerme a elucubrar. Mira. Todo está aquí. Quiero que te empapes bien en ello, *Neffe*. Y que me digas cómo están las cosas al respecto en la Ahnenerbe.

—Las cosas sobre la teoría del hielo cósmico...

—Verás, no estoy defendiendo sus méritos. Es obvio. ¿Cómo podría hacerlo?

—Por supuesto que no podrías: no eres científico.

—No estoy cualificado científicamente. Por otra parte, conozco mi política, *Neffe*. Y no es la teoría lo que cuenta. Lo que cuenta es quién cree en ella. El Charlatán es muy comunicativo, y, por cierto, también lo es el Travesti, y no es que le sigamos haciendo caso. Gracias a mí. Pero el Jefe, Golo, el Jefe... El Jefe insiste en que si la teoría del hielo cósmico sostiene que...

—Un momento, *Onkel*. Perdona, pero yo creía que al Jefe no le interesaban ese tipo de cosas.

—Oh, sí, cada vez se interesa más por ellas. Runas, y demás. Y deja que el Lisiado le haga el horóscopo... Veras, el Jefe mantiene que si la teoría del hielo cósmico es atinada, si podemos confirmarla y logramos imponerla... En fin... Según él, nuestros enemigos dejarán las armas y pedirán disculpas. Y el Reich Milenario será una realidad..., tendrá su *mandato del cielo*. Es lo que el Jefe dijo. Así que ya

ves, Golo. No puedo permitirme estar en el lado malo en este asunto. Así que averigua cosas sobre el hielo cósmico, *Klar*?

—Absolutamente claro, *Onkel*.

—De un trago. Vamos, muchacho. Ayuda a dormir.

—Estaba pensando... Ahora que he bajado hasta aquí quizá estaría bien que echara una ojeada a la Casa Parda.

—¿Para qué? Es una enorme telaraña.

—Ya. Pero tienen toda la información de la SA del 33 y el 34. Nunca se sabe.

—¿Qué buscas exactamente?

—Oh. A un comunista.

—¿Nombre? Espera. No me lo digas. Dieter Kruger.

Me sorprendió sobremanera, pero proseguí en tono pausado:

—Sí. Kruger. Qué extraño. ¿Y por qué te parece tan gracioso, *Onkel*?

—Oh, querido. Oh, querido, querido... Lo siento. —Tosió, y escupió en el fuego—. Bien. En primer lugar, todo este asunto de Kruger es un absoluto chiste. Siempre me hace reír. Y ahora, *Neffe*, y para que nos pongamos todos contentos, tú, mi chico, a menos que me equivoque mucho, te estás follando a Frau Doll.

—No es así, *Onkel*. ¿En el Kat Zet? No es un lugar que se preste.

—Ya. Un tanto sombrío, imagino.

—Sí. Un tanto sombrío. Ahora un momento, señor. Vas muy por delante de mí, *Onkel*. Me he perdido.

—De acuerdo. De acuerdo —dijo, y se frotó los ojos—. A principios de noviembre me llegó un teletipo del comandante. Sobre Kruger. No le he contestado todavía, pero tendré que hacerlo. Veras, *Neffe*, la cuestión es que a él y a mí nos une un vínculo sagrado.

—Vaya sorpresas las tuyas esta noche, *Onkel*.

—El vínculo más sagrado que existe. Más sagrado incluso que los votos del matrimonio. La complicidad en el asesinato.

—Oh, cuéntame.

—Acábate esto, Golo —dijo, tendiéndome el coñac—. Escucha, *Neffe*. Principios del 23. La unidad paramilitar de Doll identifica a un «traidor» en su seno. En Parchim. ¡Yo era inocente, señorita! Lo único que hice fue concederles el permiso para dar una paliza. Pero Doll y sus muchachos estuvieron hasta muy tarde en el bar, y luego, en el bosque, se les fue la mano. Me pasé un año encerrado. ¿Te acuerdas de que no fuimos de acampada ese verano? A Doll le cayeron diez. Podríamos decir que pagó el pato por mí. En parte. Estuvo en prisión cinco años. Bueno, ¿por qué le preocupa Kruger? A estas alturas. ¿Porque Kruger se la folló antes?

—Cuando le contestes, ¿qué vas a decirle? A Doll.

—Oh, no lo sé. —Y añadió, con un bostezo—: Seguramente que lo mataron a tiros cuando intentaba huir.

—¿Y es verdad?

—No. Es una forma de hablar, por supuesto. Lo único que significa es que está muerto.

—¿Lo está?

—*Ach. Ach*, me muero de ganas de contarte toda la historia, *Neffe*. Porque sé que serás capaz de verle la belleza. Una de las cumbres morales del nacionalsocialismo. Pero no hay ni media docena de hombres en todo el Reich que sepa lo que fue de Dieter Kruger. Consultaré con la almohada y lo sopesaré. Querido, oh, querido...

—Doll. También fue comunista, ¿no? Durante un tiempo.

—Nunca. Siempre ha sido un nazi cabal. Eso hay que reconocérselo. No, estaba en la nómina de los Pardos. Y delató a Kruger a la Célula H. Los Puños de Hierro... Esa Hannah... ¿Por qué se casaría con ese pobre diablo? Ohhh, yo mismo podría haberle hecho un destrozo en aquel tiempo. Tenía un tipo maravilloso. Aunque en la boca... Tenía la boca demasiado ancha, ¿no crees?

—Es una boca muy bonita. ¿Sigues viéndote con esa actriz trágica, Manja? ¿O se acabó?

—No, seguimos. Quiero que se venga a vivir aquí. Entre película y película, al menos. Gerda está de acuerdo. Siempre que la deje preñada. Me refiero a dejar preñada a Manja. Además de a ella, que quiere diez hijos para la *Mutterkreuz*. Vamos, demos las luces. Enciende las de aquel lado.

A las cinco de la mañana del día siguiente —el último día de 1942—, el tío Martin salió de casa. ¿Adónde iba? En primer lugar, y en coche, al refugio de montaña en Berchtesgaden; y de allí, en avión, al Cuartel General del Mando en Rastenberg, Prusia Oriental. Del Kehlsteinhaus a la Wolfsschanze..., del Nido del Águila a la Guarida del Lobo...

Dije, en el desayuno:

—No, me encantará celebrar la Nochevieja contigo, querida. Pero, ay, luego tengo que volver a la ciudad. Y me iré temprano. Hans me llevará en la furgoneta. El Reichsleiter me ha encomendado una misión urgente.

Gerda dijo, abstraída:

—Creo que el mariscal de campo Manstein es judío. ¿No crees? Se le nota en el nombre... ¿Y después de Berlín?

—Vuelvo a Buna. Cuando el diablo no tiene qué hacer, con el rabo espanta a las moscas, *Tante*.

—¿Qué has dicho? —preguntó, mirando hacia otra parte como quien no espera respuesta.

Durante la noche había llovido, y luego la mañana se había caldeado y había comenzado el deshielo. Ahora un sol acre y amarillo jugueteaba en los aleros y en las

pendientes de los tejados. Todas las cañerías estaban activas; los fluidos discurrían raudos en su interior, y pensé en una multitud de ratones en estampida. Gerda dijo:

—¿Ha mencionado *Papi* la guerra?

—Apenas. —Sorbí el té y me limpié la boca—. ¿Te ha hablado a ti de ella?

—Apenas. No creo que la guerra le interese especialmente. No es su campo.

—Eso es verdad, *Tante*. Tienes razón. Buna tampoco le interesa demasiado. Porque no es su campo, *Tantchen*. Buna, caucho sintético para usos militares...

Hilos de nieve derretida centelleaban como cortinas de cuentas en los cristales empañados. En alguna parte, cayó a tierra un montón de nieve sucia de una cornisa.

—¿Por qué es importante la buna?

—Porque con ella conseguiremos la autarquía.

—Eso no suena muy bien.

—No tiene nada que ver con la anarquía, *Tantchen*. Autarquía... Seremos autosuficientes. Y cuando las primeras cinco mil toneladas de caucho salgan de Buna-Werke, y cuando convirtamos carbón en combustible a un ritmo de setecientas mil toneladas al mes, esta guerra va a tomar un cariz bastante diferente. Te lo puedo asegurar.

—Gracias, querido... Eso me da ánimos. Gracias por decirlo, *Neffe*.

—¿Está..., le interesan especialmente al tío Martin los judíos?

—Bueno, tienen que interesarle, ¿no? Y, por supuesto, está totalmente a favor.

—¿A favor?

—A favor de la *Endlosung*, por supuesto. Espera —dijo—. Sí ha mencionado la guerra. Sí ha mencionado la guerra. —Frunció el ceño y prosiguió—: Parece que ahora saben por qué subestimamos al Ejército Rojo. Han ido hasta la raíz del asunto. Rusia tuvo una guerra propia recientemente, ¿no?

—Tienes razón como siempre, queridísima. La guerra de Invierno, Finlandia. Del treinta y nueve al cuarenta.

—Y les salió mal, ¿no es eso? Bueno, pues lo hicieron adrede, según *Papi*. Para engañarnos y hacer que les declaráramos la guerra. ¡Y otra cosa!

—¿Cuál, *Tante*?

—Se supone que Stalin mató a la mitad de sus oficiales, ¿no?

—Cierto, otra vez. Las purgas. Del treinta y siete al treinta y ocho. A más de la mitad. A siete de diez, probablemente.

—Bueno, pues en realidad no lo hizo. Fue otra mentira judía. Y caímos en la trampa como las almas cándidas que somos. No están muertos. Están vivos.

Justo al otro lado de las puertas de cristal, una bajante se hizo visible al reventar y empezó a expulsar agua desaforadamente, con violencia, para instantes después volver a su sitio y desaparecer de la vista. Gruesas lágrimas se agolparon en los ojos de la tía Gerda. Los ratones corrían y chillaban, tropezando unos con otros, cada vez más veloces.

—No están muertos, *Neffe*. Los judeo-bolcheviques. Ninguna enfermedad ni

ninguna inmundicia erradicarán jamás a esa escoria. ¿Por qué, cariño? Dime. No te estoy preguntando por qué los judíos nos odian. Te estoy preguntando por qué nos odian tanto. ¿Por qué?

—No sabría contestarte, *Tantchen*.

—... No están muertos —dijo, como en trance—. Están todos vivos.

El día de Año Nuevo, en mi vagón de primera clase, «La teoría del hielo cósmico» (un abultado texto de varios autores) descansaba desatendido sobre mis muslos. Miré al exterior. En primer lugar, los siempre crecientes y aparentemente interminables extrarradios de Múnich pasaban a los costados con un gemido veloz: las praderas y bosques vírgenes se habían visto reemplazados por fábricas y fundiciones, por pirámides de arenilla y grava. Oíamos las sirenas urbanas, y el tren se internó en un túnel y se amilanó en su interior más de una hora. Luego ganamos velocidad, y bajo un sol vivo Alemania fue desfilando ante mis ojos como un torrente de tonalidades tierra, siena, ámbar, ocre...

La risa aguda del tío Martin me había dicho que Kruger ya no estaba entre los vivos. Y yo, como es lógico, recordé mi conversación con Konrad Peters.

Lo hicieron desaparecer para aplicarle un trato especial. Un trato muy especial.

Lo asesinaron.

Oh... Como mínimo.

Necesitaba saber el alcance de ese «como mínimo».

Era difícil ser valiente en la Tercera Alemania. Tenías que estar dispuesto a morir..., y a morir después de un prelude de tortura que tenías que soportar sin dar nombres. Y eso no era todo. En los países ocupados hasta el criminal más bajo podía resistir y al final morir como un mártir. Aquí, hasta el mártir moría como el criminal más bajo, en una suerte de ignominia que cualquier alemán juzgaría particularmente terrible tener que presenciar. Y no dejabas tras de ti más que una estela de miedo.

En los países ocupados tal hombre sería un modelo que seguir, pero no en la Tercera Alemania. La madre y el padre de Kruger, si aún los tenía, no hablarían de él más que entre ellos, y en susurros. Su mujer, si la tenía, quitaría su fotografía de la repisa de la chimenea. A sus hijos —si los tenía— se les enseñaría a apartar la cara de su recuerdo.

Así que la muerte de Dieter Kruger no era útil para nadie. Para nadie más que para mí.

2. DOLL: LÓGICA NOCTURNA

Era noviembre..., el pasado 9 de noviembre, Día de Duelo del Reich. Desperté, volví en mí en el Club de Oficiales. Vaya, pensé, debes de haberte quedado dormido,

muchacho. Debes de haber echado una cabezada, ¿no? El almuerzo había terminado hacía tiempo, y, a pesar de habernos embarcado en él con un fervor patriótico inflamado por mi discurso conmemorativo, había degenerado a ojos vistas. A mi alrededor, los restos y desechos de un banquete de gángsters: servilletas llenas de vómitos, botellas volcadas, colillas hincadas en el bizcocho; y, fuera, el sucio crepúsculo de Silesia. Crepúsculo en noviembre, amanecer en febrero: ése es el color del campo.

Mientras estoy allí echado, intentando liberarme la lengua del paladar de mi boca, me asaltan estas preguntas...

Si lo que estamos haciendo es bueno, ¿por qué huele tan lacerantemente mal? En la rampa, por la noche, ¿por qué sentimos la necesidad ineludible de emborracharnos de forma tan desenfundada? ¿Por qué hemos hecho que el prado se agite y escupa? Las moscas son gordas como zarzamoras, los bichos, las enfermedades, oh..., *scheusslich, schmierig...* ¿por qué? ¿Por qué las ratas consiguen 5 raciones de pan por cada hogaza? ¿Por qué al parecer esto les gusta a los lunáticos y sólo a los lunáticos? ¿Por qué aquí la concepción y la gestación no son promesa de una nueva vida sino certeza de la muerte de la mujer y el bebé? *Ach*, ¿por qué *der Dreck, der Sumpf, der Schleim*? ¿Por qué la nieve se nos vuelve parda? ¿Por qué hacemos eso? Que la nieve parezca mierda de los ángeles. ¿Por qué hacemos eso?

El Día de Duelo del Reich..., en *noviembre* del año pasado, antes de Zhúkov, antes de Alisz, antes de la nueva Hannah.

... Hay un cartel en la pared de la oficina que dice: *Mi lealtad es mi honor y mi honor es mi lealtad. Afánate. Obedece. ¡LIMÍTATE A CREER!* Y me parece enormemente sugerente que nuestra palabra para el ideal de obediencia —*Kadavergehorsam*— lleve un cadáver en su composición (lo cual es curioso por partida doble, porque los cadáveres son las cosas más refractarias que existen sobre la tierra). El acatamiento del cadáver. La anuencia del cadáver. Aquí, en el campo, en los hornos crematorios, en las fosas, *ellos* están muertos. Pero también lo estamos nosotros, los que obedecemos...

Las preguntas que me hice el Día de Duelo del Reich *no debo volver a hacérmelas nunca*.

Debo cerrar cierta zona de mi mente.

Debo aceptar que hemos movilizad las armas, las armas prodigio, de la oscuridad.

Y debo acoger en mi corazón a las potencias de la muerte.

En cualquier caso, como siempre hemos dejado claro, el sistema cristiano del bien y del mal, de lo bueno y lo malo, es un sistema que rechazamos de forma categórica. Tales valores —reliquias de la barbarie medieval— ya no tienen validez. Ya sólo existen resultados positivos y resultados negativos.

—Ahora escúchame con atención. Se trata de un momento de la máxima

gravedad. Espero que lo entiendas. Confraternizar con un *Haftling* ya es algo bastante grave. Pero la *Rassenschande*... ¡Un insulto a la sangre! Un cabo tal vez podría salir de ello con una reprimenda y una multa. Pero yo soy el Kommandant. ¿Te das cuenta de que sería el fin de mi carrera?

—Oh, Paul...

El catre, la banqueta, la palangana, el retrete químico.

—Que Dios se apiade de ti si se lo cuentas a alguien. Además, será tu palabra contra la mía. Y tú eres subhumana. Técnicamente, quiero decir.

—Entonces, ¿por qué me lo has hecho sin ponerte esas gomas?

—Porque se me acabaron —dije, pensativo—. Así que mucho ojo, chiquilla... Sé buena. Eh. No lo olvides: tu palabra contra la mía.

—¿Pero de quién más podría ser?

Esto me dejó mudo. Alisz apenas llevaba aquí más de 3 meses; y la guardia la integraban 2 *Aufseherinnen* entradas en carnes y 1 *Rottenführer* increíblemente viejo.

—El final de tu carrera —gimoteó Alisz—. ¿Y qué pasa con el final de mi vida? Si te quedas embarazada aquí, van y te...

—No necesariamente, Alisz. —Levanté ligeramente la barbilla—. Bueno. Llorar no va a ayudarte nada. Búa, búa, búa... Oídlas. Búa, búa, búa, búa, búa. Vamos, chica. Soy el Kommandant. Ya se me ocurrirá *algo*.

—Oh, Paul...

Dije:

—Basta. Basta ya. Estás preñada... *Vete*.

Últimamente estoy aplicando mi actitud mental nueva a un replanteamiento de nuestros objetivos de guerra.

Objetivo número 1. Conseguir *Lebensraum*, o espacio vital, o imperio territorial.

Si bien se nos hurta la supremacía incuestionable, sin duda podremos llegar a algún acuerdo (y no hagamos el menor caso a esa tontería de la «rendición incondicional»). Probablemente tendremos que devolver Francia, Holanda, Bélgica, Luxemburgo, Noruega, Dinamarca, Letonia, Estonia, Ucrania, Bielorrusia, Yugoslavia y Grecia, pero con un poco de suerte no pondrán reparos a que conservemos, pongamos, Lituania, los Sudetes y el resto de la nación checa, más nuestra mitad de Polonia (no creo que el asunto de Austria salga siquiera a relucir).

Así que en cuanto al objetivo número 1: ¡misión cumplida!

—A ver, Wolfram. Ese desbarajuste en el Barracón 33. Explíquese, por favor.

—Bien, Paul, ha habido una selección masiva. Y los han embutido todos en el Barracón 33. A 2.500.

—¿2.500 en un barracón? ¿Para cuánto tiempo?

—5 noches.

—Santo Dios. ¿Razón del retraso?

—Ninguna. No les ha dado tiempo.

—Les dejarán salir para pasar lista, supongo...

—Por supuesto. Tiene que haber *Zahlappell*, Paul. No, el problema es que les dieron algo de comida. Normalmente no se molestan en hacerlo. Y fue un gran error.

—¿Darles comida?

—Sí. Los Kapos la interceptaron. Algo perfectamente predecible. Se fueron con ella y la cambiaron por alcohol. Y bla, bla, bla. Pero luego volvieron, Paul... Y la emprendieron con ellos. Los Kapos con los prisioneros.

—Ya. ¿Ve? Eso es lo que pasa con los mimos. *Comida*, santo cielo. ¿De quién fue la idea?

—De Eikel, seguramente.

—Ya. ¿Cuántas *Stücke* me ha dicho?

—19. Lamentable. No podemos tolerarlo. Pero no cambia mucho las cosas. Ya habían sido seleccionados.

—... *Menschenskind*, Hauptsturmführer! ¡El *Zahlappell*! ¡El *Zahlappell*!

Hubo un silencio. Prüfer fruncía el ceño en dirección a mí con lo que parecía una intensa preocupación. Dejó escapar una leve tos y dijo con voz queda:

—Paul. *Paul*... Lo de pasar lista a los *Häftling*, Paul... Si el total cuadra, no hay ningún problema. ¿Recuerda? Y no tienen que estar vivos.

Al cabo de 1 o 2 segundos dije:

—No. No. Por supuesto que no tienen que estar vivos. Tiene toda la razón, Wolfram. Qué tontería la mía. Sí. Pueden estar muertos, si quieren. No tienen que estar vivos.

Mi fiel secretaria, de trasero generoso, la pequeña Minna, asomó la cabeza por la puerta; me preguntó dónde podría estar cierto archivo, y yo le dije dónde pensaba que estaba.

—¿Qué le parece el trabajo en la rampa, Wolfram?

—Bueno, entiendo por qué acabó usted hasta la coronilla de él, Paul.

—Es muy amable por su parte que me haya reemplazado. Pronto volveré a ser yo mismo. —Di unos golpecitos en mi mesa—. Bien. ¿Qué haremos con los Kapos? Tenemos que ser duros. ¿Fenol? ¿Una de pequeño calibre?

De nuevo la expresión de preocupación.

—Una pérdida de material, seguramente, Kommandant. Creo que será más sencillo revisar su estatus. Así los judíos podrían resolver la cosa ellos mismos.

—Ya. Mucho mejor para el *esprit de corps*... Es francés, Wolfram. Quiere decir «espíritu de equipo». Ya sabe: moral.

Sybil está cada día más encantadora. Su pasión constante —y bastante censurable— siguen siendo los cosméticos. Le birla cosas del tocador a su madre. Barras de labios, *nicht*? Y resulta muy cómico. Ahí la tienes, unas veces sonriéndome y otras haciendo pucheros con manchas de carmín en los dientes.

¡Y es algo digno de ver los embrollos en que se mete cuando trata de probarse los sostenes de Hannah!

Objetivo número 2: Consolidar el Reich Milenario.

Para que dure como el otro que tuvimos en el pasado: el que empezó con Carlomagno y acabó con Napoleón.

Como ya he reconocido antes, lo más probable es que tengamos un camino lleno de baches por delante. Una vez que hayamos sorteado esto, sin embargo...

He aquí un hecho sobre el que no suele hacerse demasiado hincapié: en las elecciones de julio del 32 el NSDAP obtuvo el 37,5 % de los votos: *el resultado más alto obtenido por un solo partido en la historia de Weimar*. Prueba rotunda, pues, de la profunda sintonía entre los anhelos sencillos del pueblo y el sueño dorado del nacionalsocialismo. Es algo que siempre estuvo ahí, ¿lo veis? En noviembre del 33, la aclamación plebiscitaria alcanzó el 88 %, ¡y en abril del 38 el porcentaje subió hasta superar el 99 %! ¿Qué señal más clara podría darse de la robusta salud sociopolítica de la Alemania nazi?

Ach, una vez que hayamos superado este tramo más o menos pedregoso del camino, y una vez que hayamos hecho unas cuantas modificaciones (incluido, a su debido tiempo, el nombramiento de un jefe de Estado bastante más centrista), no habrá razón terrenal alguna para que no sigamos adelante hasta culminar el próximo milenio.

Así que en cuanto al objetivo número 2: ¡misión cumplida!

Mi visita fue a la hora acostumbrada. Alisz estaba encorvada en la banqueta, y retorció las manos lentamente sobre el regazo.

—Está bien, mujer; puedes dejar de gimotear. Puedes cerrar el grifo de las lágrimas, el curso de la corriente. He hablado con la doctora. Es algo muy sencillo. Rutinario. Lo hace continuamente.

—... Pero Paul. No hay mujeres médico aquí...

—Hay 100s de mujeres médicos aquí. *Häftlinge*.

—Las médicos prisioneras no tienen ningún instrumental. ¡Sólo tienen juegos de herramientas!

—No todas. —Hice que Alisz se sentara en la cama, a mi lado, y me pasé un buen rato tratando de tranquilizarla—. ¿Estás mejor ahora?

—Sí, Paul. Gracias, Paul. Tú siempre encuentras soluciones.

Y, para mi gran sorpresa, sentí que se replegaban esos elevados escrúpulos que, en presencia de una mujer encinta, suelen inhibirme. Dije:

—Sigue. Sigue. Vamos. Levántate un poco la falda.

Y sí, continué hasta el final, la poseí allí mismo. Diciéndome (con una expresión que aplico a menudo a mi situación general): Bueno, de perdidos al puto río.

Son absolutamente necesarios, mis escarceos amorosos con Alisz Seisser..., porque ¿cómo mantener si no la dignidad y el respeto de mí mismo? Me refiero, por supuesto, a las espantosas condiciones en las que me encuentro en mi casa. La gratitud y estima incondicionales de Alisz (y no digamos sus trinos de dicha amatoria) suponen un contrapeso vital al, al...

Tengo miedo de Hannah. Ahí está. Se necesita cierto valor para poner una frase como ésta por escrito... Pero es así. ¿Cómo describir este miedo? Siempre que estamos solos en casa, siento un vacío en el plexo solar... Como un globo de aire viciado.

Desde la noche del Dezember Konzert de diciembre, Hannah ha reinventado su apariencia, su aspecto exterior. Aunque nunca fue muy buena con los zuecos y los vestidos tradicionales alemanes, su atuendo fue siempre de un recato digno de elogio. Sin embargo, ahora se viste como una mujer obsequiosa con los hombres; se viste como una consumada complacedora de hombres.

Me recuerda a Marguerite, a Pucci, a Xondra, a Booboo. No es tanto el maquillaje reluciente y las zonas extras de *Fleisch* que exhiben (¡y las *Achselhöhlen!*, afeitadas!). Es la expresión en la mirada, el cálculo artero que delatan sus *Augen*. Lo que sucede con esas mujeres, ¿saben?, es que siempre son plenamente conscientes del *Bett*, del Sexo. Y si bien éste es un rasgo atractivo en una compañía femenina sofisticada, se vuelve un auténtico martirio si la mujer es tu esposa.

Cuando estamos solos, sólo puedo comparar esa sensación..., no con el *resultado* de un fracaso sexual, sino con su *perspectiva*. Y eso escapa a cualquier intuición: en los 8 meses últimos, con Hannah no ha habido fracasos (ni éxitos).

Sigue, ahí abajo, con su aire preocupado y suficiente. ¿Estará soñando con los encantos afeminados de Angelus Thomsen? No lo creo. Lo que hará será mofarse de la virilidad frustrada de Paul Doll.

... Anoche estaba yo en mi «cubil», bebiendo con calma (con moderación, sin embargo, ya que he reducido bastante mi ingesta de alcohol últimamente), y oí cómo la manilla emitía su chasquido, y allí estaba ella, llenando el hueco de la puerta con su vestido de fiesta verde, con guantes hasta los codos, con los *Schultern* desnudos sosteniendo el peso enroscado del *Haar*. Sentí al instante que mi sangre se volvía reacia y fría. Hannah me miró fijamente, sin pestañear, hasta que aparté la mirada.

Vino hacia mí. Muy pesada, ruidosamente, y se sentó en mis piernas. El sillón se anegó de los pliegues crujientes de su vestido. ¡Cómo deseé que me liberara de aquel peso..., cómo deseé que me lo quitara de encima, que me lo quitara de encima...!

—¿Sabes quién eres? —dijo en un susurro (sentía sus labios contra la parte baja de mis orejas)—. ¿Lo sabes?

—No —dije—. ¿Quién soy?

—Eres un joven soltero, y un puto y necio camisa parda, un puto bufón violento que marcha con los Camisas Pardas. Que canta himnos con los camisas pardas, Pilli.

—Continúa. Si tienes que hacerlo.

—Eres un puto imbécil de camisa parda que, cansado de sus pensamientos sucios y de jugar con su *Viper*, se duerme en su litera y tiene el peor de los sueños posibles. En el sueño nadie te hace cosas. Tú les haces cosas. Cosas terribles. Cosas inconfesablemente terribles. Y luego te despiertas.

—Me despierto.

—Te despiertas y te das cuenta de que todo es cierto. Pero no te importa. Vuelves a jugar con tu *Viper*. Vuelves a los pensamientos sucios. Buenas noches, Pilli. Beso.

Aspiración número 3. Hacer pedazos de una vez por todas al judeo-bolchevismo.

Pensemos. No hemos tenido mucha suerte, hasta ahora, con el bolchevismo. En cuando al aspecto judío del asunto...

No hace mucho hubo un asesinato en Linz ampliamente comentado: un hombre apuñaló a su mujer 137 veces. La gente parecía estar de acuerdo en que se trataba de algo excesivo. Pero yo inmediatamente le vi la lógica. Una lógica nocturna.

Ya no podemos parar. ¿O qué estábamos haciendo, qué pensábamos que estábamos haciendo en estos últimos 2 años?

La guerra contra los anglosajones no se parece a la guerra contra los judíos. En el conflicto contra los judíos gozamos, en términos militares, de una ventaja clara, ya que nuestro adversario no tiene ejército. Ni armada ni fuerza aérea.

(Recordatorio: tener *pronto* esas palabras con Szmul.)

Veamos, pues. Espacio vital. Reich Milenario. Judeo-bolchevismo.

¿Resultado? 2 ½ de 3. Vale, brindaré por eso.

¡Cumbre de urgencia del Departamento Político! Fritz Möbius, Suitbert Seedig, Rupprecht Strunck y yo. Crisis en Buna-Werke...

—Ese hijo de puta estaba metiendo arena en la grasa lubricante —dijo Rupprecht Strunck (un viejo nazi un tanto bruto, si hemos de ser absolutamente sinceros al respecto)—. Para joder los engranajes.

—*Wirtschaftssabotage!* —proferí, ágil.

—Y han aflojado los remaches —dijo Suitbert—. Y pueden saltar. También han manipulado los manómetros. Dan lecturas erróneas.

—Sólo Dios sabe hasta qué punto lo han hecho —dijo Strunck—. Debe de haber docenas de esos cabrones, con un coordinador de base. Y debe de haber un topo. Dentro de Farben.

—¿Cómo sabemos eso? —preguntó Fritz.

Suitbert lo explicó. Los culpables sólo saboteaban equipo cuyo «primer uso» se hallaba ya lejano en el tiempo. Así, cuando utilizabas tal o cual pieza de maquinaria y fallaba, se trababa o se atascaba o dejaba de funcionar o estallaba, nadie tenía la menor idea de quién la había ensamblado. Strunck dijo:

—Tienen un puto calendario con las fechas de 1.º uso. Alguien les ha pasado ese puto calendario.

Dije, sagazmente:

—¡Burckl!

—No, Paul —dijo Fritz—. Burckl nunca ha sido más que un idiota. No un traidor.

—¿Y se ha interrogado ya al detenido? —quise saber.

—Oh, sí. Se ha pasado la noche con Horder. Aún no hay nada.

—Judío, supongo.

—No. Inglés. Un suboficial llamado Jenkins. Lo hemos tenido encogido en la «caja» hasta ahora. Luego se encargará de él Off. Y luego Entress, con el escalpelo. Veremos si le gusta... —Fritz se puso en pie y apiló sus papeles—. Ni una palabra de esto a nadie. Ni una palabra en Farben, doctor Seedig; Standartenführer Strunck. Usted no haga nada, mein Kommandant. ¿Entendido, Paul? Y por el amor de Dios, no le vayan con el cuento a *Prüfer*.

Por supuesto, las niñas se mueren por trotar a lomos de esa pequeña ruina de Meinrad, pero acaba de pasar una *inflamación del corvejón* y apenas puede andar. ¡Durante un tiempo ni siquiera hemos podido contar con los cuidados semanales de la *Tierpflegerin* Seisser! *Ach*. Ahora sólo de cuando en cuando recibimos la visita de Bent Suchanek, el chapucero mulero que a veces trabaja en la Academia Ecuestre.

Era una rara avis, una *Jüdin* eminente del Instituto de Higiene de las SS (el SS-HI), 1 de las médicas prisioneras que, bajo una supervisión estrecha (por descontado), hacía trabajos de laboratorio en bacteriología y sueros experimentales. A diferencia del Ka Be (un hospicio mísero, o una especie de «perrera»), y a diferencia del Barracón 10 (toda una vorágine de castraciones e histerectomías), el SS-HI se asemejaba de modo bastante convincente a un centro dedicado a la medicina. Fui a verla allí para la charla introductoria, pero para nuestra 2.^a entrevista la convoqué a un tranquilo almacén del EPA.

—Siéntese, por favor.

Era una mujer polaco-alemana llamada Miriam Luxemburg (se decía que su madre era sobrina de Rosa Luxemburg, la famosa «intelectual» marxista), y llevaba 2 años con nosotros. Las mujeres no envejecen bien en el KL, pero sobre todo es la falta casi absoluta de alimento lo que tiene este efecto en ellas (el hambre misma, el hambre crónica puede despojarlas en 6 o 7 meses de todas sus esencias femeninas). La doctora Luxemburg aparentaba unos 50 años, y probablemente no tenía más de 30; pero no era la malnutrición lo que le había hecho perder pelo hasta quedar reducido a una especie de masa pilosa y le había vuelto los labios hacia dentro. Aún le quedaba algo de carne, y parecía razonablemente limpia.

—Por razones de seguridad tendrá que hacerse a eso de medianoche —dije—. Usted traerá su propio instrumental, por supuesto. ¿Qué más va a necesitar?

—Toallas limpias y mucha agua hirviendo, señor.

—Supongo que lo que hará será darle algún específico, ¿no? Ya sabe, esas

píldoras de las que se habla.

—No hay tales píldoras, señor. La intervención consistirá en dilatación y legrado.

—Bien, haga lo que tenga que hacer. Oh, por cierto —dije—, es posible que pueda darse una contraorden. —Empleé, por así decir, un tono de conjetura—. Sí, las órdenes de Berlín podrían modificarse.

Como mi ofrecimiento inicial de 6 raciones de pan lo había rechazado con cierta altanería, le tendí una bolsa de papel con 2 cartones de Davidoff, a los que sumaría otros 2 después de la operación: 800 cigarrillos en total. La doctora quería, yo lo sabía, ceder este capital a su hermano, que sobrevivía en una cuadrilla penal en las minas de uranio de más allá de Fürstengrube.

—¿Modificarse en qué sentido, señor?

—La Cancillería aún puede optar —expliqué— por un resultado ligeramente diferente. En el que la operación no sale bien. Desde el punto de vista de la paciente.

—¿Lo que significa?

—... Lo que significa, «señor».

—¿Lo que significa, señor?

—En tal caso habría otros 800 Davidoff. Por supuesto.

—¿Cómo sería, señor?

—Evipan sódico. O fenol. O una simple inyección cardíaca... Oh, no ponga esa mirada, «Doktorin». Usted ya ha seleccionado, ¿no? Usted ya ha hecho selecciones. Ya ha «filtrado».

—A veces se me ha pedido que lo haga, sí, señor.

—Y se ha deshecho de recién nacidos vivos —dije—. No tiene sentido negarlo. Todos sabemos que pasa.

—A veces se me ha pedido que lo haga, sí, señor.

—Bastante heroico, en cierto modo. Partos secretos. Arriesgaba la vida.

No respondió. Porque arriesgaba la vida diariamente, cada hora, con sólo ser lo que era. Sí, pensé: esto te supondrá unas cuantas bolsas más bajo los ojos y unas muescas más en la boca. Le dirigí una mirada interrogadora, y ella tragó saliva y dijo:

—De estudiante, de interna, tenía todo ese tipo de cosas in mente, señor.

—Seguro que las tenía. Bien, ya no es estudiante. Vamos. ¿Qué es un pinchazo?

—Pero yo no sé cómo se hace eso, señor. La inyección cardíaca. El fenol.

Estuve a punto de sugerirle que, de vuelta en el SS-HI, fuera hasta el fondo del pasillo y practicara un poco... La llamaban la «Sala 2», y lo hacían unas 60 veces al día.

—Es fácil, ¿no cree? Es enormemente sencillo, me dicen. 5.º espacio intercostal. Lo único que necesita es una jeringa larga. Es muy fácil.

—Es muy fácil. Está bien, señor. Hágalo usted.

Durante unos instantes me volví, pensativo... Mi conclusión inicial, en relación con Alisz Seisser, había sido, a la postre (después de muchas vacilaciones), la siguiente: ¿por qué arriesgarme? Pero la alternativa no estaba exenta de riesgos,

tampoco; y luego estaba la tétrica y difícil maniobrabilidad del cadáver. Dije:

—Vamos, vamos... Lo más seguro es que la Cancillería siga con la decisión inicial. Estoy seguro de que no habrá cambio de planes. Agua hirviendo, ¿no?

Supongo que quería también comprometerla conmigo. Para mi seguridad, claro está. Pero empezaba a pensar en la exploración de la oscuridad, y podría decir que quería llevármela conmigo fuera de la luz.

—¿Cuándo podré examinar a la paciente, señor?

—Cómo, ¿previamente? No, me temo que eso no es posible. —Lo cual era rigurosamente cierto: había guardias alrededor, testigos—. Tendrá que hacerlo sin verla de antemano.

—¿Edad?

—29 años. Eso dice. Pero ya sabe cómo son las mujeres. Oh, sí... Casi se me olvida: ¿es doloroso?

—¿Sin anestesia local al menos? Sí, señor. Mucho.

—Ya. Bueno. Será mejor que consigamos una anestesia local, entonces. Entenderá que no podemos dejar que arme mucho ruido.

Miriam dijo que necesitaría dinero. Unos 20 dólares americanos. Yo sólo tenía billetes de 1 dólar. Empecé a contarlos, empleando la aritmética mental:

—1, 2, 3... Su... tía abuela —dije, con una media sonrisa—. 4, 5, 6.

En Rosenheim, durante mi período leninista (¡eterno soñador!), mi futura esposa y yo solíamos darle vueltas a la obra más célebre de Rosa Luxemburg, *La acumulación del capital* (y Lenin, pese a la crítica de la pensadora de su uso del terror, en cierta ocasión la llamó «águila»). A principios de 1919, justo después del fracaso patético de la Revolución alemana, Luxemburg fue detenida por una unidad de las Freikorps en Berlín..., no mis muchachos de Rossbach, sino una pandilla de sicarios bajo el mando simbólico del viejo Walli Pabst...

—10, 11, 12... Rosa Luxemburg. La derribaron a palos y le pegaron un tiro en la cabeza y arrojaron su cuerpo al Landwehrkanal. 18, 19, 20. ¿Y cuántos idiomas hablaba?

—5. —Miriam enderezó la mirada—. Estas intervenciones, señor. Cuando antes se hagan, mejor. Es axiomático.

—Bien. Aún no se le nota nada —dije (me había decidido)—. Parecía bastante bien la última vez que la vi. —Y qué bueno es, no usar gomas. Arrugué expresivamente la nariz y dije—: Creo que esperaremos un poco.

Szmul tuvo que poner en práctica toda su pericia en la instalación nueva, el Crematorio 4: 5 hornos de 3 cámaras (capacidad: 2.000 cada 24 horas). Este artilugio concreto había resultado un engorro mayúsculo ya desde el principio. Al cabo de dos semanas se desplomó el muro de la chimenea trasera; y cuando lo hicimos funcionar de nuevo apenas habían transcurrido 8 días cuando Szmul dictaminó que «estaba quemado». ¡8 días!

—Los ladrillos refractarios se han aflojado de nuevo, señor. Y caen en el conducto entre el horno de la chimenea. No hay sitio adonde puedan ir las llamas.

—Vaya chapuza de obra... —dije.

—Materiales de mala calidad, señor. La arcilla ha sido rebajada. ¿Ve esas vetas descoloridas?

—Economía de guerra, Sonder. ¿Debo entender que el 2 y el 3 están haciendo todo el trabajo?

—A ½ de capacidad, señor.

—Santo Dios. ¿Qué les digo yo a los de Comunicaciones? ¿Que me niego a aceptar «remesas»? *Ach*, habrá que volver a las fosas, supongo. Y a soportar más Mierda de la Defensa Aérea. Dime...

El Sonderkommandoführer se enderezó. Cerró la reja con el pie y deslizó el cerrojo lateral de la puerta del horno. A cierta distancia uno del otro, estábamos en la penumbra gris de la bóveda de techo bajo, con sus luces enrejadas y sus ecos.

—Dime, Sonder. ¿Te sientes diferente? ¿Sabiendo cuándo... vas a irte?

—Sí, señor.

—Por supuesto que sí. El 30 de abril. ¿A qué estamos hoy? A 6. No, a 7. Así pues... A 23 días de la *Walpurgisnacht*.

Sacó un trapo indescriptiblemente sucio del bolsillo y se puso a restregarse las uñas.

—No espero que confíes en mí, Sonder. Pero ¿hay algo... positivo en ello? ¿En el hecho de saberlo?

—Sí, señor. En cierto modo.

—Con más calma y demás. Más resignado. Bien, pues siento ser un aguafiestas. No vas a disfrutar con tu última tarea. No vas a entusiasmarte exactamente con el último servicio que vas a prestarme. Y que vas a prestarle al Reich.

Y le expliqué cuál era el encargo.

—Bajas la cabeza. Pareces abatido. ¡Consuélate, Sonder! Vas a librar de un montón de problemas a tu Kommandant. Y en cuanto a tu pobre y pequeña conciencia..., bueno, pues no tendrás que «vivir contigo mismo» mucho tiempo. Unos diez segundos, diría yo. Como máximo. —Me froté las manos—. Bien. ¿Qué vas a utilizar? Coge la bolsa... ¿Qué es esto? ¿Qué es esta puta *espada*? Ya. Una especie de pasador marino con mango. Estupendo. Lo llevarás en la manga. Haz la prueba... Muy bien. Ahora vuelve a dejarlo.

Indiqué con la mano. Subíamos del sótano y recorrimos un túnel recubierto de hojalata chirriante, silbante.

—Oh, sabemos dónde está tu mujer, Sonder.

En realidad, y hartamente, esto ya no era cierto. La señora Szmul ya no habitaba en la buhardilla de encima de la panadería, en el número 4 de la calle Tlomackie. Y cuando al jefe de cocina se le interrogó al respecto confesó que le había echado una mano para que pudiera irse del gueto..., ella y su hermano. Iban a

dirigirse hacia el sur. Algo bastante natural: en Hungría los judíos, aparte de alguna razia o matanza ocasional, eran simplemente ciudadanos de segunda (y ni siquiera llevaban distintivo). Y había sucedido a pesar de la garantía personal del presidente Chaim Rumkowski. Y lo más escandaloso de todo (no puedo entenderlo), lo más escandaloso de todo (*de verdad* no puedo entenderlo) es que sucedió ante las mismas narices..., *¡justo delante de las narices* de la Überwachungsstelle zur Bekämpfung des Schleichhandels und der Preiswucherei im jüdischen Wohnbezirk! ¿Y cuánto dinero había despilfarrado? Dije:

—Alto.

Na, en realidad no estaba desanimado. La huida de Shulamit no era sino un revés teórico o platónico: la amenaza podía subsistir; el ensalmo seguía siendo efectivo y firme. Pero, desde un punto de vista estético, el hecho de haberme tomado la molestia de localizarla en aquel gueto para luego tener que imaginarla paseándose de rositas por los bulevares de Budapest se me antojaba irritante.

—Bueno, Sonderkommandoführer. Hasta el día 30. *Walpurgisnacht, nicht?*

Möbius tomó un sorbo de su copa. Se limpió la boca con una servilleta. Suspiró y dijo en tono calmado:

—Ese corrillo de gallinitas. Norberte Uhl, Suzi Erkel, Hannah Doll. Hannah Doll, Paul...

—*Ach*.

—Derrotismo. Frivolidad. Radio enemiga... Está muy claro, por las cosas que dicen. En fin, *Paul*, he tenido unas palabras con Drogo Uhl, y Norberte ha tenido la boca cerrada desde entonces. Y lo mismo con Olbricht y Suzi. Y he tenido unas palabras *contigo* y...

—*Ach*.

—Bueno, no he dicho esto antes, pero no puedes seguir sin saber que toda tu... posición aquí está pendiente de un hilo. Y ahí tenemos a Hannah sonriendo radiante a cada retazo de noticia negativa que nos llega. ¡Y tú eres el Kommandant! Si las cosas no cambian, y no cambian pronto, tendré que informar sobre ello a la Prinz Albrecht Strasse. Te lo pregunto de nuevo. O sea, es bastante sencillo, ¿no? ¿Puedes o no puedes controlar a tu mujer?

—*Ach*.

Decidí acostarme a una hora prudencial, y estaba tendido en la cama, hecho un ovillo con un éxito de ventas de antes de la guerra, *Die jüdische Weltpest: Judendämmerung auf dem Erdball*.

La puerta se abrió y apareció Hannah. Desnuda salvo por sus zapatos de tacón más altos. Y maquillada a la perfección. Avanzó hasta quedar a mi lado. Se agachó y me cogió del pelo con las dos manos. Me frotó la cara violentamente (me hizo daño) contra las zarzas de su *Busch*, con tal fuerza que me rajó ambos labios, y luego me

soltó con un floreo de desdén. Abrí los ojos, y vi las cuentas verticales de su *Ruckgrat*, las curvas gemelas de su *Taille*, los grandes hemisferios oscilantes de su *Arsch*.

Juega con su *Viper*, juega y juega. Juega con su *Viper*, juega y juega. La oscuridad es un maestro oriundo de Alemania. Mira alrededor: ve cómo todo brinca a la vida... ¡donde habita la muerte! ¡A la vida!

3. SZMUL: UNA SEÑAL

No será esta semana. Ni siquiera la semana que viene. Ni la semana de después. Será la semana siguiente a ésta.

Y yo estaba preparado para ello. Pero no estoy preparado para esto; y debería haberlo estado.

Alguien vendrá algún día al gueto o al campo y dará cuenta de la *diligencia* casi grotesca del odio alemán.

Y yo empezaría por preguntar por qué nos reclutaron, por qué nos estamparon en el camino hacia nuestra propia destrucción...

Un día de diciembre de 1940, mi mujer volvió de la fábrica textil al pequeño cuarto sin calefacción que compartíamos con otras tres familias..., y me dijo:

—Me he pasado las doce últimas horas tiñendo uniformes de blanco. Para usar en el frente del este. ¿Y para quién lo estoy haciendo?

Pauperizada, helada, famélica, prisionera, esclavizada y aterrorizada, trabajaba para las fuerzas que habían bombardeado, arrasado y saqueado su ciudad, destruido su casa y matado a su padre, su abuela, dos tíos, tres tías y diecisiete primos.

Así es la cosa, como veis. Los judíos sólo pueden prolongar su vida ayudando a su enemigo a lograr la victoria, una victoria que para los judíos significa... ¿qué?

No debo tampoco olvidar a nuestros hijos, Schol y Chaim, y su contribución al esfuerzo de la guerra..., de la guerra contra los judíos.

Me estoy ahogando, me estoy asfixiando. Este lápiz y estos trozos de papel no son suficientes. Necesito colores, sonidos..., lienzos y orquestas. Necesito algo más que palabras.

Estamos en el sepulcro húmedo y negro de debajo del Crematorio IV. Doll está con su pistola en una mano y un cigarro en la otra; se pasa el meñique por una ceja.

—Muy bien. Practiquemos tu estocada. Dejas que el punzón te caiga por la manga y te llegue a la mano. Y ensarta ese saco. Tan rápido como puedas... *Muy bien*, Sonder. Creo que ya tenías un poco de práctica, ¿no es así? Escucha. Repitamos. Irán por Shulamit Zachariasz a mediodía del 1 de mayo. A menos que yo dé la

contraorden esa misma mañana por teléfono. Así que es muy sencillo. Y muy elegante.

Da un paso hacia delante y se inclina sobre mí, hasta quedar barbilla con barbilla, y me dice con los ojos brillantes y rociándome de saliva.

—*Walpurgisnacht, nicht? Walpurgisnacht. Nicht? Nicht? ¿Eh? Nicht. Walpurgisnacht...* Sonder, la única forma que tienes de conseguir que tu mujer siga con vida —dijo— es que tú mates a la mía. *Klar?*

La Tierra obedece la leyes de la física, girando sobre su eje y describiendo su órbita alrededor del Sol. Así, pasan los días, se deshielan los campos, se caldea el aire...

Es medianoche en la vía muerta. La remesa ha hecho un viaje muy rápido desde el campo de la Francia libre. En cada vagón hay un barril de agua y —de forma aún menos habitual— un orinal para los niños. Está empezando la selección, y la cola, que serpea a lo largo de toda la plataforma (seguida por el fulgor blanco de los reflectores), continúa en orden. Algunos de los focos tienen la intensidad atenuada o miran hacia otra parte. Todo está en calma, y hay una suave brisa. Una súbita bandada de golondrinas desciende y luego se alza en el aire.

Te remodelan (me susurro a mí mismo); te remodelan a su imagen y semejanza, te remodelan como sobre el yunque de un herrero, y, después de golpearte hasta darte una forma distinta, te engrasan con sus fluidos, te manchan con sus personas...

Caigo en la cuenta de que estoy mirando fijamente a una familia de cuatro: una mujer de unos veinte años con un bebé en brazos, flanqueada por un hombre de unos treinta y otra mujer de unos cuarenta. Es demasiado tarde para intervenir; y si se produjera la menor conmoción yo moriré esta noche y Shulamit morirá el 1 de mayo. Y sin embargo, misteriosamente impelido, me acerco, toco el hombro del hombre, lo llevo aparte, y digo en un tono más cargado de sentido que cualquier cosa que haya podido decir en mi vida:

—*Monsieur, prenez le garçon y donnez-le à sa grand-mère. S'il vous plait, Monsieur. Croyez moi. Croyez moi. Celui n'est pas jeune? —Niego con la cabeza—. Les mères ayant des enfants? —Niego con la cabeza—. Que pouvez-vous y perdre?* [21]

Al cabo de varios minutos de atormentada duda hace lo que le digo. Y, cuando les llega el turno, el profesor Entress selecciona a dos —y no a uno— hacia la derecha.

Así que he diferido una muerte: la muerte de *la femme*. De momento, he salvado a una esposa. Más que eso: por primera vez en quince meses he soportado que un hombre me mire a los ojos. Lo tomo como una *señal*.

No es hoy. Ni siquiera mañana. Es pasado mañana.

Estoy en el vestuario vacío del Pequeño Cercado Castaño. Habrá de nuevo un grandísimo retraso causado por los operadores del Zyklon B, que están incapacitados

por las drogas o el alcohol y que tendrán que ser reemplazados.

Estamos esperando una remesa de Hamburgo, las SS y yo.

La zona donde se desnudan tienen un aire serio y práctico, con sus colgadores y sus bancos, y sus letreros en todas las lenguas de Europa; la cámara de gas regada a golpe de manguera ha vuelto a imitar el aspecto de unas duchas, con sus toberas (pero sin desagües en el suelo).

Aquí llegan. Entran en fila, y mis Sonders vienen entre ellos.

Un Unterscharführer me tiende una nota del Lagerführer Prüfer. La nota dice:

20 vagones (aprox. 90 en cada uno) desde Hamburgo. Parada en Varsovia: 2 vagones más. Total: 22 vagones. 1.980 «colonos», menos el 10% aptos para el trabajo = aprox. 1.782.

Veo a un chico, claramente solo, que camina de forma extraña y doliente. Tiene un pie deforme, y su bota ortopédica habrá quedado en el montón de la plataforma, junto con todos los bragueros y correctores dentales y prótesis.

—¿Stas? —digo—. Stanislaw.

Levanta la mirada hacia mí, y al cabo de un momento de vacío su cara se ilumina con gratitud y alivio.

—¡Señor Zachariasz! ¿Dónde está Chaim? Fui a buscarle.

—¿Adónde fuiste a buscarle?

—A la panadería. Está cerrada. Tapada con tablas. Pregunté en la casa de al lado y me dijeron que Chaim se había ido hacía mucho tiempo. Con usted y con Schol.

—¿Y su madre? ¿Su madre? ¿Pani Zachariasz?

—Me dijeron que también se había marchado.

—¿En algún traslado?

—No. Andando. Su hermano vino a buscarla y se la llevó. Señor Zachariasz, ¡a mí me detuvieron! En la estación. Por vagabundo. ¡Y me llevaron a la prisión de Pawiak! Pensamos que nos iban a pegar un tiro, pero cambiaron de opinión. ¿Está Chaim aquí?

—Sí, está aquí —digo—. Stas, ven conmigo. Venga. Ven.

Es primavera en el bosque de abedules. La corteza plateada se desconcha; el vivo viento desprende pequeñas gotas de humedad de las hojas finas como papel.

Le lanzo al Kapo Krebs una mirada significativa y digo con la autoridad de la que me ha investido el poder alemán:

—*Kannst du mich mal zwei Minuten entbehren?*

Cojo a Stas por el brazo y bajamos por el sendero ornado con maceteros hacia la pequeña puerta blanca. Me detengo frente a él y le sujeto con firmeza los hombros y digo:

—Sí. Chaim está aquí. Con su hermano. Trabajan en la granja. En los campos. Con un poco de suerte te darán el mismo trabajo. Ya son chicos mayores. Han crecido.

—¿Y qué pasa con mi bota? La necesitare para trabajar en los campos.

—Todo vuestro equipaje os espera en el alojamiento.

Un sonido me hace alzar la mirada: el coche oficial de Doll; sus neumáticos gastados y blandos avanzan con furia y a duras penas por el barro. Le hago un gesto a Krebbs.

—Te darán sándwiches de queso dentro de nada, y más tarde una comida caliente. Y le diré a Chaim que venga a buscarte.

—Oh, eso sería fantástico.

Y ésas fueron sus últimas palabras.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Doll mirando cómo arrastran el cuerpo detrás de la ambulancia.

—Un alborotador, señor. No hacía más que pedir su bota ortopédica.

—Su bota ortopédica... Sí, ya me di cuenta de que había algo *raro* en él. El viernes a las seis, Sonder. En el jardín. Al anochecer.

Doy un respingo con el vuelo bajo de un pájaro que me proyecta en el pecho el paso de su sombra enorme.

—Al anochecer, señor.

De 1934 a 1937, Stanislaw Trzeciak y mi hijo Chaim eran tan íntimos como unos gemelos. Se pasaban todos los fines de semana juntos, bien en su casa o en la nuestra (y, con la menor excusa —una historia de miedo, la visión de un gato negro bajo una escalera, la Noche de Todos los Santos, la Noche de Walpurgis...— dormían juntos en una cama individual).

En 1938, sus padres se divorciaron, y Stas se convirtió en un pequeño viajero sombríamente intrépido entre Lodz (el padre) y Varsovia (la madre). Siguió haciendo este doble trayecto hasta mucho después de la invasión. En 1939, Stas tenía doce años.

Ahora se desploma como en un desmayo. Krebbs da un paso atrás. Stas tarda menos de un minuto en morir. Transcurren unos veinte segundos, y su vida cesa. Hay muchas menos cosas a las que decir adiós; hay menos vida, menos amor (quizá), menos memoria que necesite diseminarse.

No es mañana, no es siquiera pasado mañana. Es un día después.

6. LA NOCHE DE WALPURGIS

1. THOMSEN: GRÖFAZ

Todo posible interés que pudiera haber tenido por la teoría del hielo cósmico se vino abajo por completo a las cuatro o cinco páginas de lectura de «La teoría del hielo cósmico». De modo semejante, mi sed de saber sobre la Investigación Cultural *völkisch* se vio saciada al cabo de cuatro o cinco minutos de visita a la Ahnenerbe. Así que, aun en el caso de incluir el copioso ejercicio escrito de imparcialidad y rigor hipócritas, mi cometido en la capital había terminado cabalmente para la última semana de febrero.

A todo lo largo de la lluvia y el viento de marzo fue creciendo mi necesidad imperiosa de volver al Ka Zet. Tal lacerante impaciencia no se centraba en Hannah Doll (nuestra situación, confiaba, seguía más o menos estática). No, era otro tipo de disyuntiva: tenía que ver con el tempo de Buna-Werke y con el tempo de la guerra.

¿Y qué me retenía? Mis obligaciones indefinidas y forzosas con el Reichsleiter. El tío Martin, en aquellos días, parecía pasarse la vida entera en la troposfera, ya que iba y venía de la Baviera alpina a Prusia Oriental, del Nido del Águila a la Guarida del Lobo... Siete, ocho, nueve reuniones concertó y más tarde canceló la fiel solterona Wibke Mundt, secretaria del Sekretär^[22].

—Es ese interés nuevo que tiene, querido —dijo Wibke al teléfono—. Está enfrascado por completo.

—¿En qué, Wibke?

—Ese nuevo furor. La diplomacia. Ha estado en conversaciones con esos magiares.

Wibke siguió hablando. El cometido del tío Martin era Hungría, la cuestión de Hungría y sus judíos.

—Lo siento, querido. Sé que estás irritado. Tendrás que cruzarte de brazos y disfrutar de Berlín.

A diferencia de Colonia, Hamburgo, Bremen, Múnich y Maguncia (y toda la cuenca del Rhur), Berlín seguía intacta. Había habido decenas de incursiones aéreas de distracción a finales del 40 y principios del 41. Luego amainaron, y no hubo ninguna en todo 1942. Pero todo el mundo tenía la absoluta certeza de que el cielo se

oscurecería muy pronto con innúmeros aviones.

Y al final aconteció después del Día de la Luftwaffe (desfiles, saluciones de la tropa, grandes ceremonias): en la noche del 1 al 2 de marzo tuvo lugar el primer bombardeo de escuadrones aéreos múltiples. Me despertaron las sirenas (tres acordes rotundos seguidos de un alarido agudo). Me puse la bata con indolencia y fui a unirme al festejo de vino que pronto se montaría en las bodegas del Eden. Noventa minutos después, de súbito, la ligereza decadente se esfumó, y nos dio la impresión de que un gigante ciego, tambaleante, a horcajadas sobre manzanas enteras avanzaba con pesadez hacia nosotros, con un trueno prehistórico a cada zancada. Cuando nos preguntábamos *cómo* moriríamos (pulverizados, abrasados, aplastados, asfixiados, ahogados), Brobdingnac o Blunderbore, de súbito también, dieron un bandazo y cambiaron de rumbo y siguieron atropellándolo todo en dirección este.

Centenares de muertos, millares de heridos, quizá cien mil civiles sin hogar y un millón de caras macilentas y horrorizadas. Bajo los pies, una alfombra interminable y crujiente de vidrios aplastados, y sobre las cabezas un cielo cargado de humo y con la tonalidad amarillenta del azufre. La guerra volvía al fin a casa, al lugar donde había empezado..., volvía a la Wilhelmstrasse.

Pero algo estaba ya muy mal en la ciudad, algo había ya de gravemente anómalo en los movimientos y elementos de las calles. Al cabo de media hora caías en la cuenta de qué era: no había hombres jóvenes. Veías grupos de cuadrillas encorvadas (obreros de tierras sojuzgadas) custodiados por unos cuantos guardias, y policías municipales, y SS. Pero, aparte de ellos, no había hombres jóvenes.

No había hombres jóvenes, salvo aquellos con muletas o en carretillas o en cochecillos de dos ruedas. Y cuando te aventurabas a bajar las escaleras para ir a los bares de la Potsdamer Platz, te dabas cuenta de las mangas vacías y las perneras vacías (y, por supuesto, de las caras destrozadas).

Por la noche, en los pasillos del hotel veías hileras de lo que a primera vista parecían miembros amputados: botas militares junto a las puertas, para que el servicio las limpiara.

—¿Puedo empezar con un intento de situarlo en perspectiva? He tenido muchas cosas en la cabeza.

—Sí, señor. Por favor.

—... El crimen sin nombre comenzó, digamos, el 31 de julio del 41, en el ápice del régimen nazi. La carta fue redactada por Eichmann y Heydrich y enviada a Göring, quien la devolvió con su firma. El «deseo» del Führer de una solución *total*. La carta decía, en efecto: *Llevamos meses agrupando mano de obra en el este. Usted tiene la autoridad. Adelante.*

—¿Para un total...?

—Bueno, quizá seguían pensando en dejarlos tirados en algún lugar frío y yermo..., *después* de la rápida victoria sobre Rusia. En algún lugar más allá de los Urales y arriba en el Círculo Polar Ártico. El exterminio minucioso, de principio a fin. Pero había presiones desde abajo; una especie de competición de extremismos entre los plenipotenciarios de Polonia. Ha anexionado usted tres millones de judíos más, mein Führer. No podemos hacernos cargo de tal cantidad. ¿Y bien? En agosto-septiembre, cuando la respuesta territorial retroceda..., otro golpe de palanca. El crucial salto moral se había dado. ¿Y en qué consistía, Thomsen? En matar no sólo a los hombres, lo cual llevaba meses haciéndose, sino también a las mujeres y los niños.

29 de marzo. Konrad Peters en el Tiergarten, el parque zoológico, con sus troncos negros y su escarcha de rocío humeante en la hierba... El profesor Peters tenía un aspecto más anciano y venerable, e incluso más imponente, del que yo le recordaba. Bajo, enorme, en forma de balón de rugby, con pajarita y chaleco multicolor, gafas gruesas y un gran cráneo de ceño hendido que era ahora una calva casi perfecta. Parecía un gigante peripuesto y cercenado por las piernas. Dije:

—Alegan que existe una razón que justifica lo de los niños, ¿no, señor?

—Sí. Esos bebés que ahora están en brazos de sus madres crecerán y querrán vengarse de los nazis hacia 1963. Supongo que la razón para lo de las mujeres menores de cuarenta y cinco años es que pueden quedar preñadas. Y la razón para lo de las mayores de esa edad es que *ya puestos*...

Osciló hacia un lado y se quedó quieto, y por un instante pareció sin resuello. Luego echó la cabeza hacia atrás y siguió andando.

—La gente..., la gente como usted y como yo, Thomsen, nos asombramos ante el carácter industrial del asunto, de su modernidad. Y es comprensible que así sea. Es algo espectacular. Pero las cámaras de gas y los crematorios no son más que epifenómenos. La idea era acelerar las cosas, y *economizar*, por supuesto, y ahorrarles nervios a los exterminadores. Los exterminadores..., esas toberas estrechas. Pero a la postre lo habrían hecho de todos modos las balas y las piras. Existía la voluntad de hacerlo.

En los senderos del parque zoológico se veían de trecho en trecho más paseantes en grupos de dos o tres, inclinados e inmersos en charlas de aire profesoral; era el equivalente del Hyde Park londinense, con su Speaker's Corner (aunque aquí todo el mundo hablaba en susurros, no a gritos). Peters dijo:

—Se sabe que los Einsatzgruppen han matado ya a más de un millón de personas con balas. Habrían hecho todo el trabajo... con balas. Imagínese. Millones de mujeres y niños. Con balas. Existía esa voluntad.

Le pregunté:

—¿Qué piensa... que nos ha pasado? ¿O a ellos?

Peters dijo:

—Sigue pasando. Algo bastante sobrecogedor y ajeno. No lo llamaría «sobrenatural», pero sólo porque no creo en lo sobrenatural. Da esa *impresión*: la de que es algo sobrenatural. ¿Tenían la voluntad? Pero ¿de dónde les ha venido? En su embestida hay azufre. Una auténtica vaharada del fuego del infierno. O quizá..., o *quizá* es completamente humano y sencillo y simple.

—Disculpe, señor, pero ¿cómo es eso posible?

—Quizá es exactamente lo que viene al cabo de llevar mucho tiempo divulgando que la crueldad es una virtud. Con el mismo derecho a recompensa que las demás virtudes..., ascensos y poder. No sé. El apetito de muerte... En todas las modalidades. Abortos forzados, esterilizaciones. Eutanasia..., decenas de miles. El apetito de muerte es genuinamente azteca. Saturnal.

—Así que la modernidad y...

—Lo moderno, incluso futurista. Como se suponía que iba a ser Buna-Werke, la mayor y más avanzada fábrica de Europa. Eso, combinado con algo increíblemente antiguo. Que se remonta a cuando éramos babuinos y mandriles.

—Y lo han decidido, dice usted, en el ápice de su poder. ¿Y ahora?

—Todo esto será enjuiciado y quizá acabe sancionado con el cólico de la derrota. Saben que han perdido.

—Sí —dije—. Berlín. El estado de ánimo ha cambiado por completo, está todo desquiciado. La derrota es tan palpable.

—Ya. Adivine cómo le llama ahora todo el mundo. Después de África. Después de «Túnez-grado». GröFaZ.

—GröFaZ.

—Una especie de acrónimo. *Grösster Feldherr aller Zeiten*. El comandante en jefe más grande de todos los tiempos. No es más que un pueril sarcasmo alemán; nada malo en cuanto a expresividad, sin embargo. GröFaZ... Todo ha cambiado. No más saludos con el brazo recto en alto. Ahora es *Guten Tag* y *Gruss Gott*. No más millones de alemanes obligados a gritar un nombre treinta veces al día, por ley. El nombre de un pequeño *golfillo österreichisch*... Bien, el hechizo se ha roto. La *Walpurgisnacht* que nos ha durado diez años ha llegado a su fin.

Las ramas de los árboles se cubrían de verdor suave, y pronto darían al lugar sus profundas sombras habituales. Pregunté al profesor cuánto faltaba para el final.

—Él no va a parar. No hasta que Berlín parezca Stalingrado. Supongo que la resistencia podrá arreglárselas para matarlo.

—¿Se refiere a los Von..., a los coroneles?

—Sí, a los coroneles nobles. Pero ahora siguen discutiendo entre ellos la composición del Gobierno provisional. Una risible pérdida de tiempo y energía. Como si los aliados fueran a poner a otro puñado de *alemanes* al mando. Prusianos, además. Mientras tanto, nuestro anticristo pequeñoburgués está manteniéndolo todo tapado... *mediante* —dijo Peters en inglés— *las diecinueve guillotinas de la nación*.

Dije:

—Entonces, ¿por qué toda esa agria satisfacción? No entiendo lo contento que parece todo el mundo.

—Sienten *Schadenfreude* incluso por sí mismos. —Peters se detuvo de nuevo, y dijo con una mirada compasiva—: Todos están contentos, Thomsen. Menos usted.

Y le dije por qué. Y no intenté cargar las tintas. No le dije que muchas veces, cuando cerraba los ojos, veía un esqueleto con adherencias de carne encima del potro de los latigazos.

—Así que GröFaZ y Rupprecht Strunck, entre los dos, me han presentado como el Schreibtischtäter. —Autor moral; *asesino de escritorio*—. Y para nada.

Peters frunció el ceño y dirigió un dedo horizontal hacia mí.

—No, no para nada, Thomsen. Lo que está en juego sigue siendo una enormidad. Buna y el combustible sintético no ganarán la guerra, pero podrían prolongarla. Y con cada día que pasa...

—Eso es lo que me digo una y otra vez, señor. Todavía.

—Los acontecimientos pondrán un freno a Herr Strunck, créame. Muy pronto sólo podrán matar a mujeres y niños. Porque necesitarán a los hombres para que trabajen. Así que ánimo un poco, ¿de acuerdo? Mírelo por el lado bueno. ¿Le digo la pregunta que está en el ambiente?

—Si no le importa...

—¿Por *quién* están matando a los judíos? *Cui bono*? ¿Quién se refocilará en los frutos de una Europa libre de judíos? ¿Quién disfrutará de su sol? No el Reich. *No habrá tal Reich*...

Durante un instante pensé en Hannah..., y en las unidades dramáticas, y en lo que la guerra hace en ellas. Peters sonrió y dijo:

—¿Sabe a la gente que GröFaZ odia más ahora? ¿Porque le ha fallado? A los alemanes. Fíjese. Después de que le han echado de Rusia, todos sus esfuerzos van a plasmarse en el oeste. Quiere que los rusos lleguen aquí los primeros. Así que póngase a resguardo.

Le estreché la mano y le dije que le agradecía el tiempo que me había dedicado, y que lamentaba las molestias que podía haberle causado.

Se encogió de hombros.

—¿Kruger? Bien, ya casi estamos ahí...

—Estoy prácticamente convencido de que sabré más de él. Mi tío no puede resistirse a una buena historia. Y por tanto seguro que...

—Sí, seguro. Sigo pensando... Leipzig, enero del 34. Fue allí donde al pirómano holandés le separaron la cabeza del cuerpo. —Lanzó un resoplido—. Nuestro visionario vienés tenía la mira puesta en la soga. Le parecía más degradante. Se quedó espantado al enterarse de que en Alemania no había habido una pena de ahorcamiento desde el siglo XVIII. —Peters hizo un gesto: a lo lejos, la cúpula cremosa del vaciado y abandonado Reichstag—. Leipzig, enero del 34. ¿Cree que

Dieter Kruger pudo haber tenido algo que ver con el incendio?

Wibke Mund era una fumadora compulsiva; en una hora podía hacer desbordar un cenicero de colillas de color castaño. Era también una tosedora compulsiva, y continuamente le daban arcadas. Había pasado todo un mes, y ahora yo estaba sentado en su oficina de la Cancillería (en una Wilhelmstrasse bombardeada pero reparada con eficiencia). Observaba como entumecido los movimientos de otra secretaria más joven, una rubia de cara blanda llamada Heidi Richter. Con una admiración abstracta fui registrando cómo se inclinaba hacia un lado y hacia delante, cómo se agachaba y enderezaba... Durante aquellos meses en la ciudad había interpretado el papel del asceta privilegiado que recorría por las tardes los suburbios de la clase obrera de Friedrichshain y Wedding, y cenaba temprano y frugalmente en el hotel (aves de corral, pasta y otros nutrientes no sujetos a racionamiento, y de cuando en cuando ostras y langosta) antes de subir a la habitación (donde, arrojando cierto riesgo personal, leía a autores como Thomas Mann). Había tres o cuatro chicas berlinesas con quienes tenía lo que habíamos dado en llamar unos «acuerdos»; pero no recurrí a ellas. Boris habría ridiculizado mi probidad, pero yo sentía que había adquirido cierto capital emocional, o incluso moral, y no quería que mermara, no quería empezar a vivir de sus réditos. Y yo era el hombre que, no mucho tiempo atrás, había tenido comercio carnal con la asesina Ilse Grese...

—*Liebling*, de nada sirve que ande moviéndose de aquí para allá —dijo Wibke—. Aún tardará un rato. Venga, tómese una taza de este café asqueroso.

Una espera dentro de otra espera: había llegado a mediodía, y ahora eran las tres menos veinte. Así que volví a mirar las dos cartas que había recogido cuando pagué la abultada cuenta en el Eden.

Como suplemento a su desesperado informe semanal, Suitbert Seedig adjuntaba una adenda confidencial sobre las últimas actuaciones de Rupprecht Strunck. Strunck había abolido el concepto de *unverzüglich...*, el trabajo sin demora. Ahora los *Haftlinge* debían trabajar frenéticamente: a toda velocidad. El patio principal, en palabras del propio Seedig, era *como un hormiguero en medio de un fuego forestal*.

La otra carta, fechada el 19 de abril, era de Boris Eltz (un corresponsal decididamente negligente, he de decir). Muchas cosas en ella estaban en una especie de código. Lo que los censores querían leer era exactamente lo contrario de la verdad; así, por ejemplo, cuando Boris escribía: *He oído que el joven abstemio pronto será ascendido por su espléndida eficiencia y el auténtico lustre ejemplar de su ética*, me hacía saber que el Viejo Bebedor pronto sería degradado por incompetencia crasa y venalidad hiperactiva.

De Hannah dijo: *La vi en casa de los Uhl el 30 de enero y en la suya el 23 de*

marzo.

Debieron de ser momentos realmente aborrecibles. El 30 de enero fue el décimo aniversario de la toma del poder; y el 23 de marzo de ese mismo invierno se dictó la Ley de Autorización, por la que se disolvía el estado constitucional..., la ley, como la llamaron ellos, para el Alivio de los Infortunios del Pueblo y del Reich... Boris terminaba así la carta:

En las dos recepciones citadas, tu amiga hizo que nuestro funcionario político le echara en cara que no se adhiriera al estado de ánimo imperante. Ella se mostró rotundamente sombría, mientras todo el mundo, por supuesto, olfateando la victoria, ¡se mostraba eufórico y pletórico del fuego nacionalista!

Hablemos en serio, hermano. Me han soltado seis semanas antes: mi tiempo con los austríacos ha llegado a su fin. Esta noche, y con el corazón henchido, comienza mi viaje al este. No te preocupes. Me batiré hasta la muerte para asegurarme de que Angelus Thomsen siga siendo atractivo para las mujeres arias. Y tú, queridísimo mío, harás *cualquier cosa que esté en tu mano* para proteger a la «Theres» de ojos azules y pelo dorado, nuestra inconformista de los Montes Tatras.

Como siempre, B.

—Heidi —dijo Wibke—. ¿Serás tan amable de llevar al comedor pequeño al Obersturmführer Thomsen?

Aunque no podía compararse en modo alguno con el comedor grande (el salón de banquetes que era un auténtico atrio), el comedor pequeño era un comedor grande, con su espacio aéreo de diez metros de altura pugnando por contener muchas toneladas de arañas de cristal. Me senté a la mesa rectangular y me sirvieron una taza de café genuino y una copa de Benedictine. El aire estaba lleno de humo de tabaco y de infelicidad existencial, y un hombre alto, gordo y ardoroso, con chaqué ceñido y cuello de etiqueta, leía, con enorme esfuerzo interior y muy sudoroso, una hoja de papel en un alemán formal y fluido:

—Le damos las más calurosas gracias por su típica hospitalidad teutónica, Herr Reichsleiter. Guardaremos con el mayor cariño los recuerdos de las espléndidas vistas del Nido del Águila, la magnífica interpretación de *Tristán e Isolda* de Richard Wagner en Salzburgo y el tour guiado de Múnich con su conmovedora ceremonia en el Templo de los Mártires, y, por último, aunque no por ello de menos importancia, el succulento banquete que nos ofreció en su casa solariega de Pullach, en compañía de sus hermosos hijos y de su agraciada y grácil esposa. Por todo ello, a lo que hemos de añadir nuestra estancia en el glorioso imperio de su capital, Herr Reichsleiter, desde lo más profundo de nuestro corazón, le damos las...

—*Gern geschehen, gern geschehen*. Ahora, a la realidad —dijo el Sekretär.

Con aire de especialmente animoso y divertido, el tío Martin se aclaró la garganta y se enderezó en la silla. Luego, con deferentes, si bien levemente molestas, sonrisas al intérprete, dijo:

—Berlín está deseoso de reforzar los fuertes lazos que lo unen con Budapest... Ahora que se están comportando de nuevo como aliados y no como un país neutral... Eso está ya solventado. Vayamos al otro asunto... Sabe muy bien que deploramos la destitución del primer ministro Bárdossy, y estamos francamente consternados... por la política del primer ministro Kállay... Tal como están las cosas, Hungría es un verdadero paraíso —*ein Paradies Erden*...— para los judíos... Todo nariz ganchuda —*jeder Hakennase*— europeo anhela cruzar vuestra frontera... ¡Nos sonrojamos, caballeros, nos *sonrojamos*... *wir erröten*... cuando reparamos en su concepción de la seguridad nacional...!

El tío Martin fue mirando como con lástima cara por cara. Un hombre de barba oscura y tal vez rango ministerial sacó un pañuelo verde del bolsillo superior y, con una exuberancia sonora de adolescente, se sonó la nariz.

—Como gesto inmediato de buena voluntad, les pedimos que introduzcan ciertas medidas *acordes con* la jurisprudencia del Reich... Primera: confiscación de toda la riqueza... Segunda: exclusión de toda forma de actividad cultural y económica... Y tercera: imposición de la Estrella... Tendrán ustedes, pues, que concentrarlos y someterlos a cuarentena. Y, llegado el momento, deberán enviarlos —*Absendung*—... ¡Vengo, señores, de la mismísima Wolfsschanze! Y tengo el encargo solemne de trasladar un saludo personal al regente Horthy. —Levantó una ficha y dijo con una sonrisa—: Para... Su Alteza Serenísima el regente del reino de Hungría... Quien, cuando nos honró con su visita hace tan sólo un par de semanas..., pareció extrañamente indiferente ante nuestras recomendaciones... Un saludo, pues, y también una promesa... Aun cuando nos obliguen a utilizar a la Wehrmacht, vamos a hacernos con sus judíos... Nos haremos con sus judíos, *Klar? Das ist klar?*

—Sí, Herr Reichsleiter.

—Bueno, tú quédate aquí, *Neffe*, mientras acompaño a estos dignatarios a sus vehículos.

El tío Martin no tardó ni un minuto en volver. Despidió a los criados, y se quedó con los licores, y se bebió una copa allí de pie, mientras decía:

—No hay nada como eso, ¿sabes, Golo? Decirles a naciones enteras lo que tienen que hacer. —Se sentó en la silla que había a mi lado y me preguntó, sencillamente—: ¿Y bien?

Le conté que había compilado un largo informe, y añadí:

—Pero déjame decirte que es algo muy obvio.

—Resúmemelo, por favor.

La teoría del hielo cósmico, *Onkel* (empecé), conocida también como el Principio del Hielo Mundial, sostiene que la Tierra se creó cuando un cometa helado del tamaño de Júpiter colisionó con el Sol. Durante los tres mil años de invierno que siguieron, los primeros arios se fueron moldeando y formando con cautela. Así, *Onkel*, sólo las razas inferiores descienden de los grandes simios. Los pueblos

nórdicos se preservaron criogénicamente desde el amanecer del tiempo terrestre... en el continente perdido de la Atlántida.

—¿Perdido... cómo?

—Sumergido, *Onkel*.

—¿Y eso es todo?

—Más o menos. Es un sitio muy curioso, la Ahnenerbe. La teoría del hielo cósmico no es lo único que tratan de probar. Están intentando demostrar que el eslabón perdido no era un humano de los primeros tiempos, sino una especie de oso. Y que los antiguos griegos eran escandinavos. Y que Cristo no era judío.

—¿Qué fue, entonces? ¿Y *todo* es por el estilo?

—Un amorita. No, también hacen un trabajo excelente, y el millón anual que gastan vale la pena.

Sí, pensé. Hasta el último céntimo. El hecho de que los empleados de la Ahnenerbe fueran considerados «piezas esenciales de guerra», lo cual les eximía del alistamiento, era militarmente irrelevante: ninguno de ellos habría pasado la revisión médica; ninguno de ellos, pensé a veces, habría *sobrevivido* a una revisión médica. Estos arios «certificados» tenían caras espurias que parecían soñadas por mentes espurias, ojos saltones, dientes salidos, bocas babeantes, mentones huidizos, narices rojas y proclives al moqueo. La mayoría eran investigadores de segunda o aficionados semiprofesionales. Una vez eché un vistazo al «pabellón de anatomía»: una cabeza cortada hirviendo en un bol de cristal, sobre unas lámparas de Bunsen, un frasco lleno de testículos en salmuera. La Studiengesellschaft für Geistesurgeschichte..., figuras de cera, una mezcolanza onírica de cuadros de gráficos y órganos corporales, calibres, ábacos, caspa y baba...

—Pero mayormente es propaganda. Y ahí es donde reside su valor, *Onkel*. Alimento del nacionalismo. Y justificación de las conquistas. Polonia no es sino una parte de la Germania primitiva..., y ese tipo de cosas. Pero ¿lo demás? Muy bien, dime. La teoría del hielo cósmico..., ¿qué piensa Speer de ella?

—¿Speer? Speer ni se digna dar una opinión. Es un técnico. Piensa que no es más que basura.

—Y tiene *razón*. Distánciate de ello, *Onkel*. El Reichsführer y el Reichsmarschall no pueden más que ponerse en ridículo apoyándolo. Olvida la teoría del hielo cósmico. Y movilízate contra Speer. ¿Qué es lo que ha conseguido?

El tío Martin volvió a llenar las copas.

—Bien, *Neffe*. En febrero dijo que había duplicado la producción bélica en menos de un año. Y es verdad. Eso es lo que ha conseguido.

—Y ése es precisamente el peligro. ¿Ves lo que está montando con Saukel, *Onkel*? Speer quiere lo que es obvio que es tuyo. La sucesión.

—... La sucesión.

—Sí, Dios no lo quiera...

—Ya. Dios no lo quiera... Todo está bajo control, *Neffe*. Los Gauleiter están

conmigo. Por supuesto que lo están. Son el Partido. Así que escucha: Speer ordena el envío de un tren cargado de piezas de maquinaria, y mis muchachos, en el camino, se hacen con la mitad de la partida. Y he metido a Otto Saur y a Ferdi Dorsch en su ministerio. Va a verse bloqueado en cada iniciativa, y lo único que puede hacer es tratar de acercarse al Jefe y darle la lata con sus quejas. Speer, ahora, no es más que un funcionario más. No es un artista. Ya no lo es.

—Bien, *Onkel*. Bien. Sabía que no te quedarías con los brazos cruzados viendo cómo te quitan lo que es tuyo por derecho.

Poco después, cuando mencioné la hora de salida de mi tren, el Sekretär llamó al parque de vehículos y dijo que me acompañaría a la Ostbahnhof^[23]. Ya en el patio, dije:

—Esta puerta. Es increíblemente pesada.

—Blindada, Golo. Órdenes del Jefe.

—Más vale asegurarse que lamentarse, ¿eh, *Onkel*?

—Monta... ¿Ves? Una limusina en la que casi parece que le falta espacio. Es el precio del poder. Bien, ¿cómo pasaste la Nochevieja?

—Estuvo muy bien. *Tantchen* y yo nos sentamos enfrente del fuego hasta las doce y diez. Luego brindamos a tu salud y nos fuimos a dormir. ¿Y qué tal la tuya?

Los encorvados motoristas de escolta aceleraron para despejarnos la carretera; pasamos los cruces con la luz de cara; y luego los motoristas nos adelantaron una vez más. El tío Martin sacudió la cabeza, como incrédulo, y dijo:

—¿Hasta las doce y diez? ¿Puedes creer, Golo, que yo estuve hasta las cinco de la madrugada? Con el Jefe. Pasamos juntos tres horas y tres cuartos. ¿Lo has visto de cerca alguna vez?

—Claro, *Onkel*. Pero sólo una vez. En tu boda. —Fue en 1929, cuando Gerda y yo estábamos a punto de traspasar el umbral de la tercera década de edad. Y el líder del NSDAP se asemejaba tanto a un maître pálido, abotagado y cruelmente explotado que todos los invitados civiles, me pareció, se contenían con firmeza para no premiarle con una propina—. Qué carisma. Ni me atrevería a imaginar algún tipo de... *tête-à-tête* con él.

—Ya ves, ¿no? La gente lleva años dispuesta a dar hasta la vista por estar cinco minutos a solas con el Jefe..., y yo he estado casi cuatro horas. Él y yo solos. En la Guarida del Lobo.

—Es tan romántico, *Onkel*...

Mi tío se rió y dijo:

—Es curioso. Cuando..., al reencontrar a Krista Gross, por lo cual te doy mis más efusivas gracias, he sentido la misma excitación. No es que yo... No hay nada de eso. Me refiero al mismo *grado* de euforia. ¿Te has dado cuenta, Golo, de que las pelirrojas huelen más fuerte?

Durante un cuarto de hora, el tío Martin habló de lo que hacía con Krista Groos.

Cada vez que miraba a través de los cristales tintados instintivamente esperaba ver un montón de puños levantados y caras fieras. Pero no. Mujeres, mujeres, mujeres; de toda edad, y atareadas, atareadas, atareadas, no con la vieja diligencia berlinesa (adquiriendo y gastando), sino atareadas en el mero vivir, en tratar de comprar un sobre, un par de cordones para los zapatos, un cepillo de dientes, un tubo de pegamento, un botón. Todos sus maridos, hermanos, hijos y padres estaban a centenares, tal vez a miles de kilómetros de distancia; y un millón de ellos, como mínimo, estaban muertos.

—Le dije que eras famoso —dije, mientras el coche se detuvo detrás de la Estación de Polonia.

—Pues lo celebramos como es debido, Golo. Lo celebramos como es debido. En fin, te he traído pronto por una razón. Antes de que te vayas te voy a hacer un pequeño obsequio. La extraña historia de Dieter Kruger. No debería, por supuesto. Pero creo que ahora ya no importa.

—Oh, eres muy amable, *Onkel*.

—... La noche anterior a su ejecución fuimos en una pequeña peregrinación a la celda de Kruger. Unos amigos y yo. Y no te puedes ni imaginar lo que hicimos.

Mientras el Sekretär me contaba su historia, yo bajé la ventanilla para disfrutar del aire exterior. Sí, era verdad. Como el Reichskanzler (harto temido a este respecto por sus interlocutores, incluido mi tío), la ciudad sufría de halitosis. Berlín tenía mal aliento. Y ello porque la comida y la bebida las elaboraba, las procesaba y muy posiblemente las inventaba IG Farben (y Krupp, Siemens, Henkey, Flick y otros). Pan químico, azúcar químico, salchichas químicas, cerveza química, vino químico. ¿Y cuáles eran las secuelas? Flatulencia, botulismo, escrofulismo, forúnculos. ¿Adónde acudir cuando hasta el jabón y la pasta de dientes apestaban? Ahora mujeres de ojos amarillos expelían ventosidades sin disimulos, y esto no era sino la mitad del problema. Ahora se tiraban pedos por la boca.

—¡... en el pecho desnudo! —concluyó el tío Martin, con la más morbosa de las sonrisas—. En el pecho desnudo. ¿No crees que es para desternillarse?

—Es *desternillante*, *Onkel* —dije, sintiéndome desfallecer—. Como tú mismo prometiste..., el nacionalsocialismo en su faceta más mordaz.

—No tiene precio. No tiene precio. ¡Dios, cómo nos reímos! —Miró su reloj de pulsera y se quedó callado un momento—. Horrible lugar ése, la Wolfsschanze. Es casi como un KZ de bolsillo; sólo que los muros son de cinco metros de grosor. Pero el Jefe..., *ach*, el Jefe está preparando una sorpresa muy desagradable para nuestros amigos del este. Estate atento al saliente de Kursk. Cuando la tierra se endurezca. Operación Ciudadela, *Neffe*. Tú estate atento en el saliente de Kursk.

—Lo estaré. Bien, *Onkel*. Ni que decir tiene que te estaré eternamente agradecido. Transmítele mi más caluroso amor a *Tantchen*.

Mi tío frunció el ceño y dijo:

—Tu Hannah... No tengo ninguna objeción que hacer a su corpulencia. Al

contrario. ¿Por qué crees que me casé con Gerda? Pero los labios, Golo... Los labios de Hannah. Son demasiado anchos. Las comisuras le llegan hasta las orejas.

Se me encogieron los hombros.

—Es una boca muy bonita.

—Ya. Bueno, supongo que no está mal —dijo—, si tienes la polla en ella. Me ha dado la alegría de siempre verte, querido Golo. Cuídate mucho.

Boris se había ido a la guerra con el corazón pletórico, y yo también estaba lleno de emoción mientras me preparaba para mi primera línea en el este.

Los trenes expresos a Polonia, en ambas direcciones, nunca iban llenos, porque a los polacos no se les permitía viajar en ellos. Ni en ellos ni en ningún otro tren sin una autorización especial; ni en tranvías, ni en autobuses. También tenían prohibido asistir a los teatros, conciertos y exposiciones, cines y museos y bibliotecas, al igual que poseer o utilizar cámaras, radios, instrumentos musicales, gramófonos, bicicletas, botas, maletines de cuero y libros de texto. Además, cualquier alemán étnico podía quitar la vida a un polaco siempre que le viniera en gana. Desde la óptica nacionalsocialista, los polacos tenían un estatus animal, pero no eran insectos ni bacterias, como los prisioneros de guerra rusos, los judíos y ahora también los romaníes o los sinti o los..., los Alisz Seisser de este mundo.

Así que tenía un compartimento para mí solo, y dos literas a mi disposición. Hacía tiempo que tales lujos los percibía teñidos de náusea (cuán humillante, cuán canallesca... mi condición de miembro activo de la raza superior); me consoló un tanto constatar que toda superficie visible del interior del tren se hallaba recubierta de una espesa mugre. Medio centímetro de mugre, en Alemania: la guerra estaba perdida; Alemania estaba perdida. Me preparé para las ocho horas del trayecto (luego me esperarían otras tres horas de viaje hasta Cracovia). Pero estaría de vuelta en el Kat Zet para la Noche de Walpurgis.

Hubo una pequeña demora debida al enganche del coche restaurante. Por supuesto, mi sustento iba a depender de la cesta que me habían preparado por las heroicas (y asombrosamente caras) cocinas del Hotel Eden. Sonó un silbato.

Y ahora Berlín empezó a alejarse más y más en el oeste. Friedrichshain, con sus glándulas sebáceas bloqueadas y sus pestilentes restaurantes baratos; la Ahnenerbe, con sus calaveras y esqueletos, su caspa y su moco; la Potsdamer Platz, con sus caras destrozadas y sus uniformes medio vacíos.

Llegué a la Ciudad Vieja a las cuatro de la tarde. Tenía intención de darme un

baño, cambiarme de ropa y presentarme en la casa de campo del comandante. Ah, una tarjeta postal del Oberführer Eltz. *He recibido ya un toque, me escribía Boris, una puñalada en el cuello, y es una lata; pero no me va a impedir que mañana participe en el ataq...* Las últimas dos líneas habían sido pulcramente tachadas.

Maksik, el celebrado cazador de ratones, estaba instalado con los ojos cerrados en una estera húmeda, junto al frigorífico sujeto con cuerdas. Supuse que Agnes había pasado por casa el día anterior y había dejado a Max para que hiciera su trabajo. Parecía muy bien alimentado; y ahora, una vez cumplida su tarea, había adoptado la pose de una cubretetera, con la cola y las cuatros patas metidas bajo el cuerpo.

Hacia la mitad de la sala mis pasos se hicieron más lentos. Algo era diferente, algo se había alterado. Durante los diez minutos siguientes escudriñé los tableros de las mesas y abrí rápidamente los cajones y armarios. El modus operandi de la Gestapo en tales casos podía adoptar una de estas dos modalidades: una visita fantasmal casi indetectable, o un terremoto seguido de un huracán. La casa no había sido registrada a conciencia: habían hurgado en ella de forma descuidada, como al desgair.

Me lavé con la voluntad y el vigor más minuciosos, porque uno siempre siente la mancha, sólo venialmente odiosa, en este caso, de una violación de su intimidad (imaginé a Michael Off pasándose un palillo por la boca mientras fisgaba entre mis cosas de aseo). Pero, sentado en la bañera instantes antes de la ablución final, pensé que, bueno, la hipótesis más verosímil era que no había sido más que una advertencia, o incluso una cuestión rutinaria, y que mucha gente, acaso la totalidad del personal de IG, había sido objeto alguna vez de una inspección de este tipo. Saqué mi ropa del armario.

Cuando volví a la cocina, Max se estaba enderezando; flexionó las patas delanteras y vino hacia mí con parsimonia. Aunque en general era una criatura carente de sentimentalismos, de vez en cuando, como ahora, se alzaba hasta alcanzar su altura máxima, se quedaba en suspenso unos instantes y se dejaba caer al suelo de espaldas. Me acerqué y le acaricié la barbilla y el cogote, a la espera del ronroneo sonoro y gruñón preceptivo. Pero no ronroneó. Le miré a los ojos y vi que eran los ojos de un tipo completamente diferente de felino, en el que anidaban ahora la severidad y la inquina. Retiré la mano de inmediato, pero no con la rapidez suficiente: en la base de mi pulgar había una delgada raya roja, que empezaría a rezumar en cuestión de unos segundos.

—Pequeño cabrón —dije.

No escapó, no se escondió. Se quedó allí echado boca arriba, mirándome con las uñas fuera.

Y era doblemente extraño ver la bestia que había en él. Porque la noche pasada, en el tren, había soñado (proféticamente) que el zoo de la Budapesterstrasse, al otro lado del Hotel Eden, había sido bombardeado por los ingleses. Hombres de las SS corrían entre las jaulas destrozadas matando a tiros a los leones y los tigres, a los

hipopótamos y los rinocerontes, y ponían especial empeño en matar a los cocodrilos antes de que se deslizaran y llegaran a sumergirse bajo las aguas del río Spree.

Cuando bajé las escaleras y salí a la plaza eran las cinco y cuarenta y cinco. Me abrí paso con dificultad entre los escombros de la sinagoga, seguí los caminos curvos y pendientes que conducían hasta la carretera llana, entré en la Zona de Interés y fui acercándome más y más al olor.

2. DOLL: LA PENA SUPREMA

He llegado a creer que todo fue una equivocación trágica.

Tendido en la cama al alba, disponiéndome de nuevo a otra inmersión en los ritmos feroces del KL (toque de diana, aseos, *Dysenterie*, trapos en los pies, recuento, *Stücke*, estrellas amarillas, Kapos, triángulos negros, *Prominenten*, cuadrillas de trabajo, *Arbeit Macht Frei*, banda de música, *Selektion*, aspas de ventilador, ladrillos refractarios, dientes, pelo), y encarando 1.000 desafíos a mi rictus de frío mando, le he estado dando vueltas a las cosas en la cabeza, y, sí, he llegado a creer que todo fue una equivocación trágica..., haberme casado con una mujer tan grande.

Y tan joven, además. Porque la amarga verdad es que...

Por supuesto, no me son ajenas las batallas cara a cara, como creo que dejé claro en el frente iraquí durante la Gran Guerra. Sin embargo, en aquellos casos, mis adversarios fueron casi siempre hombres gravemente heridos o inválidos a causa del hambre o la enfermedad. Y más tarde, en mi época de Rossbach, si bien se daban las escaramuzas y tiroteos por el estilo, no hubo combates encarnizados, ni violencia *extrema*, a menos que cuente lo de la maestra de Parchim, y esa vez tuve una clara ventaja numérica (5 a 1, ¿no?). De todas formas, eso fue hace 20 años, y desde entonces no he sido más que un burócrata halagado, sentado en un escritorio con el culo cada día más sudoroso y rezumante pegado al duro asiento.

No creo que haya que ser un genio para entender a lo que me refiero. No puedo hacer lo que haría falta..., aquello que restauraría el orden y el contento, y la seguridad en el trabajo, en la casa de campo anaranjada: no puedo darle una paliza (y luego echarle un polvo como es debido a esa bruja gigante en el dormitorio de matrimonio). Es demasiado grande, la cabrona.

Y la pequeña Alisz Seisser... Alisz no impone más que Paulette. Sabe cuál es su lugar y se retira a él en el instante mismo en que el *Sturmbannführer* se pone a fulminarla con la mirada.

—Basta ya de lloriqueos. Escucha, pasa continuamente y en todas partes del

mundo. No hay que montar ningún escándalo por ello.

El taburete, el retrete químico, el caldero de agua que por fin empieza a hervir en el hornillo de la oficina...

—Oh, anima esa cara, Alisz. Una solución limpia. Es algo que deberías celebrar... ¡con una botella de ginebra en un baño muy caliente! *Nicht?* Venga, que te vea esa sonrisa... *Ach*. Búa, búa, búa... Muy bien. Son y ½. Es la hora. Búa, búa, búa, búa, búa... ¿Ahora podrás sobreponerte un poco, joven dama, por tus propias fuerzas? ¿O hará falta que te dé otra bofetada?

... Se trajo consigo un buen montón de bártulos, Miriam Luxemburg.

Lo primero que hizo fue abrir una mesa portátil (con aire de mesa de operaciones en miniatura) y dejarlo todo encima, sobre un paño azul: jeringa, espéculo, pinza y una vara larga de madera con un aro metálico con acerados dientes en un extremo. El instrumental parecía de una calidad razonable; mejor, mucho mejor que los útiles de jardinero a los que una y otra vez recurrían incluso los cirujanos de las SS.

—¿Soy sólo yo... —dije con una calma perfecta— u hoy se percibe ya en el aire como un susurro de primavera?

La doctora Luxemburg, tal vez un tanto disgustada por mis repetidos aplazamientos de la operación, me dirigió una sonrisa desvaída, y Alisz, que para entonces tenía ya una especie de correa de cuero en la boca, no respondió en absoluto a mi comentario (por supuesto, llevaba mucho tiempo sin pisar el mundo exterior). La paciente, en camiseta, estaba tendida en el catre desnudo y cubierto por una toalla, con las piernas abiertas y las rodillas levantadas.

—¿Cuánto cree que tardará?

—20 minutos, si todo va bien.

—Muy bien. ¿Ha oído eso, Frau Seisser? No hay necesidad de ningún alboroto.

Tenía pensado irme en el momento en que la operación diera comienzo, ya que soy muy melindroso en todo lo relativo a las mujeres y sus conductos físicos. Pero me quedé mientras Luxemburg aplicaba la solución desinfectante y le inyectaba la anestesia local. Y aún me demoré un poco más durante el proceso de dilatación..., el espéculo, con su efecto de pinza de reversa. Y tampoco me fui cuando llevó a cabo el legrado.

Era de lo más extraño. Me busqué los remilgos, y los remilgos no estaban...

Cuando llevé en coche a Luxemburg al Instituto de Higiene (y le entregué la bolsa de papel con los 400 Davidoff adicionales), le pregunté cuánto tardaría la pequeña Alisz en volver a ser la misma.

El 20 de abril, por supuesto, celebramos el 54.º cuarto cumpleaños de alguien. Fue un acto sobrio en el comedor de oficiales, con Wolfram de maestro de ceremonias.

—*Dem Prophet der Deutschen Status, Selbstachtung, Prestige, und Integritat restauriert!*

—... *Einverstanden.*

—*Der Mann der seinen Arsch mit dem Diktat von Versailles abgewischt!*

—... *Ganz bestimmt.*

—*Der Grösster Feldherr aller Zeiten!*

—... *Richtig.*

El único invitado que respondió con algún brío, aparte de mí mismo y del joven Wolfram (el pobre jovencito estaba algo borracho), fue mi mujer.

—Así que... —le dije en un susurro— te has sumado al espíritu de la fiesta de cumpleaños.

—Sí —me contestó también en un susurro.

Hannah estaba haciendo un auténtico espectáculo de su persona, como de costumbre. Vestida como una vulgar prostituta, celebró la miriada de saluciones (con un exceso de ruido), y luego se dedicó a las risitas satíricas..., dirigidas a la solemnidad decorosa del ánimo reinante. Cerré los ojos y di las gracias al Señor: Fritz Möbius estaba de permiso.

—Sí, me he sumado al espíritu del cumpleaños —dijo—, porque con un poco de suerte será el último. ¿Y cómo se quitará de en medio ese pequeño idiota? Supongo que tiene alguna pastilla siniestra..., ya sabes, reservada para cuando llegue el día. ¿Te han dado otra a ti también? ¿Les dan una a todos sus idiotas importantes? ¿O tú no eres lo bastante importante?

—Alta traición. Y absolutamente merecedora —dije, con compostura— de la pena capital... Sí, muy bien. Acaba ya con esas risas.

Quiero ver la expresión que hay en su cara.

Ahora es aspergilosis: hongos en los pulmones.

La Academia Ecuestre no quiere ni oír hablar de que le devolvamos a Meinrad, así que yo propuse venderlo a ese mulero *schmierig*, como piltrafa. ¿Resultado? Santo Dios, una llantina infantil interminable. A este respecto, Sybil es tan mala como Paulette. Las dos viven prácticamente en el inmundo cobertizo de Meinrad, donde lo acarician mientras yace de costado, con fuertes jadeos.

¿Saben qué? ¡*Echo de menos* a Dieter Kruger!

Mis compadres y yo nos lo pasamos muy bien con él, personalmente, en el 33, en su celda de Dachau. Y siguió siendo la fuente de diversiones más «delegadas» durante el período de 1934-1940. *Ach*, mentalmente hice ir dando tumbos al amigo Kruger de prisión en prisión y de campo en campo..., y lo dejaba aparcado donde me daba la puta gana. Y cuando se fue acercando la guerra, bueno, pues lo puse a allanar dunas en Stutthof, a excavar en Flossenbürg, a lamer las fosas de arcilla en Sachsenhausen. Oh, y lo hice acabar extenuado..., e ingeniosamente enriquecí sus sufrimientos (tareas solitarias y de castigo, raciones de hambre, y ora experimentos médicos, ora sesiones de 75 latigazos). En fin, al parecer me dejé llevar un poco por

el entusiasmo; se me fue la mano, es obvio, y Hannah dejó de creerme.

El destino de Kruger era lo único que tenía cierto ascendiente sobre ella. En los viejos tiempos hasta podía sacarle algún que otro polvo plañidero valiéndome de ese poder del amigo Kruger. ¡*Ach*, cuán lejanas hoy aquellas fusiones extáticas!

Echo de menos a Dieter Kruger.

—¿Vas a los fuegos artificiales? —preguntó Fritz Möbius. Íbamos hacia su despacho, pasando por delante de todos los empleados de los archivos encorvados sobre sus mesas. Búnker 11: Gestapo.

—Irán las niñas. Yo los veré desde el jardín.

Ni una palabra sobre Hannah, ni una palabra sobre la disciplina conyugal: Fritz estaba demasiado preocupado por el asunto que tenía entre manos.

—¿Qué tal tu permiso? —le pregunté (la vivienda de los Möbius estaba en lo que quedaba de un edificio de apartamentos del centro de Bremen)—. ¿Todo ha ido sobre ruedas?

—Oh, no digas tonterías —dijo con cansancio mientras echaba una ojeada a la primera hoja de informe de Rupprecht Strunck—. ¿Así que ese cabrón es el coordinador del asunto?

—Exactamente. El suboficial Jenkins, lo delató, y luego Strunck encontró el calendario en su cabaña de herramientas.

—Bien. *Ach*, Paul. No hay cristales, ni electricidad, ni agua... Tienes que esperar hasta mediodía para tu cagada matutina. Y recorrer 4 manzanas para llenar el cubo de agua para la cisterna.

—*Ja?*

—Y todo el mundo se pasa el día hablando de *patatas*. —Pasó una página y subrayó algo—. Y ahí la tienes, a la mujercita, dándome la puta lata con las... patatas. Su madre es igual. Y su hermana. Patatas.

—Patatas.

—Y en el refugio, Cristo bendito, deberías ver cómo se quedan con la mirada fija en los sándwiches de los demás. Se los *comen* con los ojos, Paul. Hipnotizados. Es patético. —Möbius bostezó—. Intenté descansar un poco. Pero ni eso. Qué va.

Bajó delante de mí por los deteriorados escalones de piedra que conducían al 2.º nivel del sótano.

—¿Y cuántos días lleva a nuestro cuidado ese caballero?

—Bueno, 6 días —dije—. Casi 1 semana.

—Sí, Paul —dijo por encima del hombro (supe que estaba sonriendo)—. 6 días es casi 1 semana. Bien. ¿Quién de dentro de Farben le dio el calendario de los 1.^{os} usos?

—No lo va a decir.

Fritz se paró con ruido.

—¿Qué quieres decir con que no lo va a *decir*? Lo habréis enjaulado, supongo. Y le habréis metido un electrodo por el culo.

—*Ja, ja.*

—¿De veras? ¿Y Entress?

—Oh, Entress también le ha metido mano. 2 veces. Horder dice que el muy cabrón es masoquista. Bullard. A Bullard le encanta.

—Oh, que Dios nos ampare...

Descorrió los cerrojos. Dentro había 2 hombres, Michael Off, medio dormido en una banqueta con un lápiz en la boca, y Roland Bullard, tendido de costado en el suelo de tierra. Reparé con fascinación en que la cabeza de Bullard parecía una granada partida por la mitad.

Möbius suspiró y dijo:

—Oh, excelente trabajo, agente. —Suspiró otra vez—. Agente Off, un hombre que ha estado 72 horas encogido en la «caja», un hombre que ha probado dos veces el filo de un escalpelo profesional, *no* va a ver la luz porque le den una patada más en la cara. ¿Lo está haciendo ahora? ¿Puede *ponerse en pie* cuando está hablando conmigo?

—*Ortsgruppenleiter!*

Pensé que Fritz había dado en el clavo con su razonamiento. Un hombre que...

—¿Un poco de imaginación? ¿Un poco de creatividad, Off? Oh, no...

Con la punta de la bota, Möbius dio un empujón al capitán Buillard debajo del brazo.

—Agente. Vaya a Kalifornia y tráigame a alguna pequeña Sara guapa. ¿O ha jodido usted de tal forma las cosas que Buillard ni siquiera puede *ver*? Vuélvale la cabeza... Vaya, no tiene ojos. —Möbius sacó su Luger y disparó con un ruido ensordecedor al colchón de paja. Buillard dio un leve respingo—. Muy bien. No ve. Pero oye.

De nuevo pensé que el razonamiento de Fritz tenía una base sensata. Muy bien, no puede ver, pero mientras pueda...

—Los británicos son perdidamente sentimentales. Incluso con los judíos. Paul, te garantizo que este asunto lo voy a resolver en menos que canta un gallo. Un hombre como Buillard... Hace mucho que dejó de preocuparse por *él mismo*.

¿Qué encuentro en el Comedor de Oficiales, en este viernes de brisa, sino un ejemplar de *Der Stürmer*? En 1.^a plana, como de costumbre, se nos ofrece una representación artística de (podría ser) un Albert Einstein bebiendo los vientos por una somnolienta Shirley Temple...

Insisto incansablemente en esto: Julius Streicher ha hecho muchísimo daño a todo lo que de más meditado hay en nuestro movimiento, y *Der Stürmer* tal vez sea la única razón por la que, contrariamente a la visión inicial del Libertador, el antisemitismo exterminador no ha «prendido» en Occidente.

He puesto en el tablón de anuncios del Club un aviso para todos los oficiales (no se puede hacer gran cosa con las demás graduaciones, por supuesto). A cualquiera

que se le encuentre en posesión de esta apestosa gacetilla 1) se le sancionará con la pérdida de la paga de 1 mes; y 2) perderá 1 año de permisos.

Sólo mediante las medidas más severas, cumplidas sin miedo ni favoritismos, podré convencer a cierta gente de que soy un hombre que dice en serio lo que dice.

—Sal al jardín, Hannah.

Estaba hecha casi un ovillo en el sillón de al lado de la chimenea, con un libro y una copa, y las piernas no tanto debajo de ella como junto a ella, *nicht?*

—Ven a ver los fuegos artificiales. Y, oh, sí..., compláceme. El Klemptnerkommandoführer *Szmul*, nada menos, quiere darte un regalo. Te idolatra.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿No me dijiste una vez que le diera los buenos días de tu parte? Eso es más que suficiente para una persona como él. Se me escapó que era tu cumpleaños, y quiere hacerte un regalo. Venga, hace bueno aquí fuera. No me importa que fumes. Y hay algo que quiero decirte sobre nuestro amigo Herr Thomsen. Te cogeré el chal.

... El color del cielo era un vulgar rosa oscuro, el color de un budín de café. En el fondo de la hondonada las llamas de la hoguera brincaban y se retorcían velozmente. A través del aire cargado de humo te llegaba el olor penetrante de las pieles de patatas chamuscadas.

—¿Qué quieres decirme de Thomsen? —me preguntó—. ¿Ha vuelto?

Dije:

—Hannah, espero sinceramente que no haya habido ningún tipo de aventura entre vosotros 2. Porque hemos descubierto que es un traidor. Un sucio saboteador. La peor escoria. Ha estado haciendo que dejaran de funcionar algunas máquinas de vital importancia de Buna-Werke.

Y estaba sintiendo el fruto de la vindicación, ½ emoción, ½ liberación estoica de un peso, cuando Hannah dijo:

—Muy bien.

—¿Muy bien..., Hannah?

—Sí. Muy bien. Lo admiro mucho más y me gusta mucho más por lo que me dices que ha hecho.

—Bueno, pues está metido en un buen lío. Tiemblo al pensar lo que le espera en los próximos meses al amigo Thomsen. La única persona que puede ayudarle en ese apuro —dije— soy yo.

Sonreí, y Hannah me devolvió la sonrisa, y dijo:

—Sí, claro.

—Pobre Hannah. Fatalmente atraída por los desechos de nuestras prisiones. ¿Qué es, Hannah? ¿Abusaron sexualmente de ti a una tierna edad? ¿Cuando eras pequeña jugabas demasiado con tu caca?

—*Nicht?* ¿No sueles decir *nicht?* al final de uno de tus chistes?

Solté unas risitas ahogadas, y dije:

—Lo único que quiero decir es que no parece que tengas demasiada suerte con tus novios. Bien, Hannah. Esto podría llevar a una investigación. De tu persona. Tranquilízame. ¿No habrás estado implicada en absoluto en ninguno de sus manejos? ¿Puedes jurar, con la mano en el corazón, que no has hecho nada para impedir nuestro proyecto de aquí del campo?

—No lo bastante. Dejé como un auténtico marica al Kommandant. Pero eso no fue nada difícil.

—Gracias por decir eso, Hannah. Sí, es verdad... Ahora deja ya de reírte. ¿Estás disfrutando de ese cigarrillo?

Sólo quiero mirarle la cara.

—¿Para qué necesitas la pistola?

—Es el modo operativo de rigor con los *Häftlinge*. Ahí viene. Con tu regalo. Mira. Ahora va a sacarlo para dártelo.

3. SZMUL: NO TODO YO

No será esta mañana, ni tampoco será esta tarde. Será al final del día, cuando cae la oscuridad.

Aunque vivo en el presente, y lo hago con una fijeza patológica, recuerdo todo lo que me ha sucedido desde que llegué al campo. Todo. Recordar una hora me llevaría una hora. Recordar un mes me llevaría un mes.

No puedo olvidar porque no puedo olvidar. Y ahora, al fin, todos estos recuerdos tendrán que disiparse...

No hay más que un solo desenlace, y es el desenlace que deseo. Con él probaré que mi vida es mía, y sólo mía.

En el camino hacia allí enterraré todo lo que he escrito, en el termo, debajo del grosellero espinoso.

Y, en virtud de ello, no todo yo moriré.

Lo que vino después

1. ESTHER: ENSIMISMADA EN SUS RECUERDOS

Más o menos cronológicamente...

Szmulek Zachariasz dejó esta vida a aproximadamente las seis cuarenta y cinco del 30 de abril de 1943, una hora después de mi arresto.

Roland Bullard recibió un tiro en la nuca el día 1 de mayo.

Fritz Möbius sufrió un ataque al corazón fatal hacia el término de un interrogatorio de toda una noche, el 1 de junio.

Boris Eltz murió seis semanas más tarde, el 12 de julio, día decisivo de la derrota alemana en Kursk: una batalla de trece mil tanques en un campo del tamaño de Gales. Su frenético Panzer era ya una bola de fuego cuando arremetió de costado contra los dos T-34 rusos que cargaban contra él. Y recibió la medalla *pour le mérite* a título póstumo.

A Wolfram Prüfer, junto con otros dos miembros de las SS, lo mataron con piedras y picos en la insurrección de los Sonderkommando del 7 de octubre de 1944.

Konrad Peters estaba entre los aproximadamente cinco mil sospechosos detenidos en relación con el atentado del 20 de julio de 1944. También fue uno de los aproximadamente doce mil prisioneros que murieron de tifus en Dachau, durante los primeros cuatro meses de 1945.

El tío Martin, Martin Bormann..., bueno, pasaron varios años antes de que los hechos se confirmaran finalmente. Fue herido por un obús ruso (luego tomó cianuro) cuando trataba de huir de la Cancillería, en Berlín, a altas horas de la madrugada del 1 de mayo de 1945, después del suicidio compartido de los recién casados, y la subsiguiente quema de sus cuerpos, que él (con Goebbels) supervisó personalmente. Fue condenado a muerte *in absentia* el 1 de octubre de 1946.

Ilse Grese fue ahorcada en la prisión de Hamelin, en la Zona Británica, el 1 de diciembre de 1945. Tenía veintidós años. La noche de la víspera la pasó cantando «Horst Wessel Lied» e «Ich Hatt' ein Kameraden». Su última palabra (pronunciada con «languidez», según Pierrepoint, su verdugo, que también ejecutó a Lord Haw-Haw) fue *schnell. Rápido*.

En 1943, Paul Doll fue degradado y relegado a un puesto de oficina en la Inspectoría de Campos de Concentración de Berlín (bombardeada por la noche, y más tarde también durante el día), para recuperar luego, en mayo de 1944, el grado de comandante. Fue capturado en marzo de 1946, juzgado en Núremberg y entregado a las autoridades polacas. En su testimonio final, Doll escribió: «En la soledad de mi celda he llegado a la amarga conclusión de que he pecado gravemente contra la

humanidad.» Fue ahorcado junto al Búnker 11 en el Kat Zet I, el 16 de abril de 1947.

El profesor Zulz y el profesor Entress fueron dos de los médicos nazis juzgados en la Unión Soviética a principios de 1948 y condenados a «un cuarto»: veinticinco años de trabajos forzados en el Gulag.

Trece ejecutivos y directivos y gestores de IG Farden (entre los que no se contaba Frithuric Burckl) fueron juzgados y condenados en Núremberg en julio de 1948. Suitbert Seedig recibió una condena de ocho años de prisión, por asesinato de masas y por haber sometido a trabajo esclavo a los prisioneros de los campos. Rupprecht Strunck, sacado de su retiro anticipado (al que había accedido en septiembre de 1943), fue sentenciado a siete años de prisión por despojamiento y expoliación, sometimiento a esclavitud y asesinato de masas. Ni un kilogramo de goma sintética, ni un mililitro de combustible sintético se llegó a producir nunca en Buna-Werke.

Alisz Seisser contrajo tuberculosis de cadera, y en enero de 1944 se la trasladó al (muy excepcionalmente potemkinizado) campo de Theresienstadt, cerca de Praga. Es muy probable que sobreviviese a la guerra.

Se desconoce la suerte de Esther Kubis; yo no la conozco, al menos. *No va a sucumbir*, solía decir Boris. *Es impulsiva y temeraria, pero al final su espíritu no va a darles esa satisfacción*. Y a menudo citaba lo primero que Esther le había dicho en la vida: *No me gusta esto, y no me voy a morir aquí...*

La última vez que la vi fue el 1 de mayo de 1943. Estábamos en un Barracón cerrado a cal y canto, a solas ella y yo. A mí me iban a trasladar con inminencia a otro campo (al final resultó ser Oranienburg). Esther cumplía las horas finales de un confinamiento de tres días (sin comida y sin agua) por no hacer su cama, o por no hacerla como debía; Ilse era muy especial en lo relativo a cómo había que hacer las camas.

Hablamos durante casi dos horas. Le conté la promesa que Boris me había hecho hacerle un día (hacer todo lo que estuviera en mi mano para ayudarla), promesa que ya no podía seguir cumpliendo (no tenía nada que pudiera darle, ni siquiera el reloj de pulsera). Escuchó mis exhortaciones con verdadero interés, me pareció, pues ahora me animaba la inequívoca convicción del carácter perverso del Reich. No le corregí la deducción muda de que Boris tal vez no era del todo lo que parecía ser.

«Esther. Esta pesadilla demente va a terminar», concluí, «y Alemania perderá la guerra. Sigue con vida para verlo con tus propios ojos.»

Luego dormité un poco; había tenido una noche larga y repetitiva aunque no especialmente brutal en los bajos del Departamento Político. Durante las primeras seis horas estuvo Fritz Möbius, que, pese a sus gritos increíblemente vociferantes (no eran simulados; no era una interpretación de la ira germana del milenio), no utilizó la fuerza. A medianoche, cuando tuvo lugar el cambio de turno, entró Paul Doll. Se

mostró transparentemente obsesionado y furtivo conmigo; pero se las arregló para abofetearme varias veces, como en accesos espontáneos de asco patriótico, y para darme un puñetazo en el estómago (que me alcanzó débilmente la zona dura de encima del plexo solar). Desde entonces hasta el alba fue Michael Off, que vino a hacer más o menos lo mismo; al parecer alguien les había dicho que no se les ocurriera «marcarme».

Era algo muy curioso: el aspecto de Doll me hizo pensar en un minero de carbón que saliera de su turno en una galería. Su guerrera y sus pantalones de montar brillaban con minuciosos destellos de luz, y en su espalda había un trozo de vidrio del tamaño de una moneda. De cristal de espejo.

Möbius, Doll, Off..., todos ellos gritaban, todos ellos aullaban de forma estruendosa. Y yo me pregunté vaga y confusamente si el relato del nacionalsocialismo podría haberse narrado en otra lengua distinta...

Cuando desperté, Esther estaba de pie junto a la ventana, con los antebrazos sobre el alféizar. Era un día de una claridad extraordinaria, y adiviné que estaba mirando las montañas de los Sudetes. Había nacido y se había criado en los montes Tatras (cuyos picos estaban perennemente coronados de un hielo rutilante). Vista de perfil, había en su cara un gesto ceñudo y una media sonrisa; estaba tan ensimismada en sus recuerdos que no oyó la puerta que crujió al abrirse a su espalda.

Hedwig Butefisch entró en el Barracón. Se detuvo; luego dobló las rodillas, hasta quedar casi en cuclillas; luego se movió sin ruido hacia delante, y pellizcó a Esther en la parte posterior del muslo..., no malévolamente, sino como jugando, y justo lo bastante fuerte como para darle un susto.

—¡Estabas soñando!

—¡... Pero me has despertado!

Y durante medio minuto se pelearon, se hicieron cosquillas y aullaron sin dejar de reírse a carcajadas.

—*Aufseherin!* —gritó Ilse Grese desde el umbral.

Las dos chicas, al instante, recobraron la compostura y se irguieron, muy serias. Y Hedwig condujo a la prisionera hasta el exterior, al aire libre.

2. GERDA: EL FIN DEL NACIONALSOCIALISMO

—Intenta beber un poco de esto, querida mía, cariño. Yo lo sostengo. Toma...

—Gracias, *Neffe*. Gracias, *Neffe*. Estás más delgado. Aunque quién va a hablar.

—Ah, pero yo soy como un trovador, *Tantchen*. Famélico por amor.

—Pásame eso. ¿Qué has dicho?... Oh, *Neffe*... ¡Boris! *Lloré* por ti, Golo, cuando me enteré.

—No sigas, *Tante*. Porque harás que empiece yo...

—*Lloré por ti. Más que un hermano..., decías siempre.*

—No sigas, *Tante*.

—Al menos se armó un gran revuelo con lo de él. Bueno, era tan fotogénico...
¿Heinie está bien?

—Heinie está bien. Están todos bien.

—Ya. Menos Volker.

—Bueno, sí. —Volker era su noveno hijo (si se incluía a Ehrengard), un varón—.
Volker no está del todo bien.

—¡Porque este sitio es tan malsano!

Este sitio era Bolzano, en la Italia alpina (estábamos en la primavera de 1946). Los familiares Bormann que me quedaban habían corrido una suerte inverosímil: estaban en un campo de concentración alemán (se llamó Bozen de 1944 a 1945). Pero ya no había trabajo esclavo, ya no había flagelaciones ni aporreamientos, ya no se mataba a nadie de hambre, ya no se asesinaba a nadie. Lleno de refugiados, de prisioneros de guerra y de otros internos pendientes de investigación, ahora era territorio italiano, con comida abundante aunque poco apetitosa, atención sanitaria aceptable y un montón de monjas y curas alegres entre los voluntarios que echaban una mano en su mantenimiento. Gerda estaba en su hospital de campaña: Kronzi, Helmut, Heinie, Eike, Irmgard, Eva, Hartmut y Volker estaban en una especie de carpa militar de las cercanías. Dije:

—¿Te trataron muy mal los americanos, *Tante*?

—Sí. Sí, Golo, me trataron mal. Muy mal. El médico, no yo, *Neffe*, sino el *médico...* les dijo que me tenían que operar en Múnich. Hay un tren todas las semanas. Y uno de los americanos dijo: *Ese tren no es para los nazis. ¡Es para sus víctimas!*

—Qué *cruel*, querida.

—¡Y creen que sé dónde está!

—¿Sí? Ya. Bueno, si consiguió escapar, puede estar en cualquier parte. En Sudamérica, supongo. En Paraguay. Sin salida al mar. Allí es donde estará. Te mandará noticias.

—¿Y a ti, Golo? ¿Te trataron muy mal?

—¿Los americanos? No, me dieron un trabajo... Ah, te refieres a los alemanes. No, no demasiado. Se morían de ganas de maltratarme a conciencia, *Tante*. Pero el poder del Reichsleiter siguió siendo enorme hasta el final. Como los maravillosos paquetes que me mandabas.

—Quizá no sea el final.

—Cierto, querida. Pero es el final de todo su poder.

—El Jefe, *Neffe*. Muerto al frente de sus tropas en defensa de Berlín. Y ahora todo ha acabado. El final del nacionalsocialismo. Eso es lo que resulta tan difícil de soportar. ¡El final del nacionalsocialismo! ¿No lo ves? Es contra eso contra lo que mi cuerpo *reacciona*.

A la noche siguiente, dijo con aire contrariado:

—Golo, ¿sigues siendo rico?

—No, querida. Todo se ha esfumado. Todo menos algo así como un tres por ciento. —Bastante más que nada, en verdad—. Se lo apropiaron.

—Ah, bueno, ya sabes... En cuanto los judíos olisquean algo de... ¿A qué viene esa sonrisa?

—No fueron los judíos, queridísima. Fueron los arios.

Dijo, sin incomodarse:

—Pero sigues teniendo tus cuadros y tus *objets d'art*.

—No. Tenía un Klee y un Kandinsky muy pequeño pero muy bonito. Sospecho que el resto acabó en manos de Göring.

—Oooh, ese bruto..., ese gordo. Con sus tres chóferes y su leopardo mascota y su rancho de bisontes. Y su maquillaje. Y cambiándose de ropa cada diez minutos. ¡Golo! ¿Por qué no estás más furioso?

Me encogí de hombros y dije:

—Yo..., bueno, yo no me quejo. —Por supuesto, no me quejaba; ni de eso ni de ninguna otra cosa: no tenía derecho—. Oh, he tenido mucha suerte, he sido un privilegiado, como siempre. Y además en prisión tuve un montón de tiempo para pensar, *Tantchen*. Y había libros.

Se incorporó para levantar los hombros en la cama.

—¡Nosotros nunca dudamos de tu inocencia, *Neffe*! Sabíamos que eras completamente inocente.

—Gracias, *Tante*.

—Estoy *segura* de que tienes la conciencia totalmente limpia.

De hecho yo sentía la necesidad de hablar de mi conciencia con una mujer, pero no con Gerda Bormann... La verdad, *Tantchen*, es que en mi celo por prolongar el poder alemán infligí mucho más sufrimiento a hombres que ya sufrían, que sufrían más allá de todo lo que uno puede imaginarse. Y morían, cariño. En el período 1941-1944 murieron treinta y cinco mil personas en Buna-Werke. Dije:

—Por supuesto que era inocente. Era el testimonio de un hombre, solamente.

—¡Un hombre!

—Testimonio arrancado bajo tortura. —Añadí, reflexivamente—: Eso es justicia medieval.

Se dejó caer hacia atrás, y prosiguió con voz vaga:

—Pero las cosas medievales... se supone que son buenas, ¿no? Ahogamientos..., maricas estrangulados... en turberas. Ese tipo de cosas. Y duelos, *Neffe*, duelos...

Y no era hablar por hablar, lo de los duelos (ni lo de las turberas). El Reichsführer-SS volvió a legalizar brevemente el duelo como medio de resolver cuestiones de honor. Pero los alemanes se habían acostumbrado ya a vivir sin honor..., y sin justicia, libertad, verdad y razón. El duelo volvió a ser ilegal a raíz de

que un pez gordo nazi (marido ultrajado en este caso) acabara muerto de un tiro en un abrir y cerrar de ojos (a manos de quien le ponía los cuernos). De súbito, entonces, *Tante*, abrió los ojos al máximo y exclamó:

—¡Y el hacha, Golo! ¡El hacha! —Dejó caer la cabeza hasta la almohada. Transcurrió un minuto—: Se supone que todo eso es bueno, ¿no?

—... Descansa, *Tantchen*. Descansa, cariño...

A la noche siguiente estaba más débil, pero también más voluble.

—Golo, está muerto. Lo presiento. Una esposa y madre siente esas cosas.

—Espero que te equivoques, querida.

—¿Sabes? A *Papi* nunca le gustó *Papi*. Quiero decir que a *Vater* nunca le gustó el tío Martin. Pero yo soy muy terca, *Neffe*. ¡Martin tenía sentido del humor tan maravilloso! Me hacía reír. Y yo no era muy de risas, ni siquiera de pequeña. Cuando era muy joven siempre pensaba: ¿Por qué la gente está haciendo siempre ese ruido tan tonto? Y ni cuando he sido mucho mayor he visto qué es lo que a la gente le parece tan divertido. Pero *Papi*... él sí me hacía reír. *Cómo* nos reíamos... Oh, háblame, Golo. Mientras descanso. Es el sonido de tu voz...

Había llevado una botella de grapa. Tomé un trago y dije:

—Te hacía reír. ¿Y te reías siempre de las mismas cosas, *Tante*?

—... Siempre, siempre.

—Bien, te voy a contar una historia divertida que me contó el tío Martin... Había una vez un hombre que se llamaba Dieter Kruger. No quiero que creas que te trato con paternalismo, ángel mío, pero fue hace tanto tiempo que... ¿Te acuerdas del incendio del Reichstag?

—Por supuesto que me acuerdo. *Papi* estaba tan impresionado...

—El incendio del Reichstag... Tres semanas después de nuestra subida al poder. Todo el mundo pensó que lo habíamos hecho *nosotros*. Porque nos vino de perlas. —Tomé otro trago de grapa—. Pues bien, no lo hicimos nosotros. Lo hizo un anarquista holandés. Y lo guillotinaron en enero del 34. Pero había otro hombre llamado Dieter Kruger. ¿Estás despierta?

—¡Por supuesto que estoy despierta!

—Y Dieter Kruger..., Dieter Kruger tuvo algo que ver con un incendio holandés anterior..., una oficina de servicios sociales de Neukölln. Así que fue ejecutado también. Como un extra. Kruger era comunista, y...

—¿Judío?

—No. Eso no importa, *Tante*. Lo importante es que era un filósofo político conocido, y un ferviente comunista... Así que la noche anterior a la ejecución el tío Martin y unos amigos bajaron al sótano de los condenados. Con varias botellas de champán.

—¿Para qué? ¿El champán?

—Para brindar, *Tante*. Kruger estaba ya hecho una piltrafa, como bien supondrás,

pero lo pusieron en pie y le arrancaron la camisa, y le esposaron las manos a la espalda. Y en una ceremonia de guasa le impusieron las medallas siguientes: la Cruz de Hierro con Hojas de Roble; la Orden del Águila Germana; el Cabrio de Honor de la Vieja Guardia, etcétera. Y se las clavaron en el pecho desnudo.

—¿... Sí?

—El tío Martin y sus colegas pronunciaron discursos, *Tantchen*. Alabaron a Kruger llamándolo padre de la autocracia fascista. Y así fue a su ejecución. Como un héroe condecorado del nacionalsocialismo. Al tío Martin le parecía divertidísimo. ¿A ti te parece divertido?

—¿Qué? ¿Condecorarle? ¡No!

—Ya. Bien...

—¡Incendió el Reichstag!

La última noche hizo un esfuerzo y se repuso. Dijo:

—Tenemos tanto de lo que sentirnos orgullosos, Golo... Piensa en lo que consiguió, el tío Martin. Personalmente, quiero decir.

Se hizo un silencio. Un silencio comprensible. ¿Qué pasaba? Se había intensificado el castigo corporal en los campos de trabajo esclavo. La disensión cautelosa en la cuestión del hielo cósmico. La «desemitización» del alfabeto. La marginación de Albert Speer. El tío Martin no estaba en absoluto interesado en los ornamentos del poder, sino en el poder mismo, y sólo en él, poder que utilizaba para todo y con las finalidades más impávidamente triviales...

—Cómo enfocó lo de los *Mischlinge*... —dijo—. Y lo de los judíos casados con germanos.

—Sí. Y al final los dejamos en paz. A los matrimonios mixtos. Más o menos.

—Ah, pero se hizo con los húngaros. —Soltó un gorjeo de satisfacción—. Desde el primero hasta el último.

—Bueno, no del todo. Hasta tan tarde como abril del 44, con la guerra perdida desde hacía tiempo, las ciudades arrasadas, millones de personas medio muertas de hambre, sin hogar, vestidas con harapos, el Reich seguía pensando que tenía sentido enviar fuerzas a Budapest. Y empezaron las deportaciones. ¿Lo ves, *Tante*? Es como ese hombre de Linz que apuñaló a su mujer ciento treinta y siete veces. La segunda puñalada se la dio para justificar la primera. La tercera para justificar la segunda. Y así sucesivamente, hasta que se le acabó la fuerza. De los judíos de Hungría, sobrevivieron doscientos mil, *Tantchen*, mientras que a casi medio millón los deportaron y asesinaron en la *Aktion Doll*, en el Kat Zet II.

—Ya —dijo Gerda—. Él siempre insistía en que era su mayor logro en el mundo. Ya sabes, su mayor contribución como hombre de Estado.

—Muy cierto, *Tante*.

—Bueno, *Neffe*. ¿Y qué harás tú, mi amor?

—Acabaré volviendo al derecho, supongo. No estoy seguro. Quizá persevere

como traductor. Mi inglés está empezando a ser bastante aceptable. Lo estoy mejorando *by hook or by crook*^[24]

—¿Cómo? Es un idioma horrendo, dicen. Y tú no deberías trabajar para los americanos, ¿me oyes, Golo?

—Lo sé, querida mía, pero trabajo. —En la OMGUS, la Oficina Americana del Gobierno Militar, y sus cinco «des»: desnazificar, desmilitarizar, desindustrializar, descartelizar y democratizar. Dije—: *Tante*, estoy intentando encontrar a alguien. Pero el caso es que... no sé su apellido de soltera. Nunca se lo pregunté.

—Golito... ¿No podrías encontrar una chica soltera y guapa?

—Ya he encontrado una guapa y casada.

—Pareces muy apenado, querido mío.

—Estoy muy apenado. Siento que tengo derecho a estar apenado por eso.

—... Ah, pobre Golito. Entiendo. ¿Quién es el marido?

—Están separados, y ella no estará utilizando el apellido de casada. A él lo están juzgando en el Tribunal Militar Internacional.

—Esos cerdos. Justicia judía ¿Y era un buen nazi?

—Uno de los mejores... En fin. No llego a ninguna parte. No queda dónde buscar. —Quería decir que todo archivo, toda carpeta, toda ficha, todo trozo de papel que pudiera tener relación con el Tercer Reich había sido destruido o incautado y confiscado antes de la capitulación—. No queda dónde buscar.

—Golito, pon un anuncio en los periódicos. Es lo que hace la gente.

—Ya lo he hecho. Más de una vez. Y mira este pensamiento desalentador. ¿Por qué no me ha buscado ella? No soy nadie difícil de encontrar.

—Puede que lo esté intentando, *Neffe*. O déjame que te diga... Puede que esté muerta. Ha muerto tanta gente hoy día. Y, de todas formas, siempre es así, ¿no? Después de una guerra. Nadie sabe dónde está nadie.

Seguía con la botella de grapa sobre las piernas, pensando.

—Yo no sería difícil de encontrar. —Me levanté, despacio—. Ya es hora, por desdicha, querida... Tendré que irme y dejarte, *Tantchen*. ¿*Tantchen*?

Pero Gerda estaba comprensible, abismalmente dormida.

—Bendita seas, ángel mío —dije.

Me incliné y puse los labios sobre su frente cérea, y luego subí con los demás en el camión.

Gerda tenía cáncer de útero y murió diez días después, el 26 de abril de 1946. Tenía treinta y siete años. Y el pobre Volker, siempre enfermizo de bebé y de niño, murió el mismo año. A los tres años.

A mí me había pasado durante algún tiempo: no podía ver belleza donde no veía inteligencia.

Pero a Gerda la veía con los ojos del amor, e incluso en su lecho de muerte fue bella. La belleza estúpida de Gerda Bormann.

3. HANNAH: LA ZONA DE INTERÉS

En septiembre de 1948 me empeñé en una tarea absurda.

La Cuarta Alemania, a la sazón, no podía describirse fielmente ya como una casa de beneficencia en un montículo de escoria. Durante la hiperinflación de mi adolescencia, el dinero conservaba su valor apenas unas cuantas horas (el día de paga todo el mundo hacía sus compras de la semana o del mes, y las hacía *de inmediato*). Por el contrario, y para empezar, en el período de posguerra el dinero no tenía ningún valor. De nuevo la respuesta estaba en un cambio de billetes. La reforma monetaria del 20 de junio puso fin a la *Zigaretten Wirtschaft* —una situación en la que un Lucky Strike era algo demasiado valioso para fumárselo— e introdujo la *Soziale Marktwirtschaft*, o el libre mercado (fin del racionamiento, fin del control de precios). Y funcionó.

Con el espíritu quijotesco de aquel verano, conseguir un coche, un viejo y sucio Tornax (cuya manivela ennegrecida, y utilizada con frecuencia, me recordaba una y otra vez a una esvástica rota), y osadamente emprendí viaje al sureste. ¿Mi propósito? El propósito era acercarme más al final de la esperanza..., agotarla, y por ende liberarme de ella. Yo era un hombre más tranquilo, más viejo, más gris (mi pelo y mis ojos perdían color); pero mi salud física era buena, y me gustaba mucho traducir para los americanos (además había llegado a apasionarme genuinamente un voluntariado *pro bono* que realizaba extraoficialmente). Tenía amigos, e incluso amigas, y era probable verme en la oficina, en el economato militar, en un restaurante, en un cabaré, en el cine. Sin embargo, no conseguía «construirme» una vida interior digna de ese nombre.

A mis colegas de la OMGUS les gustaba decir que «Ich wusste nichts uber es» era el nuevo himno nacional («No sabía nada sobre eso»). Y sin embargo, se suponía que todos los alemanes, en esos días en que iban recuperando la conciencia después de la *Vernichtungskrieg* y la *Endlosung*, eran caracteres reformados. Y yo también lo era. Pero no podía construirme una vida interior autosuficiente. Y éste era quizá el gran fracaso nacional (que yo, al menos, no intentaba remediar «uniéndome» a nada). Si miraba dentro de mí mismo, lo único que veía era la leche aguada de la soledad. En el Kat Zet, como cualquier criminal, me sentía duplicado (éste soy yo, pero al mismo tiempo no soy yo; hay otro yo). Después de la guerra, me sentí partido en dos. Y cuando me sumía en los recuerdos de Hannah (lo cual ocurría con frecuencia), no

tenía la sensación de que se tratara de una historia tristemente inacabada. Tenía la sensación de que se trataba de una historia casi enteramente «no empezada».

He dicho anteriormente que uno no podía sobrevivir a la Tercera Alemania sin haber descubierto quién era (más o menos); lo cual siempre era una revelación, y con frecuencia muy adversa; y tampoco sin haber descubierto quiénes eran los demás. Pero ahora me daba la impresión de que apenas había conocido a Hannah Doll. Recordaba y seguía gustando el placer complejo que me procuraba, su modo de estar, la forma en que sostenía una copa, cómo hablaba, cómo cruzaba un recinto..., la comedia y el *pathos* cálidos con que todo ello me llenaba. ¿Y dónde estaban teniendo lugar exactamente estas interacciones? ¿Y qué era aquel tufo almibarado (que las paredes y los techos eran incapaces de atajar)? ¿Y era *aquel hombre* su marido?... La Hannah que yo había conocido existió en un sumidero de infortunio, en un lugar que hasta sus guardianes llamaban *anus mundi*. Así que ¿cómo iba yo a poder defenderme de pensamientos de una Hannah renacida, que había vuelto a despertar? ¿Quién sería ahora, quién sería ahora en paz y libertad, ahora que podía confiar en los demás y los demás podían confiar en ella? ¿Quién?

Bajo el nacionalsocialismo te mirabas en el espejo y te veías el alma. Te descubrías. Esto era válido, *par excellence*, y *a fortiori* (en multitud de cuantías), para las víctimas, o para aquellos que aún vivían más de una hora y tenían tiempo para enfrentarse a su propio reflejo. Y sin embargo, era válido también para cualquier otra persona: para los malhechores, los colaboradores, los testigos, los conspiradores, los absolutamente mártires (la Orquesta Roja, la Rosa Blanca, los hombres y mujeres del 20 de julio), e incluso para los obstructores menores, como yo, y como Hannah Doll. Todos descubríamos, o revelábamos, impotentes, quiénes éramos.

Quién era realmente uno. *Ésa* era la zona de interés.

Y así fue como reanudé la búsqueda de un apellido de soltera.

Hannah conoció a Paul Doll en Rosenheim, y pasaron juntos un tiempo en esta localidad, y parece razonablemente probable que fuera allí donde contrajeron matrimonio. Así que fui a Rosenheim. Con mucho resoplido, golpeteo y estridencia (al final el motor se calaba, para luego volver a la vida con un brinco), el terrible Tornax recorrió los setenta kilómetros que nos separaban de Múnich.

Rosenheim abarcaba dieciocho distritos municipales, cada uno con su propio Standesamt: nacimientos, bodas, defunciones. Mi proyecto, por tanto, agotaría fácilmente toda una semana de permiso. Bien, los «permisos de ausencia», para entonces, recibían la denominación audaz de «vacaciones». Además de los súbitamente disponibles bienes y servicios, había en el ambiente algo irreconocible. Fuera lo que fuere, no era la vuelta a la normalidad. No había habido normalidad a la que volver, no después de 1914, no en Alemania. Tenías que tener como mínimo

cincuenta y cinco años para tener recuerdos adultos de normalidad. Pero había algo en el aire, y era algo nuevo.

Llegué en domingo, y me alojé en una casa de huéspedes situada a un costado del Riedergarten. Lo primero que hice a la mañana siguiente, solemnemente consciente de la futilidad de las cosas, fue arrancar el Tornax y ponerme a recorrer los círculos concéntricos de mi itinerario.

A las cinco de la tarde del domingo siguiente, sin falta, me encontraba tomando un vaso de té en un puesto de la plaza principal, con la garganta inflamada y los ojos lagrimeándome tenuemente. Después de agotar mucho esfuerzo arduo, de desplegar mucha astucia, adulación y dinero (aquellos bravos y nuevos Deutsche Mark...), me las había arreglado para examinar con detenimiento un total de tres gruesos libros; y sin la menor averiguación. En otras palabras: el viaje, el empeño..., todo había resultado un fracaso ridículo.

Así, seguía allí, observando con el ánimo apagado la paz y la libertad de la localidad de Rosenheim. Era algo innegable: había paz y libertad, mientras que la capital se hallaba sometida a bloqueo, y no disfrutaba de paz o libertad algunas bajo el mandato ruso en el nordeste (circulaban rumores sobre tumbas masivas de hectáreas enteras). ¿Y qué más? Muchos años después leería el primer despacho de prensa de un periodista norteamericano desde Berlín, que constaba de estas seis palabras: *Nada cuerdo de lo que informar*. Era el año 1918.

En enero de 1933, cuando el NSDAP tomó las riendas de la Cancillería, una pequeña mayoría de alemanes sintió no sólo horror, sino un barrunto onírico de lo irreal; cuando salías a la calle, ésta te recordaba lo familiar, aunque sólo en la forma en que una fotografía o un noticiario te lo recuerda; el mundo se percibía como algo abstracto, fingido, una copia. Y eso era, quizá, lo que habría de presenciar yo en Rosenheim aquel día. El comienzo del compromiso alemán con la cordura. El realismo social era el «género». No los cuentos de hadas, no las historias góticas, no las sagas de espadas y brujerías, no las noveluchas baratas; y tampoco las románticas (una secuela que yo empezaba ya a aceptar). Realismo, y nada más.

De aquí se siguen inevitable, persistentemente varias preguntas.

¿Desde arriba?, dijo Konrad Peters en el zoo (melindroso Peters, que murió en Dachau cubierto de piojos y de excrementos humanos). *Desde arriba, la Bismarckian Realpolitik*^[25] *se degradó hasta la saciedad. Combinada con el antisemitismo alucinatorio y la propensión al odio en la historia del mundo. Ah, pero desde abajo..., eso es un verdadero misterio. Es una difamación muy común de los judíos, pero no es una difamación de una grandísima parte de los alemanes. Fueron como ovejas al matadero. Y se pusieron el mandil de goma y se pusieron a trabajar.*

Sí, me estaba preguntando cómo «un país somnoliento de poetas y soñadores», la nación más cultivada de todas las que había dado en su historia el planeta, cómo pudo

dar paso a tamaño enloquecimiento, a tan colosal desdicha...

¿Qué había hecho que sus gentes, hombres y mujeres, permitieran que les violaran el alma..., y que las violara un eunuco (GröFaZ: el Príapo virgen, el Dionisos abstemio, el Tiranosaurio Rex Vegetariano)? ¿De dónde les vino la necesidad de una tan metódica, tan minuciosa y tan literal exploración de lo bestial? Por supuesto, yo no lo sabía, ni lo sabía Konrad Peters, ni ningún ser humano que yo tuviera a la vista: familiares, veteranos lisiados, parejas en cortejo, grupos de jovencísimos y borrachísimos soldados rasos (oh, la fuerte, barata y deliciosa Lowenbrau), voluntarios para causas con latas petitorias de hojalata, viudas de riguroso luto, filas de boy scouts en marcha, vendedores de verduras, vendedores de fruta...

Entonces las vi. Las vi a una grande y populosa distancia: iban retrocediendo y alejándose de mí en dirección al otro extremo de la plaza. Fue la configuración del grupo, eso fue todo. Una madre con sus dos hijas, las tres con sombrero de paja, con bolsos de paja bamboleantes, con vestidos crenulados blancos.

Corrí en pos de ellas por entre el gentío de domingo.

—Sois demasiado mayores... —dije, tembloroso (con un burbujeo de ansiedad en los senos nasales)—, y demasiado altas para tomar helados.

—No, no lo somos —dijo Sybil—. Nunca seremos demasiado mayores para los helados.

—Ni demasiado altas —dijo Paulette—. Oh, venga, *Mami...* ¡*Mami!* Oh, *por favor*. Venga...

Pedí para las chicas unos helados con plátano en el salón del Hotel Grand. Su madre aceptó al fin que la invitara a un zumo de naranja (yo pedí un gran vaso de *schnapps*)... Cuando le toqué en el hombro, al pie del callejón en cuesta, y dije su nombre, Hannah se volvió. Su cara reflejó la estasis del reconocimiento; y luego lo que hizo fue abrir muchos los ojos, y llevarse a la boca una mano enguantada de blanco.

Con voz espesa les estaba diciendo:

—La palabra refinada, jóvenes damas, es *lustrum*. Cinco años. Y no existe otro lustro que cambie tanto a una persona como el que va de los trece a los dieciocho años. Y tú has cambiado muy especialmente, Paulette, si me permites que te lo diga. Tu belleza ha aflorado.

Y esto era incidental y providencialmente cierto; había crecido doce o quince centímetros, y ahora se la podía mirar sin verle el largo labio superior ni las narinas de mirada ciega del comandante.

—¿Y de dieciocho a veintitrés? —dijo Sybil.

—¿O de cero a cinco? —dijo Paulette—. Eso. ¿Qué me dices de cero a cinco?

Una elegante galería comercial rodeaba el atrio acristalado del hotel. Yo albergaba la esperanza de que las gemelas, al final, no pudieran resistirse a las luces de neón, a los costosos artículos y a los aromas y los capullos de la floristería.

—¿Podemos, *Mami*?

—Ahora no... Oh, de acuerdo. Cinco minutos. No más.

Las chicas se alejaron corriendo.

Me incliné hacia delante con las manos sobre los muslos.

—Perdóname —dije—. No me había dado cuenta de que has vuelto a casarte.

Hannah se enderezó en la silla.

—¿Que he vuelto a *casarme*? Sí, soy muy buena en eso, ¿no? Mi estado —dijo, despacio— es *viuda*.

—Tengo que estar de vuelta en Múnich mañana por la noche —dije. Tenía pensado marcharme aquella noche, y mi maleta estaba ya en el maletero oxidado del Tornax—. ¿Podría verte un ratito antes de irme? ¿Para tomar un café por la mañana, por ejemplo?

Tenía aquella expresión azorada, como si la temperatura del salón fuera demasiado alta para ella, y subía y bajaba la rodilla izquierda. Y, lo de peor agüero de todo, cerraba continuamente los ojos (los párpados superiores se quedaban donde estaban mientras los inferiores ascendían hacia el cielo). Y cuando un hombre ve que una mujer hace esto, lo único que puede hacer él es mascullar algo cortés y dirigirse hacia la puerta. Dijo:

—No. No, no creo que tenga ningún sentido. Lo siento.

Me quedé pensativo unos instantes, y le pregunté:

—¿Puedo enseñarte algo? —Saqué de la cartera un pequeño recorte de periódico. Era un aviso que había puesto en la sección de anuncios personales del *Münchener Post*—. ¿Me harías el honor de leer esto?

Cogió el papel de mis dedos y dijo:

—*Abogado y traductor, de treinta y cinco años, busca a) instrucción profesional de esperanto; y b) guía profesional en teosofía. Por favor, respondan a...*

—Por si lo veían tus padres. Y ahora tengo treinta y ocho años.

Conseguí reprimirme para no avivar su curiosidad prometiéndole un relato de las últimas horas de Dieter Kruger. Sólo dije:

—Eres demasiado generosa para negarme un poco de tiempo. Si lo hicieras... Por favor.

En este punto, Hannah tomó una decisión, y me dijo con naturalidad dónde y cuándo, y durante cuánto tiempo. Y, cuando se la pedí, me dio su dirección.

—Parte del problema —dije— ha estado en que no sabía tu apellido de soltera.

—No te habría servido de mucho. Schmidt. Bien, ¿dónde están esas chicas?

Fue como un delirio desde el crepúsculo al alba, y con fuerza vírica..., pesadillas poco profundas, semiconscientes, pesadillas de impotencia. Pugnaba por levantar o desplazar una serie inacabable de engorrosos objetos pesados y casi inamovibles; luego trataba, en vano, de abrirme paso a través de portones de oro y plomo; bochornosamente incapacitado, huía de (o me acobardaba ante) enemigos sonrientes; desnudo, y reducido a nada, me escarnecían y me expulsaban de dormitorios, salas de juntas, salones de baile. Finalmente, los dientes me empezaron a bailar en las mandíbulas, cambiando de lugar, escondiéndose unos detrás de otros, hasta que los escupí todos como un amasijo de frutos podridos, y pensé: Ya está. No puedo comer, ni hablar, ni sonreír, ni besar.

Fuera, hacía un tiempo neutro; aunque inusitadamente quieto.

Hannah me había dicho que nos encontraríamos en el quiosco de música de detrás del *Freizeitgelände*, el terreno de recreo. Todo el mundo lo conoce. También me había dicho que disponía de una hora. Lo había enunciado, sin más. Como es lógico, decidí ser puntual; y también sería puntual en cuanto al término del encuentro.

Bajé al comedor y pedí un desayuno que no pude tomar. Así que volví a mi habitación y me bañé y me afeité, y cuando fueron las diez y media saqué del lavabo el ramo de flores que había comprado la tarde anterior, en el hotel, y me encaminé hacia la cita.

Tres veces pregunté por dónde se iba, y tres veces me lo indicaron con la misma atención grave (como si los viandantes a quienes abordé estuvieran dispuestos a acompañarme, o incluso llevarme, al sitio en cuestión). Bordeé la estación de tren, que, en efecto, estaba operativa (aunque desde media distancia se veía un montón gigantesco de vías destrozadas), y pasé por delante de dos zonas bombardeadas del tamaño de manzanas enteras de casas, despejadas de cascotes pero aún reminiscentes de gasolina incendiada y sofocada. Todo ello (según una de mis guías de Rosenheim) causado por los raids de mediados de abril del 45, el último el día 21, fecha en la cual los rusos ya estaban en Berlín y bombardeaban la Cancillería. Los bombarderos eran británicos, los menos odiosos y los menos odiados (y los menos antisemitas) de todos los combatientes. Bueno, más tarde pensaría que las guerras se hacen viejas; se vuelven grises y malolientes, y se pudren y enloquecen; y cuanto más grandes son más rápido envejecen...

Llegué al campo de deportes (tres quinceañeros con un balón de fútbol cada uno hacían malabarismos con ellos); y al estanque circular: un grupo de patos, un cisne solo. La gran campana de San Kaspar, con portentosos intervalos de tres segundos, daba las once de la mañana, y yo estaba ya sentado en un banco desde el que veía perfectamente el quiosco circular, donde unos hombres ataviados de gastada sarga

azul con botones dorados guardaban unos cuantos viejos trombones y trompetas. Contra un cielo tan incoloro y neutro como papel de calco, vestida con un sereno jersey a juego con una falda larga —todo algodón, todo azul oscuro—, apareció al fin..., menguada (todos habíamos menguado), pero aún alta, y llena, y de pies ligeros. Me levanté.

—Son para ti, claro. Para que te sientas como una estrella de cine.

—Amarilis —dijo, en un tono sobrio de identificación—. Con tallos tan gruesos como puerros. Dame un momento y las meteré en el agua.

Tuvo que arrodillarse para hacerlo. Cuando volvió a erguirse y se quitó una hoja de hierba de la manga, volví a sentir aquel placer complejo, con sus elementos extraños de piedad y de deleite. Al verla hacer esto o lo otro, de esta manera y no de otra. Sus hábitos, sus preferencias, sus decisiones. Con un punzante deseo, y también con un apremio de miedo, supe que su dominio de mis sentidos seguía entero e intacto; en cierto modo era triste, y en cierto modo era humorístico, este dominio..., que me hacía querer reír, que me hacía querer llorar.

—Por favor, puedo asegurarte que mis expectativas son muy escasas. —Tenía las manos juntas, palma contra palma, como en oración, pero las moví también, al tiempo que asentía con la cabeza y decía—: Escribirnos... Tal vez algún tipo de amistad...

Hizo un ademán de aceptación. Dijo:

—Porque es muy posible que nada pueda recuperarse, lo cual no nos sorprendería, creo.

—No, no nos sorprendería. —Miró a su alrededor—. Nada de lo demás ha durado, ¿no? De aquel tiempo. Ni siquiera un edificio o una estatua.

Saqué un paquete de Lucky Strike; cogimos un cigarrillo cada uno, y la llama de mi encendedor era firme y quieta (no había viento, no había tiempo atmosférico).

—Bueno, supongo que sé por qué no te hizo muy feliz volver a... verme.

—Mira, no quiero ser mezquina. Pero ¿qué te hace pensar que he dejado de ser infeliz? He seguido siendo infeliz. Y soy infeliz ahora.

Hice, a mi vez, un ademán de aceptación. Dijo:

—No creas que sólo te pasa a ti. He vivido con miedo de volver a ver a alguien de aquel tiempo. No creo ni que pudiera soportar ver a la pequeña Humilia. Que está bien, por cierto.

Su tono no era en absoluto teatral, sino plano, directo, como la dirección estable de su mirada. El tupido pelo castaño oscuro era el mismo, la boca ancha era la misma, la mandíbula cuadrada y hombruna era la misma. Dos arrugas verticales se habían afincado a ambos lados del puente de la nariz... Y eso era todo.

—Tengo que estar en la ciudad a las tres, de todas formas. A mediodía me habré ido.

—... Si eso es neurótico, o simple debilidad, entonces soy sencillamente débil. Fue demasiado para mí. No estuve a la altura.

Las cejas seguían ondulando sobre mis ojos, comprensivas, pero me di cuenta de que todo mi ser, y no sólo mi corazón, se resistía a aquello; lo rechazaba, y con una firmeza que aún no era capaz de entender. No dije nada.

—No puedo dejar de imaginar que veo a Doll. Así estoy de loca. Me moriría si lo viese. —Se estremeció, se retorció, y dijo—: Estoy absolutamente segura de que me moriría si me tocase.

—No puede tocarte.

Se hizo un silencio largo. Había habido varios silencios largos. San Kaspar, entonces, marcó con reproche el cuarto de hora.

—¿Podríamos hablar de cosas más intrascendentes un rato? Háblame de tu trabajo. Y me calmaré.

—Bueno, no es un cambio total de tema —dije; yo también sentía la necesidad de hablar de cosas más intrascendentes durante un rato. Así que le hablé de mi trabajo. De los ocho millones de cuestionarios cumplimentados, y de los cinco grados de clasificación, desde los No Inculpatados hasta los Criminales de Primer Grado.

—El quinto. Ése sería el grado de mi ex marido.

—Lo siento. Sí. —Vacilé—. Pero déjame... déjame ser sincero y hablarte del aspecto que a mí me interesa de verdad.

Mi trabajo extraoficial poco tenía que ver con la justicia de los vencedores (como si, después de una guerra, pudiera haberla de otra clase). Tenía que ver con la *Bundesentschädigungsgesetz*, o directrices de las reparaciones: la justicia de las víctimas. En este caso, indemnizaciones por parientes asesinados, por la pérdida de años a causa del trabajo esclavo y del terror, y por las secuelas físicas y mentales (amén de por el robo de todo tipo de bienes y pertenencias). Mi amigo David Merlin, un abogado judío que era capitán del ejército norteamericano y uno de nuestros desnazificadores más brillantes (y denigrados), me había reclutado el año anterior. Al principio todo aquello se me antojó tremendamente pertinente y también tremendamente fantasioso; ¿quién, en aquellos momentos, podía imaginar una Alemania no sólo soberana y solvente, sino asimismo compungida? Nadie. La nueva realidad —el nacimiento de Israel, en mayo— había sido como una inyección, o una fecundación; y Merlin planeaba ya una misión exploratoria a Tel Aviv. Hannah dijo:

—Eso es lo mejor que puedes hacer. Y que todo te vaya muy bien.

—Gracias. Gracias. Así que, de una forma u otra, tengo los días llenos. Al menos estoy ocupado.

—Ya. Yo no lo estoy.

Dijo que tenía que ocuparse mucho de los suyos..., las caderas de su madre, el

corazón de su padre.

—Y enseñé conversación de francés cinco horas a la semana. No puedo enseñar francés escrito por mi ortografía. Ya sabes, la dislexia. Así que lo único que hago es educar a mis hijas.

Que aparecieron en ese momento; las vimos al otro extremo del estanque, cuando la campana estaba dando la media hora. Se detuvieron; era obvio que tenían el encargo de venir a controlar la duración de la cita de su madre. Hannah las saludó con la mano, y ellas le devolvieron el saludo, y luego desaparecieron de nuestra vista.

—A las gemelas les caes bien...

Tragué saliva con fuerza y dije:

—Pues me alegro mucho, porque a mí también me caen muy bien. Siempre me han gustado. ¿Y no es estupendo que Paulette tenga ahora la misma altura que Sybil? Ahí lo tienes: seré un amigo de la familia. Vendré en el tren de cuando en cuando y os invitaré a comer.

—Perdona, pero no puedo quitar los ojos de ese cisne. Odio a ese cisne. ¿Lo ves? Tiene el cuello limpio, pero mira las plumas. Las tiene grises y mugrientas.

—Como la nieve en Polonia. —Primero blanca, luego gris, luego parda—. ¿Cuándo te fuiste?

Dijo:

—Seguramente el mismo día que tú. Cuando te trasladaron preso. El 1 de mayo.

—¿Por qué tan pronto?

—Por lo de la noche anterior. *Walpurgisnacht*. —Por un instante se le iluminó el semblante—. Aparte de lo obvio, ¿qué sabes de la *Walpurgisnacht*?

—Sigue contándome.

—Aquel día las niñas estaban muy alborotadas. No sólo por la hoguera y los fuegos artificiales y las patatas asadas. Tenían ese libro con el que les gustaba pasar miedo. La *Walpurgisnacht* se supone que es la noche en la que puedes cruzar la frontera entre los mundos de lo visible y lo invisible. Entre el mundo de la luz y el mundo de las tinieblas. Les encantaba. ¿Puedo pedirte otro cigarrillo?

—Claro. Un amigo mío..., un amigo mío que ya ha muerto decía que el Tercer Reich era una larga *Walpurgisnacht*. Y hablaba de la frontera, pero de la frontera entre la vida y la muerte, y de que tal frontera parecía haber desaparecido. El 30 de abril. ¿No fue la noche en que ese curioso ser se quitó la vida en la Wilhelmstrasse?

—¿Sí? Bueno, también es mi cumpleaños. En fin. —En tono ensimismado, dijo—: Quiero preguntarte algo porque no estoy segura de haberlo interpretado bien. Mira qué rastrero es ese cisne.

El cisne..., el furiosamente ofendido signo de interrogación de cuello y pico, la mirada de ojos negros...

Con un punto de incomodidad, dije:

—Oh, sí... Hay un par de frases sobre la *Walpurgisnacht* en... ¿En *Fausto*, quizá?

Las brujas copulan, el macho cabrío defeca...

—Está muy *bien*... —Inclinó la frente y siguió hablando—: Me dijo que saliera al jardín. A ver los fuegos artificiales. Me dijo que Szmul..., que Szmul quería darme un regalo del cumpleaños. Ahora intenta imaginar que estás allí.

Los tres están en el crepúsculo que va cayendo. Más allá, en la pendiente, la gran llamarada de *Walpurgisnacht* y, quizá, el silbido ascendente de un cohete. La puesta de sol, las primeras estrellas. El Sonderkommandoführer Szmul estaba al otro lado de la valla del jardín. Con su traje de rayas. La atmósfera, dijo Hannah, era distinta a todo lo que había experimentado o leído u oído en toda su vida. Szmul, como ausente, se sacó de la manga una larga herramienta o un arma, una especie de punzón con una barra estrecha cruzada. Y todo era incierto, todo era como fingido.

Doll abrió la verja de una patada y dijo *Venga, entra*...

Szmul siguió allí, quieto. Se abrió la camisa y se puso la punta del punzón en el pecho. (Al contarle, Hannah extendió los brazos al máximo y apretó las manos juntas.) Y Szmul la miró a los ojos y le dijo:

Eigentlich wollte er dass ich Ihnen das antun.

Y Doll dijo: *Oh, ¿y de qué me sirves, entonces?*

Y le disparó en la cara. Tenía la pistola en la mano y le disparó en plena cara. Luego se agachó y le pegó un tiro en la nuca.

Cuando Szmul dejó de estremecerse, Doll se volvió despacio y alzó la mirada hacia ella.

Eigentlich wollte er dass ich Ihnen das antun.

Lo que él quería en realidad es que le hiciera esto a usted.

—Al decírmelo, Szmul me miraba a los ojos. Solía verlo casi todos los días y nunca lo había hecho. Me miró a los ojos. —Durante un instante pareció sorprenderse ante el cigarrillo que tenía entre los dedos, y dio una chupada y lo dejó caer al suelo—. Doll estaba lleno de sangre. Dios, lo que hace una bala... Y seguía intentando sonreír. De pronto supe quién había sido durante todo el tiempo. Allí estaba, un chiquillo de pesadilla. A quien han pillado haciendo algo sencillamente horrible, y aun así intentando sonreír.

—Así que tú...

—Oh. Inmediatamente cogí a las niñas y me las llevé a casa de Romhilde Seedig. Y nos fuimos en cuanto pudimos. —Se puso una mano extendida justo debajo de la garganta—. Y supe quién era. Ahora, Herr Thomsen, el *Referendar*, ¿qué saca en limpio de todo esto?

Estiré las manos.

—Tú has tenido cinco años para pensar en ello. Debes de haber sacado alguna conclusión.

—Bueno... Al final lo peor de todo, en verdad, fue que impidió que Szmul se

matara él mismo. En lugar de ello, le destrozó la cara. En fin, yo solía darle los buenos días a Szmul en el camino. Y, fuera lo que fuese en lo demás, Szmul no era un hombre violento... Bien, no me equivoco, ¿verdad? Doll había..., no sé, convencido a Szmul para herirme, o incluso matarme.

—Es lo que siempre temí. Lo convenció, lo presionó. Me pregunto cómo.

—Es lo que me pregunto yo también.

—Por lo demás, lo interpretaste bien, creo.

San Kaspar nos recordó cansinamente que eran las once cuarenta y cinco. Era domingo, pero ninguna otra campana se hacía audible en aquella ciudad de un centenar de campanarios.

—¿Quieres saber lo que le sucedió a Dieter? ¿Qué te dijo Doll que le pasó?

—Bueno, me dijo que estaba muerto. Que es lo que hace al caso, ¿no? Oh, Doll decía todo tipo de cosas. Y no hacía más que recordarlo todo mal y contradecirse. Dijo que le cortaron todos los nervios de las ingles. Que lo encerraron desnudo en una especie de frigorífico de hielo seco. Y que luego...

—No, no. Nada de eso es cierto.

—Ya sabía que *todo* no podía ser cierto.

—Lo torturaron —dije con firmeza—. Murió por la causa, pero fue rápido. Y pronto: en enero del 34. Lo supe por el Reichsleiter.

—Estuviste en prisión, ¿no? No en un campo.

—Al principio estuve en campos, y luego en prisión, gracias a Dios. Comparada con los campos, la prisión es la felicidad. Stadelheim, dieciocho meses en el ala política... Te lo contaré en otra ocasión. Si es que hay otra ocasión...

Eran las once y cincuenta cuatro, y tenía que decir algo.

—Hannah, no me lo estaba imaginando, ¿verdad? Sentiste algo por mí, entonces, ¿no?

Levantó la cara y dijo:

—No, no lo estabas imaginando. Y fue..., no sé, me pareció que era algo que estaba bien cuando me abrazaste en el pabellón aquella vez. Y salí al jardín por ti, y me alegré de hacerlo. Pensaba mucho en ti. Mucho. Y deseé no haber tenido que deshacerme de tu carta. Y busqué el poema del que me citaste aquellos versos. «Los exiliados».

Gas en las tiendas, El destino de los barcos.

Y el viento de marea Toca la vieja herida...

Asintió con la cabeza, con pesar, y continuó:

—Pero algo ha sucedido. Entonces eras mi imagen de lo que era cuerdo. De lo que era decente y normal y civilizado. Y ahora todo eso se ha trastocado por completo. Soy... Es triste. Tú no eres normal ya, y tampoco lo soy yo. Cuando te veo, vuelvo a estar allí. Cuando te veo, huelo aquello. Y no quiero oler aquello.

Al final dije que me apenaba admitir que lo que decía tenía cierto sentido.

—¿Puedes creer que estuve casada con uno de los más grandes asesinos de la historia? Yo. Y además era tan tosco, y tan... melindroso, y tan feo, y tan cobarde, y tan estúpido. Dieter también era una calamidad, a su modo. Una cabeza llena de ideas de otro. De Stalin. ¿Entiendes? No soy buena en eso. No valgo para eso. Doll. Doll. El pensamiento de estar con un hombre me es ajeno hoy. No he mirado a un hombre desde hace años. He acabado con ellos. Estoy acabada.

Me quedé pensativo un momento, o dejé de pensar durante un momento.

—No tienes derecho a decir eso.

—¿No tengo *derecho*?

—No, no lo tienes; no creo que lo tengas. Sólo las víctimas tienen derecho a decir que no se puede volver de aquello. Y raras veces lo dicen. Tratan desesperadamente de rehacer sus vidas. Quienes están de verdad destrozados son aquellos a quienes nunca oímos. No hablan..., no hablan con nadie. Tú..., tú siempre fuiste víctima de tu marido, pero no fuiste nunca una *víctima*.

Sacudió la cabeza cuadrada en dirección a mí.

—Depende de la persona, ¿no? El sufrimiento no es relativo. ¿No suele decirse eso?

—Pero..., oh, sí, el sufrimiento lo es. ¿Perdiste el pelo y la mitad de tu peso? ¿Te ríes en los funerales por el alboroto que se arma cuando sólo ha muerto una persona? ¿Dependió tu vida del estado de tus zapatos? ¿Asesinaron a tus padres? ¿Asesinaron a tus niñas? ¿Te aterrorizan los uniformes y las multitudes y las llamas y el olor de la basura mojada? ¿Te aterroriza el sueño? ¿Te duele y duele y *duele*? ¿Tienes un tatuaje en el alma?

Volvió a erguirse y se quedó quieta unos instantes, pero luego dijo con voz firme:

—No. Por supuesto que no. Pero eso es exactamente lo que quiero decir. Que no merecemos volver de aquello. Después de aquello.

Dije:

—Así que ellos han vencido, ¿no? En el caso de Hannah Schmidt... ¿Es cierto eso? *Hasta que se te entumescan los nervios y tu ahora sea / un tiempo demasiado tardío para el amor. / Decir «ay» / cada vez por menos cosas.*

—Exacto. *Acostumbrado al fin // a haber perdido.* Y no me refiero a la guerra.

—No. No. Tú eres una luchadora. Como la vez que le pusiste los ojos morados a Doll. De un puñetazo... Dios, eres como *Boris*. Eres una luchadora... Eso es lo que de verdad eres.

—No. No es así. Nunca he sido menos yo que entonces.

—¿Y es *ésta* la que realmente eres? ¿Una Hannah agazapada de miedo en Rosenheim? ¿Y acabada?

—No importa quién pueda ser —dijo—. Es más sencillo que eso. Tú y yo. Escucha. Imagina lo repugnante que sería que algo bueno viniera de allí. Es eso.

Sonó la primera campanada: treinta y seis segundos.

—Voy a levantarme y a irme.

Y me levanté. En lo alto, por encima de lo gris..., más gris, y ni rastro de azul. De nuevo tragué saliva con fuerza, y dije con voz queda:

—¿Puedo escribirte? ¿Puedo venir a verte? ¿Me lo permites? ¿Me lo prohíbes?

Volvió a cruzar los brazos, volvió a mirar hacia un costado.

—Bueno, estoy..., bueno, no estoy prohibiéndotelo, ¿o sí? Sería... Pero pierdes el tiempo. Y me haces perder el mío. Lo siento. Lo siento.

Vacilé ante ella.

—¿Sabes? He venido a Rosenheim con la esperanza de encontrarte. Y ahora que estás cerca y no estás perdida no puedo renunciar.

Me miró.

—No te estoy pidiendo que te alejes. Pero te estoy pidiendo que desistas.

Las rodillas me crujieron al inclinarme ligeramente y decir en un alarde de brío:

—Te haré saber cuándo voy a venir. Por favor, prepara a las chicas para cenar en el Grand. Con su tío Angelus.

La campana tañó por novena vez, por décima vez.

—Supongo que puedo confiar en que no olvides las flores.

Sentí que las piernas me flaqueaban aún más, y, con los nudillos de la mano izquierda apretados con fuerza contra la frente, dije:

—¿Me harás un favor? Cuando nos separemos, ya este domingo por la tarde, di hasta pronto con voz suave.

—Bien, no se me olvida. Sí, está bien. Lo haré. —Exhaló el aire de los pulmones y dijo—:... Hasta pronto.

Las gemelas, ahora, volvían a aparecer a lo lejos, más allá del alto pájaro blanco que nadaba en el agua circular.

—Hasta pronto —respondí, y me di la vuelta y me alejé.



AGRADECIMIENTOS Y EPÍLOGO: «LO QUE SUCEDIÓ»

Tengo una gran deuda de gratitud, por supuesto, con los *loci classici* de esta materia: las obras de Yehuda Bauer, Raul Hilberg, Norman Cohn, Alan Bullock, H. R. Trevor-Roper, Hannah Arendt, Lucy S. Dawidowicz, Martin Gilbert, Ian Kershaw, Joachim C. Fest, Saul Friedländer, Richard J. Evans, Richard Overy, Gitta Sereny, Christopher R. Browning, Michael Burleigh, Mark Mazower y Timothy Snyder, entre muchos otros. Estos escritores nos ofrecen el macrocosmos. Yo intento ahora cumplir con ciertas obligaciones en los niveles del *meso* y el *micro*.

En lo relativo a la atmósfera y texturas de la vida cotidiana del Tercer Reich: los magistrales *Quiero dar testimonio* y *Hasta el amargo final*, de Victor Klemperer; el resentido e inteligente *Diario de un hombre desesperado*, de Friedrich Reck; los cautivadores y políticamente incisivos *Diarios de Berlín: 1940-1945*, de Marie Vassiltchikov; y las *Cartas a Freya*, de Helmuth James von Moltke, monumento a la firmeza moral (y a la excesiva devoción profesada a su mujer), tanto más convincente cuanto que incluye su ambigüedad confesa tras la derrota de Francia en junio de 1940.

En lo relativo a IG Farben, Buna-Werke y Auschwitz III: *El cártel del infierno*, texto de refinada ejecución obra de Diarmuid Jeffreys; *Los médicos nazis*, de Robert Jay Lifton; *Yo escapé de Auschwitz*, de Rudolf Vrba; *Auschwitz*, de Laurence Rees; *El voluntario de Auschwitz: más allá del valor*, de Witold Pilecki; y *Si esto es un hombre*, *Momentos de indulto* y *Los hundidos y los salvados*, de Primo Levi. Sobre el *ethos* y la estructura de las SS, *El orden de la calavera*, de Heinz Höhne (con sus excelentes apéndices); y *Las SS: una historia nueva*, de Adrian Weale.

En lo relativo al trasfondo, y a percepciones y detalles aleatorios, *La historia de Alemania desde 1789*, de Golo Mann; *Reflexiones sobre un siglo devastado*, de Robert Conquest; *El genio germano* y *Una belleza terrible*, de Peter Watson; *Una historia de los judíos* y *Una historia del mundo moderno*, de Paul Johnson; *Stalingrado*, *Berlín: el hundimiento*, y *La Segunda Guerra Mundial*, de Anthony Beevor; *La piedad de la guerra* y *La guerra del mundo*, de Niall Ferguson; los tres volúmenes de *Nazismo: una historia documental y de relatos de testigos presenciales*, en edición de J. Noakes y G. Pridham; *Mando de bombardeo*, *Armagedón* y *Todo estalla*, de Max Hastings; *Eva Braun*, de Heike B. Görtemaker; *El secretario* (sobre Bormann), de Jochen von Lang; *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, de Eric A. Johnson; *La Gestapo*, y, muy especialmente, el exquisito *Bismarck*, de Edward Crankshaw; y *Comandante de Auschwitz*, memorias

de la celda de la muerte del ofuscado asesino de masas Rudolf Höss (Primo Levi, en su introducción, escribe lo siguiente: «Pese a sus esfuerzos por defenderse, el autor se muestra como lo que es: un bellaco tosco, estúpido, arrogante, farragoso»).

En lo relativo al ritmo y tics del habla alemana, mi guía primera ha sido Alison Owings y su *Frauen: las mujeres alemanas recuerdan el Tercer Reich*. Una y otra vez, Owings indaga, mima, embauca, engatusa y se las arregla para conseguir una intimidad cómoda con un amplio abanico de amas de casa, heroínas, retrógradas, disidentes, ex prisioneras, ex guardianas... Sus protagonistas, salvo una, son históricamente anónimas; y el plato fuerte de este libro entretenido, pavoroso y coherentemente esclarecedor es una larga entrevista, en Vermont, con Freya von Moltke, casi medio siglo después de la ejecución de su marido. Owings escribe:

Mientras embarcaba nerviosa en aviones cada vez más pequeños para llegar a su casa, había supuesto que encontraría a una mujer de gran valor y dignidad, y así fue. Pero no estaba preparada para encontrar a una mujer enamorada.

[...] «Las mujeres que perdieron a sus maridos en esa guerra horrorosa, e incluso aquí, en este país, lo pasaron mucho peor que yo. Para ellas fue horrible; sus hombres se iban a la guerra y no volvían nunca. Muchos de estos maridos odiaban [el régimen] y, sin embargo, murieron en combate. Eso es muy *doloroso*. Pero para mí todo valió la pena. Ha cumplido con su objetivo en la vida, me decía. Y era verdad. Sin duda alguna.

»Cuando lleve hablando conmigo un rato largo —dijo—, entenderá que uno vive toda una vida al vivir tal experiencia. Cuando lo mataron, yo tenía dos hijos encantadores, dos varones bienamados... Eso pensé. Y eso basta para llenar toda una vida.»

En lo relativo a los supervivientes y a sus testimonios quiero destacar —del gigantesco y pavoroso censo de ellos— un volumen merecedor de una vigencia constante: *El regreso del infierno*, de Anton Gill. Constituye un tesoro de voces extraordinariamente expresivo, un tesoro recogido y organizado por el autor con decencia y talento. Tales rememoraciones, tales monólogos dramáticos ciertamente remodelan nuestra respuesta vacilante a la pregunta insoslayable: ¿qué tuviste que tener para sobrevivir?

Lo que hay que tener solemos enumerarlo de este modo: suerte; capacidad de adaptación, inmediata y radical; talento para pasar inadvertido; solidaridad con otro individuo o grupo; no haber perdido la decencia («la gente que no tenía principios conforme a los cuales vivir —de cualquier naturaleza— normalmente sucumbía»); la convicción constantemente renovada de la propia inocencia (elemento esencial sobre el que hace hincapié incesante Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*); ser refractario a la desesperación; y, de nuevo, suerte.

Después de haber estado en comunión con las presencias del libro de Gill, con su estoicismo, su elocuencia, su sabiduría aforística, su humor, su poesía y su invariable y alto nivel de percepción, cabría sugerir un desiderátum adicional. Cual si de una censura tajante de la idea nazi se tratara, estos «subhumanos» resultan ser lo mejor de la humanidad. La posesión de una sensibilidad activa, rica y delicada (¿cómo nos sorprende esto?) no suponía un escollo, sino una fuerza. Además de un rechazo casi

unánime de la venganza (y un rechazo absolutamente unánime del perdón), los testimonios reunidos por Gill tienen algo en común. Comparten cierto sentimiento de culpa, el sentimiento de que, mientras ellos se salvaban, otros más merecedores de salvación, otros «mejores» que ellos perecían de forma trágica. Y esto se asemeja mucho a una ilusión generosa. Con el debido respeto a unos y otros, no pudo haber nadie mejor.

Hasta ahora su nombre no ha aparecido en ningún momento en esta obra, pero es hora ya de que teclee las palabras «Adolf Hitler». En cierto modo, así, escoltado por las comillas, parece más manejable. Ningún historiador importante asegura entenderle, y muchos tienen a gala afirmar que no le entienden; y algunos, como Alan Bullock, van más allá y admiten sentirse más y más perplejos al respecto («No puedo explicar a Hitler. No creo que nadie pueda... Cuanto más sé de él, más me cuesta explicarlo»). Sabemos mucho acerca del cómo —acerca de cómo hizo lo que hizo—, pero no sabemos casi nada del porqué.

Después de bajar del tren en Auschwitz, en febrero de 1944, con una sed de cuatro días, y después de que los desnudaran, ducharan, trasquilaran, tatuaran y vistieran con harapos escogidos al azar, a Primo Levi y a los prisioneros italianos se los encerró en un cobertizo vacío y se les ordenó esperar. El pasaje en cuestión prosigue:

Vi un delgado carámbano que colgaba justo afuera, al alcance de la mano. Abrí la ventana y lo arranqué, pero al instante un guardia grande y pesado que hacía la ronda en el exterior me lo arrebató brutalmente de la mano. «*Warum?*» «¿Por qué?», pregunté, en mi pobre alemán. «*Hier ist kein warum*» («Aquí no hay “porqué”»), me respondió él, empujándome hacia dentro de un empellón.

No había «porqué» en Auschwitz. ¿Había algún «porqué» en la cabeza del *Reichskanzler*-Presidente-Generalísimo? Y si lo había, ¿por qué no podemos dar con él?

Una de las soluciones a esta disyuntiva entraña un rechazo epistemológico: no buscarás una respuesta. Y tal mandamiento puede adoptar formas diferentes (y conducirnos a una esfera conocida como la «teología del Holocausto»). En *Explicar a Hitler* —obra de una fuerza y un discernimiento casi enigmáticos—, Ron Rosenbaum se muestra comprensivo con el desasosiego espiritual de Emil Fackenheim (autor, por ejemplo, de *La condición humana después de Auschwitz*); sin embargo, ridiculiza sin ruido al laico pero justiciero Claude Lanzmann (director de *Shoah*), que tacha de «obsceno» todo intento de explicación. Rosenbaum se inclina más bien hacia la postura de Louis Micheels (que escribió unas memorias dolorosamente íntimas: *Doctor 117641*): «*Da soll ein warum sein*» («Debe haber un “porqué”»). Como Yehuda Bauer le dice a Rosenbaum en Jerusalén: «Me gustaría encontrarlo [el “porqué”], sí, pero no lo he encontrado»: «Hitler, en principio, es explicable, pero eso no significa que *haya sido* explicado.»

Con todo, no deberíamos olvidar que el misterio, el «porqué», es divisible: primero, el *artiste manqué* austríaco convertido en demagogo; segundo, todo el «aparato» alemán —y austríaco— que llevaba consigo. Sebastian Haffner fue un conocido historiador que estudió ambos extremos del fenómeno: desde abajo, en *Historia de un alemán* (memorias de la vida de Berlín en 1914-1933, escritas en 1939, justo después de abandonar Alemania); y desde arriba, en *Anotaciones sobre Hitler*, una penetrante exégesis publicada en 1978, cuando Haffner tenía setenta y un años (en 1914 tenía siete). El primer libro no vio la luz en vida del autor, y no se conocen tentativas de aunar ambas perspectivas. Pero podemos intentarlo: los nexos entre ellas no pueden ignorarse.

En talentos y mentalidades, al parecer, *Volk* y el Führer tenían en común la misma pócima atribulada del Danubio. Por una parte, el pueblo, con su peculiar «pérdida de esperanza en la política» (en palabras de Trevor-Roper), su fatalismo ansioso, su regodeo en la perversidad y la displicencia, lo que Haffner llama su «poquedad resentida» y su «ardorosa disposición para el odio», su rechazo de la moderación y, en la adversidad, de todo consuelo, su *ethos* de «suma cero» (de «todo o nada», de *Sein oder Nichtsein*) y su adhesión a lo irracional y lo histérico. Y, por otra, el líder, que se entrega a estas proclividades en el escenario de la política global. Su misterio más íntimo, cree Haffner, se manifiesta de forma exuberante durante el gozne crítico de la guerra: es decir, el período de dos semanas entre el 27 de noviembre y el 11 de diciembre de 1941.

Cuando la *Blitzkrieg* del este empezó a desmoronarse, Hitler destacó lo siguiente (27 de noviembre):

También en este punto soy frío como el hielo. Si un día la nación alemana no es lo bastante fuerte o no está lo suficientemente dispuesta al sacrificio, a apostar la propia sangre por su existencia, que perezca y sea aniquilada por un poder más fuerte... No derramaré ni lágrima por la nación alemana.

El 6 de diciembre, tal como registra el Diario de guerra del Mando de Operaciones de la Wehrmacht, Hitler ya había reconocido que «no iba a alcanzarse ya victoria alguna». Y el 11 de diciembre, cuatro días después de Pearl Harbor, de forma osada y gratuita y suicida declaró la guerra a los Estados Unidos. ¿Dónde está aquí el «porqué» del Führer? Según Haffner, «ahora codiciaba la derrota»; y deseaba que esta derrota fuera «tan calamitosa y total como fuera posible». En adelante su arremetida cambió de sentido y la dirigió contra un nuevo objetivo: el pueblo alemán.

Esta lectura brinda un armazón para las fechas de diciembre de 1941 y abril de 1945, y contribuye a aportar algo de sentido a la ofensiva de las Ardenas de finales de 1944 (que de hecho abrió la puerta del este a los rusos), y a las dos «órdenes de Hitler» desobedecidas en marzo del año siguiente (evacuación masiva de la población civil del oeste, y el «Decreto de Nerón» de la tierra calcinada). Ahora nos preguntamos: ¿hasta cuándo se remonta esto, el impulso subconsciente de autodestrucción, y, más tarde, su corolario de alta traición: el impulso consciente

hacia «la muerte nacional»? Todo parece indicar que se remonta hasta el mismísimo principio.

La idea central de Hitler, el «espacio vital», anunciada con resuelta pompa en *Mein Kampf* (1925), era de partida un anacronismo ridículo (su argumentación es «preindustrial»); y su condición *sine qua non*, la rápida victoria sobre Rusia, estaba descartada de antemano por la geografía y la demografía. Cuando Friedrich Reck, disidente (y autor de un diario) que venía de una vieja familia militar, supo del ataque a Rusia (en junio de 1941), reaccionó con un «júbilo desatado»: «Las huestes de Satán se han extralimitado al dar este paso, y ahora están en la red, y ya nunca podrán liberarse de ella.» En palabras de Haffner, el «programador», como Hitler gustaba llamarse a sí mismo, «programó su fracaso».

Los dos libros de Haffner nos comunican la extraña excitación de una inminente (si bien fugaz) claridad. Léidos a un tiempo o uno detrás de otro nos dan la sensación de que avanzamos un poco más hacia la coherencia. Pero seguimos con un gran interrogante de principio: el de la cordura. A fin de cuentas, la otra idea capital de Hitler, la de la conspiración mundial de los judíos, parece sacada de un manual básico de las enfermedades mentales: es el primer y más desdichado cliché del esquizofrénico. En las calles, pues, un antisemitismo del arroyo (o, en el mejor de los casos, esa «indiferencia» antinatural que apunta Ian Kershaw), y un nacionalismo fulminante, y una docilidad de rebaño acentuada por la «intoxicación de masas»; en la cancillería, el lento *felo de se* de una mente que se pudre de poder. Y la locura, si la aducimos como causa (¿cómo vamos a excluirla?), arruina irremediabilmente nuestra investigación, porque, por supuesto, de los locos no se puede obtener ninguna coherencia, ningún inteligible «porqué».

¿Cuál es la dificultad primera con que tropezamos para la asimilación de «lo que sucedió» (en frase fríamente ahogada de Paul Celan)? Cualquier tentativa de respuesta será necesariamente personal, por la razón siguiente: «El genocidio nazi», ha escrito Michael André Bernstein, «es, en cierto modo, algo capital para el entendimiento de uno mismo.» No todo el mundo sentirá así en relación con los acontecimientos del este de Europa entre 1941-1945 (ahora recuerdo la seca digresión de W. G. Sebald en el sentido de que ninguna persona seria piensa nunca en otra cosa). Pero estoy de acuerdo con la formulación de Bernstein; seguramente es uno de los elementos definitorios de la singularidad propia.

Mi propia narrativa interna se halla en un estancamiento crónico, seguido de una suerte de exculpación. He aquí algo que ilustra lo que digo: leí por primera vez el clásico *El Holocausto: la tragedia judía*, de Martin Gilbert, en 1987, y lo leí con incredulidad. En 2011 volví a leerlo, y mi incredulidad seguía intacta y entera: no había menguado un ápice. Entre esas fechas apuré montones de libros sobre el tema; y, si bien pude ganar en conocimiento, no gané nada en comprensión profunda. Los hechos, consignados por una historiografía de decenas de miles de volúmenes, no se

ponen en duda en absoluto; pero, en cierto sentido, siguen siendo increíbles, superan nuestra capacidad de creer, y no pueden asimilarse por completo. Con suma cautela, aventuro que parte de la excepcionalidad del Tercer Reich radica en su pertinacia inflexible, en la severidad eléctrica con la que repele nuestro contacto y nuestro asimiento.

Poco después de este «eureka» al revés («no lo he encontrado», «no puedo entenderlo»), di con una edición nueva de *La tregua*, de Primo Levi (el contrapunto humorístico y asertivo de la tiniebla de *Si esto es un hombre*). Y en ella encontré un apéndice que no había visto antes (dieciocho páginas en letra pequeña): «Respuestas del autor a las preguntas de sus lectores».

«¿Cómo puede explicarse el odio fanático de los nazis a los judíos?» es la pregunta número siete. Levi responde enumerando las causas más comúnmente citadas, que él, sin embargo, juzga «no acordes con», «no proporcionadas a» los hechos que necesitan explicarse. Y continúa:

Quizá no se pueda, más aún, no se deba, entender lo que sucedió, porque entenderlo casi es justificarlo. Déjenme que lo explique: «entender» una propuesta o una conducta humana significa «abarcarla», abarcar a su autor, ponerse en su lugar, identificarse con él. Ahora bien, ningún ser humano normal podrá jamás identificarse con Hitler, Himmler, Goebbels, Eichmann e incontables nazis más. Ello nos causa consternación, pero al mismo tiempo nos procura una sensación de alivio, porque quizá sea deseable que sus palabras (y también, por desdicha, sus actos) no sean susceptibles de comprensión por nuestra parte. Son palabras y actos no humanos, palabras y actos «contrahumanos»... No hay racionalidad en el odio nazi; es un odio que no está en nosotros; es un odio ajeno al hombre...

Los historiadores tal vez consideren esto más una evasiva que un argumento. Para escritores no divagadores, sin embargo (y hemos de recordar que Primo Levi fue también novelista y poeta), tal amago o floreo bien podrá constituir un acicate. Aquí, Levi está muy lejos de levantar el letrero de «prohibida la entrada» reivindicado por los partidarios de la Esfinge, los «antiexplicaciones». Antes al contrario, Levi levanta la presión sobre el «porqué», y señala así un posible acceso a la cuestión.

Mi agradecimiento especial a Richard J. Evans por revisar mi original mecanografiado, por llamar mi atención sobre algunas inverosimilitudes y por enmendar varios errores graves en el aderezo alemán de esta novela. Y gracias también a mi amigo de casi medio siglo Clive James, por sus ideas y sugerencias. Como le dije al profesor Evans al comienzo, la sola libertad consciente que me tomé en relación con la realidad de los hechos fue la de adelantar unos diecisiete meses la rendición ante la Unión Soviética de Friedrich Paulus (el comandante del ejército alemán derrotado en Stalingrado). Aparte de esto, me atengo a «lo que sucedió», con todo su horror, su desolación y su terca y sangrienta opacidad.

A todos aquellos que sobrevivieron y a todos aquellos que no sobrevivieron. A la memoria de Primo Levi (1919-1987) y a la memoria de Paul Celan (1920-1970). Y a los innúmeros judíos relevantes y medio judíos y un cuarto de judíos de mi pasado y mi presente, en especial mi suegra Elizabeth, mis hijas menores Fernanda y Clio, y mi mujer, Isabel Fonseca.



MARTIN AMIS (1949) estudió en Oxford y colabora en revistas literarias y de carácter general. Debutó brillantemente como novelista con *El libro de Rachel*, galardonada en 1973 con el Premio Somerset Maugham, publicada en España por Anagrama, al igual que *Dinero*, *Campos de Londres*, *La flecha del tiempo*, *La información*, *Tren nocturno*, *Niños muertos*, *Perro callejero*, *La Casa de los Encuentros*, *La viuda embarazada* y *Lionel Asbo*. *El estado de Inglaterra*, los relatos de *Mar gruesa*, los ensayos de *Visitando a Mrs. Nabokov*, *La guerra contra el cliché* y *El segundo avión* y los libros de carácter autobiográfico *Experiencia* y *Koba el Temible*, que le consagraron como uno de los escritores más aclamados, nacional e internacionalmente, de su generación.

Notas

[1] Pronunciación de KZ, abreviatura de *Konzentrationslager*: campo de concentración. También abreviado KL. (N. del T.) <<

[2] Abreviatura de *Krankenbau*: «enfermería». (N. del T.) <<

[3] Prisioneros de confianza. (*N. del T.*) <<

[4] Bienvenidos, niños. ¿Está usted cansado, señor, después de su viaje? (*N. del T.*) <<

[5] «Insólito» en alemán. (N. del T.) <<

[6] Campo de concentración. (*N. del T.*) <<

[7] Ven, marinerito. Cuelga el traje. Acuérdate del número. ¡Tienes el ochenta y tres! Haga un nudo con los cordones, señor. Voy a ver si encuentro un colgador para su abrigo. ¡Astracán! Es vellón de cordero, ¿verdad? (*N. del T.*) <<

[8] Se trata del río Bug, que hace frontera entre Polonia y Ucrania. «Cruzar el Bug» es una metáfora eufemística de la muerte. (N. del T.) <<

[9] En inglés, *ticket-puncher*: en el ámbito militar, se usa para designar a los oficiales que reciben un ascenso prácticamente automático pasando sólo breves periodos en combate para justificarlo. En España, a esta clase de oficiales se les suele llamar «promo» o «promos». (N. del T.) <<

[10] El modismo inglés «*to test the waters*» (literalmente, «analizar las aguas; examinar, comprobar el agua...») significa «tantear el terreno». (*N. del T.*) <<

[11] En alemán, «puntas de los dedos». (*N. del T.*) <<

[12] «*Haber nacido con una cuchara de plata en la boca*»: a este modismo inglés le correspondería sin duda la expresión coloquial castellana «*haber nacido con una flor en el culo*». Aquí, sin embargo, ha de respetarse la frase original para poder sustituir «cuchara» por *Schwanz*, en alemán, «rabo, cola». (N. del T.) <<

[13] La Gestapo. (*N. del T.*) <<

[14] «Tiro en la nuca.» (*N. del T.*) <<

[15] Literalmente, «exterminio productivo». (*N. del T.*) <<

[16] «Vergüenza racial»; relación sexual entre arios y no arios. (N. del T.) <<

[17] Candidato a un puesto de funcionario. (*N. del T.*) <<

[18] Finalizada de la Segunda Guerra Mundial, se empleó el término *Mitläufer* para designar a quienes no se les pudo juzgar por crímenes nazis, pero cuyo grado de implicación en ellos hacía que tampoco se pudiera exonerarlos. (N. del T.) <<

[19] *Camión. (N. del T.)* <<

[20] ¡Al fin y al cabo tenemos razón! (N. del T.) <<

[21] «Señor, coja al bebé y dáselo a la abuela. Por favor, señor. Créame. Créame. ¿Los que no son jóvenes? ¿Las mujeres con hijos? ¿Qué puede perder?» (*N. del T.*) <<

[22] Martin Bormann, secretario personal de Hitler. (*N. del T.*) <<

[23] Estación de tren del Este. (*N. del T.*) <<

[24] «A toda costa; a cualquier precio.» Se respeta el inglés original porque aquí tiene un valor de lengua «foránea», ya que ambos personajes están hablando en alemán y Golo utiliza este modismo inglés para mostrar lo mucho que ha progresado. (*N. del T.*) <<

[25] La *realpolitik* («política de la realidad») de Bismarck. (N. del T.) <<